Romantic books

y el maldito algoritmo



LARA BLANC

#amor #amistad #comedia #ternura #muchoshashtags

Romantic Books y el maldito algoritmo

Lara Blanc

Copyright © 2023 Lara Blanc

Todos los derechos reservados.

Portada e ilustraciones: Adela Aragón.

Corrección: Isabel Espejo.

A toda la gente bonita de Bookstagram, que me inspiró a escribir esta historia.
Y a mis abuelos, que nunca la leerán, pero siempre están presentes en mis pensamientos.

El final

Septiembre 2018

La iglesia está decorada con tulipanes blancos, los invitados, vestidos como en un enlace real y yo me encuentro en la misma puerta, de los nervios. Tal vez sea por mi acompañante, por la situación surrealista o quizá porque mi mejor amiga ha desaparecido como por arte de magia.

—¿Vienen de parte del novio o de la novia? —La pregunta me descoloca tanto como ver quién la formula. Conozco a este adolescente trajeado.

—No me jodas. —Oigo a mi derecha.

Entro en bloqueo mental y me da por reírme, pero no es una risa estilosa, no, es una risa histérica que no combina en absoluto con la imagen que hoy quería mostrar.

¡Sabía que no era buena idea meterme entre pecho y espalda dos chupitos de tequila!

—Hola. —Es lo único decente que sale por mi boca justo antes de que el chaval se esfume.

Una mano en mi cintura me guía hacia uno de los bancos del final sin darme tiempo a pensar en esta extraña coincidencia. El contacto es íntimo y tan reconfortante como doloroso.

—Estoy bien —respondo antes de que me pregunte.

Aunque no es cierto. Es imposible estar bien cuando eres consciente de que estás enamorada de quien no debes y que todas tus esperanzas están a punto de evaporarse.

«Mierda, ya me estoy poniendo en plan intensa».

Respiro hondo y fijo la vista en el novio, lo que no sé si es un acierto o un error. Está tan guapo como inquieto.

Y a mí me da por preguntarme si sus nervios serán fruto de ese futuro alternativo que no compartiremos.

#ElFinal
#ElComienzo
#MuchaHistoriaQueContar

1. El reencuentro

Salo

Julio 2018
(Dos meses y una semana antes)

Todos tenemos un amigo que no sabemos por qué está en nuestras vidas. Alguien que, en realidad, es tu amigo por inercia, aunque, muy en el fondo, no te cae tan bien. Me refiero a esa persona que no echas en falta si desaparece, es más, deseas que ocurra porque te diviertes más sin ella.

Sabes a lo que me refiero, ahora tú estás pensando en ese *alguien*.

En mi caso, esa persona es la misma que está entrando por la puerta en estos instantes. Sí, esa chica rubia, alta, vestida como si saliera de una revista, la que es tan guapa que más de la mitad de la cafetería ha interrumpido su conversación para mirarla. *Esa*. Es casi perfecta, lo único que tiene feo es el nombre: Roberta. Aunque la hija de puta se presenta como «Berta» y ha llegado un momento en el que me suena bien hasta a mí.

Hasta hace dos minutos exactos estaba disfrutando de una conversación íntima con mi mejor amiga, Marisol, la pelirroja. Yo me llamo Salomé, por cierto. Y antes de que sonrías y pienses «¡vaya nombres!», te diré que nos llamamos así en honor a nuestras abuelas fallecidas.

Ahora te he tocado el punto sensible, lo sé. Es lo que decimos cada vez que alguien hace un amago de burla, pero no es cierto, solo tenemos madres a las que les gustan los nombres poco comunes.

Marisol me estaba contando la última batallita con su mejor amigo y exvecino, del que aún sigue creyendo que está enamorada. Mil veces he tratado de explicarle que eso no es amor, pero hoy he dejado que hable, porque sé que cuando esa rubia se siente en nuestra mesa, la conversación girará en torno a su trabajo, a los chicos que ha conocido, las fiestas a las que asiste y la ropa que compra. Tiene la fea costumbre de ser siempre el centro de atención.

Estoy muy concienciada de lo que me espera, no te creas, mi plan es poner cara de escuchar mientras Berta parlotea. Sin embargo, Marisol —Mery para los amigos—, suele sentirse poco importante en su presencia, y eso me jode. No solo porque sea mi mejor amiga, sino porque es de esas personas especiales que da sin recibir y que quiere agradar a los demás.

Berta avanza despacio hacia nuestra mesa, disfrutando de las miradas que se posan en ella. Alza los brazos en un gesto teatrero y sonríe con tanta pasión que puedo ver cómo sus dientes blancos ciegan a todo el personal.

«Un rato y te vas. Sonríe. Le prometiste a Mery que ibas a portarte bien».

Sonrío.

Ya, ya sé que no se me da muy bien, no hace falta que hagas sangre con la cara de anormal que tengo. Suelo sonreír de verdad y no por educación, quizá por eso tengo fama de borde.

—¡Qué alegría veros! —nos saluda la princesita.

La primera en recibir dos besos efusivos es Mery. La pobre ha ido con toda la intención de darle un abrazo, pero Berta ha puesto la mano sobre su hombro para marcar distancia. ¡Qué seca

es! ¡Qué estirada! ¡Ni un gato lo hubiera hecho mejor!

—El verde es tu color, *baby* —le dice para engatusarla, haciendo referencia a su vestido.

«Ya empezamos con las palabritas en inglés».

La siguiente en recibir unos besos al aire soy yo. Después, me dedica una mirada de arriba abajo. Está analizando mi aspecto, tratando de decir algo positivo, pero le cuesta. Su estilo y el mío no pueden ser más distintos. Berta estudia cada prenda y accesorio mientras que yo huyo de las modas.

—Hueles fenomenal —me dice al fin.

Sonrío de medio lado.

Nos sentamos y, como esperaba, ella comienza su monólogo: que si le han subido el sueldo, que si está buscando un piso en la *City*… ¡Vaya puto coñazo de tía! Mientras Mery la escucha, embelesada, aprovecho mi perfecto segundo plano para echar un vistazo al local. Estanterías con libros, mesas de madera, sillas de distintos colores y sillones de cuero. Es una cafetería poco común y no tengo ni idea de cómo Berta ha dado con ella, si lleva viviendo en Londres siete benditos años. Me gusta, es acogedora. Es de esos lugares con alma donde imaginas que se pueden escribir grandes novelas y tener conversaciones profundas. Tiene un aire *hippie* y, al mismo tiempo, *chic*. Hay erasmus, hípsters y también gente con pinta de intelectual, como esa chica que está sentada en la mesa de al lado con su portátil. Tiene aire de despistada y me sonríe cuando nuestras miradas se entrecruzan. Seguro que ella tiene cosas más interesantes que decir que Berta. ¡Hasta el camarero tiene un aire bohemio con esas greñas que me lleva!

Suspiro y me centro en la conversación de mi mesa.

—Chicas, tengo algo que contaros —anuncia Berta. Resoplo por dentro, convencida de que va a soltar más gilipolleces—. ¡Me caso! —exclama enseñando un pedrusco en su mano.

Miro a Mery, que tiene la sonrisa encajada en la cara. Está a punto de cumplir los treinta y, últimamente, está un pelín obsesionada con el hecho de quedarse atrás en la carrera de la vida.

—Enhorabuena —digo con toda la dulzura de la que soy capaz con el objetivo de darle tiempo a mi amiga para que reaccione.

Mery parpadea lentamente, asimilando la noticia. Tras unos segundos, se lanza a sus brazos y a Berta no le queda otra, esta vez, que dejarse abrazar.

—¡Qué bien! ¿Y con quién, si puede saberse? —le pregunta.

Berta carraspea y me mira de reojo. Ese movimiento me descoloca.

—Él es maravilloso —dice en un tono extraño—. Es guapo, atento, listo, tiene un gran trabajo y un futuro brillante. —No esperaba menos de ella, con un albañil no se iba a casar, aunque algo no encaja, su actitud no se corresponde con lo que está diciendo—. No llevamos mucho tiempo juntos, apenas seis meses, pero estamos muy enamorados. —Sus ojos vuelven a deslizarse en mi dirección.

«¿Qué te pasa, baby?».

—¿Es inglés? —Mery insiste en saber más.

—No, no, es español. —Berta se remueve inquieta en la silla.

—Enséñanos una foto, mujer.

Berta clava sus ojos en los míos. No sé qué está pasando, pero no es nada bueno.

—Es Miguel.

—¿Miguel? —Enarco una ceja.

Berta asiente y busca mi mano encima de la mesa. Ahora la que parpadea lentamente soy yo.

—¿Te vas a casar con su ex? —La pelirroja ha levantado tanto la voz que la cafetería entera nos observa.

—¿Mi Miguel? —pregunto, incrédula.

—Ahora es *mi* Miguel —responde la hija de puta.

Mery me mira, perpleja.

—¡Hostias! —Oigo que dice la intelectual despistada.

—¡Joooder! —suelta el camarero.

Yo no reacciono. No logro expresar lo que estoy sintiendo, porque no lo sé. Pero, durante un segundo, me pregunto por qué coño sigue siendo mi amiga.

#Parraque
#VivaLaAmistad
#IHateYouBaby
#MeCagoEnLaPuta

2. La Dementora

Uli

Mi tía Lena me está mirando muy seria, a la espera de que yo le responda que sí, que he entendido a la perfección cómo funciona todo. Tengo ganas de tomarle un poco el pelo para que lo repita, pero ella adivina mis intenciones y sonríe.

—Lo harás bien. —Me da una palmadita en el hombro.

Es la primera vez que voy a trabajar de esto y sé que me llevará unos días cogerle el truco, aunque de algo tengo que vivir.

Hasta el momento, he tenido muchas profesiones y ninguna por vocación. He trabajado en una asesoría, de profesor en una academia, incluso de administrativo en una empresa de vehículos de segunda mano. ¡Todo aburrido! Lo hacía bien, siempre he sabido adaptarme, pero me ahogaba.

Me equivoqué al seguir los consejos familiares a la hora de elegir una carrera. Se me daban bien los números, pero me apasionaban las letras. «No tienen futuro», me dijeron, y yo acabé estudiando Empresariales sin ningún tipo de pasión.

Déjame decirte algo, nadie mejor que tú sabe lo que te conviene, ni siquiera tu familia. He aprendido, a las malas, que, cuando renuncias a lo que te gusta por ser más práctico, no suele resultar bien, una parte de ti se resiente.

Debe de tener razón mi madre cuando dice que tengo alma de poeta o tal vez la tenga mi padre cuando afirma que debo asumir que un trabajo es un trabajo y punto.

Por eso estoy aquí, en una ciudad que no es la mía, poniéndome un delantal negro, dispuesto a echarle una mano a mi tía con esta cafetería. Porque un trabajo es un trabajo, pero también porque quiero que alguien de esta familia cumpla sus sueños y montar este negocio siempre ha sido el suyo.

Me acerco a ella y la achucho. Protesta un poco, pero se deja.

—Zalamero —dice bajito.

Un poco sí lo soy, aunque me gustan los abrazos, me parecen la mejor forma de expresar cariño.

—Yo también te quiero —respondo, reprimiendo una carcajada. Ella me separa en un gesto nervioso cuando la puerta del local se abre. Los primeros clientes están entrando.

Mi tía se dirige a las mesas. La observo unos segundos con afecto. Tiene treinta y ocho años, siete más que yo, aunque sigue pareciendo una chiquilla. Tal vez sea por la melena castaña, la piel blanca o esos ojillos azules que transmiten tanta luz.

Estoy orgulloso de lo que ha conseguido, este sitio es espectacular. Lleva años hablando de montar una cafetería de estas características, un lugar donde la gente pueda mezclarse, tomar un café, conversar y leer. Lo más llamativo es la pared azul cian con las estanterías de obra —y sí, he dicho «azul cian», mi tía me lo ha repetido tantas veces que he terminado por aprendérmelo —. Aunque todos los detalles lo convierten en un lugar especial: la gran mesa alta de madera en el centro, los sillones de cuero, las sillas y taburetes de distintos colores, el mapa del mundo, las pequeñas luces colgadas por todo el techo, incluso la barra tiene su aquel. Somos Instantes, lo ha

llamado. Y resulta que está poniéndose de moda, por eso necesita más manos.

Hoy no dejará que atienda a las mesas y tendré a la estirada de Irene supervisando lo que hago. Esa chica necesita aprender a divertirse. Mírala, ahí está, tras la barra, con una coleta que no puede estar más tirante.

—Uli, ven —me dice con la mandíbula encajada en una sonrisa que resulta de todo menos confortable.

«Mal empezamos».

Estoy a escasos dos metros de su posición, pero no me muevo.

—No es *Uli*, es Ulises.

Me observa confusa, sin perder el gesto, y juro que es como ver a una marioneta.

—Tu tía te llama así.

«También me llama "cariño", "niño bonito", "corazón", "amor"… Pero ella es ella y tú eres tú».

—Ulises —repito.

Sonrío para no parecer antipático, pero creo que ha entrado en cortocircuito. Es rubia y mona, aunque no es de mi estilo. Y, aun así, mis ojos se posan en su pecho sin querer.

Me ocurre a menudo, observo todo lo que llama mi atención, como una urraca que busca el brillo. Y lo peor es que me abstraigo, pensando en mil cosas que no tienen nada que ver con lo que estoy mirando. Por ejemplo, ahora mismo, con los ojos clavados en sus pechos, en lugar de imaginarme cómo serán tras la ropa, estoy absorto en una pequeña mancha con forma de nube que, ni queriendo, se puede hacer tan perfecta.

—Ulises, vas a hacer tus primeros cafés. —Se cruza de brazos.

«Se ha dado cuenta y ahora cree que soy un salido. Perfecto».

Sacudo la cabeza para espabilarme y pongo cara de buen chico. Ella ni se inmuta.

—Vamos al lío. —Doy unas palmaditas de buen rollo, que no tienen ningún efecto en su actitud.

«Cojonudo».

#Comenzamos #Empanao

############

Un café lleva a otro. Estoy siendo un torpe e Irene está pegada a mí como una lapa. En otro momento, tener a una chica orbitando a mi alrededor me haría sentir halagado; sin embargo, ella es como un robot y tiene la fea costumbre de darme golpecitos en el brazo para indicarme todo lo que no estoy haciendo bien. Soy un tío paciente, suelo estar de buen humor, pero me está poniendo de los putos nervios.

—Oye, Uli… —La amenazo con la mirada—. Ulises —rectifica, yo asiento y espero—, deberías dar una pasadita al local con la escoba, recoger las mesas y… —Veo el cielo abrirse. Cojo la escoba tan rápido que no escucho cómo termina su frase.

En cuanto me alejo de Irene, el aire vuelve a llenarme los pulmones y la sonrisa regresa a mi cara. No sé cómo voy a aguantar todo el verano aquí con esta chica pegada a mi espalda, es como un dementor.

«¿Los dementores tenían sexo?».

Me paro en mitad de la cafetería con la mirada perdida y la escoba en la mano. Soy como Harry Potter: más alto, sin gafas y con el pelo más desastroso, pero con la misma cara de agilipollado que cuando descubre el andén 9 ¾ de King´s Cross.

«¿Los dementores se reproducen? ¿Tienen escuelas donde les enseñan a chupar el alma?».

La puerta del local se abre y la graciosa campanilla que hay sobre ella me despierta de mis locos pensamientos. Observo a la rubia perfecta que entra a cámara lenta y cómo se convierte en el centro de atención.

—Termina y recoge las mesas. —Doy un respingo al sentir los «ligeros» toques en el brazo.

Me van a salir cardenales, como si lo viera venir.

Busco a mi tía entre la gente, que me lanza un guiño coqueto mientras habla con la escritora despistada del fondo.

—Las mesas —repite la Dementora.

«Paciencia, Uli, paciencia. Te harás con esto y con ella. Tú tienes don de gentes».

Me dirijo a las mesas, reprimiendo un «ya te había oído» y recojo las tazas y platos. Hago equilibrios con todo encima, porque no he cogido la bandeja, e Irene me observa desde la barra con desaprobación.

—¿Y la escoba? —me pregunta con… ¿una media sonrisa?

«¿Dónde está la escoba?».

Me giro y la veo apoyada en una de las sillas, está cortando el paso y cualquier despistado (como yo) puede tropezar con ella. Se me escapa una risita, que consigue que, por primera vez, ella ría también.

«Algo de esperanza para la humanidad».

—Corre —me ordena de forma muy sexi.

¿Sexi? Pues sí. Algo se ha despertado y no es, precisamente, mi claridad mental.

Voy hacia la escoba, ese artilugio que me ha permitido descubrir algo de luz en mi compañera y, cuando llego hasta ella, oigo la conversación de la mesa contigua, la de la rubia perfecta.

—¿Miguel?

Algo en el tono de la pregunta me hace mirar de reojo. La rubia está intentando coger la mano de la morena de pelo corto, la pelirroja se ha quedado congelada.

—¿Te vas a casar con su ex?

«¡Venga ya!».

Es imposible no mirar. Lo estoy haciendo yo y también la mitad de la cafetería.

—¿Mi Miguel?

Se me encoge el corazón al ver su cara. Sus ojos, castaños y algo rasgados observan desconcertados a su amiga. Que vaya amiga, por cierto.

La morena no sabe qué decir y a mí estas situaciones me pueden. Quiero acercarme e interrumpir la conversación para darle tiempo a que asimile la noticia o coger su mano y tirar de ella para sacarla de aquí. Pero no lo hago porque sería raro y porque lo mismo me llevo un guantazo.

«Relax. Quizá no sea tan grave. Puede que la rubia tenga una buena explicación».

—Ahora es *mi* Miguel —dice, en cambio.

—¡Hostias! —exclama la chica del portátil.

—¡Joooder! —se me escapa a mí.

Las tres chicas de la mesa nos miran. Pero yo solo tengo ojos para la morena, que ahora mismo me parece la persona más desvalida de la tierra. Me nacen las ganas de abrazarla, de decirle que nada es tan grave, aunque lo parezca. Sin embargo, lo que hago es quedarme con cara de lechuguino.

Ella se levanta sin decir una palabra, pasa por mi lado y se va. Mi primer instinto es seguirla, pero una mano se posa en mi hombro con calidez.

—Ya veo que voy a tener que estar todo el día detrás de ti —susurra.
La Dementora acaba de erizarme la piel.

#QuéSorpresa
#LasDementorasExisten
#TonteoDementor

3. Lava

Salo

No quiero pensar, no quiero sentir, solo quiero abstraerme. Y esa es la razón de que me encuentre en una casa, que no es la mía, echando un polvo con este individuo.

Perdón por hacerte visualizar esto… Aunque, a decir verdad, has sido tú quien ha venido a cotillear.

Él no es nadie importante en mi vida, solo uno más. Aunque su cara me disgusta cuando lo hacemos, parece que esté cagando en vez de echando un polvo. Por eso estoy con las manos apoyadas en la pared, en la misma posición que cuando era pequeña y jugaba al «churro va». Prefiero darle la espalda, no verlo y centrarme en las sensaciones. En sus manos agarrando mis caderas, en el calor de su cuerpo, en el ritmo de sus embestidas, en el hormigueo de mi entrepierna y en el puro placer.

En este preciso instante, estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por olvidar lo que me ha traído hasta aquí, aunque no lo estoy consiguiendo. Tengo un nudo en el pecho que no sé si es rabia hacia Berta, celos o si es una mezcla de ambas, pero quiero que desaparezca.

—Más fuerte —le pido.

Él obedece, encantado. Aprieta mis caderas, acelera el ritmo y comienzo a gemir. Quiero correrme, quiero dejarme llevar… Pero así no voy a ninguna parte.

—Tócame —le exijo.

Es un amante obediente y nada tonto, sabe a qué me refiero. Suelta una mano de mi cadera, humedece sus dedos en mi boca y, después, los dirige hacia el centro de mi cuerpo.

«Mejor, mucho mejor».

Ahora ya no soy capaz de pensar. El calor me invade y me retuerzo. «Sí, nena», gruñe. Respondo con más gemidos para animarle a que continúe.

—Salo, no aguanto, me voy… —me avisa. Sabe que, si no me corro, no volveré a llamarlo. Tiene suerte, sus dedos son mágicos y acaban de tocar la tecla precisa.

Exploto, grito y araño la pared. Él también se deja llevar. Durante esos breves instantes, logro mi objetivo: olvidarme de todo. Pero con el último jadeo, la magia se rompe. Ya no quiero tener a esa persona cerca ni sentirme vulnerable delante de él, lo que necesito es irme.

—Ha estado bien —le digo mientras trato de localizar mi ropa.

Mis bragas están en el suelo, mi camiseta sobre el mueble de la entrada, mis pantalones en el pasillo y mi sujetador… Ahí está, sobre la mesa del comedor. He entrado fuerte y me he ido desvistiendo conforme daba pasos. Si me llega a ver mi abuela, le da un infarto.

Él intenta retenerme acariciando mi espalda.

—Quédate y pedimos algo de cena.

Puede sonar tentador, pero no lo es en absoluto. Solo busco sexo y soy clara, lo digo sin rodeos. No deseo tener ese tipo de intimidad, sé a dónde lleva y duele siempre.

—Tengo que volver a casa. —Me giro y le muestro mi sonrisa más dulce. Con el tiempo, he aprendido que, aunque ellos buscan lo mismo, es más educado poner una excusa que decir la

verdad, que no me quedaría ni muerta—. Mi madre necesita ayuda con mi abuela, ya sabes.

—Quizá otro día. —Trata de besarme, pero me aparto. Se ríe—. Siempre se me olvida. Nada de besos. —Alza ambas manos, en señal de rendición. Le miro mal. Estoy convencida de que lo recuerda, solo está intentando llevarse un puñetero trofeo.

—Sí, otro día —miento.

Voy de un lado a otro, cazando mi ropa. Me visto a la velocidad de la luz mientras él insiste en seguir hablando. No me interesa lo que dice. Suena fatal, pero es la verdad. Los escojo con cuidado, algunos ni me caen bien. No quiero correr riesgos, el amor solo es bonito en la ficción, en la vida real es una mierda. Es una lección que aprendí con dieciocho años y no estoy dispuesta a olvidarla.

—¿Estás huyendo?

«Mierda».

Me detengo en un acto reflejo. Me ha pillado. Estoy encorvada, tengo el vestido puesto y las bragas por las rodillas. Finjo una risa, me recoloco la ropa interior y me enderezo en plan digna.

—Si es que no tenía que haber venido, pero me moría por hacerlo contigo. —En mi defensa, ahora no estoy faltando a la verdad.

Él sonríe, satisfecho. Yo alargo mi pierna para alcanzar mi sandalia perdida con el pie.

—Pues… Me voy.

«Esto es todo, amigo».

Me dirijo hacia la puerta. Me sigue.

—¿Me llamarás?

«Mala señal».

Sin querer, chasqueo la lengua con fastidio.

—Siempre te llamo, Alejandro. No es necesario que me lo preguntes todas las veces que nos vemos.

—Raúl.

«¿Raúl? Joder».

Ya no sonríe y yo me siento como el culo. Puedo haberlo usado para echar un polvo, pero no quiero ningunearlo. Intento protegerme, no ir por la vida jodiendo a los demás.

—Era coña —pruebo. Le doy unas palmaditas torpes en el brazo y él se ríe—. Bueno…, te llamo, ¿vale?

—Cuando tú quieras.

Camino hacia atrás, levanto la mano para despedirme y salgo. En cuanto me doy media vuelta, me dirijo a las escaleras, no quiero esperar al ascensor, necesito cortar el contacto lo antes posible.

Pero, con cada escalón que desciendo, el nudo en el pecho se hace más grande. Esto no ha servido de nada. Berta y Miguel van a casarse y la lava está a punto de salir a la superficie.

#ComoSiFueraUnVolcán
#Intensita #NoQuieroQueDuela

##########

Mery
Te he llamado veinte veces.
¿Dónde estás? ¿Estás bien?
Salo, estoy preocupada.

Dime algo, porfi.

Miro los mensajes de Mery y las treinta llamadas perdidas —no veinte— que ha hecho mientras comienzo a caminar en dirección a mi casa. De Berta no hay ni un triste mensaje. ¡Viva la empatía!. Si fuera cualquier otra persona no respondería, pero Mery, junto con mi abuela, es mi debilidad. Saco un cigarro del bolso, lo enciendo y, mientras dejo escapar el humo con un suspiro, tecleo:

Salo
Tenía que salir de allí.
No sé cómo estoy. Necesito asimilarlo.

Evadirme no me ha servido de mucho, no me queda más remedio que tratar de usar mi capacidad racional para enfrentarlo. Eso o vuelvo a la cafetería y le arranco de cuajo su bonita cabellera rubia a esa hija de la grandísima puta que se va a casar con mi ex.

Sonrío al imaginarla calva, como aquella chica que quería birlarle el novio a Rachel en *Friends*.

Bueno, no era «birlar» porque ellos no estaban juntos.

Exactamente como Miguel y yo.

«¿O Ross y Rachel estaban en un descanso?».

Intento hacer memoria, pero no me acuerdo. ¡Qué pensamientos más absurdos! Tengo que centrarme.

Hace doce años que rompimos. Vale que fue mi primer amor —mi primer todo, en realidad—, pero ahora no somos nada más que dos viejos amigos. Y ya no siento nada por Miguel, sería ridículo sentirlo. Es solo que es raro que mi amiga haya elegido al único chico del que me he enamorado como futuro marido.

«¡Qué coño! ¡Es que eso no se hace!».

Hay un código entre amigas. Los ex están vetados, son como los novios. Bueno, incluso peor que los novios. Después de llorarlo e insultarlo, una amiga no puede traerlo a tu vida diciéndote que es lo mejor que le ha pasado. Es una traición doble. Es como si te dijera que eres gilipollas a la cara.

«Y encima ella. ¿Qué habrá visto Miguel en Berta?».

Llego a mi portal intentando recordar lo que mi ex pensaba de mi querida *amiga* cuando estábamos juntos. Mientras subo en el ascensor, me doy cuenta de que Berta es la típica chica que gusta a todo el mundo, no sé para qué me molesto.

Abro la puerta de casa y lanzo un «hola» al aire. Mi madre y mi abuela me miran desde el sofá y me devuelven el saludo.

—¿Dónde estabas? —pregunta mi madre—. Te pasas el día enganchada al móvil, podrías usarlo para avisar a tu familia y que no te esperen para cenar, digo yo.

Suelto un bufido y me acerco al salón. Odio seguir dando explicaciones de lo que hago y con quién a mis casi treinta años. No tengo edad de seguir en el nido familiar, debería estar en un piso de mala muerte con algún amigo. Aunque yo no tengo tantos amigos y Mery me ha dicho cien veces que me vaya a vivir con ella.

«¿Por qué sigo aquí?».

—Mi chica guapa —dice mi abuela con los ojitos brillantes y una sonrisa que podría iluminar el día más oscuro.

Por ella. Porque soy consciente de que a sus ochenta y cinco años su tiempo vale oro y no

quiero perderme ni un minuto. Esa es la razón de que comparta piso y gastos con estas dos mujeres. Tiene sus ventajas, claro, pero también sus inconvenientes.

—Estaba con las chicas. —Ese plural me daña. Puta Berta.

Doy un beso en la frente a mi madre, que lleva el pelo aún más corto que el mío, aunque con este gesto no consigo que desaparezca su morro torcido. Después, me acerco a mi abuela, que me mira como si fuera el último chocolatillo en la tierra.

—Guapa tú. —Le beso las mejillas sin tregua. Ella se ríe, se estira en el sofá y ladea la cabeza con coquetería. Sus ondas canosas relucen bajo la luz del salón.

—Guapa, guapa, como una gata. —No puedo explicarte qué significa porque lo desconozco, pero siempre me hace sonreír.

—Eso, como una gata.

Me coge la cara entre sus manos y suelta un suspiro de amor.

—¿Tienes algo que contar? —Está ansiosa porque le diga que tengo pareja. Pobrecilla, no voy a darle el gusto. Niego con la cabeza y ella vuelve a suspirar.

—¿Has estado con Berta? —Joder, mi madre huele la sangre como los tiburones en alta mar —. ¿Qué tal le va?

«Tiene una vida perfecta y ahora tiene al chico perfecto. Yo diría que le va mucho mejor que a mí».

—Bien —respondo cortante.

—Ay, hija, no se te puede preguntar nada. Todo te sienta mal.

Suelto aire por la nariz y me levanto sin darle réplica alguna. Si respondo, nos llevará a una discusión y no quiero pagar con ella esto tan raro que siento.

En cuanto llego a mi dormitorio, me dejo caer encima de la cama al tiempo que mi teléfono vibra. Tengo un mensaje de Instagram. Sonrío porque adivino quién me escribe: mi Babosilla.

Es increíble que a través de esta red social haya conectado de esta manera con dos personas, además, dos hombres. Pero no te hagas pajas mentales, uno es un adolescente y el otro es un abuelo. Tomo mis medidas, ya te lo he dicho, no quiero que duela.

#SiempreDuele #VadeRetroSatanás
#FanDeRachelGreen
#PutaBerta

4. Babosilla

Darío

@k.leer
Holaaa
K tal?

Mamá está viendo la tele, mi hermana pequeña duerme y ya he recogido la cocina. Y aquí estoy, en la cama tirado de cualquier manera con el móvil en la mano y el gato a mis pies. Debería estar con mis amigos, en el cine, en la bolera, en el parque, pero no puedo. No es justo.

Tengo dieciséis años, casi diecisiete, y creo que voy a morir virgen. Debo de ser el único de mis amigos que todavía no lo ha catado —el sexo, digo— y me muero de ganas por saber lo que es.

Soy una puta hormona con patas, lo sé, pero es lo que hay.

No lo entiendo. No entiendo por qué no he echado un polvo. Es algo sobre lo que pienso mucho. Soy alto, hago algo de deporte y no me veo muy feo. No más que Jaime, por ejemplo, que, si folla tanto como dice, debe de tener la polla en carne viva.

Además, soy buen tío.

Algo estoy haciendo mal.

Admito que todo el tema del folleteo ocupa gran parte de mi tiempo. Pero no voy a ir de machito gilipollas y decir que quiero tirarme a todas… Yo solo puedo pensar en una y hoy no puedo verla.

@_romantic.books
¡Hola, Babosilla!

Esta chica está medio loca y es una cachonda, me llama así porque dice que con mi edad no tengo coraza. «Eres como un caracol a medio hacer», me suelta, y se queda tan ancha. Pero es mi amiga, la que aguanta todas mis penas y la que me hace reír en los días jodidos.

@k.leer
No sabía si estarías por ahí, es sábado
No tienes plan?

@_romantic.books
He tenido un día movidito.

La pincho, me gusta hacerlo, quiero que me cuente sus batallitas. Ser mayor tiene que molar, aquí la romántica se tira al que le da la gana. Y hace muy bien, oye, ella que puede. A ver cuándo me llega a mí ese momento, que lo estoy deseando.

Se me escapa una risita, creyendo que me va a hablar de su último ligue. Aunque, conforme

me cuenta su movida, suelto un «joder» que consigue asustar a mi madre. ¡Una amiga casándose con su ex es mucho peor que no salir!

@k.leer
K cabrona!
Y k vas a hacer?

@_romantic.books
¿Que qué voy a hacer? Pues joderme.
No puedo dejarla calva

@k.leer
Calva?

Ya te he dicho que está un poco loca.

La conocí en una noche chunga. Nos seguíamos el uno al otro en Bookstagram, esa subred que existe en Instagram para hablar de libros. ¿No la conoces? Joder, pues si te gusta leer, deberías descubrir esta comunidad, es el paraíso.

Esa noche estaba mal. Por mi madre, no por mí, los últimos meses han sido complicados. Está enferma, aunque todavía no han conseguido averiguar qué le pasa. Y yo me desespero con tanta prueba y visita al hospital. También con cómo ha cambiado mi vida, me he convertido en un amo de casa, en alguien con responsabilidades. Esto último me lo trago, porque me hace sentir un idiota. Ahora no soy yo el que importa, es ella. Pero ese día estaba jodido, me puse en plan dramático y colgué una *story* diciendo que la vida era una mierda.

Sí, soy un adolescente y, a veces, me pongo en modo intenso.

Mi amiga @_romantic.books acudió al rescate. Va de dura, pero es blandita. «No siempre es una mierda», me dijo. Y empezamos a hablar, bueno, más bien empezó a sonsacarme. No sé por qué lo hizo. Alguna vez se lo he preguntado, pero sabe esquivar las preguntas que no le interesan.

Ahora le cuento a ella todo lo que me pasa, mucho más que a mis amigos de toda la vida.

Es muy raro tener una amiga virtual. No sé dónde vive, no sé cómo es físicamente, pero nos conocemos y nos damos cariño. Es bonito.

@_romantic.books
Rachel Green mola.

@k.leer
K dices?

@_romantic.books
Si se te ocurre decirme que nunca has visto *Friends*, me hundes. No sé si podríamos seguir siendo amigos.

@k.leer
Friends???

@_romantic.books
Babosilla, no juegues con fuego.

@k.leer
Conozco la serie, es la preferida de mi madre, jajaja

@_romantic.books
¿Me estás llamando vieja?

@k.leer
Esa serie nueva no es :)

@_romantic.books
¡Es la SERIE!

@k.leer
No me ves, pero estoy poniendo los ojos en blanco

@_romantic.books
No me ves, pero te estoy haciendo una peineta.

@k.leer
Voy a empezar a llamarte «Tita»

@_romantic.books
Ehhh…

@k.leer
Tú me llamas «Babosilla». Es lo justo

Me descojono y las risas aumentan de volumen cuando empiezo a recibir iconos con caras rojas encabronadas. Sé que también se está riendo y eso me hace sentir mejor. Ella siempre está ahí, qué menos que decir alguna tontería para que piense en otra cosa.

@_romantic.books
¿Y tú? ¿Por qué no has salido?
¿O estás por ahí y estás hablando conmigo en vez de hacerlo con tus amigos?

Es mi turno de hablar y contarle todo lo que pasa en casa. Y lo hago. Le hablo de la visita al hospital de esta mañana, del rato que hemos pasado en Urgencias, esperando a que alguien nos atendiera. Le cuento acerca de mis nervios, de los de mi madre y de cómo mi hermana daba por saco, sin entender por qué estábamos allí.

Han dicho que estaba deshidratada, le han puesto suero y todo arreglado. Pero veo a mi madre preocupada, está floja.

Estos meses, he aprendido, a las malas, lo que es importante de verdad. Es una mierda no salir, es una jodida mierda no poder ver a la chica que me gusta, así es imposible avanzar con ella, pero mi madre es mi madre y me necesita.

#VoyAMorirVirgen
#HormonaConPatas

#ElAmorDebeEsperar

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Ke vas a hacer con la boda?

@_romantic.books
No ir.

@k.leer
Podrías ir y jodérsela

@_romantic.books
Eso es muy peliculero.

@k.leer
El cura pregunta: «¿Alguien tiene algo k decir?»,
tú te levantas, señalas al capullo de tu ex y dices:
«Estoy embarazada y él es el padre»

@_romantic.books
Babosilla, creo que las novelas rosa que lees te están influyendo de más.

@k.leer
Molaría mil

@_romantic.books
Tú quieres que me convierta en Julia Roberts en *La boda de mi mejor amigo.*

@k.leer
Mi madre y tú tenéis gustos parecidos
Me acojona

@_romantic.books
Si sigues por ese camino, no vuelves a saber de mí, te lo advierto.

5. Leona amaestrada

Salo

Sí, soy @_romantic.books. Me encantan las novelas románticas, aunque no estoy dispuesta a que vuelvan a romperme el corazón. Tal vez el ser humano esté programado para necesitar ese tipo de amor, quizá tenga algo que ver con lo de reproducirnos y poblar la Tierra. No sé las causas, pero necesito mi dosis de romanticismo y trato de encauzarla de la mejor manera posible.

¿Contradictoria? Puede. Aunque todos somos más complicados de lo que aparentamos, ¿no? Mostramos lo que queremos que vean los demás y solo unos pocos afortunados tienen acceso a la foto completa.

Soy consciente de que son fantasías, historias que siempre terminan bien, donde cualquier problema se soluciona, no importa lo grande que parezca.

Creer en este tipo de amor es como creer en los Reyes Magos, en el Ratoncito Pérez o en Papá Noel. Me encantaría poder hacerlo, pero no puedo.

@_romantic.books es un fraude. O tal vez lo sea Salomé.

Quizá las dos.

#IntensaFraudulenta
#IntensaContradictoria

############

Han pasado dos días desde el reencuentro con Berta. Ese sentimiento, que aún no consigo definir, sigue conmigo. Odio a mi amiga, odio a Miguel y, desde la conversación con mi Babosilla, solo pienso en cómo joderles la boda. Qué pena no tener una mente creada para el mal.

Resoplo y miro el reloj en la pantalla de mi ordenador. Son las tres menos cuarto, quedan quince minutos para cerrar la oficina. Trabajo en una administración de fincas, de lo que llaman «auxiliar administrativo» (y que, en realidad, significa que vas a hacer de todo por una mierda de salario). Llevo aquí nueve años. Entré por enchufe, gracias a mi padre, y desde entonces, su prima (a la que detesto) es mi jefa. Con toda probabilidad, este es el mayor gesto de protección que haya tenido mi progenitor.

Las tres menos diez.

Me aburro. Pienso en irme casi a diario. El problema es que no tengo un buen currículum: dos años de carrera universitaria (que no dos cursos), un nivel de inglés flojito y experiencia en algo que no me va. Estoy bien jodida.

Las tres menos cinco.

Mi móvil resuena en la oficina vacía y me acerco a él con fastidio. Mery ha estado llamándome durante toda la mañana, está empeñada en quedar conmigo y que hablemos. No me apetece, pero no quiero que se preocupe. Como ya te he dicho, es una de mis debilidades. Gruño

como una leona amaestrada, porque esta batalla la tengo perdida antes de empezarla, y descuelgo el teléfono.

—¿Sí?

—¡Por fin! —Suspira al otro lado—. Ya empezaba a pensar que habías hecho alguna tontería o qué sé yo.

¿Ves lo que te decía? Si no llego a contestar, llama a mi madre, a la Policía, al hospital y prepara los carteles de «desaparecida».

—No quería hablar del tema, Mery. Es todo muy extraño. Estoy enfadada, dolida, rara.

—*Ains*, Salo, no te enfurruñes, pero hace mucho que eres rara.

Bufo.

—Si me has llamado para tocarme más la moral, te cuelgo. Estoy viva, no he hecho ninguna estupidez y tengo trabajo.

Suelta una carcajada limpia. Mi amiga tiene la risa más bonita que haya oído nunca y tiene la capacidad de desarmar mi caparazón en segundos.

—Eres rara y también la alegría de la huerta, admítelo. —Me está retando para que le diga alguna bordería, pero no pienso picar. Por eso me quedo en silencio, reprimiendo la sonrisa que ya noto aparecer en mi cara—. Venga, Salo, paso a por ti y comemos juntas.

—Mery, es que…

—Estoy llegando, no te libras.

Sin esa insistencia, puede que no me hubiera abierto con ella tanto como lo hago. Es cabezota, no hay nada que la detenga y siempre quiere ayudar.

—Algo barato —digo entre dientes.

—Rara, tristona y, además, rácana. —Ríe de nuevo, consiguiendo que la sonrisa vuelva a mi rostro.

#AmigasInsistentes
#AlgoMePasa #RaraRara

##########

No sé cómo narices ha pasado, pero, tras la comida, hemos vuelto al lugar del crimen a tomarnos un café. Quizá lo he propuesto yo, no sé. El sitio me gusta, aunque no guardo buen recuerdo por la maldita Berta.

—¿No te ha llamado? —me vuelve a preguntar mi amiga, refiriéndose a esa traidora.

—No, ya te lo he dicho. —Ella entrecierra sus preciosos ojos azules—. ¿Qué?

—Probablemente, vaya con mucho lío estos días. Ya sabes, tiene mucho que hacer.

—Como pasearse por toda la ciudad enseñando un pedrusco, ya. —Frunzo el ceño como una cría—. Estoy esperando a que mi madre se entere, a saber qué me suelta.

Mery aprieta los labios, sabe a lo que me refiero. Mi madre puede pasarse horas hablando de lo malos que son los hombres. Que si no quieren más que carne fresca, que solo piensan con el pito —sí, ella dice *pito*—, que los machos huyen de los problemas… No voy a seguir, pero creo que puedes hacerte una idea. Imagino que ahora entiendes un poco más por qué huyo de ellos, aunque no del todo. Pero no tengo ganas de explicarte, en estos momentos, toda mi vida. Al fin y al cabo, estoy en mitad de una conversación.

—Berta me dijo que te llamaría. Lo hará, estoy segura. Entiendo que esto es un poco surrealista, pero…

—Ha pasado mucho tiempo y Miguel no es nada mío —termino por ella.

Asiente, sin atreverse a decir nada más que pueda hacerme daño. Giro la cara, evitando sus ojos, pero me encuentro con unos grises que me observan desde otra mesa.

«¿La intelectual despistada del otro día?».

No sé si está en Babia o cotilleando lo más grande. Mantengo su mirada, a la espera de que haga algún gesto que me dé una pista, pero lo que hace me descoloca aún más. Está sonriendo como una auténtica pava.

«¿De dónde ha salido esta?».

Agito la cabeza, como si fuera incapaz de creerme que alguien esté vigilando mis movimientos sin cortarse un pelo, y me topo con otros ojos oscuros, que están haciendo exactamente lo mismo.

«¡El camarero bohemio! Pero ¿qué coño pasa aquí?».

Me encabrono. Mucho.

No quiero ser una mona de feria. Mi mandíbula se aprieta, mis cejas se convierten en una y levanto la barbilla con chulería en dirección al greñudo.

—¿Te gusta lo que ves?

Él parpadea y la chica que está a su lado le da un toque en el brazo, sacándole de su ensimismamiento.

—¿Queréis algo más? —pregunta la que parece la dueña de la cafetería con una voz tan dulce que mi leona interna se aplaca.

Mery niega con la cabeza y yo me obligo a responder en un tono educado, en lugar de decirle que lo que quiero es que dejen de mirarme así, con esa curiosidad, con esa pena en sus ojos. No estoy para que me busquen las cosquillas.

Mi móvil suena encima de la mesa. El nombre que aparece en la pantalla es el de Miguel. Mi corazón da un vuelco.

—¡Te está llamando tu ex! —grita Mery, apuntando al teléfono con un dedo acusador.

—¡Virgen santa! —murmura la dueña.

—¡Hostias! —suelta la intelectual desde su mesa.

—¡Jodeeer! —exclama el camarero desde la barra.

¿Aquí todo el mundo está pendiente de mi drama?

#CotillasAPuñados
#CuandoTuExLlamaALaPuerta #SalPorLaVentana
#PutaVida

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Pero tú, con cuántas chicas has estado?

@el.abuelo.lector
El número no es lo importante, sino lo que sientes con cada una de ellas.

@k.leer
K ni lo sabes, vamos

@el.abuelo.lector
No podría decírtelo ni aunque me amenazaras de muerte.

@k.leer
Podrían ser un millón

@el.abuelo.lector
No soy Julio Iglesias, no te pases.

@k.leer
K?

@el.abuelo.lector
Joder… El padre de Enrique Iglesias, yogurín.

@k.leer
Hasta los abuelos follan más k yo

@el.abuelo.lector
Ya te llegará…

6. La Dementora

Uli

Le estoy cogiendo el tranquillo a esto, los cafés me salen de olé y mi tía ya me deja hablar con los clientes. Me encanta dar palique, hablo por los codos con cualquiera. Bueno, más bien con los que me dejan hacerlo, y eso si no me quedo embobado, claro.

La Dementora, sin embargo, no se separa de mí, aunque cada vez me sonríe más —lo que es todo un logro—. Pero me conozco y estoy empezando a crecerme.

A ver…, no es que yo sea un salido, pero llevo un mes enterito sin echar un polvo e Irene no está nada mal. ¿Que dónde se ha quedado lo de que no era «de mi estilo»? Pues en el mismo lugar donde dejo los posos del café, en la basura.

¿Quééé? ¡La tengo todo el día pegada a mi culo! ¡No soy de piedra!

—Uli, cariño… —Mi tía, al teléfono, sonríe y mueve la cabeza en dirección a una clienta, la escritora.

Doy un brinco de alegría y me acerco a la mesa con la mejor de mis sonrisas.

—Hola, ¿qué tal? —Vale, no ha sonado muy profesional. Ella me observa con detenimiento, tratando de averiguar si me conoce—. Soy Ulises, el sobrino de Lena, trabajo aquí. —Me señalo el delantal negro con ambas manos, por si necesita más pistas—. ¿Qué quieres tomar?

—Un café con leche.

Es mona y más mayor que yo —lo sé por mi tía—, aunque no lo aparenta. Pero no es su aspecto lo que hace que me quede embobado, es algo diferente, tal vez sea que me da buen rollo. A veces ocurre, ¿verdad? Conoces a alguien que desprende una energía que se lleva bien con la que desprendes tú.

Pues a mí acaba de pasarme y, sin pensármelo demasiado, me siento frente a ella.

—¿Qué escribes? —le pregunto, ignorando que acaba de pedirme un café—. Te he visto un par de tardes con el portátil. —Está sorprendida, aunque noto que no le ha molestado que la aborde. Nuestras energías se están haciendo amigas, lo percibo—. Yo también lo hago, lo de escribir, me refiero.

—Una novela. —Ladea la cabeza y me mira con complicidad.

—¡Una novela! —repito con entusiasmo—. Yo solo escribo cuentos. ¿Has escrito muchas?

—Esta es la primera.

—Qué emocionante, ¿no? —Vaya, he levantado un pelín la voz. Mi tía y la Dementora me observan. Alguna de las dos viene a meterme un paquete, fijo. Me incorporo y finjo que soy todo un profesional. Se relajan. Yo me agacho para preguntar—: ¿Qué género?

—Comedia romántica. —Sonríe.

Asiento repetidas veces y le devuelvo la sonrisa. Sé de alguien que se va a emocionar tanto como yo cuando se lo cuente. Antes de que vuelva a abrir la boca, siento unos toquecitos en el hombro.

Me van a terminar gustando, ya lo verás.

#VayaTela
#Contacto #SinTacto

###########

Irene me pide que haga cuatro cortados (dos de ellos descafeinados), dos cafés con leche (uno con leche de soja) y dos cafés solos (uno corto y otro con hielo). Me giro hacia la máquina, repitiendo la canción, y ella pasa por detrás, rozando mi espalda con sus pechos.

«¿Ha sido intencionado?».

—¿Qué haces luego? —me oigo preguntar.

«¿De dónde ha salido eso?».

Es imposible que la vea sonreír, pero sé que lo está haciendo. Son muchos años danzando el mismo baile y conozco los pasos de memoria. Desde siempre, he estado rodeado de mujeres: mi madre, mi tía, mi hermana, mis amigas y todas esas maravillosas chicas que han pasado por mi vida. Me gustan. Mucho. Me fascinan. No es solo algo físico, me siento mejor con ellas. Me fijo en su comportamiento, en lo que dicen y en lo que callan. Y bueno, como habrás podido deducir, no soy un santo. Quizá me abstraigo de más en mis fantasías, pero no soy nada idiota y uso toda esa información en mi beneficio.

Por cierto, ya no recuerdo cómo eran los cafés, aunque finjo que sí.

—Lo mismo que tú, limpiar todo esto —me responde. Y puede parecer un señor corte, pero el tono en el que lo dice me hace creer que es una dementora muy malvada que quiere jugar.

«¿Los dementores juegan?».

Comienzo a imaginar a dementores que se esconden, que hacen el pino y le dan patadas al balón. Lo que me lleva a reflexionar acerca de los malos de los cuentos y en su niñez. Veo a la Reina Malvada jugando a las cocinitas con sus manzanas, a Garfio con el barco pirata de los Playmobil y también a la madrastra de Cenicienta con *Barbie* y *Ken* en su mansión.

—¿Por? —Irene se coloca a mi lado, sin respetar la distancia personal. Está tan cerca, que si inclino el cuello podría darle un mordisco.

¿Ves cómo tenía razón? Esta chica con la coleta tirante quiere tema que te quema. Y yo acabo de ponerme muy tonto.

Carraspeo, haciéndome el interesante. Vamos, que me mantengo firme y me muestro calmado por fuera, aunque por dentro doy palmas como un bebé de dos años.

—Aquí no conozco a nadie más que a mi tía Lena. —Giro la cara hacia ella—. Me apetecía tomar una cerveza. —Irene entrecierra sus ojos. Está analizando mis intenciones, pero no las sé ni yo—. Los cafés —le digo, haciendo un movimiento de cabeza para señalar que están listos.

Creo que no he dado ni una. Sin embargo, Irene, lejos de reñirme, me dice:

—Una cerveza no puede hacer mal a nadie.

«La tengo en el bote».

Observo cómo se va hacia las mesas. Esa pose de mujer controladora encierra un misterio, y a mí los misterios me pierden. Al fin y al cabo, puedo imaginarme cientos de teorías, y, como habrás deducido, me encanta imaginar.

Pero la Dementora deja de parecerme interesante en cuanto veo a la morena del otro día, sentada junto a la pelirroja.

Me embobo.

Parece una guerrera que está harta de luchar, una chica perdida que finge no estarlo. Me pregunto cuál será su historia, qué le habrá pasado para esconderse tras esas capas de fortaleza. Me intriga. Me enternece. Me inspira.

—¿Te gusta lo que ves? —La morena clava sus ojos en los míos y no lo hace de forma amigable. Sin embargo, no reacciono. Me quedo como un pasmarote, pensando qué debe sentir.

Unos toques en el hombro me traen de vuelta a la realidad. Ni siquiera me he dado cuenta de que Irene está detrás de mí.

Mi tía se dirige hacia la mesa y me bloquea la vista, pero yo no aparto los ojos, es imposible.

—¡Te está llamando tu ex! —grita la pelirroja.

Veo a mi tía murmurar, al tiempo que a la escritora se le escapa un taco y yo suelto un «joder». No quería hacerlo, pero no he sido capaz de retenerlo. Lo que le pasa a esta chica no es ni medio normal.

Ella nos fulmina con sus ojos castaños. Se levanta con el teléfono en la mano y nos reta a que digamos algo más. Ninguno lo hace. Después, se dirige hacia la salida y responde la llamada.

—Pobrecilla —musita mi tía, que se ha ido acercando con sigilo a la barra—. A veces hay ex que duelen toda la vida. —Sabe bien de lo que habla, su corazón continúa palpitando por alguien del pasado, aunque no lo admite si no es con una copa de más. Me acerco y rodeo su cuerpo con mi brazo. Ella lo agradece dándome un beso en la mejilla—. Tus mimos lo curan todo, Uli.

«Ojalá».

A través de los ventanales, observo a la morena, que habla por teléfono. Está de espaldas y, conforme cuelga, su cuerpo comienza a agitarse.

«Está llorando».

No lo pienso. Suelto a mi tía, me dirijo hacia la puerta y me lanzo hacia ella. Solo cuando estoy apachurrándola de mala manera es cuando soy consciente de que puede sentirse incómoda con este gesto.

Lo curioso es que no se revuelve.

#ApachurramientoSorpresa
#SeMeHaIdoLaOlla
#MeVaADarBuenaHostia #VoyAMorir

7. Oso Amoroso

Salo

Me levanto y salgo de la cafetería mientras mi teléfono resuena. Una vez fuera, cojo aire y descuelgo, aunque no respondo.

—Salo… —Miguel dice mi nombre y deja escapar un suspiro.

Me quedo clavada en el sitio. Después de tanto tiempo, escuchar su voz activa algo dentro de mí. Sé lo que es y no quiero sentirlo, pero ahí está… Nostalgia.

La imagen de un Miguel con dieciséis años se cuela en mi mente. Rubio, alto y con esos ojos azules en los que me perdía horas. Era tan guapo que me quitaba el aliento. A esa edad, el físico manda, pero él era perfecto en todos los sentidos: maduro, buen estudiante, gracioso y, además, buena persona. Lo tenía todo. Por eso no debería resultarme tan raro que esté con Berta, ambos son de la misma especie.

—Salo —repite—, entiendo que todo esto te pueda resultar extraño, pero…

—¿Extraño? ¡Te vas a casar con mi amiga y ni siquiera sabía que estabais juntos! —Bien, reacciono. Él suelta otro suspiro. ¡La madre que lo parió!—. Joder, podrías haberme dado una pista en tu cumpleaños. Ya sabes un «veo a Berta», «estoy conociendo a alguien». Algo, Miguel, que hablamos por WhatsApp hace dos meses y tú ya te la estabas tirando. —Resoplo e intento controlar la parte emocional e infantil que está dirigiendo esta conversación. Pero, joder, es que ahora mismo los mataría, ¡los odio!

Sus besos eternos se cuelan entre tanto odio. También su risa, sus caricias y sus «te quiero». ¿Es posible que siga sintiendo algo por él? ¿Puede una persona querer a otra sin saberlo?

«Ay, joder».

Durante unos segundos, él permanece en silencio. Yo tiemblo, incapaz de moverme del trocito de acera que ocupo.

—Tienes razón, pero ni Berta ni yo queríamos decírtelo por teléfono. La idea era hacerlo en persona, juntos. —Una arcada amenaza con salir por mi boca. Si hubieran venido los dos, habría vomitado. Y después, la habría dejado calva a ella y eunuco a él—. ¿Sigues ahí? —Chasqueo la lengua—. Berta me convenció para hacerlo sola, pero ahora está muy preocupada por ti.

—No lo dudo —ironizo.

—Eres una de sus mejores amigas, quiere compartirlo contigo. —Compartir, ¡manda huevos! ¡Si se ha llevado a mi ex!—. Para Berta es importante que entiendas lo nuestro. —Hace una pausa en la que yo pongo los ojos en blanco, tuerzo el morro y arrugo la nariz. Todo en uno—. También es importante para mí. Hemos conseguido ser amigos, no quiero que se vaya a la mierda. —Suelto aire por la nariz de forma exagerada—. Lo mejor sería que nos viéramos, el teléfono es muy frío —me dice casi en un susurro.

Miguel susurrando me lleva a recordar las palabras bonitas que me decía mientras teníamos sexo. Aunque el sexo con él no era sexo, era amor. Inexperto, lleno de pruebas, dulce y apasionado. Nada comparable con lo que tengo ahora.

«Mierda».

—¿Te parece bien?

No. Es un error, lo sé. Mis barreras se están viniendo abajo, el nudo del pecho está subiendo a la garganta y mis ojos se están humedeciendo.

—Un café, mañana. —Me giro hacia la cafetería para ver cómo se llama. Soy gilipollas, pero estoy tan bloqueada que no se me ocurre otro sitio—. En Somos Instantes, que te diga Berta dónde está. —Y cuelgo sin darle opción a réplica.

Respiro hondo y me doy permiso para dejarme llevar. No suelo hacerlo, no permito que las emociones me arrastren. Yo mantengo a raya la lava de mi puto volcán, porque si no lo hago, erupciono. Pero necesito llorar, no comprendo el motivo y tengo más preguntas que respuestas, pero ya habrá tiempo de darle un sentido a todo esto.

Las lágrimas retenidas brotan. El nudo sale en forma de ruido agudo. Mi pecho y mis hombros se agitan. Y, de pronto, alguien me abraza por detrás. Primero, pienso que es Mery. Después, no pienso, tan solo me dejo acunar por esos brazos que me sostienen.

#QuiénCoñoMeAbraza
#NoQuiero #OSí

###########

—Ya. —No sé cuánto tiempo ha pasado, pero, aunque este abrazo me hace sentir bien, empiezo a ser consciente de que esto no es normal—. Ya —repito—, ya vale.

Quien sea que tengo detrás obedece y los brazos que me rodean me sueltan. No es Mery, de eso estoy segura. Ella es más menuda y, además, está el pequeño detallito de que tiene pechos que, aunque no sean muy grandes, se notan.

Me giro poco a poco, sin saber qué me voy a encontrar y, cuando por fin veo de quién se trata, el asombro —o el susto— es digno de grabarse.

«¡El camarero! ¡No me jodas!».

Noto que empiezo a fruncir el ceño. El camarero me mira con ternura, culpabilidad y también algo de miedo. Ante esa reacción, mi bordería responde mirándolo de arriba abajo.

Es la primera vez que lo tengo tan cerca. Es alto y está en forma. No tiene pinta de ser un chico de gimnasio, ese rollo bohemio que desprende me dice que es más de hacer deporte cuando le apetece. Además es guapo, tiene una cara dulce pero masculina, aunque no parece esforzarse demasiado en su aspecto. El pelo rizado, castaño y un poco largo de más, va a su aire. Me apuesto lo que quieras que este es de los que se ponen una bandana en la cabeza a la mínima oportunidad.

No está nada mal, es muy mono y acaba de demostrarme que es un tío sensible, por eso no le atizo.

Sus ojos castaños no han dejado de observarme mientras le daba el repaso y siguen haciéndolo ahora de una forma intensa, como si quisiera meterse dentro de mi cabeza.

Debería decir algo. Este silencio es aún más raro que su abrazo y la forma en la que me mira me está poniendo nerviosita perdida.

Me limpio los restos de lágrimas de la cara y lo enfrento:

—¿Vas por la vida repartiendo amor?

Parpadea. Hace un esbozo de sonrisa.

—A veces. —Se encoge de hombros.

«¿Me está vacilando?».

—No se puede ir por ahí abrazando a la gente.

—¿Por qué?

«Sí, me está vacilando».

—Porque no.

«Joder, es de cajón».

—Lo necesitabas. —Ahora sonríe en plan bonachón.

—Nadie te lo ha pedido.

—Pero lo necesitabas.

—Tienes complejo de oso amoroso, es eso. —Le miro desafiante.

Sí, estoy siendo una borde. Mis emociones están descontroladas y detesto que me haya visto en un momento vulnerable. No quiero parecer una niña que necesita su protección, yo soy una tía dura.

—Oso amoroso —repite embobado. Se cruza de brazos. Es guapo, pero un poco tonto—. ¿Esos no eran a los que les salían arcoíris por el pecho? —¿Me lo está preguntando en serio? No soy capaz de responder, le miro como si fuera de otro planeta—. Una referencia muy de los ochenta… Pero si la cosa va de personajes de ficción, creo que preferiría ser un superhéroe del pueblo, como Spiderman. —Se ríe.

Estoy flipando.

—Spiderman. —Ahora la que parezco tonta soy yo—. El Hombre Araña no va por las calles abrazando a desconocidos.

—Eso no es cierto —me rebate—. Se pasa el día abrazando a la gente y llevándolos a dar paseos por los aires.

—Los rescata, no los achucha. —¿Por qué coño estoy entrando al trapo?

—Me gusta más mi versión. —Alza las cejas.

—Tu versión no se ajusta a la realidad.

—Soy creativo. —Vuelve a sonreír.

—No hace falta que lo jures.

—¿Estás mejor?

Lo cierto es que sí. He dejado de pensar en todo el drama de Miguel y ahora tengo la cabeza llenita de osos amorosos y de superhéroes que abrazan.

Asiento, confundida.

—Voy a entrar —me informa—. Tengo que trabajar. Quédate un rato o entra conmigo, lo que necesites. Pero si te veo llorar, volveré. —Me mira con guasa—. Espero que no me pegues. —Se da la vuelta, da unos pasos y abre la puerta. Pero antes de entrar, me pregunta—: ¿Y tú, qué personaje serías?

«¿Qué?».

Suelta una carcajada y entra a la cafetería, dejándome clavada en el sitio. Acabo de darme cuenta de que no es tonto, tiene la cabeza muy bien amueblada. Es de esa clase de tíos que he estado evitando durante mucho tiempo, de los peligrosos. Será mejor no venir mucho por este sitio.

«Has quedado mañana con Miguel aquí».

«¡Joder!».

Busco en mi bolso un cigarro y me lo llevo a la boca. Necesito unos minutos para centrarme y recuperar el control.

—¿Estás bien? —La cabeza de Mery se asoma por la puerta del local. Su melena pelirroja cae por encima de sus hombros y sus ojos azules me observan interrogantes.

«Esa es la pregunta. ¿Lo estoy?».

#Flipando #TodoEsRaro
#SpidermanAbraza #CamareroPeligroso


Somos Insta

8. Amante de las causas perdidas

Uli

Me acabo de jugar la vida por un impulso. Tenía ganas de arrearme, lo he visto en sus ojos, y no tengo ni idea de cómo me he librado. Tampoco de por qué me he venido arriba. ¿Le he hablado de Spiderman? Zarandeo la cabeza y un mechón se me mete en el ojo. Tengo que hacerme con una bandana molona para que no me pase más.

—¿Está bien? —me pregunta mi tía al llegar a la barra.

Sopeso la respuesta.

—Ya no llora, pero bien no está.

—Uli, siempre serás un amante de las causas perdidas. —Me besa en la mejilla.

«Sí, eso parece».

Me giro y veo a la morena encenderse un pitillo. Esta chica va de dura por la vida, pero no lo es. Si fuera un personaje ficticio sería Catwoman… O quizá la princesa Leia.

Y sí, acabo de quedarme mirando a la nada imaginando a esa chica con un traje de cuero muy ajustado y dos ensaimadas en la cabeza. Le quedaba bien.

—Ulises, la mesa cuatro. —Irene me da unos suaves toquecitos en el hombro. ¿Soy yo o cada vez lo hace con más cariño?

Le guiño el ojo con descaro y ella me devuelve una sonrisita traviesa. Me apuesto lo que quieras a que la cerveza nos la tomamos hoy mismo. Cuento las mesas, porque no tengo ni idea de cuál es la mesa cuatro, y, casualidades de la vida, es justo la de la escritora. Sonrío por tener una nueva oportunidad de hablar con ella y me acuerdo de que no he enviado el mensaje que quería mandar. Saco el móvil del bolsillo y tecleo:

@el.abuelo.lector
Hoy he conocido a una escritora.
Y lo mejor es que escribe esas novelas que te gustan a ti.

Ya, no soy un abuelo. Me hice la cuenta el día que cumplí los treinta y me sentía mayor. ¿Que por qué mi foto de perfil es el abuelo de *Up*? Porque me encanta esa película, la he visto doscientas veces y siempre lloro al principio.

¿Quéééé? ¡Es imposible no hacerlo!

Los hombres también lloramos y nos emocionamos. Y si estás pensando que soy un blando por hacerlo, háztelo mirar, porque tienes prejuicios sexistas.

@_romantic.books
¿Y cómo se llama?

@el.abuelo.lector

Pues… No me lo ha dicho, pero se lo preguntaré.

Me pongo en marcha hacia su mesa mientras pienso en mi amiga de Bookstagram. No la conozco, ni siquiera puedo ponerle cara, porque su foto de perfil es un dibujo. Nos llevamos bien, es muy maja y está obsesionada con las novelas romanticonas. Por cómo habla de ellas y del amor en general, me da la impresión de que es muy joven. Y, por favor, no me vengas con historias de mente sucia. Es una chiquilla y la veo como tal, como una amiga y punto.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto a la escritora conforme llego hasta ella. He sido tan brusco que le dado un susto monumental. ¡Menudo brinco!

—Eva —me responde, confusa.

—Es para comprarte el libro —le explico.

—Pero no está escrito.

—Cuando lo esté.

—Lo escribiré bajo seudónimo. —Sonríe de forma forzada—. Voy a hablar de Mordor, mi antiguo trabajo, y no quiero que me pillen.

—Ah… —Le devuelvo la sonrisa—. ¿Y cómo te llamarás?

—Lo estoy pensando.

—¿Por qué no usas tu nombre? —Quizá estoy preguntando de más, pero me parece que aquí hay una historia interesante. Ella sonríe de nuevo y sus ojos grises brillan con picardía.

—No voy a contarte mis secretos así como así. —Y me da la impresión de que es una broma privada que jamás entenderé.

Su teléfono suena y se le ilumina la cara. Es despistada y algo rara, pero se nota que es feliz. Me cae bien, me cae muy bien.

Eva responde la llamada y doy unos pasos hacia atrás para darle un poco de intimidad. ¿Tenía que hacer algo? Me da la risa, soy un caso. Me giro para preguntarle a Irene, pero en cuanto lo hago, me doy de bruces con la morena.

—¿Tú otra vez? —me pregunta indignada.

Se me escapa una carcajada.

—Esta vez creo que has sido tú la que se ha chocado conmigo. Y, además, yo lo he hecho con más cariño. —Me obligo a no quedarme en Babia mirándola. Tiene una belleza animal, como Ava Gardner. No le hace falta arreglarse demasiado ni usar maquillaje para llamar la atención—. ¿Ya sabes qué personaje serías? —Me estoy ganando una leche, en cualquier momento estirará el brazo y me dará un capón.

—No. —El entrecejo fruncido se relaja.

«Yo sí».

—Sigue pensando.

Sonrío, doy un paso hacia el lateral y avanzo con el culo prieto. He atontado a la leona, pero mejor huir antes de que se despierte.

Cuando llego a la barra, Irene me observa con cara de pocos amigos. La entiendo. Soy un desastre. Me ha visto abrazar a una chica porque sí y, después, vacilar con ella. Lo de desastre viene de serie, pero lo otro no es nada de lo que está pensando. O eso creo. No soy un santo, pero con las mujeres voy de una en una.

—¿Sigue en pie esa cerveza? —pregunto, zalamero.

Como respuesta, me lanza una mirada que me provoca un escalofrío muy poco placentero.

«Va a ser que no».

#CagadaMáxima

#DementoraCabreada #PorLeonaFuriosa

Conversaciones nocturnas

@_romantic.books
¿Cómo sabe uno si está enamorado?

@el.abuelo.lector
¡Qué pregunta tan profunda, Romantic!
Creo que simplemente se sabe, como cuando tienes hambre.

@_romantic.books
¿Y si tienes dudas de lo que sientes?

@el.abuelo.lector
Entonces, no es amor, es otra cosa.
El amor alivia como la luz del sol tras la lluvia.
(O eso decía Shakespeare).

@_romantic.books
Ah…

@el.abuelo.lector
Solo es una frase bonita.
El amor tiene muchas caras, no aparece igual con una persona o con otra, pero siempre se sabe.
Es como una verdad ineludible, algo a lo que no puedes negarte.
Aunque, Romantic, yo soy de los que piensan que hay tantas versiones del amor como personas en el mundo.
Tendrás que encontrar la tuya.

@_romantic.books
Me he quedado igual que estaba.

@el.abuelo.lector
Vaya… Lo siento.

9. Maléfica

Salo

Si fuera un personaje ficticio, ¿quién sería? Estoy tirada en mi diminuta cama, pero no dejo de darle vueltas a esa estúpida pregunta. Me gustaría ser una protagonista valiente, pero, con lo borde que puedo llegar a ser, seguro que sería una villana.

«Serías Maléfica».

«Eso creo… Pero la versión de Angelina Jolie».

«No eres Angelina Jolie».

«Ni quiero serlo, le robó el marido a Jennifer Aniston y ahora soy muy fan de Rachel Green».

El sonido de la notificación del WhatsApp me saca de mis extraños pensamientos y logra que deje de tener la mirada perdida en el *collage* que tengo colgado en la pared. Lo hice yo, un día que me dio por creerme artista o algo así. Alargo el brazo y, cuando veo quién me escribe, pongo los ojos en blanco.

Miguel
¿A las cuatro te va bien?

«¿Para hablar de tu boda y de que me convenzas para ir? No, no me va bien».

Debería decírselo, sin embargo, acepto, porque debo de ser gilipollas o masoca o yo qué sé. O tal vez porque necesito verlo y ponerme a prueba para comprobar qué siento. Esa repentina nostalgia me ha dejado muy descolocada. ¿Es normal? ¿Le pasa a todo el mundo cuando su ex se casa? Tal vez sí. A fin de cuentas, es un camino que se corta de forma definitiva y todos nos hacemos preguntas cuando sabemos que es el final de algo, ¿no?

«¿Qué pasa si aún le quiero?».

Sería una putada. Una enorme. Llevo doce años huyendo del amor y, si resultase que sigo enamorada de Miguel, no habría palabras para describir lo gilipollas que soy.

«No estoy enamorada, no lo estoy. Eso se sabe».

Las cosquillas, la risa tonta, la alegría… Yo lo que siento es tristeza o rabia.

«Aunque, cuando el amor no es correspondido, duele».

No, no puede ser. He leído mil novelas acerca de amores que duran años, amores que ni siquiera los propios protagonistas admiten, pero solo son historias, no es real. Es imposible.

La duda se instala en mi cabeza y trato de desmenuzar mis sentimientos en vano. Estoy demasiado confusa. La única idea que vuelve una y otra vez es que Miguel va a casarse con Berta, serán felices por siempre jamás y yo me quedaré sola para los restos.

«Me estoy poniendo dramática. ¡Como si no existieran los divorcios!».

Sonrío y la sonrisa me dura los mismos segundos que tardo en darme cuenta de que Berta no va a permitir nunca el divorcio.

«Un divorcio que, además, te estás inventando».

Me doy la razón a mí misma. No estoy bien, este es el gesto definitivo. Se me está yendo la pinza a una velocidad considerable.

—¿Qué hace mi chica bonita? —Mi abuela se asoma por la puerta de la habitación y me observa con sus ojillos curiosos.

Me incorporo y le sonrío. Ella entra al cuarto con pasitos cortos, se sienta a mi lado en la cama y me mira con cariño.

—¿Mi chica está triste? —Finjo como el culo, está claro.

—Estoy bien, abuela. —Esta vez, sonrío tan fuerte que noto mis ojos achinarse. Los suyos, en cambio, se entrecierran con sospecha.

—Algo te pasa, a mí no me engañas. ¿Tú sabes que el diablo sabe más por viejo que por diablo? —Hace una pausa, a la espera de que yo asienta. Lo hago y ella se da por satisfecha—. Pues eso, que no se te olvide. Yo sé muchas cosas.

La miro desafiante y me devuelve la misma mirada. Permanecemos así unos segundos, a cual más payasa, esperando que la otra diga algo más. Ella es la primera en soltar una carcajada, tiene la risa fácil, y a mí me la contagia.

La risa de una abuela es de los mejores sonidos que existen y la de la mía siempre consigue animarme.

—Abuela, tú sabes latín.

—No soy tan vieja como para dominarlo.

Volvemos a reír, pero la voz de mi madre llamando a la mesa nos interrumpe. Mi abuela palmea mis piernas, como una señal para indicar que la tontería se ha acabado, y me levanto de un salto para ayudarla a que se incorpore.

—¡Ay, mi chica! —me dice—. ¿Sabes lo que te quiero?

—Mucho, mucho, como la trucha al trucho.

—Como la trucha al trucho —repite mientras inicia el paso hacia la cocina, apoyada en mi brazo—. Y no me gusta verte así, Salomé. Eres joven, lista y bonita, aunque la belleza me la debes a mí. —Me mira de reojo, sonríe juguetona y vuelve a su pose seria. Es una teatrera—. Tienes un techo donde dormir, un trabajo, familia y amigos. Lo único que te falta es un novio, pero no es motivo para estar triste, ya llegará. Y si no llega, tampoco pasa nada. Mírame a mí, viuda y disfrutando todo lo que puedo. O mira a tu madre… —Tuerzo el gesto y mi abuela se ríe, la muy cabrona.

—No quiero ser como ella —le digo en voz baja. Mi abuela me hace un gesto que viene a significar que eso depende de mí.

Y aquí debería puntualizar que quiero a mi madre, y mucho, aunque nuestra relación es complicada. Los motivos no son originales y no quiero aburrirte ahora contándote este drama. Ya habrá tiempo, lo prometo. La cuestión es que acabo de darme cuenta de que estoy siguiendo sus pasos y, si no quiero convertirme en su clon, más me vale hacer algo.

#AbuelasCabronas
#MaléficaConfusa #IntensaQuePiensa

10. Hache

Darío

Estoy detrás de una columna, escondido de mala manera, y miro a un par de chicas en la calle. Pero no soy un acosador, lo juro.

No es lo que parece. O tal vez sí, pero no en plan mal.

La castaña de pelo largo y cara de duendecilla es Vero, la chica que me gusta. La rubia es su amiga, Jaime va detrás de ella porque tiene unos buenos melones, pero a mí me da igual su talla de sujetador. Lo mismo eso es el amor, ignorar a las tías buenas y tener ojos solo para una.

Estoy intentando aprender acerca de este tema (me refiero al amor). Mi amiga, @_romantic.books, me recomienda libros y yo los leo. Tengo suerte, porque mi madre es de las que compra ese tipo de novelas. Fijo que, si se conocieran, se caerían bien.

Sonrío al imaginarlas juntas, riéndose. A la Tita Romantic la visualizo de espaldas, como el dibujo de su perfil, y mi madre está como antes, sana y con energía.

Pero no quiero pensar en eso, me da bajón.

Vuelvo a mirar a Vero, porque hacerlo me devuelve la alegría. Además, me produce cosquillas. Jaime dice que él también siente esas cosquillas cada vez que quiere tirarse a una chica, aunque lo más probable es que las suyas y las mías sean distintas.

Me observo en el reflejo del escaparate que tengo a mi izquierda. Voy en chándal y tengo el pelo ondulado enmarañado. No es mi mejor versión, pero quiero acercarme.

Cojo aire y comienzo a avanzar hacia ella.

«Actúa como Mario Casas».

Es lo que me dice la Tita Romantic, que tengo que ir de duro, que eso es lo que les gusta a las chicas de mi edad. Ella sabe mucho y yo quiero aprender, así que lo intento, aunque no me parezco en nada al actor. ¡Ya me gustaría! Compartimos el color oscuro de pelo, pero hasta ahí las coincidencias. Yo soy un poco tirillas y él es como un armario.

Ando como Mario Casas, me acerco como Mario Casas y levanto la barbilla como Mario Casas. He visto *A tres metros sobre el cielo* más veces de las permitidas para un adolescente, debería salirme bien.

—Ey… —digo un poco más titubeante que Hache, el prota de la peli en cuestión. Vero y su amiga me saludan con un «hola» y sonríen. Creo que estoy sudando—. ¿Qué tal, chicas?

—Aquí, hablando —me responde la tetona.

Mierda, no me he preparado nada y ellas están esperando a que sea yo el que lleve la iniciativa. Los tres nos miramos las caras durante un minuto entero, que a mí me parece una hora. Quiero que la tierra se abra bajo mis pies o que un ser divino me otorgue el don de la palabra, pero no va a ocurrir.

Está claro, mi pose de duro se está yendo a la mierda a la velocidad de la luz.

—Ya… —digo, porque no tengo ni puta idea de por dónde salir—. Yo voy de vuelta a casa.

—No te vemos mucho últimamente. —Vero se ha dado cuenta de que no salgo apenas. Se me acaba de parar el corazón—. ¿Dónde te metes?

Me coloco un mechón de pelo tras la oreja, nervioso. No me gustan las mentiras, pero no quiero que me mire con lástima.

—Mi madre necesita ayuda en casa, con mi hermana y eso.

—Qué bonito, Darío. —Sonríe.

—Es lo normal, ¿no? Cuando quieres a alguien, le ayudas.

—Pero no todo el mundo lo hace. —Sus ojos se enredan con los míos y dejo de respirar. Quiero decir algo más, algo que la impresione, pero no se me ocurre NADA.

—Vero, vamos a llegar tarde. —Su amiga le tira del brazo—. Hemos quedado con los chicos —insiste.

Ella asiente y me dedica una última mirada.

—Nos vemos.

«Yo te veo».

Le guiño el ojo a lo canalla y rezo porque me haya salido bien. Ellas se despiden y oigo sus risas cuando se alejan. No sé qué ha pasado, pero siento que floto y que tengo una estúpida sonrisa en la cara. ¿Esto es el amor?

#EstrategiaMarioCasas #Hache
#AmorAdolescente #HormonasATope
#MeHaMirado #HeHabladoConElla

############

@_romantic.books
Si fueras un personaje ficticio, ¿quién serías?

La pregunta de la Tita me pilla haciendo la cena y me saca una sonrisa. Esta chica sabe cuándo debe aparecer. El día se ha torcido desde que he visto a Vero. Mamá sigue sin encontrarse bien, no tiene buen color y está cansada todo el tiempo. Ana, mi hermana, que solo tiene seis años, da por saco lo más grande y ya no sé qué hacer para entretenerla. Y yo, que debería estar disfrutando de mis vacaciones, estoy de amo de casa, enfermero y canguro.

Estoy cabreado. No quiero estarlo, porque mi madre se siente culpable. No lo dice, pero se lo noto en cómo me habla, con cuidado, como si pisara un suelo lleno de cristales. Y, entonces, el que se siente culpable soy yo y termino enfadado y creyendo que soy un asco de hijo.

Lo de cocinar tampoco ayuda a que mejore mi humor. Se me da fatal, no hago bien ni unos tristes huevos fritos. Calcino comida, eso es lo que hago. Y trato de esforzarme porque quiero que mi madre coma, se tiene que poner fuerte, pero me salen unas cosas… No son comestibles, dan mucho asco.

Además, después de ver a Vero, la he cagado. La he buscado en Instagram, le he dado al botón de «seguir» —desde mi perfil personal, no el de los libros— y ella aún no ha aceptado mi solicitud. Si pudiera hacer vida normal, podría hacerme el encontradizo, tratar de coincidir con ella más veces… Pero sin posibilidad de vernos, mis esperanzas se reducen a cero.

En fin, que me he venido arriba y me he dado una hostia de realidad. No le gusto, ni siquiera le intereso. La estrategia de actuar como Mario Casas ha salido como el culo, pero es normal, yo no estoy tan bueno. Seguro que ese hombre está harto de follar.

«¿Se puede hartar uno de follar?».

¡Creo que no lo averiguaré nunca!

@k.leer
Si pudiera elegir, sería Hache

@_romantic.books
Buena elección, Babosilla.

Dejo el móvil en la encimera de granito y me concentro en los fuegos. Hoy toca pasta y he visto un tutorial en Internet. Parecía fácil, ahora a ver cómo sale.

—Voy a hablar con tu padre —dice mamá, sentada junto a la mesa blanca de nuestra pequeña cocina. Me giro un segundo para ver su cara. Está pálida, tiene el pelo sucio y sus ojos, igual de verdes que los míos, transmiten cansancio. Me mira esperando a que le diga algo, pero no sé qué —. Necesitamos ayuda, Darío —musita.

«Soy un puto inútil».

—Puedo hacerlo mejor. —Mi voz suena poco segura.

—No se trata de eso. —Niega con la cabeza—. Esto parecía temporal, pero…

El ruido del agua en ebullición me hace volver la vista justo a tiempo de no ver a mi madre derrumbarse. No estoy preparado para esto, necesito tiempo para reaccionar. No puedo llorar.

—Si quieres, puedo llamar yo a papá. —La oigo reprimir el llanto y finjo que no está ocurriendo—. O al tío, a los abuelos…

—No. —Se recompone—. Quiero hacerlo. Tu padre y yo prometimos que seguiríamos siendo familia, a pesar del divorcio, y llevo demasiado tiempo diciendo que todo está controlado cuando no lo está.

—Ya. —No me atrevo a volver a girarme, porque mi barbilla está temblando. Esto es real, no es una tontería.

—¿Otra vez cocina Darío? —Mi hermana patalea en la puerta y agradezco la interrupción—. Mamá, ¿por qué no lo haces tú? ¡Tengo hambre!

—Darío está aprendiendo —responde, cambiando su tono de voz a uno más alegre. Ana es demasiado pequeña para darse cuenta de que está fingiendo—. Cuando seas mayor, te enseñaré a ti también.

Cierro los ojos con fuerza. Me da terror que no pueda cumplir esa promesa.

—No le enseñas bien —le suelta la muy deslenguada.

Mamá se ríe, y oír su risa logra que el aire vuelva a mis pulmones. Es imposible que a alguien que se ríe así pueda ocurrirle nada malo.

—Hoy cenamos espaguetis. —Me vuelvo hacia la enana y agito el paquete frente a su cara llena de pecas. Ella me mira muy seria—. ¿No te gustan?

—Si los haces tú, creo que no.

—Pues que sepas que me van a salir riquísimos, pero, si lo prefieres, puedes comer las sobras de la comida. —Ella se aterra y lo entiendo. La carne a la plancha estaba tiesa y la verdura, insípida.

Mamá suelta una carcajada y yo dejo escapar otra mientras Ana niega una y otra vez. Es entonces cuando mi móvil vuelve a sonar con una notificación. Lo cojo y lo miro, esperando que sea de nuevo la Tita Romantic, pero el pulso se me acelera cuando veo quién me escribe: mi Vero.

Solo es un «hola», pero es el «hola» más bonito del mundo, porque trae de nuevo la esperanza a mi corazón adolescente.

#QuéRespondo #QuéNervios

#MarioCasasEsElPutoAmo
#TodoVaASalirBien #TieneQueSalirBien

11. Error 404

Salo

Miguel se retrasa, quizá sea de los pocos defectos que tiene, su impuntualidad extrema. Llevo ya diez largos minutos sentada en esta mesa y, como viene siendo habitual, tengo varios ojos observándome con disimulo. El camarero que abraza, la dueña y la intelectual despistada hacen turnos para mirarme. ¡Hasta la de la coleta tirante me vigila! Soy la atracción de esta cafetería, pero no me extraña, les estoy dando un buen espectáculo.

Ya me vale, me lo podría haber ahorrado si anoche se me hubiera ocurrido cambiar el lugar de encuentro. Pero no, preferí entrar en un bucle mental del que aún tengo resaca.

No pasa nada, pienso quitarme las tonterías de golpe, como las tiritas. Miguel vendrá, tendremos una conversación incómoda y me daré cuenta de que todo esto es una rayada. Después, seguiré con mi vida y fin del drama. Asiento y me doy la razón a mí misma.

«¡Lo estoy haciendo otra vez!».

Miro a mi alrededor con disimulo para ver si alguien se ha dado cuenta de que estoy hablando sola. La dueña está con un cliente, la intelectual teclea concentrada en su pantalla, la de la coleta prepara los cafés y el camarero se está riendo mientras mira al suelo. Me estiro en la silla y le dedico una mirada gélida. Él la evita y se da media vuelta.

Por cierto, hoy lleva una bandana en el pelo. Te lo dije, sabía que era de esos. Y no le queda mal, se le ve más la cara.

Hoy me ha atendido la de la coleta y me he llevado un chasco, lo reconozco. Quería contestar a su estúpida pregunta y zanjar el tema, porque si no, cada vez que me lo encuentre, me mirará con esos ojillos castaños esperando que le responda qué personaje ficticio sería. Lo intuyo, no se va a rendir.

Saco mi móvil del bolso. Tengo varios wasaps, todos de Mery. Ha estado escribiéndome desde primera hora de la mañana y me ha hecho prometer que la llamaría al terminar la charla con Miguel. Su «¿qué tal?» en la pantalla consigue ponerme más nerviosa. La ignoro, sintiéndome una pésima amiga, y entro en Instagram, donde me encuentro con varios mensajes del grupo que tengo con el Abuelo y Babosilla.

Los tres hemos leído la misma novela —romántica, me tocaba elegir a mí— y han comenzado un debate sobre la misma. Lo ojeo y sonrío. El adolescente está tomando notas de lo que nos gusta escuchar a las chicas. El Abuelo le dice que no se fíe de este tipo de novelas, que todo es mentira, y que, si se le ocurre repetir alguna de las frases que aparecen en los libros, pensarán que es un pirado. No le falta razón. No estamos acostumbrados a hablar de verdad acerca de nuestros sentimientos. Si nos dicen que nos quieren sin venir a cuento, nos asustan.

@el.abuelo.lector
Soy de los que piensan que el amor debería ser fácil, tiene que fluir.

@_romantic.books

Y yo creo que valoramos más lo que nos cuesta conseguir.

@k.leer
Entonces, a las chicas les gusta k los chicos se lo pongamos difícil o k se lo pongamos fácil? Necesito instrucciones claras

@_romantic.books
Difícil.

@el.abuelo.lector
Fácil.

@k.leer
Así no me ayudáis

—Perdón por el retraso. —La voz grave de Miguel consigue que levante la vista de la pantalla.

Madre mía, está buenísimo, mucho más que la última vez que lo vi, que fue…

«¿Cuándo fue? ¿Hace un año?».

Pues se ha machacado en el gimnasio o ha tomado anabolizantes, porque antes no tenía esos brazos con los que podría partir nueces ni ese torso que parece sacado de un puto anuncio de perfume.

La camiseta azul, a juego con sus ojos, se le pega de tal manera al cuerpo que dan ganas de acercarse para ver si es real. Los vaqueros apretados están llamando a gritos a mis ojos para que le miren el paquete. Sí, no he estado muy fina, pero ¿cómo quieres que lo llame? Ese pelo rubio, ligeramente oscurecido por el paso de los años, parece tan sedoso como los del pelo Pantene. Y sus labios jugosos están gritando «cómeme».

Quiero decir algo, pero estoy embobada.

«Esto ha sido una malísima idea».

Miguel se aproxima para darme dos besos. Me incorporo y me acerco a él. Pero hacerlo y que más recuerdos vengan a mi mente es todo en uno.

Miguel acostado a mi lado en la acampada que hicimos con las chicas. Miguel besándome lento, como solo los adolescentes hacen. Miguel abrazándome el día que todo ocurrió, susurrando que saldría bien.

El olfato es el más cabrón de los sentidos, está ligado a la memoria, y él ha podido cambiar su perfume, pero no su olor corporal.

—Hacía mucho tiempo —murmuro.

—Mucho. —¿Podría no mirarme con esa intensidad y ayudarme un poquito?—. Te sienta bien el pelo corto.

Mi primera reacción es tocármelo, como si quisiera comprobar que sigue estando ahí. La segunda es el deseo de que él me lo toque.

«Esto no va bien».

—Gracias. Y a ti te sienta bien… —*«¿Todo?».* Carraspeo como una anciana, le miro de arriba abajo y entro en bloqueo mental porque no sé cómo continuar la frase—. La camiseta.

Miguel se la mira (la camiseta, joder) y entrecierra los ojos. Yo le imito fingiendo interés.

Una risita nos saca a los dos de este momento tan absurdo. Una risita que no me hace ni puta gracia escuchar.

—Perdón —interrumpe el camarero—. ¿Qué vas a tomar? —Se dirige a Miguel, pero me mira

de reojo.

—¿Tenéis alcohol? —El camarero asiente—. Si puede ser, un *gin and tonic*. —Y lo pronuncia rollo inglés, dejándonos a cuadros al de la bandana y a mí.

—Que sean dos.

El camarero sonríe y se va, pero escucho a la perfección la carcajada que deja escapar al irse.

—¿Qué tal? —pregunta Miguel de forma cordial.

«Pues es muy probable que esté sufriendo una crisis existencial. En este preciso instante, una parte de mí te arrancaría la ropa y te enseñaría lo que he aprendido durante estos años. La otra lo que quiere arrancarte es la piel y a tiras. No sé si estoy enloqueciendo o si, simplemente, no me conozco lo suficiente, así que creo que todo va de puta pena».

—Como siempre —respondo—. ¿Y tus padres?

—A puntito de la jubilación, planeando todos los viajes que van a hacer. ¿Y tu madre?

—Igual. —Me quedo en silencio. Me estoy luciendo. He aceptado quedar con mi ex para tener una insípida charla de ascensor.

Miguel sonríe. Y, joder, qué sonrisa. Ella sola podría ser la responsable del calentamiento global.

«Estoy perdida».

Giro la cabeza hacia la derecha para desviar la vista y mis ojos se encuentran con la intelectual despistada que, literalmente, tiene cara de flipada. Ha dejado el teclado para más tarde —ya si eso—, y está en la inopia. No me mira a mí, que conste, sino a mi acompañante, así que deduzco que es muy tarde para ella: ha caído en el embrujo del hombre perfecto.

Pongo los ojos en blanco y giro la cabeza hacia la izquierda, en dirección a la barra. ¡No me lo puedo creer! La dueña del local y la camarera han dejado de trabajar y observan a Miguel con adoración.

«¡Qué poca sororidad!».

En un barrido, analizo al resto de la clientela. Es más de lo mismo y da igual el sexo, todos le miran hipnotizados. El único que no parece haber caído en el encantamiento del príncipe azul es el camarero de la bandana, que ahora mismo viene hacia nosotros con una sonrisita.

—*Tuuu yin an taaaniks* —dice imitando el acento de mi ex mientras hace verdaderos esfuerzos por mantener la bandeja en equilibrio.

—*Thanks* —responde Miguel.

El camarero deja las bebidas en la mesa y, en vez de irse, abraza la bandeja y le mira con curiosidad.

—Tú no vives aquí, ¿verdad?

—No, vivo en Londres.

—¿Eres actor? —Miguel se ríe y niega con la cabeza—. ¿Modelo?

«¿Esto está pasando?».

—No, qué va.

—Te lo deben decir constantemente. —Se limpia una de las manos en su delantal negro y extiende el brazo a modo de saludo—. Soy Ulises.

Miguel estrecha su mano y se presenta. Lo confieso, estoy fascinada con la escena.

—Esa de ahí atrás es mi tía Lena. —Señala con la barbilla a la dueña del local, que está poniéndose roja a más no poder—. ¿Te importaría acercarte y saludarla?

Ahora sí que estoy flipando.

Miguel también enrojece, pero accede y se incorpora. Los dos se dirigen hacia la barra e inician una conversación que no oigo, aunque, a estas alturas, me muero por escuchar.

¿Estás viendo cómo se mueven todas esas cabezas, siguiendo sus pasos? ¡Es como si Chris Hemsworth estuviera en esta cafetería! Ahora mismo, toda la atención del local se centra en la barra, en cómo mi ex besa a la dueña. Pero no se queda ahí, no, la de la coleta también se suma y, segundos después, veo a una clienta acercarse y plantarle otro par de besos.

«¡Increíble!».

La campanilla de la entrada de la cafetería suena y soy la única que mira al cliente que entra, pero claro, es que el resto están bastante entretenidos con el espectáculo de la barra. Es un adolescente de pelo ondulado y ojos verdes, que se dirige a la mesa de la intelectual despistada y le da un susto del carajo, con brinco y gritito incluido. Me recuerda a mi Babosilla.

«Mierda… No le he preguntado por su madre».

Agarro el móvil y me olvido de mi drama.

@_romantic.books
¿Cómo van las cosas en casa?

@k.leer
Mamá kiere k pidamos ayuda, pero ahora no puedo hablar
Luego, vale?

—¿Cómo estás? —El camarero se sienta frente a mí, ocupando el sitio de Miguel, que sigue en la barra—. Este es el que se casa con tu amiga, ¿no? Tu ex. —Ya no tiene esa sonrisita estúpida en los labios y me mira con ternura.

Este hombre no hace más que aparecer en los momentos en los que estoy sobrepasada. Tengo ganas de mandarlo a la mierda, de hecho estoy a punto de hacerlo; sin embargo, me oigo responder algo muy distinto:

—No sé cómo estoy. Y sí, es él.

«¿Por qué le he dicho eso?».

Me pongo tiesa en la silla y muestro indiferencia. No quiero que perciba mi debilidad.

—¿Y crees que esto es una buena idea? Tienes pinta de estar bastante confundida. También triste. —Frunzo el ceño y él alza las cejas—. Me he pasado, lo siento. Te juro que no lo digo para ofenderte, es solo que tu ex podría gustarme hasta a mí… Imagino que tenerlo delante te hace recordar muchas cosas.

—Ni se te ocurra abrazarme —le amenazo adelantándome a sus intenciones.

—Te sentaría bien. Mi tía asegura que mis mimos lo curan todo. Además, recuerda que soy Spiderman disfrazado de camarero, tengo una misión que cumplir.

—Tú flipas muchísimo.

—Es mi superpoder.

—¿En serio? —pregunto con sorna.

—Y tan en serio, tengo una gran imaginación. ¿Cuál es el tuyo? —Parpadeo con rapidez, incrédula ante la seriedad con la que finge estar preguntándolo. Él resopla para quitarse un mechón que se le ha metido en el ojo y se recoloca la bandana—. Por cierto, ¿ya sabes quién serías?

Te lo dije, es de esos, me preguntará hasta la saciedad.

—Maléfica —respondo como una mema.

—Ni de coña.

—La de Angelina Jolie —insisto.

—*Nop*. —Menea la cabeza—. Esa tía está pirada, no eres ella.

—No me cae bien —confieso.

—No puedes ser alguien que te cae mal.

—Claro, eso no tendría ningún sentido. —Y lo ha vuelto a hacer, llenarme la cabeza de locas ideas que consiguen que sonría.

—Tendrás que seguir pensando. —Se incorpora del asiento y se acerca para susurrar—: Se te acaba el tiempo. Le he distraído todo lo que he podido, pero deberías irte antes de que vuelva.

Mi cerebro tarda en procesar la información. Ha hecho el paripé de alejarlo de aquí para darme tiempo a que viera que esto era una pésima idea. Al final será verdad que es una especie de superhéroe.

—Gracias —susurro yo también.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Salo.

—Yo, Uli. —Me guiña el ojo y nos miramos con complicidad.

Esto es raro de cojones.

—Perdona la espera. —La voz de Miguel nos asusta a los dos. El camarero retrocede, yo pongo cara de circunstancias.

—Si necesitas algo más, estaré por aquí —dice Uli moviendo el brazo en círculos.

#NecesitoASpiderman
#NoSoyMaléfica #SoyUnaBorrega

Reseña

@_romantic.books ¡Hola, hola, románticos!
Hoy os traigo la reseña de *Amores Reñidos*, una lectura que he tenido el placer de compartir con mis queridos @k.leer y @el.abuelo.lector.
Sinopsis deslizando.
Se trata de la segunda novela autopublicada de la autora, a cuya pluma ya me he hecho adicta. Es fresca, ágil y consigue emocionar a la par que divertir. Si no la conoces, ya estás tardando.
En esta historia conocemos a Val, una mujer insegura que jura que no volverá a enamorarse, y a Max, un rompebragas de manual. Un encuentro casual hará que se conozcan y entonces… saltarán chispas en todos los sentidos.
Opinión personal. Me ha resultado una lectura muy entretenida. ¡No podía parar de leer! Las peleas entre ellos me han hecho reír a carcajadas y las reconciliaciones han conseguido que suspire. Una lectura que recomiendo muy mucho si te gusta una buena historia de *enemies to lovers*.
¿Y tú? ¿Eres de los que creen que del odio al amor solo hay un paso?
#leeresdeguapas #leerdavida #reseña #bookslover #libroslibrosymáslibros #novelaromántica #enemiestolovers #bookstagram #bookstagramespaña #instabook #amoresreñidos

12. Señales

Uli

Avanzo hacia la barra vigilando de reojo a la morena. Maléfica, ha dicho que sería, ¡qué equivocada está! A mí no me engaña con esa pose de leona. Acojona un poco, pero esta chica es de las tiernas, te lo digo yo.

Se llama Salo, un nombre poco común, como el mío. Lo que no sé es por qué me he presentado como Uli, en lugar de Ulises. Quizá porque me ha enternecido o porque sé que la he cagado al descojonarme en su cara. A mi favor, diré que pensaba que el guaperas era su ligue, no su ex. Ella no lo ha mirado como se mira a un exnovio. Estaba muy graciosa diciéndole que le gustaba su camiseta. ¡Si hasta ha balbuceado como un bebé!

Yo solo quería vacilarla un ratito, pero en plan buen rollo. Me cae bien. Y, además, cuando me he dado cuenta de quién era ese chico, he intentado arreglarlo… Aunque no ha servido de mucho porque me he puesto a hablar de tonterías otra vez.

«¡De superpoderes, le he hablado de superpoderes!».

Me doy una torta en la frente. Soy un poquito imbécil. La situación por la que está pasando es muy complicada y voy yo y le hablo de fantasías. Imagino que le ocurre como a mi tía; ambas han continuado con su vida, pero la herida sigue abierta.

«¿Se puede vivir así?».

No creo que mi tía Lena lo haga, disfrutar de verdad. No ha vuelto a tener pareja estable en todo este tiempo y dudo que no haya tenido oportunidades. Simplemente, no ha querido. Y ojo, que soy de los que creen que no es necesario tener pareja para ser feliz. Pero ella parece huir del amor, y esconderse —de lo que sea— nunca es buena opción.

Aunque, quizá, no soy el más indicado para hablar de esto.

Irene, que sigue molesta conmigo, me recibe en la barra con los brazos cruzados y una mueca. Cuando he traído al guaperas, le ha faltado tiempo para tirarse a su cuello con muy poco disimulo. Está claro que quiere devolvérmela, darme celos como una chiquilla, y yo le voy a seguir el juego haciéndome el indignado un ratito.

—Un tío muy guapo —le digo con retintín.

Ella sonríe de medio lado. Y yo aprovecho que se relaja para apoyar los codos en la barra. Pestañeo.

—Guapísimo. —Mira por encima de mi hombro y suspira—. Y, además, es majo y atento.

Tuve una novia que era igual que ella. Bueno, la historia solo duró un par de meses, no sé si puede llamarse novia. Le encantaba controlarlo todo, incluyéndome a mí, y me castigaba con su desdén cuando no me comportaba como quería. Por eso solo duró un par de meses, no me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer.

—Podrías probar suerte e invitarle a algo. —Sonrío socarrón—. Aunque deberías saber que está prometido.

«¿Prometido?».

Sacudo la cabeza, protestando por haber usado una palabra como esa. Es culpa de

@_romantic.books y del puñetero libro que me hizo leer.

«¿Prometido a qué? El amor no se promete, el amor se da y punto».

Bufo e Irene cree que lo hago por celos.

—Lo mismo quiere echar una canita al aire antes de dar el «sí, quiero» —dice.

—Si fuera así, creo que lo haría con la chica con la que ha quedado. —Lo suelto sin filtro y me doy cuenta de que no había contemplado esa opción.

Abrazarla fue un gesto impulsivo, casi de solidaridad humana, pero, después de plantearme que podría estar viviendo algo similar a mi tía, tengo la necesidad de protegerla. Y no, no es en plan superhéroe, aunque bromee con lo de Spiderman, ni tampoco rollo machote a lo Tarzán, es esa clase de protección que nace por la gente vulnerable o por los cachorrillos abandonados.

Me giro y olvido mi misión de desenfadar a la Dementora. El guapetón continúa mostrando todos sus encantos y no sé si Salo está cayendo en su embrujo, a puntito de echarse a llorar o de darle una hostia. ¿Ves ese gesto de indiferencia? Es fingido. Yo hago lo mismo cada vez que mis padres critican mi pasión por escribir. Es una máscara, una forma de protección.

—Esa chica es muy poquita cosa para ese hombre —suelta Irene con desprecio.

Tuerzo el gesto ante el comentario desafortunado. La encaro y la miro con dureza.

—No creo que se pueda definir a nadie como «poquita cosa», todos tenemos algo que nos hace especiales.

Me incorporo y me voy, y lo hago encabronado. El problema es que no sé hacia dónde ir y acabo metiéndome en el servicio.

—No es buena idea —me digo frente al espejo—. Demasiadas señales. No merece la pena meterte ahí, ni por un rollo de verano.

La puerta de uno de los baños se abre. A través del espejo, veo a un adolescente de ojos claros que me mira.

«¡Cojonudo!».

—No he oído nada —se justifica, aunque los dos sabemos que es mentira.

Carraspeo y abro el grifo para mojarme la nuca. Él se sitúa en el lavabo de al lado y se enjabona las manos.

—No tenías que haberlo oído. —Sonríe con timidez, como si no supiera de lo que le hablo—. No suelo hablar solo, al menos no en alto. Lo hago como lo hacemos todos, aunque, a veces, me empano un poco.

El adolescente sea aclara las manos y asiente sin mirarme. Creo que hubiera sido mejor quedarme en silencio.

—Ulises, no te enfades. —Irene entra al servicio de los tíos sin pudor e ignora al pobre chaval, que se queda entre los dos sin saber dónde meterse—. No sé por qué he dicho eso.

—No pasa nada.

Sí pasa. Nadie es mejor que nadie, y esa mierda de comentario hace que la vea de distinta forma. Ella nota que estoy serio y se acerca, dejando al adolescente sin espacio por dónde escapar.

—¿Nos tomamos esa cerveza después?

El chaval me mira por el espejo, esperando a que responda.

—Luego lo vemos.

Irene sonríe, se da media vuelta y sale del servicio. El chico respira con alivio y se seca las manos en sus pantalones.

—Siento esto. —Le doy una palmada en el hombro—. Como habrás escuchado, soy Ulises.

—Darío. —Levanta el brazo, a modo de saludo, y sale escopetado del baño.

No hago más que dar buenas primeras impresiones.

#AdolescenteAsustao
#NoEsParaTanto
#QuéHagoConIrene #NoLoVeo

Reseña

@el.abuelo.lector ¡Buenas!
He sido obligado a salir de mi género favorito (la fantasía, por si alguien tiene alguna duda) por mi buena amiga @_romantic.books y en esta aventura se nos ha unido @k.leer. Ha sido una experiencia interesante… Y ahora mismo os la cuento.
Título : Amores Reñidos
Autora: Julieta Dante
Género: Romántica
Páginas: 420
¡Al lío! Esta historia trata de la relación de amor-odio entre sus protagonistas. Chica conoce chico, se pelean, se enrollan, se quieren, se pelean… Y así durante 400 páginas.
¿Me ha gustado? Psss… No mucho. Pero no porque el libro hablara de romance, pues en todos los géneros se cuela, sino por los mensajes que se destilan de la historia. El personaje masculino representa todo lo que los hombres debemos dejar atrás y el personaje femenino parece sacado de los cincuenta. Por no hablar de que la relación que se establece entre ambos es tóxica. Que la juventud lea este tipo de historias y las consideren románticas me preocupa.
La próxima vez no me dejaré engañar tan fácilmente. Romance, sí, pero del sano, por favor.
#reseña #bookstagram #bookstagramespaña #instabooks #leer #opiniónpersonal #unpopularopinion #romancetóxico

13. Putofliping

Darío

Desde que he puesto un pie en esta cafetería, estoy putoflipando. Y mira que lo he hecho con angustia viva, pero ha sido entrar y olvidar a qué venía. Es como si me hubiera metido en mitad de un capítulo de una serie. Hay una movida rarísima con el buenorro del rubio y su acompañante, todos están pendientes de ellos. Pero no un poco, no, los observan sin cortarse un pelo.

Y lo del baño, otro nivel. Me he quedado atrapado entre los dos camareros y ha llegado un momento en el que no sabía si iban a ponerse a discutir o a morrearse conmigo en medio. Juro que le estaba enviando mensajes mentales al tío de la bandana para que se compadeciera de mí y saliera del aseo. Aunque no ha servido de nada, me he comido la escenita al completo. ¡Y, después, el tal Ulises quería comentar la jugada conmigo! De verdad, estoy *putofliping*.

Regreso a la mesa lo más rápido que puedo y me siento con Eva, que sigue absorta en la escena de la extraña pareja.

—Muy fuerte… Ese chico es su ex. —Los ojos le brillan y se le escapa una risita que me contagia.

—Cotilla.

—No lo puedo evitar, necesito saber.

Recuerdo que la primera vez que la vi, no habló casi nada, pero ponía unas caras que hasta yo, que era un crío, sabía lo que estaba pensando. Eva es genial, tiene un «nosequé» que consigue que te caiga bien casi al momento de conocerla.

—Pero ¿ese chico es famoso o algo? —Un par de treintañeras sentadas en la mesa de al lado me chistan para que me calle.

De verdad, esto no es normal, los adultos son peores que los adolescentes.

Miro de reojo a Eva, que vuelve a estar muy metida en la escena. Ni siquiera ha contestado a mi pregunta. Me río y, como me ignora, cojo el móvil y busco el perfil de Vero en Instagram. Me sé de memoria todas las fotos que ha publicado, pero aun así, las vuelvo a mirar y suelto un suspirito de enamorado. Esta chica me tiene loco.

El otro día hablamos un rato, aunque no estuve muy fino. Me puse nervioso y, para variar, no sabía qué decir. Los consejos del Abuelo Lector y de la Tita Romantic son muy contradictorios. La una dice que tengo que ponérselo difícil, el otro que tengo que ponérselo fácil… Aunque lo mismo da, tampoco entiendo a qué se refieren. ¿Le hablo yo o espero a que lo haga ella?

Por cierto, estos dos llevan un rollo muy raro, ella le habla a él como si fuera un abuelo de verdad y él a ella como si fuera una niñata. Yo me descojono, pero, a veces, pienso que no tienen ni puñetera idea de con quién están hablando.

Quiero volver a sacar el tema de conversación en el grupo, pero, si lo hago, la Tita Romantic me preguntará otra vez por mi madre, y no me apetece. Ya bastante tengo con mentalizarme para la charla que tendré en un rato.

Voy a preguntarle al Abuelo que, por lo que me ha contado, las chicas no se le dan mal.

@k.leer
Necesito consejo y k sea claro

@el.abuelo.lector
Estoy currando, tío, no puedo hacerte mucho caso.
¿Qué pasa?

@k.leer
Cómo se hace para triunfar con las chicas?

@el.abuelo.lector
Si te digo que tienes que ser tú mismo, me mandarás a la mierda, ¿verdad?

@k.leer
Verdad

@el.abuelo.lector
Tengo dos minutos, así que, para ayudarte, necesito que seas más concreto.

Tomo aire y suelto un bufido. Que sea más concreto en dos minutos, dice…

No me da tiempo a contarle que, este año, Vero se ha sentado delante de mí, pero que no nos conocemos demasiado. Bueno, más bien que Vero no me conoce a mí, porque yo la observo mucho y he aprendido a conocerla en la distancia. Sonríe de verdad, es amable con la gente, no le gusta que la interrumpan y tiene los ataques de risa más contagiosos que he visto. Tampoco me da tiempo a decirle que huele a vainilla y que me encanta, aunque no creo que sea un dato importante.

Lo que sí está claro es que dos minutos se me quedan cortos.

@k.leer
Cómo empiezo una conversación?

@el.abuelo.lector
Puedes empezar con un «hola, ¿qué tal estás?».

«Claro, que eso no se me había ocurrido».

@el.abuelo.lector
Perdona, seguro que eso ya lo habías pensado.
De verdad, ahora no puedo.
Luego hablamos.

—¿Qué vas a tomar? —La voz del camarero hace que Eva y yo demos un brinco. Ella porque estaba concentrada en su cotilleo y yo porque no puedo creerme que tenga a este tío delante otra vez.

Ulises me sonríe con complicidad, como si hubiéramos compartido un momento íntimo. Putoflipo. Ya lo había dicho, ¿verdad?

—Una cola, me da igual la marca.

Él, en lugar de tomar nota y darse media vuelta, coge una silla y se sienta a mi lado.

—Conoces a Eva —me dice, como si no fuera evidente. Yo asiento, aunque no entiendo por qué ella ni se inmuta. ¿Serán amigos? Desde luego, parece que provienen del mismo planeta—. Perdona otra vez por lo del baño, Irene y yo… —Mueve las manos en el aire mientras gesticula sin llegar a decir nada—. Bueno, es complicado.

—¿Irene? —Eva vuelve de la inopia, esta mujer quiere estar a todas—. ¿Qué pasa con Irene?

—No sé… Creí que me gustaba, pero tiene algo que no. —Y ahora alucino con que el tal Ulises lo suelte tan alegremente—. ¿Has sentido alguna vez que no ibas por el camino adecuado?

Eva pone cara de comprender y extiende el brazo para darle una palmadita. Ambos se miran con cariño. Y yo estoy en medio. OTRA. VEZ.

Aún sigo esperando que se levante y me traiga la cola que le he pedido.

La chica del pelo corto levanta la voz. Toda la cafetería se calla y mira en su dirección. Yo también lo hago. Y no sé si estoy obsesionado con Vero, pero tiene algo que me la recuerda. Creo que es la cara de duendecilla. Me quedo alelado, tanto que no veo llegar a la persona que estaba esperando.

—¿He tardado mucho? —Mi tío tira de mí para que me levante. Siento angustia. Me incorporo y sonrío como puedo—. Tenía ganas de verte, sobrino. Estás más alto —observa mientras me revuelve el pelo.

—Y más guapo —añade Eva, que ya está a su lado para darle un beso.

El camarero también se incorpora y extiende su brazo para presentarse. Este hombre no piensa irse nunca, lo estoy viendo venir.

Mi tío estrecha su mano y dirige una mirada furtiva hacia Eva, que sonríe embobada. Después, me mira a mí, esperando a que le diga quién es este individuo.

«Un cansino, eso es lo que es».

Antes de que pueda abrir la boca, la voz de la chica del pelo corto se vuelve a oír en el silencio de la cafetería. Por lo visto, somos los únicos que no estamos prestando atención a lo que ocurre.

—¡Joder! —exclama Eva, dando palmetazos al camarero.

—¡Joder! —repite Ulises.

Ambos se sientan y mueven sus brazos con insistencia para que hagamos lo mismo, no quieren que les obstaculicemos la vista.

—¿Debería preocuparme? —Mi tío Hugo alza la ceja y observa a Eva divertido.

Si no fuera porque estoy agobiado, analizaría al detalle este gesto para repetirlo frente al espejo. Ese movimiento es lo más.

—Llevan así un rato.

Él se ríe mientras me indica que tome asiento y, con gracia, pregunta a las chicas de al lado si la silla vacía de su mesa está libre. Ellas sonríen. Madre mía, yo fijándome en Hache y tengo a un seductor en la familia.

—Me sorprendió tu mensaje —me dice, ignorando los «uy, uy, uy» de estos dos—. Últimamente, soy yo el que va detrás de ti. —Su voz no suena a reproche, aunque adivino lo que viene a continuación. Con el semblante serio, clava sus ojos en los míos y pregunta—: ¿Va todo bien?

Me encojo de hombros. ¿Qué otra opción me queda? No es el momento de contarle que mamá está enferma, delante del cansino del camarero y con Eva más allá que acá.

Mi madre me pidió que la dejara hacer, aunque le cuesta pedir ayuda. Su plan es contárselo, en primer lugar, a mi padre; después, a mis abuelos; y, finalmente, a mi tío. Pero la conozco y, después de la primera conversación, dejará pasar los días antes de enfrentarse a nadie más. Quiero allanarle el camino, por eso estoy aquí, para decir lo que a ella le cuesta.

—Darío, ¿pasa algo? —insiste.
Trago saliva y desvío la mirada, que se encuentra con la de la chica del pelo corto.
Ella sonríe.
Yo le devuelvo la sonrisa.
Y lo que hacemos a continuación no tiene nombre.

#NoName #SurrealismoPuro
#ElCamareroNoSeVa
#AsíEsImposible

Reseña

@k.leer ¡Holaaa!
Ya sabéis k yo no soy mucho de reseñas, pero este libro me lo he leído con @_romantic.books y con @el.abuelo.lector y me hace ilusión.
La novela se llama *Amores Reñidos*. Y vaya k si están reñidos… Los protas tienen unas peleas de lo más divertidas. Él le vacila, ella entra al trapo, después se encabrona… Jajaja. Si es k de acordarme, me río.
Y no veas las escenas de cama… Aunk akí me ha faltado un poco más de descripción y menos fundido a negro. No se puede empezar con tanto detalle y, después terminar la escena con un par de frases. Ahí falta información.
Y a vosotros, os gustan los detalles o no os hacen falta?
#lecturaconjunta #love #amor #romance #sexo #bookstagram #leerconamigos #nosemeocurremás #nuncapongohashtags #paraquésirven #niidea #leermola #sexosexoymássexo #ylibros #yamor

14. Frozen

Salo

Llevamos varios minutos, uno frente al otro, en silencio. Aunque esta falta de interacción no ha supuesto ningún problema para los ojos que nos observan.

—Siento no habértelo contado. —Miguel, con los brazos apoyados sobre la mesa, es la viva imagen de la inocencia—. Salo, di algo, por favor.

Me muevo inquieta en la silla y resoplo, lo que él interpreta como un gesto de fastidio. No va muy desencaminado, pero no tiene ni puta idea de lo que me ocurre. No lo sé ni yo.

—Gracias por darte cuenta *ahora* —no puedo evitar el retintín—, pero hubiera preferido que alguno de los dos hubiera sido un poco más honesto *antes*.

—Lo entiendo. —Miguel suspira y yo frunzo el ceño—. Pero creo que te habría molestado de todas formas, porque Berta es tu amiga y yo, tu ex. —Me observa, a la espera de que le dé una réplica, aunque no lo hago—. No sé, Salo, esperábamos que, después de la sorpresa inicial, pudieras alegrarte por nosotros.

«¿Ha dicho "alegrarme"?».

Lo que me faltaba. Apuro el *gin-tonic*, buscando el valor necesario para levantarme.

Pero no me muevo.

Hace diez minutos me habría largado de aquí, aunque no lo hubiera hecho por orgullo, sino por miedo. Yo no soy así, no huyo, no lloro, no necesito que nadie me rescate. ¿Qué coño está pasando conmigo?

«¡A tomar por saco!».

—No voy a ir a tu boda —suelto a bocajarro—. Si has venido con esa intención, ya te digo que es mejor que no malgastes saliva.

Su cara de asombro me produce una inmensa alegría. Ni siquiera me parece tan guapo.

Mierda, no sé a quién quiero engañar, hasta con esas pintas de *agilipollao* está como para hacerle un favor en los servicios.

Miguel vuelve a suspirar. Le imito.

—Joder, Salo. —Se echa hacia atrás y se peina el cabello con la mano.

Yo, en cambio, me abalanzo sobre la mesa. Me he venido arriba y ahora es mi parte borde la que controla la situación.

—¿Qué? ¿Qué coño te esperabas? ¿Que te dijera que estoy feliz por vosotros? Pues lo siento, pero no. —Los cuchicheos de la cafetería me despistan por un segundo. Bajo la voz—. Ninguno de los dos ha tenido los cojones suficientes como para decirme qué estaba pasando. Y mira, creo que, en el fondo, no lo habéis hecho porque sabíais que estaba mal.

Él chasquea la lengua.

—No es eso… Queríamos estar seguros antes de hacerlo oficial.

—¡Coño, Miguel, que te vas a casar!

—Ya. —Sonríe, recordando lo que, para él, es un acontecimiento feliz. Tengo ganas de estrangularlo—. Ha sido todo muy rápido.

—Tan rápido que, si parpadeo, me lo pierdo.

—Venga, Salo, Berta y yo somos amigos desde…

—Que salías conmigo —le corto.

Más recuerdos quieren atontarme, vienen como *flashes*. Palabras bonitas, caricias, miradas que hablaban. Imagino que, cuando dicen que ves pasar tu vida antes de morir, se refieren a esto.

Pero, entre tantos recuerdos, surge una idea.

—¿Tú y ella…?

—No.

—¿Nunca?

—Jamás. Te lo creas o no, entre Berta y yo no pasó nada hasta hace unos meses. Me recordaba demasiado a ti.

—No quiero parecer borde —o sí, ¡qué coño!—, pero no me jodas. ¡Berta y yo no nos parecemos ni en el blanco de los ojos!

Miguel encoge uno de sus hombros y hace una mueca.

—A ver… Puede que no suene muy bien, pero Berta fue un gran apoyo cuando tú y yo lo dejamos.

«Ya, ya… Quien no apoya, no folla».

—Primera noticia de que ella te *apoyaba*.

—Éramos amigos, es lo normal.

—Tampoco sabía que eráis tan *amigos*. —Lanzo un bufido y rompo el contacto visual. Pero, al girar la cara, vuelvo a comprobar que la mitad de la cafetería sigue pendiente de nosotros. ¿Aquí solo vienen cotillas?

Uli, que está sentado en la mesa de la intelectual despistada, me lanza un gesto de ánimo. Le respondo con una media sonrisa. Pero entonces suceden una serie de acontecimientos:

1. El adolescente, que está sentado al lado del camarero, piensa que mi sonrisa va dirigida hacia él y me saluda con timidez.

2. La intelectual despistada y su acompañante le imitan.

3. Uli se ríe y agita el brazo con entusiasmo.

Y a mí no me queda otra que hacer lo mismo.

Así que aquí estamos, ellos en una mesa y yo en otra, meneando las manos como si nos fuera la vida en ello, igual que si recreáramos la despedida del puerto de *Titanic*. Aunque, si así fuera, yo sería Rose y Miguel, Jack, y no le dejaría subir a mi tablón ni harta de vino.

—Entonces, no participarás en la boda —concluye Miguel, obviando el espectáculo—. Berta tenía esperanzas de que yo lo arreglara.

Dejo la manita relajada y centro mi atención de nuevo en mi ex. Me dan ganas de contestar que su *baby* estaba muy equivocada y que es una cobardica por enviarle a él a solucionar el entuerto, aunque me callo, porque ya la cogeré a ella por banda.

—Le hacía mucha ilusión que Mery y tú le organizarais la despedida de soltera —prosigue Miguel, tratando vilmente de hacerme chantaje emocional—. Tendrá que hacerlo Mery sola, aunque ya sabes lo desorganizada que es y, además, no tiene mucho tiempo.

—¿Cuándo os casáis? —pregunto, entrando al trapo.

—El quince de septiembre.

«¿¿¿En dos meses???».

Alguien grita.

Me asusto.

Mierda, he sido yo.

#ComoEnUnaPeliDeMiedo
#AdiósAMiPose

Uli

Ese grito me hiela la sangre, lo juro, es aterrador. Tiene tanta rabia contenida que acojona. La cafetería entera está a la expectativa. Todos esos que miraban al buenorro con ojitos de cordero degollado, ahora mismo, le observan con desaprobación.

—Pobrecilla —murmura Eva.

«Joder, sí, pobrecilla».

Desde que me he sentado, no he sido capaz de quitarle la vista de encima a Salo. Si soy sincero, he venido con esa intención, la de ver mejor lo que estaba sucediendo. Aunque confieso que también quería alejarme de la Dementora, que debe estar contentísima porque la he dejado sola en la barra y con las mesas sin atender.

Me rasco la cabeza y aprovecho el movimiento para mirar de reojo en su dirección. Dicen que para muchos animales, entre ellos los perros o los simios, una mirada directa es un gesto agresivo e implica un desafío. Yo esta teoría también la aplico a determinadas personas, sobre todo si tienen tendencia a cabrearse.

Estar aquí sentado, en cierta forma, es una manera de poner a prueba a Irene. No me gusta jugar con nadie y no lo he hecho a conciencia, pero necesito saber si cuando vuelva a la barra, ella estará de morros o, si por el contrario, seguirá con la misma actitud que en el baño. Y lo necesito para dar un paso hacia delante o hacia atrás, porque el «sí pero no» no va conmigo.

Parpadeo y fijo la vista en la mesa de Salo. Ella se levanta de forma solemne con la intención de irse. Me incorporo, pero ni siquiera me ve, tiene la mirada perdida y avanza con lentitud.

—Salo, no te vayas. —El guapetón también se pone de pie. La clientela aguanta la respiración.

Ella continúa avanzando hacia la salida, está muy concentrada en mantenerse firme, aunque se ve a la legua que está fingiendo. Siento una ternura enorme. Mis piernas se mueven, aun manteniéndome en el sitio, y mi ritmo cardiaco aumenta por la indecisión. No sé qué hacer, ya bastante me he inmiscuido. Solo observo, como si ocurriera a cámara lenta y fuera uno de esos momentos importantes. Es absurdo, no la conozco lo suficiente como para sentirme responsable de sus emociones. Y, sin embargo, es así… Hay algo que me conecta a ella.

El guapetón abandona su misión de detenerla y se deja caer en la silla. Y yo, por fin, me decido a ponerme en marcha.

Allá voy… Espero que no me atice.

#PuroInstinto #PeroNoDeSupervivencia
#Empático #PeroNoPráctico

############

—Eyyy… —le grito al salir de la cafetería. No es la mejor forma de comenzar, pero no me ha

dado tiempo a pensármelo mucho.

Salo no se vuelve a mirar quién le grita y tampoco se para, aunque no hay nadie más que ella caminando a pleno sol.

Doy un salto, dándome ánimos, y voy. Corro como si no hubiera un mañana, como si ella estuviera a un millón de kilómetros y no a diez metros. Lo malo es que estoy tan motivado que la sobrepaso, vuelvo a gritar cuando paso a su lado y, después, me freno en seco.

—Pero a ti, ¿qué coño te pasa? —gruñe.

«Que debo de ser gilipollas o algo así».

—Te has ido sin pagar —respondo, porque sí, soy gilipollas.

—¿Qué? —Me mira confundida.

No es para menos, me estoy cubriendo de gloria.

—Eres cliente habitual, puedo dejarlo pasar.

¡Que alguien me calle, por favor! De todas las cosas que podrían haber salido por mi boca, mi cerebro ha elegido la más ruin.

—Podría invitarme él —refunfuña mientras rebusca en su bolso.

—¿Sabes qué? Tienes razón, que lo pague él.

—Espera un momento —levanta la cabeza y entrecierra los ojos—, tú no has venido por la cuenta.

Es lista y me ha pillado. Sonrío. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Quería saber qué tal estabas —confieso.

Salo respira hondo y me dedica una mirada que dice mucho más que cualquier palabra. Está jodida, perdida y necesita un amigo más que respirar.

—¿Me dejas abrazarte ahora?

No hago ni mi caída de ojos especial para engatusarla. Es ella la que me abraza a mí en un movimiento tan natural que me sorprende. No habla, tampoco llora. Yo no digo nada. Y, de alguna forma, sé que esto era lo que tenía que pasar.

#SabíaQueLoNecesitaba
#NoEsTanFiera #TeLoDije

Salo

Necesito este abrazo. Me estoy desmoronando, he dejado de controlar mis sentimientos y, como habrás notado, no soy de las que sabe gestionarlos demasiado bien. Por eso me protejo y pulso el interruptor de «no sentir», porque duele, y mucho.

Noto algo en la cabeza. ¿Un beso en el pelo? No importa, mientras no me meta mano, vamos bien. Aunque Uli no tiene pinta de ser de esos, no se comporta como ningún chico que haya conocido antes. Me aprieto un poco más contra su cuerpo y él no se queja ni me dice alguna estupidez.

—Desahógate —susurra.

Quiero hacerlo, pero las lágrimas no llegan.

—¿Te encuentras mejor?

Sí, me siento en paz en sus brazos. Qué raro.

—No has parado hasta que lo has conseguido —respondo, tratando de quitarle dramatismo a todo esto.

Él suelta una risita y noto su cuerpo vibrar. Después, nos quedamos en silencio, envueltos en este abrazo que agradezco en el alma.

—Salo, ya sé qué personaje de ficción serías. —Se ríe—. Frozen.

«No me jodas, con lo bien que ibas…».

—No soy tan fría como parezco. —Frunzo el ceño, aunque sea incapaz de verlo.

—Pero soportas el calor como una jabata. ¿Te importa si nos movemos hacia la sombra?

Sonrío y hago el amago de soltarme, pero él me aprieta con más fuerza y comienza a dar pasitos laterales hacia el portal que tengo a mi izquierda. Y este movimiento tan idiota consigue que mis barreras caigan del todo. Si alguien está dispuesto a abrazarte, a pesar de estar muerto de calor, esa persona merece la pena.

—No creo que seas fría —dice al llegar a su destino—, que quede claro.

Quiero contestar, decir algo que reste intensidad a lo que estoy sintiendo, pero no soy capaz.

Y ahora sí, lloro.

#Conectando #Berreando
#EsteAbrazoEsVida

Conversaciones nocturnas

@_romantic.books
¿Puedes hablar ahora? ¿Estás bien?

@k.leer
Más menos
Le he contado lo k pasa a mi tío
Espero k mi madre no me mate, pero creo k he hecho bien

@_romantic.books
Estoy segura de que no te va a matar.
¿Qué te ha dicho tu tío?

@k.leer
Ha llorado. Nunca le había visto llorar
Luego, me ha abrazado y también he llorado un poco

@_romantic.books
Tiene que haber sido duro para ti ☹.

@k.leer
Algo, pero lo he hecho por mi madre

@_romantic.books
Creo que has sido muy valiente, Babosilla.

@k.leer
:)

@_romantic.books
Todo saldrá bien, ya verás.

15. Lo sabe

Salo

Septiembre 2018
(Dos meses después)

Siempre he pensado que el retraso de la novia era un mito, una forma de dejar mal al género femenino, como la mala conducción o la histeria. Sin embargo, hacernos esperar media hora en una iglesia sin aire acondicionado es propio de Berta, le encanta ser el centro de atención. Es lista, retorcida y brillante. Cuando ella aparezca, el resto seremos unos bobos sudorosos con trajes de fiesta. Nadie podrá hacerle sombra, ni siquiera sus amigas londinenses, que han tenido el papo de acudir con pamela, como si esto fuera un enlace real.

Aun así, estos treinta minutos de espera me han ayudado a rebajar el nerviosismo. A pesar del dolor, no hay lava, ni lágrimas, ni bloqueo mental. Lo malo es que soy muy consciente de que he negado la realidad para lograr este estado.

—Quiere verte. —Mery aparece de la nada y apoya su mano en el hombro de mi acompañante. Está preciosa. Su vestido, corto y de color lavanda, destaca el azul de sus ojos y su melena rojiza—. La novia —puntualiza con el gesto serio—, quiere hablar contigo, Salo.

Sentada en el banco, me señalo con el dedo. Algo absurdo, porque es evidente que me lo está diciendo a mí.

—¿Berta quiere verme *ahora*?

Mery asiente, agobiada.

Un murmullo a mi espalda confirma mis sospechas: esto es muy mala señal.

«Mierda».

Me incorporo, confundida.

De nuevo, es una mano en mi cintura la que vuelve a reconfortarme y, al mismo tiempo, consigue sacarme de la negación.

Sorteo a mi acompañante y salgo al pasillo. Mery tira de mi brazo para que vaya con ella hacia la salida.

—Está fuera —dice entre dientes. Su sonrisa de mentira me acojona.

—¿Y por qué quiere verme?

Ella me devuelve una mirada que viene a decir que el motivo es obvio.

—Lo sabe.

—¿El qué? —pregunto con un hilillo de voz.

Mi amiga resopla al cruzar las puertas de la iglesia.

—Que quedaste con Miguel aquella noche. —Me observa con inquietud—. Lo sabe, Salo, y no piensa casarse si antes no habla contigo.

Mis ojos se deslizan hacia el coche que se encuentra a los pies de la iglesia. La puerta trasera del vehículo acaba de abrirse, invitándome a entrar.

«Ay, joder, esto pinta muy, pero que muy mal».

#EncerronaSinPamela
#SituaciónIncómoda
#QuéSabe?

16. Pipas, sexo y emociones varias

Darío

Julio 2018
(Un mes y medio antes)

Estoy sentado en un banco, con Jaime a mi izquierda que no para de hablar de los polvos que echó ayer con la rubia tetona, la amiga de Vero.

—Tiene unas tetas tan grandes como mi cabeza —dice el muy burro, agarrando en el aire unas tetas imaginarias—. Casi me quedo sin saliva de tanto lamerlas.

—¿Cómo tiene los pezones? —le pregunta Tito, Albertito, su mejor amigo, repetidor y empotrador profesional.

Pedro suelta una risita y me mira con complicidad. De todos ellos, era con el que tenía más confianza, aunque la adolescencia es dura y hace mucho que no hablamos de verdad. Hasta donde yo sé, él también es virgen, pero me he perdido tantas cosas estos meses que vete a saber.

Es la segunda vez en esta semana que tengo un rato para mí. Papá está viniendo a casa para echarnos una mano y, cuando no, vienen mis abuelos o mi tío y Eva. Es un alivio no estar solo, lo que ocurre es que no acabo de disfrutar de estos ratitos libres. Me siento culpable, como si no tuviera derecho a reírme o a pasarlo bien mientras ella sufre.

—Sus pezones son rosas y redondos. —Jaime se muerde el labio inferior de forma lasciva—. ¿Habéis comido alguna vez frambuesas? —Tito asiente emocionado, Pedro niega con la cabeza y yo me echo una pipa a la boca—. Eran iguales, como dos frambuesas. Mi lengua no se cansaba de ellos, os lo juro. —Se acerca una mano a los labios y se lame con pasión los nudillos.

Por un momento, me planteo comprar frambuesas e imitar los movimientos del salido de Jaime. Luego, visualizo a mi hermana pillándome en plena acción y me echo atrás.

—¿Le metiste un dedo antes de…? —Tito eleva varias veces las cejas, sin llegar a terminar la frase.

Presto aún más atención, si es que se puede. Necesito saber la ubicación exacta y qué se tiene que hacer. Estoy harto del fundido a negro de las películas, mi móvil solo funciona con wifi y en mi casa es imposible ver porno. Soy un lerdo, escuchar estas historias es mi única oportunidad de aprender.

—Le metí dos —responde Jaime con orgullo.

Mis amigos se descojonan, pero yo me quedo como un gilipollas, esperando que dé unas instrucciones más precisas.

No lo hace, claro.

—Prueba con la lengua y verás. —Pedro se enciende un cigarrillo y le mira en plan chulo. Ni idea de que fumara—. Las pone a tono antes de…

Vale, soy el único virgen, me ha quedado claro. Creo que ya va siendo hora de que me pire a casa. Ni muerto lo reconozco ante estos sementales.

—Aquí estás —dice una voz femenina.

Los cuatro nos giramos hacia ella. Es la tetona y a Jaime se le ponen los huevos de corbata.

Yo, sin embargo, sonrío como un idiota porque viene acompañada de mi Vero.

La rubia —que no recuerdo nunca cómo se llama—, se acerca a mi colega y le planta un beso en los morros. Él le sigue el rollo, confundido.

—Cariño, ¿conoces a mi amiga?

«¿Cariño?».

El que se ríe más fuerte es Tito, pero Jaime le dedica una mirada de odio visceral y la carcajada se le corta en todo lo alto.

No pienso moverme de aquí. Decidido.

—Hola, ¿qué tal? —saludo con timidez a Vero, que se acerca primero a Jaime, le da dos besos y después nos besa a cada uno de nosotros, dejándome para el final.

Está preciosa. Su larga melena está recogida en una coleta y lleva una camiseta blanca y una falda vaquera con volantes. A mí me da igual cómo vaya vestida. Está guapa. Es guapa. Podría llevar un saco de patatas y yo estaría igual de alelado.

—Muy bien. —Sonríe—. ¿Y tú? —Se queda a mi lado y le devuelvo la sonrisa.

—Ahí voy. —Me encojo de hombros porque no puedo decirle que me siento mejor al verla. No me atrevería a solas, mucho menos delante de todos estos.

—¿Y tu madre?

Mi corazón bombea a una velocidad de vértigo. Vero se acuerda de lo que le he contado, ¿no es alucinante?

—¿Qué le pasa a tu madre? —me pregunta Jaime, que se está agarrando a un clavo ardiendo para desviar la atención de su chica.

La sonrisa se congela en mi cara.

—Está enferma —musito.

—Pero ¿enferma de un resfriado o enferma de morirse? —Su chica le da un codazo en las costillas.

«Enferma de morirse», no puedo ni pensarlo.

No debe ser sano sentir tantas cosas en tan poco tiempo. La felicidad por tener tan cerca a Vero ha dado paso a una tristeza inmensa.

—No sabemos qué tiene —confieso en un murmullo.

Pedro me da una palmada cariñosa en el hombro, Tito resopla y Jaime suelta un taco entre dientes mientras su chica me mira con lástima. Y, entonces, siento que cogen mi mano y la aprietan.

—Todo saldrá bien —me dice Vero con ternura.

Y yo, al oírla, lo único que puedo pensar es en acercarme, acariciar su cara y besarla. Un beso rápido y ligero, que estoy seguro de que llenaría mi estómago de mariposas.

—¡Será cabrón! —Oigo gritar a Tito—. ¡Nos la ha colado de mala manera!

«¡Ay, joder! ¡Que lo he hecho de verdad!».

Abro los ojos —que he cerrado no sé cuándo—, y hago lo primero que se me pasa por la cabeza: correr como si mi vida dependiera de ello.

Qué vergüenza.

#SOS #VirgenLerdo
#HeRobadoUnBeso
#AhoraSíQueSoyHache

Conversaciones diurnas

@k.leer
Besé a la chica k me gusta

@el.abuelo.lector
¡Si hace unos días no sabías cómo hablar con ella!
Porque me imagino que era con ella con la que querías hablar, ¿no?

@k.leer
Síií, era ella
Pero fue raro

@el.abuelo.lector
¿No te gustó?

@k.leer
Sí me gustó, pero fue raro

@el.abuelo.lector
¿Me lo vas a contar o tengo que hacerte mil preguntas para que hables?

@k.leer
No me di cuenta de k lo estaba haciendo

@el.abuelo.lector
No entiendo.

@k.leer
K la besé sin darme cuenta

@el.abuelo.lector
Tío, te pueden las hormonas.

17. Las manos van al pan

Uli

No soy una persona común, incluso hay muchos que me definirían como un tipo raro. No encajo en el perfil de macho mediterráneo, soy *hippie*, sensible y paso más tiempo en las nubes que en tierra firme. Muchos creen que soy gay, otros que un vago y también hay alguno que está convencido de que soy idiota. Después, están mis padres, que lo piensan todo a la vez.

Ser diferente es lo que tiene, te juzgan rápido y tratan de encajarte en algún estereotipo manido. Se puede ser sensible y no gay (que manda huevos que aún haya que explicar que la sexualidad no condiciona las características de cada uno), ser *hippie* y currante, y también un soñador con la cabeza bien puesta. Dicho esto, no es que me moleste que me cuelguen una etiqueta u otra, lo que me jode es que la gente tenga la mente tan cerrada.

Son las ocho de la mañana y estoy sentado en la pequeña mesa frente a la ventana del piso que me ha prestado mi tía Lena. Es un loft modernete, o lo que es lo mismo, un apartamento decorado con muebles coloridos de Ikea, donde el dormitorio, la cocina y el salón comparten un mismo espacio. Tener un sitio enterito para mí es un lujo. Desde que abandoné el nido familiar, he ido de un lugar a otro, y siempre he compartido piso. Fue mi elección hacerlo así, no quería bienes materiales que me ataran a ninguna parte, quería ser libre. Pero aquí soy feliz, puedo escribir sin ningún tipo de distracción.

Cuando entro por esa puerta, todas las ideas inconexas que he tenido durante el día cobran vida en mis papeles. Escribir se ha convertido en una necesidad primaria, como comer, beber o echar un polvo. Me hace sentir vivo, como si mi vida cobrara sentido al unir las letras, y algún día, si consigo reunir el valor suficiente, publicaré algún escrito en Instagram. Y si no sale muy mal, espero tener la oportunidad de publicar un libro.

—¿Ulises? —Irene se revuelve entre las sábanas. Y, antes de que me juzgues, quiero dejar claro que he sido sincero con ella. No le he hecho falsas promesas sobre un amor que nunca llegará a puerto. Esto es lo que es, punto. Una cagada en toda regla.

Soy un hombre sensible, pero soy humano.

—Buenos días —le respondo.

Irene bosteza y me observa somnolienta. No es mala chica, pero sus energías y las mías no van a ninguna parte. Me lo demostró el otro día y yo ya he pasado por esto, sé de lo que hablo. Ella intentará controlarme, yo me revolveré y esto acabará como el rosario de la aurora.

Algo parecido le dije anoche, tras aguantar una semana entera sus envites. Que si una indirecta por aquí, un roce por allá. Intenté ignorarlos para evitar problemas, pero mira, aquí estamos.

Habíamos terminado nuestro turno, Lena se había marchado y nos había dejado solos limpiando el local. Irene me sugirió que fuéramos a tomarnos una cerveza, pero le dije que estaba cansado. Se acercó. Me puse nervioso y se me cayó la bayeta que sujetaba entre las manos. Ella se arrodilló frente a mí para recogerla.

Repito, soy humano. Una chica que se arrodilla siempre trae consigo pensamientos lujuriosos. Es imposible no visualizar.

Aun así, me mantuve firme, no fue tan fácil. Le expliqué que no podía ser, que era mejor dejar las cosas como estaban, blablablá… Aunque no sé de dónde salían las palabras, porque mi cuerpo iba por libre. Ella se levantó y, sin querer queriendo, rozó mis partes. Y ahí ya se me fue la pinza de mala manera. Toda mi sangre se concentraba en un único punto y ese punto necesitaba entrar en ella a lo bestia.

—Cuidado, que las manos van al pan —le dije.

—Y el pan a la boca —respondió.

Y, bueno, el resto es fácil de imaginar.

Ahora estás pensando que los hombres sensibles no follan a lo bruto, ¿no? ¡Qué daño hacen los estereotipos! Por si no lo sabías, el sexo es algo instintivo, animal. Los seres humanos lo hemos reconvertido, como lo hacemos todo, para darle un significado. Y según la situación, nos apetece hacerlo de una forma u otra. No tiene nada que ver con la personalidad.

Avanzo hacia la cama y me dejo caer junto al cuerpo desnudo de Irene. Mi cerebro vuelve a desconectarse.

Quizá haya sido un error, pero tengo la teoría de que si uno se equivoca una y otra vez en el mismo espacio de tiempo, cuenta como un solo desliz.

—¿Qué hacías?

—Escribía un cuento —respondo contra su boca.

—¿Algo sobre esta noche? No deberías contarles estas cosas a los niños.

Me río. Tiene su punto, lo reconozco.

—También existen los cuentos para adultos —replico juguetón.

—Ajá… —Lame mis labios con picardía y me aprieto contra su cuerpo en respuesta—. Creo que me encantaría oír uno de esos.

—Érase una vez…

No me deja continuar. Sus labios buscan los míos y su lengua se introduce en mi boca. Sé que esto me va a traer problemas, pero no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar. Mis manos buscan su trasero, las suyas me bajan con urgencia los calzoncillos.

—Por cierto, ¿qué haces esta noche? —me susurra al oído.

—Lo que tú quieras. —La cabeza de abajo está hablando por mí. Quiero matizarlo, pero lo que hago es apresar uno de sus pechos con mi boca. Ella gime, lo que me anima a continuar.

—Tengo entradas para un concierto —dice entre jadeos, poniéndome más cachondo aún—, y quiero ir contigo.

Esto no suena a que haya comprendido la situación, ¿verdad? Pueees… Yo no soy capaz de explicárselo. Ahora no.

#CachondoNoPienso #CerebroSinSangre
#UnError #NoDos

Conversaciones nocturnas

@_romantic.books
¿Por qué no te gustan las novelas románticas?

@el.abuelo.lector
No me ha gustado una, no es que odie el género, aunque las ideas que destilan no me van.

@_romantic.books
¿Ideas? ¿Tipo el amor para siempre?

@el.abuelo.lector
Nooo… Eso es bonito :). Me refiero a que las historias suelen terminar en matrimonio e hijos (como si no hubiera más opciones), ellos son los que meten la pata y ellas las que perdonan, los conflictos desaparecen por arte de magia y, muchas veces, normalizan un tipo de amor tóxico.
Eso es lo que no me gusta.

@_romantic.books
No todas son así.

@el.abuelo.lector
Claro, hay muchas historias. Y para gustos, colores.
El amor en los tiempos del cólera me encantó.

@_romantic.books
Es una de mis preferidas.

@el.abuelo.lector
Y *El diario de Bridget Jones* también.

@_romantic.books
Fan de Bridget :)

Reseña

@_romantic.books ¡Hola, hola, románticos!
Hoy vengo a hablaros de una novela que estas últimas semanas está causando furor en Bookstagram. Se trata de *El novio de mi hermana*. Aunque ya os aviso, a mí me ha dejado mal sabor de boca… Así que hoy toca *unpopular opinion*.
Como todos sabéis, se trata de una historia de un amor prohibido, donde la protagonista, Noemí, cae rendida ante los encantos de su futuro cuñado, lo que le traerá mil dolores de cabeza.
No tengo nada malo que decir de la pluma de la autora, tampoco de la estructura y mucho menos de sus diálogos. Adoro a M.P. y la sigo desde hace años, pero la historia no ha sido para mí. Me he pasado la mayor parte de la lectura odiando a la prota y preguntándole a voces si no había más hombres en el mundo para enamorarse, que tenía que elegir al novio de su hermana. Hermana a la que por cierto, se pinta como borde y arisca, como si eso exculpara los actos de la prota.
Me encantan el romance, el amor verdadero y los finales felices, pero creo que no debe estar por encima de todo. Las parejas (y exparejas) de familiares y amigos deberían estar prohibidas.
¿Y tú? ¿Crees que en el amor todo vale?
#leeresdeguapas #bookstagram #instabook #leerdavida #reseña #bookslover #novelaromántica #unpopularopinion #elnoviodemihermana #nohabíamás? #teníaqueserese? #odioalaprota

Conversaciones nocturnas

@el.abuelo.lector
Seguro que odias alguno de los clichés de las historias románticas.

@_romantic.books
Alguno.

@el.abuelo.lector
Y no me lo dirás porque no quieres darme la razón.

@_romantic.books
No quiero darte armas :)

@el.abuelo.lector
Va, me conformo con dos ;)

@_romantic.books
Odio cuando los protagonistas tienen sexo y llegan al orgasmo al mismo tiempo. Creo que lleva a confusión en la vida real.

@el.abuelo.lector
Jajajaja… ¡Esa es buena!

@_romantic.books
También odio el amor a primera vista. Es como ¡pum, estoy enamorado! Le quita toda la gracia.

@el.abuelo.lector
Estoy de acuerdo. El amor es más complicado.

@_romantic.books
Tanto que a veces no sabes si lo sientes.

18. Puede ser mi gran noche

Salo

Acabo de llegar al piso de Mery, que está reformado, en pleno centro y es propiedad de su madre, aunque lo disfruta sin pagar los gastos de alquiler. Ella abre la puerta y, como siempre, no está lista.

—¡Cinco minutos, lo juro! —grita escabulléndose por el pasillo.

Por un segundo, dudo entre repanchingarme en su sofá o seguirla, aunque al final opto por la segunda opción, porque, si no la presiono, no llegaremos nunca. Avanzo hacia el baño, que tiene la puerta abierta, y apoyo un hombro sobre el marco.

—¿A qué hora empieza el concierto? —le pregunto con hastío.

No tengo ni idea de cómo ha conseguido convencerme para que abandonara la lectura y me apuntara a este plan en mi primer día de vacaciones. Mentira, sí lo sé. Después de escuchar una semana entera mis lloriqueos, Mery estaba harta de oírme decir que no quería ser como mi madre y me soltó: «Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo». ¡La muy cabrita me citó al mismísimo Einstein! Así que aquí estoy, a punto de ir a un concierto de un grupo que no conozco con mi mejor amiga, el chico por el que bebe los vientos y una chica a la que no soporto.

—Empieza a las diez. —Mery, que no llega al metro sesenta, está abalanzada sobre el lavabo —. ¿Qué tal estás?

—Entusiasmada —ironizo. Me observa a través del espejo con un solo ojo pintado y el *eyeliner* en el aire. Suspiro y confieso—: Trastornada. ¿Alguna vez has pensado en lo que podría haber sido?

—¿En lo que podría haber sido…? —Se da media vuelta y me observa en silencio, como si su cerebro estuviera haciendo las conexiones neuronales de los sucesos—. *Ains*… ¡Eso es la crisis de los treinta! —concluye.

Tal vez lleve razón, aunque ponerle nombre no hace que desaparezca. Por culpa de la maldita Berta y de su inminente boda con mi ex, mi cabeza está llena de posibles caminos alternativos que —para más inri y aunque me joda—, me gustan mucho más que mi propia vida.

—Es que no dejo de preguntarme si cambiaría algo de mi pasado —confieso de forma lastimera.

Mery parpadea y ladea la cabeza, animándome a que continúe.

—¿Y…?

—Sí, claro que lo haría. Aunque no influiría demasiado en mi presente.

Ambas sabemos a lo que me refiero. Al fin y al cabo, solo era una cría, dolida y preocupada a partes iguales, que se echó a la espalda responsabilidades que no le correspondían.

—Mery, no sé si lo que siento es normal. El otro día me quedé medio ida pensando en nuestra boda, ¿sabes? ¿Te acuerdas cuando fantaseaba con ello? —Mery suelta un improperio, se está dando cuenta de la gravedad del asunto—. Solo digo que le estoy dando vueltas a esa clase de cosas, a lo que imaginaba entonces que sería mi vida.

—Me estás asustando. —Se lleva la mano (y el *eyeliner*) al pecho.

—¿Y si me equivoqué? —Suspiro y abandono el apoyo del marco—. No he conocido a nadie como Miguel, no he vuelto a enamorarme. ¿Y si no ha pasado porque, en el fondo, sabía que no iba a querer a nadie como a él? —Espero su respuesta, que no llega porque he debido dejarla en *shock*—. Ya sabes, el primer amor es el más intenso.

Yo sí que me estoy poniendo intensa… Tanto que parece que Rocío Jurado, la Pantoja y Mónica Naranjo se hayan adueñado de mi cuerpo. Me falta sacar pecho, alzar la barbilla y mirar alrededor como si quisiera follarme a todo lo que se menea.

—¿Y si no vuelvo a sentirme igual? —continúo—. ¿Y si era mi media naranja y me quedo siendo la mitad de nada para los restos? —Definitivamente, estoy perdiendo el control.

Mery abre mucho los ojos.

—No puedo ni responder, esto es una señal del apocalipsis.

Lo es. Pero, en lugar de darle la razón y preocuparla, finjo una carcajada llenita de ironía como si hubiera interpretado el papel de mi vida, lo que consigue que Mery se relaje.

—¡No me asustes! —protesta dándome un suave empujón—. Por cierto, me gusta tu vestido. —Es corto, negro, con pequeños topos rojos y tan folclórico como mi estado de ánimo—. Te queda muy bien.

—Soy una Pantoja moderna enseñando cacho. —Sonrío de medio lado.

—Es perfecto. —Me devuelve la sonrisa y vuelve a centrar su atención en el espejo y en su maquillaje a medio hacer—. Me da miedo preguntar, pero ¿sabes algo de Berta?

Tuerzo el morro.

—Me escribió anoche.

—¿Y?

«Que es una hija de su madre, Mery, que pretende hacerme chantaje emocional y quedar de niña buena. Y lo peor es que le sale de puta madre».

Respiro hondo. Para mí, la princesita es solo un dolor de cabeza, pero para ella sigue siendo alguien importante en su vida. Cojo el móvil y le enseño el mensaje.

Berta

Te necesito a mi lado. No puedo celebrar todo esto sin ti, no lo haré si no estás.

—Lo está pasando mal —me dice—. Deberíais hablar.

«Lo que debería hacer es dejarla calva».

—No voy a llamarla, si es lo que estás sugiriendo.

—Sois amigas.

«No, Mery, una amiga no te engaña de esta manera».

Frunzo las cejas, señal que ella capta como el final de la conversación, y se gira hacia el espejo.

Sus cinco minutos se convierten en quince, más otros diez que son los que tarda en decidir qué tipo de calzado le combina mejor con el modelito que ha elegido, un vestido blanco con pequeñas flores lilas. No sé qué espera que ocurra hoy, pero está poniendo demasiado interés en su estilismo.

Cuando conseguimos salir por la puerta, Mery me mira con intensidad y dice:

—Puede ser mi gran noche.

El resto del camino, para mi asombro, se lo pasa tarareando la canción de Raphael. Y esto

sería una anécdota sin más si no fuera porque Mery solo usa frases —de canciones o películas—, cuando está borracha o cuando está de los nervios.

#SoyUnaDramas #YoSoyEsa
#MePrecipitoDeLaVida

############

Genial, me siento como un pez fuera del agua. La música del local suena a toda hostia, hay gente por todas partes y hace un calor de morirse.

Esta chica morena con el pelo a lo Cleopatra que tengo a mi lado es Vico, a la que no soporto, porque es una versión menos refinada de mi no-amiga Berta. Lleva un rato parloteando sobre el grupo —a gritos, porque no se puede hacer de otra manera—, presumiendo de que los vio en sus inicios, lo que es mentira. No es que yo sea una entendida, pero los busqué en Google anoche, esta gira es la de su vigésimo aniversario y ella no llega a los treinta… Haz las cuentas.

Juan, el chico alto, delgado y con un seudotupé que está frente a nosotras es de quien mi amiga asegura estar enamorada. Él sí que es majo, un buenazo con gracia. Lo malo es que creo que ve a Mery como una hermana, una prima o algo así. Son amigos desde críos y no tiene pinta de que vayan a dejar de serlo. Aunque, tal y como le mira ella hoy, me da que ha decidido lanzarse.

—Os voy a hacer una oferta que no podréis rechazar —dice mi amiga, parafraseando a *El Padrino*.

«Van dos».

Juan, que la conoce bien, levanta una ceja y yo me atraganto con mi propia saliva al comprobar que aquí pasa algo. Sin embargo, Mery no pierde el entusiasmo y nos indica por gestos que se refiere a tomarnos una copa.

No acostumbro a beber, una cerveza, máximo dos, y solo si estoy con Mery. No me gusta perder el control y que mi parte más sensible salga a la luz, pero he venido con el objetivo de salir de mi zona de confort y, además, no voy a poder aguantar sobria el monólogo de Vico por mucho más tiempo.

—Me apunto.

Mery sonríe traviesa, tira de mi brazo y llegamos a la barra justo cuando un grupo grita: «¡Chupitooo!». Juan se coloca a nuestro lado y nos guiña un ojo.

—¿Nos tomamos uno?

—Como desees. —Escuchar a mi amiga decir estas palabras consigue que todas mis alarmas se disparen. Citar a *La princesa prometida* es muy chungo, es toda una declaración de intenciones, mucho más si tenemos en cuenta que cada vez que el protagonista lo decía, significaba en realidad un «te quiero».

Juan se ríe, Vico, detrás de él, bosteza y yo le doy un codazo a Mery para que vuelva en sí.

—¡Chupitooo! —volvemos a oír, esta vez más cerca.

Los cuatro miramos a la chica que canturrea este grito de guerra.

—¡Holiii! —nos saluda meneando con gracia su mano—. ¿Me he colado? —Se gira hacia su acompañante—. ¿Me he colado?

El chico que está a su lado se ríe con ganas. ¡Es el adolescente de la cafetería! Le miro embobada, esperando que me reconozca —al fin y al cabo, unos días atrás nos saludamos en la distancia—, pero él está demasiado emocionado con la idea del chupito.

—Ni lo sueñes, Darío —interviene otra voz masculina a nuestras espaldas—. Tú como mucho tomas una cerveza.

Me giro en un acto reflejo. Ahora soy yo la que cotillea y necesita más información. Tardo dos segundos en poner a ese hombre en contexto, exactamente los mismos que tarda la intelectual despistada en aparecer y darle un cachete en el culo.

—¡Chupitooo! —grita como una descosida.

—¡Chupitooo! —repite la de la barra.

—¡Chupitooo! —corea Mery, venida arriba.

Alguien responde: «¡Chupito para todos!» y una chica con el pelo rosa añade: «Con pan y vino se anda el camino».

—¡Hostia puta! —exclama la intelectual al darse de bruces conmigo—. ¿Tú eres…?

«La del exnovio cabrón que se casa con mi amiga, sí».

—Soy Salomé.

—¿Como la de Eurovisión? —Abre sus ojos grises casi tanto como su boca—. ¿La yeyé?

Asiento, flipando aún más con la ilusión que refleja su cara.

—Y yo soy Marisol —se presenta mi amiga con orgullo.

—¿Salomé y Marisol? —Parpadea, nos observa a una y a otra y se gira en busca de su amigo —. Julio, son Salomé y Marisol —le explica por lo bajo mientras nos apunta con el dedo.

—¿En serio, bombón? —Se ríe a carcajada limpia—. ¿Y dónde está Massiel?

Mery se descojona, pero yo frunzo el ceño. Si me dieran un euro por cada vez que he escuchado gracias como esta, sería millonaria.

—Me la acabo de cruzar en el baño —ironiza una rubia—, estaba esperando a Raffaella Carrà. —Sonríe con malicia y nos ofrece dos chupitos.

Mi gesto se relaja y acepto el pequeño vaso.

—¡Por los polvos que vendrán! —gritan todos a una al tiempo que brindan con nosotras.

No sé si es por la presión de grupo, pero me lo bebo sin rechistar. Está fuerte, muy fuerte. El calor me baja por la garganta hacia el estómago y, al mismo tiempo, sube hasta mis mejillas. Es una sensación casi tan rara como estar aquí con esta gente.

—¿Otro? —pregunta la de la barra.

—Obvio, Oli —responde la intelectual despistada.

El segundo chupito llega a mis manos tan rápido que no puedo negarme. Me lo bebo a pequeños tragos, aunque el efecto es el mismo. Miro a Mery por el rabillo del ojo, que no deja de sonreír; después, a Juan y a Vico, que hablan de forma animada unos metros más allá, y, finalmente, observo a este grupo, que se aleja y parece conocerse de toda la vida. Me siento fuera de lugar, insegura, como una pieza que no encaja en este ambiente. Y, de pronto y sin venir a cuento, tengo la necesidad de confesar todos mis secretos. ¿Será por el alcohol?

—Tengo un perfil en Instagram —le digo al oído a Mery, que vuelve su cara para mirarme como si estuviera loca.

—Lo sé, te etiqueto en cada foto que nos hacemos.

—Otro, de libros… de libros románticos.

—¿Románticos? ¿Tú? —Asiento—. ¿Me estás vacilando? —pregunta con guasa. Niego y doy un trago. Ella suelta una risilla, incrédula—. A ver. —Coge mi teléfono del bolso y entra en mi perfil—. ¡Joder! ¡Si tienes mil seguidores! —Sonrío, orgullosa—. ¿Cómo es posib…?

Los gritos interrumpen nuestra conversación. El grupo acaba de aparecer en el escenario y el público está entusiasmado. Mery me zarandea y yo finjo que estoy igual de emocionada que ella. Pero, entonces, los veo.

Berta y Miguel.

Mi no-amiga y mi ex vienen directos hacia donde estamos.

Suelto un gritito ridículo. Mery me susurra algo al oído. Por inercia, doy unos pasos hacia atrás, pero al moverme, choco con alguien, lo que no es extraño porque hay gente por todas partes.

—¡No empujes! —me grita una chica.

Aturdida, me doy la vuelta, aunque lo que me encuentro me deja aún más descolocada. La chica que protesta es la camarera de la coleta tirante y, a su lado, está Uli.

«Ya estamos todos».

#QuéBien #QuéAlegría
#FaltaMiAbuela #YMiMadre
#MiGranNoche

19. Houston, tenemos un problema

Mery

La mente es maravillosa y la mía está llenita de frases. Algunas son absurdas, otras profundas, y todas ellas bailan en mi cabeza sin cesar. Si alguien dice: «Escúchame», una voz dentro de mí responde: «Compréndelo, es imposible nuestro amor». Si pronuncian la palabra «necio», yo sigo con la canción de la Jurado: «Un estúpido engreído, egoísta y caprichoso, un payaso vanidoso».

Y así, con todo.

Sé que no estoy sola, a mucha gente le ocurre, pero no lo dicen. Al fin y al cabo, estamos hechos de historias, de películas, de series, de canciones, de frases hechas y coletillas. Y cada persona tiene su propia colección.

Hoy, por ejemplo, llevo todo el día con una canción de Raphael en mi cabeza, la de *Mi gran noche*. Y no porque sí, tiene un sentido. Si esta noche sale como espero, me corono.

He tenido que recurrir al engaño, eso es cierto, aunque es por una buena causa. Dos amigas no deberían separarse por un chico y yo estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para volver a unirlas, incluso mentir con descaro.

También tengo pensado declararme a Juan. Le quiero, diga lo que diga Salo. Es mi alma gemela, mi mejor amigo, mi apoyo, mi cómplice. Es amor del bueno y este es el momento, lo sé. Llevo media vida visualizando cómo podría ser lo nuestro y si sigo esperando, lo perderé.

Sí… Si todo sale bien, me corono. El problema es que mis planes no suelen salir como espero. Por eso estoy nerviosa, muy nerviosa, y esas malditas frases brotan de mi boca sin poder hacer nada por controlarlas.

Así que aquí estoy, bebiendo chupitos como una condenada. Ya llevo dos. Y no solo lo hago para darme valor, que lo necesito, sino también para despistar a mis amigos, que me conocen tan bien como para saber que algo me pasa.

Sonrío y miro el móvil con disimulo, buscando un mensaje de Berta. El plan es simple: vendrá un poco más tarde para darme tiempo a reblandecer a Salo. Después hablarán, se entenderán y todo volverá a ser como antes.

Quizá haya pecado de optimista, este plan es tan simple que está llenito de lagunas. No, no voy a pensar en todo lo que puede salir mal. Tiene que funcionar. Las tres somos amigas desde niñas y la amistad verdadera no se rompe así como así, ¿verdad?

Un chico entre el público grita y lo siento como una respuesta. Me está dando ánimos para continuar. Un chupito más y rompo el escudo de Salo. Lo veo, va a pasar.

Y como si estuviera invocando un hechizo, sucede. Mi amiga hace una confesión inesperada, y me deja a cuadros. ¿Novelas románticas? Salo no es tan fría como aparenta, es una persona sensible y tiene un corazón enorme, pero jamás hubiera imaginado que era adicta al romance.

Quizá sea una señal.

Me vengo arriba y la zarandeo, pero ella, en lugar de compartir mi entusiasmo, grita. Tardo dos segundos en entender el motivo. Berta ha llegado antes de tiempo y se ha traído a su futuro marido.

«Houston, tenemos un problema».

Me acerco a Salo y le digo:

—Todo saldrá bien. —Eso espero, al menos.

Ella retrocede a pasitos cortos y se choca con una tipa con muy mal genio. Me espero lo peor. Mi amiga de buenas suele ser un pelín borde, pero de malas… Contengo la respiración y observo expectante la escena. Para mi asombro, no reacciona.

—No pasa nada, no te preocupes —le dice el chico que está junto a la gritona.

«Espera… ¿Ese no es el camarero del otro día?».

Vivimos en una ciudad pequeña, no debería sorprenderme este tipo de encuentros fortuitos, pero abro la boca como un dibujo animado.

—Casi no llegamos. —Berta toca mi hombro y doy un brinco—. No te asustes, *baby*. —Se ríe y se agacha para plantarme dos besos mientras aprovecha para justificarse entre susurros—: No he podido evitar que Miguel viniera, espero que no sea un problema.

—Ningún problema debe hacerte sufrir —respondo como una autómata.

—Lo más fácil es saber decir: *Hakuna Matata* —canturrea Juan detrás de mí.

¡Qué malo es conocerse, joder!

—¿Y Salo? —pregunta Berta—. Me había parecido verla.

Me giro. No está. ¡Se ha ido! Busco a la gritona y al camarero, pero tampoco los veo, la marabunta de gente se los ha tragado.

«Hasta la vista, baby».

#Sayonara
#AmigaDesaparecida

##########

Borracha, así es cómo estoy. Mi plan se ha ido al garete y me he rendido ante el alcohol. He visitado la barra tantas veces como el baño. Bebo y meo en una espiral sin fin. Pero no es para menos, mis peores pensamientos se están haciendo realidad. Salo ha huido, no ha hablado con Berta y, para colmo de males, Vico no suelta a Juan.

¡Así es imposible!

He meado demasiado alto. ¿A quién se le ocurre que podría arreglar un drama entre amigas y declararme al amor de mi vida en el mismo espacio de tiempo? Pues a mí, que debo de ser la persona más optimista en la faz de la tierra, por no decir que soy gilipollas perdida.

Espera, no. No está bien que me diga esas cosas a mí misma. No soy gilipollas, tengo fe en la especie humana. Los gilipollas son ellos. Salo y Berta por no hablar como deberían y Juan… bueno, Juan no es gilipollas. Juan es listo, gracioso, majo y atento, por eso está con Vico, para que no se sienta sola.

—Mola el grupo —comenta Miguel, a mi derecha.

—No están mal —responde Berta, a mi izquierda.

Sí, encima estoy en medio de la parejita feliz, que, para más guasa, no bailan. Así que somos los únicos de todo el local que estamos tiesos como estatuas mientras los demás se menean al ritmo de la música. Si el resto de la noche va a ser igual, yo me retiro.

—¿Alguien quiere una copa? —Miguel y Berta levantan sus vasos, que están llenos desde hace una eternidad. Miro con ojos suplicantes en dirección a Juan, pero está demasiado ocupado con Vico—. ¿Una copa? —insisto. Nada, me ignoran—. Pues, me voy yo solita —murmuro entre dientes.

Me hago un sitio en la barra y pido. Mientras espero, me pregunto dónde narices se habrá metido Salo. No ha contestado a mis mensajes y tampoco me ha devuelto las llamadas. ¿Se habrá marchado a casa? ¿La ha secuestrado el camarero? Entro a su segundo perfil de Instagram y cotilleo.

¡Qué fuerte, qué fuerte! Tiene mil historias romanticonas colgadas en su *feed* y el lenguaje que usa no me pega nada con ella. ¿Será verdad eso de que nunca acabas de conocer a una persona?

De pronto, caigo en la cuenta de que, probablemente, mañana me dirá que todo esto ha sido producto de mi imaginación y tengo una idea, una idea magnífica. ¡Voy a hacerme un perfil y a seguirla!

Tecleo como una energúmena y el nombre sale casi sin pensar, @mil.frases.en.mi.cabeza.

—Mucho estás bebiendo —dicen a mi espalda. Es una voz que conozco bien, una voz que me encanta. Juan, que me saca más de una cabeza, besa mi pelo y deja caer la mano sobre mi cintura —. No deberías hacerlo sola. Pídeme una, anda.

—¿Y Vico? —Le miro por encima del hombro.

—Se ha ido al baño, tardará un rato en volver. —Analiza mi cara. Bueno, la mitad que puede ver—. Tienes los ojos tan rojos como el pelo. Luego te quejarás de que no ligas, de que no tienes novio, blablablá… —Suelta una sonora carcajada—. Mery, así no vamos a ninguna parte.

No sabe cuánta razón lleva.

—Tampoco es que tú lo estés haciendo mucho mejor. Te has pasado media noche con Vico y ahora estás aquí, conmigo, en lugar de estar desplegando tus encantos con alguna de estas chicas.

Me giro. No puedo seguir esta conversación mirándolo desde mi altura y de medio lado, me va a dar un tirón en el cuello en cualquier momento.

—Estoy donde quiero estar.

Ay, mi madre. Tiene esa cara, la de estar pensando si decir algo o no. Me empiezan a temblar las piernas.

—Estás donde quieres estar… —repito como una mema para que no pierda el hilo.

Juan sonríe y su preciosa sonrisa me ciega.

—Si te digo algo, ¿prometes no reírte? Es importante. —Trago saliva y asiento—. Me gusta alguien, aunque no estoy seguro de si es correspondido.

—¿Alguien?

He dejado de respirar, lo juro.

—Una persona que conozco desde hace tiempo —dice, haciéndose el interesante—. ¿Crees que un amigo puede convertirse en algo más?

—Sí, claro. Los mejores amantes son también amigos. —Como si yo tuviera una amplia experiencia en el tema. En fin…

En mi cabeza se reproduce de forma automática la declaración de Julia Roberts a Hugh Grant en *Notting Hill*: «Solo soy una chica, delante de un chico, pidiendo que la quieran». Es la misma frase en la que pienso cada vez que le miro, cada vez que estamos juntos.

Juan coge aire y lo expulsa. Lo va a hacer, lo va a decir. Pero, de pronto, la duda se apodera de su bonita cara.

«No, no, no».

No me lo pienso, le doy un codazo en las costillas para que siga. Si se declara, juro que borraré esta agresión amistosa de mis recuerdos.

—Creo… —Me mira con intensidad, resopla y apura su copa—. Creo que me gusta Vico, Mery.

—¿Vico? —Mira tú por dónde, ahora sí que he dejado de respirar de verdad. Le miro

ojiplática y él asiente—. Vico… Te gusta Vico —repito mientras lo asimilo.

«Ains».

Bueno…, nadie es perfecto.

#FinDeFiesta
#ChascoMonumental
#Mi_Gran_Noche

20. Esta historia ya la he oído antes

Darío

—¡No mires! —Es casi imposible que alguien te diga esta frase y no tengas ganas de mirar lo que no debes. Y yo, como buen adolescente, hago todo lo que me dicen que no debo hacer. Giro la cara y Eva me arrea un manotazo en el brazo que me hace sonreír—. ¡Que no mires!

—¡No mires tú! —Doy un trago para esconder mi sonrisa.

—Me estoy documentando —asegura muy seria, lo que provoca las carcajadas de sus amigos, que bailan a nuestro alrededor.

—¡Mírala! —exclama Oli mientras rodea mis hombros con su brazo—. No ha terminado su primera novela y ya tiene ese aire de escritora.

Esta chica me atonta. Si tuviera unos cuantos años más, le tiraba la caña. Bueno, si tuviera unos años más, ella estuviera soltera y Vero no existiera.

Cuando mi tío me dijo que quería invitarme a un concierto, no creí que pudiera pasármelo tan bien. Su intención era clara, sacarme de casa para que se aireara mi cabeza, aunque yo no lo veía. Él y sus amigos me sacan veinte años, me los imaginaba como unos carcamales, pero se comportan como chiquillos y lo mejor es que me tratan como a uno más de su pandilla. Todos, menos mi tío, que vigila lo que bebo y ha aceptado a regañadientes que me pidiera una simple cerveza. Lo que no sabe es que Oli me ha dado un chupito cuando él se besuqueaba con Eva. Y yo… no se lo voy a decir.

—Está obsesionada con la historia de esa chica. —Mi tío se une a la conversación conteniendo la carcajada.

—Se llama Salomé.

Oli se acerca a mi oído.

—Eva es muy fan de las cantantes yeyés, sobre todo de Marisol y Salomé. Cuando menos te lo esperas, se pone a tararear alguna cancioncita viejuna.

Me río imaginando la escena. Si hay alguien capaz de hacer algo así, esa es Eva.

—¿Qué le has dicho, Blancanieves? —pregunta la susodicha.

—Uyyy… Le explicaba al yogurín quién era Salomé.

—Todo el mundo sabe quién es Salomé —responde, ofendida.

Mi tío sonríe y, para mi más absoluta vergüenza, comienza a entonar una canción justo en el mismo instante en el que cortan la música para dar entrada al grupo.

—Desde que llegaste solo vivo cantando…

—Vivo soñando, ¡eh! —termina la otra, moviendo la cabeza con alegría.

Estos dos me encantan, pero ahora mismo solo quiero fingir que no los conozco. Por eso giro la cara, miro al infinito y lo que termino viendo es al chico guapo del otro día, el de la cafetería, acercándose a Salomé.

—¡Vaya tela! —suelto, porque estoy putoflipando.

—¡Hostia puta! —exclama Eva, al ver lo mismo que yo.

Mi tío no habla, tan solo levanta la ceja y se queda con ella bien arriba. De verdad, tengo que

aprender cómo lo hace.

—No me entero —se queja Oli.

—Ese —Eva señala al chico con pinta de actor— es el ex de Salomé, que, además, va a casarse con la rubia, que es su amiga.

«¿Una amiga casándose con un ex? Esta historia ya la he oído antes».

Escucho a Oli sorprenderse y veo por el rabillo del ojo cómo Eva apunta con el dedo a una rubia. Lo escucho y lo veo, pero, en realidad, no lo hago, porque mi cabeza explota. ¿Esto es de verdad? ¿Es una extraña coincidencia o tal vez…? Observo a la chica de pelo corto. ¿Ella es mi Tita Romantic?

Es increíble cómo esta posibilidad cambia la forma en la que la miro. Ya no es solo un cotilleo, es una chica que está paralizada al ver a su ex y a su amiga acercarse, es alguien que sufre. Quizá no sea Romantic Books, pero su historia es la misma y tengo la necesidad de hacer algo.

—Ahora vengo —me oigo decir.

No escucho lo que me responden, simplemente avanzo entre la gente y me dirijo hacia ella. Estoy como ido, solo puedo pensar en que la Tita Romantic acudió a mi rescate sin conocerme y que debo hacer lo mismo por esta chica. Es raro, lo sé, pero algo me dice que debo hacerlo. Todo encaja, como si formara parte de una cadena de favores, como si tuviera un sentido.

Cuando llego hasta ella, me detengo al ver que alguien le está gritando. ¡No me lo puedo creer! ¡Es la chica del baño! ¡Y a su lado está el cansino de la bandana en el pelo! ¿Qué pasa, que les han dado pase gratis a todos los de esa cafetería?

Le tiendo la mano a Salomé. No hay más tiempo, tenemos que salir de aquí.

—Ven conmigo —le digo y veo en sus ojos que me reconoce.

«Sí, soy el imbécil que te saludaba el otro día. Solo quiero ayudarte».

—Vamos —repito con una seguridad impropia de mí.

Ella duda, pero, al final, coge mi mano y nos vamos.

#PoseídoPorHache
#EresLaTitaRomantic?

############

Salomé camina de un lado a otro de la acera, nerviosa. No sé qué hacer, he gastado toda mi energía haciéndome el valiente. Yo, el que se pone al final de la clase para que no le pregunten; el mismo que no se atreve a decirle a una chica que le gusta; el que se ha pasado media vida tratando de pasar inadvertido, voy y actúo por impulso, como si el mismísimo Hache se hubiera adueñado de mi cuerpo.

Ese hombre me está complicando la existencia, está claro.

Salo, frente a mí, se enciende un pitillo. Solo quiero desaparecer, hacerme invisible.

—¿Fumas? —Respondo que no sin emitir sonido alguno—. Gracias por sacarme de ahí.

Agacho la cabeza por vergüenza. Me he hecho el héroe durante un minuto y medio y ahora solo queda el adolescente tímido que no sabe cómo iniciar una conversación normal, una donde no le pregunte a bocajarro si es mi Tita Romantic.

Aprieto los labios y apoyo la espalda contra la pared. Salo suspira, se sitúa a mi lado y aprovecho para observarla de reojo. Es más bajita que yo y lo mío debe ser obsesión, pero esta chica me recuerda mucho a mi Vero. Sus ojos, la forma de la cara e, incluso, sus labios. Aunque es una versión triste de mi futura novia, de la que, por cierto, no sé nada desde el beso.

Cierro los ojos y revivo, una vez más, el momento. La sorpresa, su olor a vainilla, el tacto suave de sus labios. Fue un subidón, no puedo negarlo, pero no duró demasiado, casi los mismos segundos que tardé en darme cuenta de que me había pasado de la raya.

Ser adolescente en estos tiempos es muy difícil. Lo que a ojos de unos se ve como un impulso romántico, para otros se convierte en un abuso. No quiero ser esa clase de chico, el que toma lo que cree que es suyo y que no lo es en absoluto. Sin embargo, lo hice, la besé sin su consentimiento.

Malditas hormonas.

—Me recuerdas a alguien.

Abro los ojos y ladeo la cabeza en su dirección. Salomé está iluminada por la luz de las farolas y suelta el humo del pitillo con la mirada perdida. Parece más tranquila.

Sonrío, en lugar de responder que me ocurre lo mismo.

—¿A quién?

—A un chico que conozco, alguien especial. —Me mira con dulzura y, por primera vez, la veo sonreír.

Tal vez sea por esa sonrisa, porque nuestras miradas están conectadas o por la posibilidad de que ese alguien especial sea yo mismo, pero mi corazón palpita con fuerza.

—Alguien especial —repito como un *atontao*, porque quiero tirar del hilo y no sé hacerlo mejor.

—Un amigo, un chico de tu edad, aunque nunca lo he visto.

Mi cara debe de ser un poema. Estoy tratando de aparentar normalidad, lo juro, pero no puedo. Me comen los nervios, la ilusión y la vergüenza. ¿Cómo sigo? ¿Le digo que hay una chica loca que me llama Babosilla? ¿La abrazo? Tengo muchas ganas de hacerlo.

Abro la boca, sin lograr que salga ninguna palabra de ella, y me quedo así, como un completo gilipollas, consiguiendo que Salomé se ría.

Mira, al menos, he logrado que olvide su drama.

—Piensas que soy rara —me dice.

En realidad, lo que pienso es que soy idiota.

Mi teléfono suena y rompo el contacto visual. Saco el móvil del bolsillo. Es mi tío el que llama. No lo cojo, pero le envío un mensaje para tranquilizarlo.

—Tienes que volver —adivina sin que yo le diga nada—. No te preocupes, estaré bien. Soy una tía dura. —Sonríe con tristeza.

Estoy casi seguro de que ella es mi Tita Romantic.

Casi.

—¿Tú qué vas a hacer?

Ella se encoge de hombros y da una calada a su pitillo, mirando al frente.

—No lo tengo claro.

—Si eres tan dura como dices, deberías volver a entrar. —No tengo ni puta idea de dónde ha salido eso. La valentía va y viene… parece ser.

Ella me mira de reojo.

—Lo dice el que me ha sacado de allí.

«Lo dice tu Babosilla».

—Para darte tiempo. —Las palabras salen de mi boca sin filtro. Tal vez sea porque ahora no estoy pensando en mí, sino en ella. No quiero que se arrugue y se haga pequeña.

Salomé frunce el ceño y se muerde el labio inferior. Está pensando o cagándose en mí, no lo tengo muy claro.

—Soy una tía dura —repite para darse ánimos.

—Demuéstralo.

Me lanza una mirada que me acojona entero. Adiós, valentía, ha sido bonito conocerte.

—Me están pasando cosas —musita relajando el gesto—, cosas que no comprendo y no reacciono como solía hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Soy un adolescente, eso es mi día a día. —Ella sonríe y yo me vuelvo a crecer—. Ni siquiera sé cómo he llegado aquí ni cómo me estoy atreviendo a hablar contigo. —Ahora se ríe abiertamente—. Literal, no tengo ni puta idea de cómo lo estoy haciendo.

Sus carcajadas me contagian y todo desaparece. Mis problemas, los suyos y el mundo entero. Es bonito.

Hasta que unos chicos salen del local dando gritos y explotan nuestra burbuja. Nos observan con guasa. Debemos de dar una imagen un poco extraña, pero no puede importarme menos.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Darío.

—Yo soy Salo, aunque ya lo sabes. —Asiento mientras sonrío—. Pues te voy a decir algo, Darío —tira el cigarro al suelo y arqueo la ceja, a la expectativa—: creo que tengo una crisis existencial.

—Muy profundo.

—Eso o soy tan adolescente como tú.

—Mi edad no tienes —bromeo.

Salo me da un palmetazo en el hombro, a modo de protesta.

—Eres igual que mi Ba… —se interrumpe ella sola cuando a mí está a punto de darme un ataque al corazón. ¿Iba a decir Babosilla?

—¿Igual que…? —Me giro en la dirección en la que están puestos sus ojos, buscando una respuesta, y lo que veo me deja putoflipando otra vez—. ¿El que se acerca es el camarero? —pregunto en alto.

Joder, este hombre está en todas partes.

#ConversaciónInterruptus
#CamareroHastaEnLaSopa
#Putofliping

21. Experimentar mola

Uli

Esta mañana estaba convencido de que Irene no estaba comprendiendo la situación, pero el que no estaba entendiendo lo que ocurría era yo. La Dementora no quiere nada conmigo, nada que no sea sexual, al menos. Acaba de terminar una relación larga —con una chica, para más señas—, y lo único que quiere es experimentar.

Eso me ha dicho mientras desayunábamos, que quería *experimentar*.

Escucharlo ha conseguido que me sintiera mejor, pero también más viejo. Yo no he *experimentado* con gente de mi mismo sexo. Y sé que el amor es universal, pero no me veo, no me llama y no me voy a forzar.

En fin, que estamos en igualdad de condiciones: estoy encantado de que *experimente* conmigo, tiene un mes enterito para hacerlo. ¿Para qué están los amigos si no?

Empujo la puerta del local y salgo a la calle, donde me siento en plena acera a lo indio y me río. Llevo un día de lo más surrealista. Después de la charla, Irene ha insistido en que la acompañara al concierto. Aunque más que compañía, lo que quería era darle celos a su ex, la Dementora número dos, que ha aparecido a nuestro lado en cuanto ella me ha tocado el culo.

«¿Los dementores sentían celos?».

Me empano unos minutos e imagino sus dramas. He sido testigo de un par de reproches, pero una bronca entre esas dos puede ser épica. Por eso estoy aquí, en la calle, porque he preferido quitarme de en medio. Tienen mucho que decirse y no pienso interferir. Las cosas de dos, a solas se hablan.

Me empano un poco más, mirando a mi alrededor. Un par de grupos se arremolinan en torno a la entrada. Fuman, hablan y se ríen. Respiro hondo y me recuerdo que los primeros días en un sitio nuevo suelen ser duros.

Mi inesperada melancolía se ve interrumpida por el grito de un energúmeno. Mis ojos se deslizan en su dirección y lo siguen por la calle. Y de pronto, la veo, está apoyada en una pared unos metros más allá de donde me encuentro.

«¡Salo!».

Me incorporo y me dirijo hacia ella, sin vergüenza ni nada que se le parezca. Ni siquiera me planteo la posibilidad de que pueda interrumpir la conversación que está teniendo. Solo voy, feliz, sin más.

—¡Eyyy! —digo con todo mi morro.

—¡Tú, otra vez! —El chaval que está a su lado me apunta con el dedo.

—¿Otra vez?

El chico entrecierra sus ojos verdes y me mira con odio. Lo ignoro, porque no soy mucho de alimentar malos rollos, y le dedico una sonrisa a Salo, que me observa atónita. No es un gran recibimiento, aunque no sé qué esperaba. Quizá algo más de alegría, que todos somos seres humanos sociables y esas cosas.

Se produce un silencio incómodo.

—¿Os conocéis? —pregunta Salo.

Me encojo de hombros como un idiota. El chico me suena, pero estos días he visto a tanta gente en la cafetería como Caminantes Blancos había en *Juego de tronos*.

—Es el camarero cansino de Somos Instantes —replica con hastío el chaval.

«¿Cansino yo?».

Mi intriga por saber quién es este adolescente aumenta tanto como mi indignación. Vale que me gusta hablar hasta por los codos, pero soy majete, ¿no? Al menos lo intento.

Antes de que pueda decir alguna idiotez, Salo salta en mi defensa:

—Se llama Uli y es mi amigo.

Oír de su boca esa palabra tan grande, «amigo», me llena de orgullo y alegría, lo que consigue que sonría con cara de tontorrón.

—¡Y está en todas partes! —El adolescente bufa, desesperado.

«Pero ¿qué le he hecho yo a este muchacho?».

—… y él es Darío —prosigue Salo moviendo las manos en su dirección.

No sé si lo que me hace ponerlo en contexto es oír el bufido, su nombre o ver de nuevo esa mirada verde llenita de odio, pero lo hago. ¡Es el adolescente del baño, el amigo de Eva!

—¡Anda, qué casualidad! —Le palmeo el brazo en un gesto conciliador. Él me gruñe.

Vaya tela, este chico tiene el alma del enanito gruñón.

«¿Por qué estaba enfadado siempre ese enanito?».

—No es casualidad, es muy mala suerte —murmura mientras me lo imagino con gorro, barba y todos los complementos propios de un buen enano (de Blancanieves, se entiende).

Se me escapa la risa, pero la disimulo girándome hacia Salo. Está guapa. Los labios rojos le dan un aire de mujer fatal y el vestido le favorece. Por un momento, tengo un pensamiento muy poco apropiado para la situación, pero lo espanto, no viene a cuento.

—Antes tenías mala cara. ¿Qué tal estás?

—Soy una tía dura. —Mira con complicidad al chaval, que sonríe, por fin.

—Lo eres —confirma él.

—Tienes que irte, Darío. No te preocupes, estaré bien. —Ella extiende el brazo y coge su mano—. Gracias por esto.

Darío me observa de reojo, como si estuviera sopesando si es buena idea dejarla conmigo o no. Después, vuelve a sonreír y, antes de marcharse, me lanza una mirada de advertencia.

En cuanto el gruñón se esfuma, Salo suspira y enarca una de sus cejas.

—Lo de aparecer debe de ser otro de tus superpoderes.

No tiene ganas de hablar de temas serios, está claro.

Ocupo el sitio del chaval y me apoyo en la pared, junto a ella.

—Todos tenemos más de uno.

—¿Ah, sí? —Sus ojos castaños se ríen antes de que lo hagan sus labios—. Y dime, ¿cuáles crees que son los míos?

Otro pensamiento rebelde. ¿Qué me está pasando?

—No seas tramposa, no soy yo quien debe decírtelo.

Ella frunce el ceño. Mala señal, me va a soltar una bordería.

—*Ni sii yi quiin dibi dicirtili* —repite con retintín—. Vamos, que no tienes ni idea.

Te lo dije.

Pongo los ojos en blanco y ella me imita. Está graciosilla, pero yo estoy de buen humor y, además, el alcohol me ayuda a tener la lengua suelta.

—Quieres que te lo diga y no hacer el esfuerzo, ¿no? —Salo sonríe de medio lado—.

Entonces, uno de tus superpoderes sería la vagancia. —Vuelve a fruncir el ceño, pero sigo, porque soy un insensato—: Pensabas que te iba a decir que tu gran superpoder es la mala hostia que te gastas, ¿verdad? Pues no, porque sería muy obvio y yo soy creativo. Acuérdate, ya te lo dije.

Me observa con la mandíbula apretada y a mí me da la risa.

—Ser vago, en realidad, es reducir el esfuerzo para conseguir el mismo resultado —responde —. Si lo piensas bien, estoy más evolucionada que los demás.

—Ya veo que no tienes abuela.

—Tengo una abuela guapísima. —Sonríe.

—Ser vago —vuelvo a la carga— es ser perezoso. Y, cuando eres perezoso, te conformas y no te atreves a salir de la zona de confort. Si haces siempre lo mismo, obtienes los mismos resultados.

Salo vuelve la vista al frente y no replica. He debido de tocar alguna tecla sensible. Su sonrisa se ha desdibujado y sus ojos, que hace escasos segundos brillaban, ahora están vacíos. Tengo que encontrar la forma de espantar esa tristeza. Podría contarle alguno de mis defectos, que son muchos, para darle artillería que usar contra mí. Podría decirle que soy un desastre, un culo inquieto que va de aquí a allá, que vivo en las nubes porque la realidad me gusta menos, que mis sueños son imposibles pero que me niego a renunciar a ellos. También podría hablarle de Irene y de la absurda situación en la que me encuentro, quizá eso la hiciera reír.

—¿Qué haces esta noche? —pregunta casi en un susurro.

Giro mi cara hacia ella. Salo no se ha movido ni un centímetro y sus ojos continúan clavados en la nada. Está demasiado cerca y es imposible no mirar sus labios rojos.

Tercer pensamiento inapropiado.

Tal vez sea el calor o que tener sexo llama a querer más sexo, pero tengo la mente sucia. Creo que Salo me está haciendo una proposición para *experimentar* conmigo.

Sacudo la cabeza y trato de responder, pero lo que sale de mi garganta es un ruido más parecido al berrido de Chewbacca que a cualquier palabra conocida.

«Cojonudo».

#MenteSucia
#Visualizando
#ExperimentarMola

22. La noche me confunde

Salo

—¿Tienes plan o no?

«Di algo, joder».

—¿Y…? —insisto.

Uli se aclara la garganta y lo observo como el bicho raro que es. Y me refiero a su interior, porque su exterior es normal. No tiene un ojo en la frente ni cuatro brazos. Me cuesta comprender que no reaccione, es la primera vez que me insinúo a un chico y no se me echa encima. Aunque suene feo decirlo, no estoy acostumbrada a las negativas.

—¿Que qué hago ahora? —pregunta con asombro.

«Perder una oportunidad, eso haces».

Ha tardado tanto en hablar que me ha dado tiempo a llegar a la conclusión más lógica, que mi comportamiento es tan solo una huida hacia adelante. Uli ha dado en el clavo. Soy una vaga que no se ha esforzado por cambiar su situación. Llevo todo el día pensando que debo hacer cosas diferentes para salir de dónde estoy y es exactamente lo mismo que él me ha dicho. Palabras exactas. Que alguien te lea la mente asusta. Yo me he asustado. ¿Y qué he hecho? Intentar controlarlo, ir por el mismo camino que tan bien conozco: sexo, intimidad fingida y puerta.

Lo peor es que acabo de recordar que, cuando lo he visto, estaba con su compañera de trabajo, la «simpática». Así que, encima de insinuarme al único tío de mi edad que me ha tratado mejor que a un pedazo de carne, lo he hecho con alguien que probablemente ya tenga plan.

Mierda, ¿se habrá dado cuenta de mis intenciones?

—Que si te apetece tomarte algo conmigo. Ya sabes, ir a un bar, pedirnos una copa, hablar… Lo que suele hacer la gente normal un sábado por la noche, vaya. —Y lo digo yo, que no salgo apenas. ¡Olé mis ovarios!

Pongo cara de buena chica y espero su repuesta. Aunque he debido de fundirle el cerebro, porque ha vuelto a quedarse sin habla. O quizá él sea así. Las personas creativas suelen ser raras. Mira a Van Gogh, que se cortó la oreja, o a Neruda, que dicen que se empeñaba en escribir con tinta verde.

—Como amigos —matizo, a ver si así le sale la voz de una vez.

Él se manosea el pelo con ambas manos y sonríe. Pero, antes de que pueda contestar, una de mis personas favoritas en el mundo nos interrumpe.

—He cruzado océanos de tiempo para encontrarte —Mery, entre lágrimas, se echa a mis brazos.

—Eso es de *Drácula* —apunta Uli, que ha decidido que era el mejor momento para usar de nuevo sus cuerdas vocales.

—Hay una razón por la que todas las cosas son cómo son —responde Mery entre hipos.

Uli sonríe y me dice solo con los labios: «Eso también es de *Drácula*». Ruedo los ojos y me centro en acariciar la espalda de mi amiga para calmarla. No pregunto el porqué de este llanto porque me lo imagino, es por Juan. Mery solo llora por Juan.

Estoy tan concentrada en ella, en su respiración agitada y en los ruidos que emite al sollozar, que no percibo lo cerca que está Uli hasta que nos abraza a las dos. No puede evitarlo, es un oso amoroso con arcoíris en el pecho.

Y así nos quedamos, los tres unidos en plena calle, en una de las noches más calurosas de nuestra ciudad.

#MomentosBonitos #Amistad
#UliEsDiferente #PazYAmor

############

Mery, todavía con los ojos enrojecidos, me lanza una de esas miraditas que significan «este chico me gusta para ti». En respuesta, meneo la cabeza con sutileza para que Uli no se percate de las intenciones de la celestina de mi amiga. Nos encontramos en la barra de un local peculiar, sentados en hilera. Es un lugar pequeño, oscuro, con el techo cubierto de plantas artificiales y las paredes repletas de mensajes escritos por clientes. Un grupo de cuarentones baila al ritmo de una canción pegadiza de Miss Caffeina mientras evito el contacto visual de Mery. Ella, en el taburete central, se ríe.

Entiendo que Uli le guste, llevan media hora de charla absurda a través de frases de películas. Han pasado de *Drácula* a *Pretty Woman*, sin olvidar la mítica frase de *Casablanca*: «Este es el comienzo de una gran amistad». Por lo visto, los superpoderes de este muchacho no se reducen solo a ser creativo y a abrazar con el corazón, también es capaz de calmar tormentas. Aunque eso ya lo sabía, porque lo ha hecho conmigo.

Por un segundo, visualizo cómo sería estar con un chico como él. Y no me refiero a tirármelo, sino a una relación. Es amable, cariñoso y tiene gracia. Además, sabe cómo sacarme del drama, adivina lo que pienso y le gusta a mi mejor amiga.

«¿Podría ser el elegido para romper mi escudo?».

Bufo ante mi propio pensamiento, que, evidentemente, es producto del alcohol y de tanta novela romántica. Mala mezcla, ya te lo digo. Por suerte para mí, Mery interpreta mi gesto como un «déjame tranquila», que no me viene del todo mal.

«¿El elegido? ¿Qué narices me pasa?».

Madre mía, esto es serio. Estoy tan borracha como para que me apetezca tener novio y bailar sobre esta barra pegajosa a lo *Bar Coyote*. Yo, que trato siempre de mantener a raya mi volcán, que controlo tanto mis sentimientos como para sentir a ratos —y lo que me apetece—, tengo ganas de dejarme llevar y de hacer una locura.

Algo parecido le digo a mi amiga al oído, aunque lo hago con tanto entusiasmo que la asusto y se tira la copa encima.

—Perdón.

—Amar es no tener que decir nunca «lo siento». —Mery suelta una sonora carcajada mientras se limpia su vestido.

—Y tonto es el que hace tonterías. —Uli brinda al aire.

—Pido otra copa. —Busco a la camarera que nos ha estado atendiendo hasta ahora. Pero, en su lugar, me encuentro un chico con el culo en pompa (un buen culo, todo hay que decirlo), tratando de ligarse a una tía despampanante.

Intento llamar su atención, sin éxito. Pero no me resigno. Mi amiga ha tenido una noche dura y se merece poder ahogar sus penas en alcohol. Mientras estos dos continúan con su retahíla de frases, me lanzo sobre la barra y grito como una descosida:

—¡O vienes o me meto y me pongo lo que me dé la gana!

Varios clientes aplauden y Uli y Mery me jalean, aunque yo me sorprendo de mi propia reacción. Soy una borde, pero una borde controlada, no suelo gritar.

Definitivamente, la noche me confunde.

El camarero me mira por encima del hombro, se incorpora con fastidio y viene hacia mí. Está tan oscuro que no puedo ver su cara, pero sus movimientos me resultan familiares. Demasiado familiares. Cuanto más se acerca, más me tenso. Soy una experta en hacer *ghosting* y hasta el momento he tenido suerte, no he vuelto a cruzarme con ninguno de esos chicos. Aunque, claro, no es muy sorprendente si tenemos en cuenta mi reducida vida social.

—¿Me llamabas? —Una sonrisa aparece en su cara cuando me reconoce, la misma que desaparece en la mía en cuanto le reconozco a él—. ¡Salo!

«Alejandro. No, Raúl».

Mery abre la boca, Uli alza las cejas.

Genial. Justo cuando pensaba que la noche se estaba arreglando…

#AmanteQueAparece
#NecesitoMásAlcohol
#LoMismoMeInvita

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Estoy en un concierto y me he acordado de ti
Dónde andas?

@_romantic.books
Estoy borracha, muy borracha, Babosilla.

@k.leer
Estás sola?

@_romantic.books
Nooo… Estoy con mi amiga, mi amante y un oso amoroso. Jajajajja ¡Un oso amoroso!

@k.leer
K?

@_romantic.books
¡Tiene superpoderes!

@k.leer
Pero estás bien, no?

@_romantic.books
¡Erupcionando!
¡Tengo ganas de hacer una locura!

@k.leer
Jajajaja
Hazla! Pero no dejes a nadie calva!

@_romantic.books
Ese sería un gran superpoder.

23. Hagamos una locura

Salo

Abro los ojos despacio. Me duele la cabeza, huelo a alcohol y mi garganta está seca.

«Un momento, este no es mi dormitorio».

Me tenso, a la espera de que mi cerebro se ponga en funcionamiento y me explique dónde estoy.

«¿Qué pasó anoche?».

La habitación está a oscuras, pero parece diminuta. Si estiro el brazo, toco una pared. Lo único que soy capaz de ver es una balda blanca que hace de mesilla de noche.

«¿Dónde estoy?».

Escucho un gemido masculino que proviene de mi izquierda.

«¿Me he liado con Alejandro?».

«Se llama Raúl».

Nunca me quedo a dormir en casa de un chico, es una norma no escrita que mantengo desde hace mil años. No recuerdo cómo llegué hasta aquí, pero me maldigo por este error tan garrafal, sobre todo después de ver que tontea con todas. Tengo que salir de aquí cuanto antes y, a ser posible, sin que me pille.

Me giro con cuidado, levanto la barbilla con suavidad y enfoco la vista en su rostro para comprobar que sigue frito.

«No me jodas».

No es *comosellame* el que está durmiendo a mi lado, es Uli. Lo hace boca arriba, con su pelo alborotado y una expresión de paz que me enternece durante un microsegundo, lo que tardo en preguntarme qué cojones hace en casa de Raúl.

«¿He hecho un trío?».

Me agobio, me agobio un montón al no recordar nada. Nunca había hecho un trío y lo único en lo que puedo pensar es si usamos protección.

«¿Y si me quedo embarazada y no sé quién es el padre?».

Me visualizo tipo telenovela latina, con dos hombres pidiendo una prueba de paternidad. No puedo creer que esto sea real. Estoy a punto de gritar de pura angustia. Pero no es para menos… ¡Voy a ser madre soltera!

Me revuelvo, me incorporo y me quedo de rodillas en la cama. He olvidado mi plan de huida, necesito información. Sacudo el cuerpo de Uli mientras busco dónde coño se ha metido Raúl. Más le vale dar la cara, tenemos una conversación pendiente los tres.

—Tienes mal despertar —murmura Uli abriendo un ojo.

«Tengo muy mala hostia, no te aconsejo que me toques los ovarios».

—¿Y Raúl?

Él abre el segundo ojo y me mira divertido.

—¿Por qué tengo que saber dónde está? —Sonríe con guasa—. ¿Sigues borracha?

Le miro con sospecha y, después, vuelvo a observar a mi alrededor. Es una habitación de

hotel. Descarto el trío y el posible conflicto de paternidad.

—¿Usamos condones? —le pregunto a bocajarro.

Uli se incorpora cual vampiro en ataúd y se queda con la mirada perdida. No sé si está haciendo el paripé o si está tratando de recordar, pero con ese movimiento nos hemos quedado demasiado cerca.

Él se palpa el torso desnudo y se observa por debajo de la sábana. Yo aprovecho el movimiento y me miro con disimulo. Estoy en ropa interior y no tengo ni idea de dónde está el resto de mi indumentaria.

—Estoy casi seguro de que no pasó nada —me dice a medio bostezo.

«Mejor».

Respiro aliviada y Uli se ríe. A mí no me hace ni puta gracia.

—¿Esta es tu habitación? ¿Vives en un hotel? —Me distancio. Sigo notando los efectos del alcohol, estoy medio desnuda y entre los dos no hay suficiente distancia. Las señales de «peligro» no pueden ser más claras.

Se ríe más fuerte y lo hace como un niño grande al que le han pillado haciendo una travesura.

—¿Qué recuerdas de anoche?

«Un bar, risas, chupitos… Un "hagamos una locura"».

—¿Dónde estamos? —pregunto aterrorizada.

Uli se despereza y estira los brazos. Me mira como si yo fuera un chiste andante.

—Juraría que estamos en Berlín.

«Sí, hombre».

Fogonazos. Imágenes. Risas. Algo me suena, pero espero que no sea real. Doy un brinco y voy hacia la ventana. Subo el estor oscuro con prisa, pero conforme la luz entra en la habitación y veo lo que hay al otro lado del cristal, se me para el corazón.

—¿Berlín? —pregunto al aire.

Mi madre me va a matar, a mi abuela le va a dar un ataque al corazón y yo estoy a punto del desmayo.

—Te va a encantar, es una ciudad alucinante.

#LoMato #MeMato
#LaMadreDeTodasLasResacas

Uli

Cualquier cosa que diga la usará en mi contra y, si se me ocurre reírme, me atiza. Así que reprimo la carcajada mientras ella se pasea de un lado a otro de la habitación, maldiciendo en ropa interior. Los ojos los tiene cual mapache, el pelo de punta y el ceño fruncido. No podría estar más graciosa ni aunque se lo propusiera.

Que anoche bebimos de más no es un secreto. La culpa fue de Salo, que conste. Conocía al camarero, que se dedicó a invitarnos con el único objetivo de zumbarse a mi nueva amiga, aunque ella no estaba muy por la labor.

Cuando conseguimos salir de allí, era de día. Mery sugirió que siguiéramos la fiesta en su piso, pero Salo no dejaba de gritar que necesitaba hacer una locura.

Y la hicimos, obviamente.

Fui yo quien sugirió hacer un viaje, lo admito. Me encanta coger un avión en cuanto tengo oportunidad y Berlín es uno de mis destinos favoritos. Solo necesitamos un teléfono móvil y una tarjeta de crédito. La pena es que Mery debió de quedarse dormida cuando fue a su casa a recoger sus cosas. Este era un plan de tres, no de dos. Si ella estuviera aquí, sabría calmar a Salo o podríamos reírnos de ella sin riesgo a morir.

Busco mi móvil en la mesilla y trasteo con él en un vil intento de esconder la risa que puede costarme la vida. Leo varios mensajes de Irene, en los que se disculpa por haberme dejado solo. Le respondo que no pasa nada, que no se preocupe y que nos veremos pronto.

«En dos días… Si logro salir vivo de esta habitación».

—Tengo hambre —le digo. Ella patalea frente a la ventana y señala la vista con ambas manos, todavía no es capaz de asimilar dónde está. Me muerdo los carrillos para no soltar una carcajada y vuelvo a la carga—: ¿Tú tienes hambre?

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta, desesperada—. ¿Por qué estoy contigo? —Suelta un bufido—. ¿Y dónde narices está mi ropa?

La verdad es que no recuerdo el momento en el que nos quedamos casi en pelotas. Me ha dado un buen susto cuando me ha preguntado si usamos protección. Aunque estoy casi seguro de que no pasó nada. Si no hubiera estado Irene de por medio, no pondría la mano en el fuego. Pero está.

«Aunque… No somos pareja».

«Cierto».

«Y probablemente se haya liado con su ex».

«Cierto también».

«Pero Salo no está para rollitos de una noche. Necesita un amigo».

«Verdad verdadera».

—¡Uli!

—¿Ehmm?

—¿Por qué estamos aquí?

—Querías hacer una locura.

Ella se queda pensativa, como si estuviera recibiendo fogonazos de lo que ocurrió anoche.

—¿Y mi ropa? —Salo cruza los brazos por debajo del pecho y con ese movimiento logra que mis ojos vayan directos hacia su sujetador. Es negro, a juego con sus braguitas, y tiene un dibujo en blanco que no logro distinguir—. ¿De verdad me estás mirando las tetas? —me increpa.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Cómo puede pasarme esto otra vez?».

Cierro los ojos como acto reflejo. Sin embargo, mi gesto no consigue que Salo deje de gruñir, claro. Ahora mismo me encantaría tener una capa de invisibilidad que me sacara de su campo de visión.

Sí, estoy un poquito acojonado. La chica despreocupada de ayer, la que quería hacer una locura, ha sido absorbida por Maléfica.

«Ella se describió así, acuérdate».

«Verdad».

La oigo trastear por el dormitorio mientras amenaza con hacerle algo a mis huevos. No he entendido muy bien qué ha dicho, si me los va a cortar y servírselos de desayuno o si me los va a cortar y, después, va a bajar a desayunar.

Tengo hambre, pero no pienso abrir los ojos.

Mientras ella sigue protestando y poniendo la habitación patas arriba, una historia empieza a dibujarse en mi cabeza… La de una niña alegre, cuya sonrisa iluminaba el mundo, que cayó en un pozo siniestro y, cuando consiguió salir, era otra persona. Alguien oscuro, vil, que disfrutaba haciendo sufrir a los demás.

Y así me quedo un rato, imaginando con detalle a esa niña, el pueblo en el que vive y preguntándome cómo puede romperse el encantamiento.

—¿Estás meditando? —Salo me zarandea y yo abro un ojo. Se ha duchado, se ha vestido y su expresión no es de asesina—. He encontrado las mochilas, estaban debajo de la cama. Nuestros «yos borrachos» trajeron ropa, menos mal. —No me muevo, porque no me fío. Ella arquea una ceja—. ¿No tenías hambre? Yo me muero por unos huevos fritos.

«Ah, huevos fritos».

Mi estómago ruge. Ella curva sus labios hacia arriba.

—Has roto el hechizo —murmuro como un idiota—. Vuelves a ser normal. —Y con esta frase me gano un pellizco en el brazo de los que te hacen bizcar los ojos.

#HolaBerlín
#VengoConMaléfica
#EsperoQueNoTeDestruya



Conversaciones diurnas

@k.leer
Hooolaaa!
Eoooo
Estás viva?
Me estoy preocupando
Estás bien?

@_romantic.books
Estoy, estoy…pero con la peor resaca del mundo.

@k.leer
jajajaaja
Eso te pasa por beber!

@_romantic.books
Quería hacer algo distinto… ¡Y joder si lo hice!
Cuando he abierto los ojos, casi me da un infarto.

@k.leer
K has hecho???

@_romantic.books
Una locura, Babosilla. Ya te contaré, que ahora no puedo, pero no te preocupes. Estoy bien :)

@k.leer
No me dejes así! Dame un avance

@_romantic.books
Me he despertado con el Oso Amoroso.

@k.leer
Putoflipo contigo, Tita

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Ayer conocí a @_romantic.books

@el.abuelo.lector
¡Anda! ¿Vivís en el mismo sitio?

@k.leer
Nonono… Fue casualidad
Bueno, estoy casi seguro de k es ella

@el.abuelo.lector
Me duele muchísimo la cabeza y no tengo mucho tiempo. Estoy en Berlín con una chica que, ahora mismo, me está mirando fatal. Así que cuéntamelo y no me hagas preguntarte todo el rato.

@k.leer
Akí follan todos menos yo
Está buena?

@el.abuelo.lector
Está buena y tiene muy mal genio.
Al grano, hormona con patas.

@k.leer
Te lo cuento otro día, k es largo
Además, no pude preguntarle si era ella
Justo cuando iba a hacerlo, apareció un cansino

@el.abuelo.lector
Vaya…
Hay gente que tiene el don de la oportunidad.
Hablamos, ¿vale?

24. No voy a catarlo en la vida

Darío

El sexo me persigue, me rodea, pero no me toca. No voy a catarlo en la vida. ¿Y si me convierto en uno de esos raritos que no folla hasta que se casa? ¿Y si no me caso y se me cae la polla por no usarla?

«No, eso no va a pasar».

Sonrío de medio lado, seguro de que mi mano va a salvarme de esa catástrofe. Mi hermana me pilla de pleno.

—¡Sonríes! —Me apunta con el dedo.

Estoy tirado en el sofá con el móvil en la mano mientras ella ve *Frozen* por milésima vez. No se cansa. Para mi desgracia, me sé los diálogos y las cancioncitas de memoria.

—No estoy sonriendo. —Es mejor negarlo con contundencia, porque puedo leer sus pensamientos.

—¡Te gusta! —Mueve las caderas de un lado a otro sin ritmo alguno—. ¡Canta conmigo!

—No.

—¿Por qué?

—Porque mamá está acostada, descansando, y no podemos hacer tanto ruido.

—Ah, ya. —Su alegría se desvanece y se deja caer encima de mis piernas como si no estuvieran allí. Si lo llega a hacer sobre mis huevos, me desgracia—. Mamá siempre está cansada para jugar conmigo. —Me mira con pena—. Ya no me lleva al parque ni tampoco cantamos. Soy una niña, ¿sabes? Necesito jugar.

Por un momento, consigue que me sienta como un hermano mayor de mierda, hasta que me doy cuenta de que me está haciendo chantaje emocional.

Nos observamos durante un par de segundos. Ella mantiene el gesto de pena máxima y yo el de desconcierto.

—La abuela vendrá en un rato, canta con ella.

—Es muy *mayor* —se queja con mucho teatro.

—Yo *también*.

Niega con la cabeza como si hubiera dicho una tontería.

—Si tú fueras el pequeño, cantaría contigo toooodos los días.

—Todos, ¿eh?

—Toooodos —repite, convencida.

Ya está, me ha ganado. Ella es muy lista y yo un facilón.

Cuando dejo escapar un resoplido, Ana se da cuenta de su victoria y salta del sofá.

—Solo una —la advierto.

—Claro, claro…

Vamos, que me va a tener toda la tarde cantando *Frozen*. Y aún me pregunto por qué soy virgen. Es simple, porque envío señales al universo de que no estoy preparado. Mientras el Abuelo Lector se tira a una alemana, la Tita Romantic se folla a un oso amoroso y Jaime está

dale que te dale con la rubia tetona, yo veo Disney.

«Qué triste, joder».

#Suéltalo
#HazmeUnMuñecoDeNieve
#VamosAJugar

############

Mi abuela ha llegado hace un rato, pero no hemos interrumpido nuestra función. Yo sujeto la escoba entre mis manos y Ana su cepillo del pelo. Hemos saltado de *Frozen* a *La Bella y la Bestia* y ahora estamos con *La sirenita*, cantando a todo trapo *Bésala*. Admito que no pensaba que fuera a ser tan divertido, sin embargo, aquí estoy, disfrutando tanto como la enana.

Mi madre se ha asomado varias veces al salón y mi abuela ha hecho el amago de grabarnos con su móvil, aunque ya me he encargado de explicarle que eso no iba a pasar.

—¡Darío, es Jaime! —Mi abuela grita desde la entrada, con el telefonillo en la mano.

Suelto la escoba y me disculpo con Ana, que patea el suelo tres veces a modo de protesta.

—¿Qué? —pregunto al aparato sin saludar.

—¿Bajas un rato?

Observo a mi hermana, que ya está practicando un puchero.

—¿Ahora? —Ana sacude la cabeza con energía—. Es que…

—Ya, ya… Te he oído. —Jaime suelta una risilla contenida. Cierro los ojos con fuerza—. Bueno, te *hemos* oído.

—*¿Hemos?*

—Hola, Darío.

«¿Vero?».

—Hola. —Apoyo la frente contra la pared. Tengo la peor suerte del mundo.

—¿Bajas o qué? —Jaime se acerca tanto al interfono que su voz se incrusta en mi cerebro—. No nos hagas esperar, que aquí la *señorita* quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? —El corazón se me va a salir del pecho en cualquier momento.

—Con el que le dio un pico y echó a correr, sí. —Otra risilla. Voy a darle una leche en cuanto lo vea—. Tío, hasta yo sé que eso no se hace. Anda, baja.

Miro a mi hermana y alzo las cejas. Ella entiende el mensaje y suelta el cepillo con tremenda mala leche.

—Cuando subas, seguimos —me amenaza.

Me miro en el espejo de la entrada y me atuso el pelo.

—Voy.

¿Se puede estar acojonado, nervioso, alegre y tontorrón al mismo tiempo? Sí, se puede.

#MiVero #HaVenidoAPorMí
#Microinfarto

############

He bajado en el ascensor como si el Atlético de Madrid hubiera ganado la liga, pero al salir a la calle y verla… Ufff. El terror ha podido con la alegría. ¿Qué sé yo de chicas? Nada, nada en absoluto, y ha quedado demostrado en mis casi diecisiete años de vida.

Estoy acojonado. Tengo una oportunidad y me da miedo cagarla. Porque la voy a cagar, está claro. Tartamudearé, no sabré explicarle por qué la besé y mucho menos por qué eché a correr.

—Hoy ni se mueve. —Oigo que dice Jaime, sentado a mi lado en el mismo banco de siempre, justo antes de que su novia le dé un sonoro beso.

Vero, de pie frente a nosotros, me observa. Sé que está esperando a que yo dé el primer paso, pero finjo estar concentrado en mi móvil.

—¿Y si los dejamos solos? —pregunta Silvia, que es el nombre de la rubia tetona—. Lo mismo se animan.

Levanto la cabeza hacia Jaime, que sonríe con malicia, y le ruego con los ojos que no se vaya, que no me deje, que no estoy preparado. Pero él, en lugar de hacerme caso, suelta una risotada y se levanta de un salto.

—Nos vamos. —Y ni se despiden. Dan un par de pasos, se ríen y vuelven a enroscarse mientras se alejan.

Genial, ahora no tengo dónde esconderme. No puedo seguir con el teléfono si no quiero quedar como un maleducado. Que no quiero.

Guardo el móvil en el bolsillo, pero mi vista se clava en el suelo, en las cáscaras de pipas y en las hormigas en hilera.

—¿Qué tal va tu madre? —Vero se sienta a mi lado y su olor a vainilla me envuelve. Hoy lleva un mono corto con dibujos geométricos y no puedo evitar mirar sus piernas, morenas y perfectas. Están demasiado cerca de las mías, blancuchas y peludas. Cierro los ojos con fuerza para disimular—. ¿No está mejor? —pregunta con inquietud.

Si hablo ahora, me sale un gallo. Necesito respirar hondo, tragar saliva y dejar de hacer el gilipollas.

—Le van a hacer más pruebas —consigo decir en un murmullo—. Mis abuelos tienen pasta y están hablando con clínicas privadas.

Si pudiera darme un tortazo ahora mismo, me lo daría. ¿Mis abuelos tienen pasta? ¿Así es cómo trato de impresionarla?

—Debe ser difícil no saber qué tiene.

Ladeo la cabeza y respondo sin pensar:

—Es difícil verla enferma. No sé si me sentiría mejor poniéndole nombre, solo quiero que se ponga bien. —Levanto la vista y la miro. Vero me sonríe con timidez.

—Si quieres, podemos cambiar de tema.

—No pasa nada. —Prefiero hablar de mi madre que de lo que ocurrió el último día—. Aunque es la primera vez que lo digo en alto.

—¿No hablas con nadie de esto?

Entrecierro los ojos y, sin querer, frunzo los labios. No quiero mentir, pero me preocupa que la verdad me haga quedar como un rarito. Hablar con alguien que no conoces puede parecer extraño.

Las conversaciones con la Tita Romantic se cuelan en mi cabeza. El apoyo incondicional y sus consejos. Es bonito, no merece ser tapado. Y si Vero piensa que soy un friki por esto…, pues mala suerte.

—Hay una chica con la que hablo por Instagram —confieso. Vero alza las cejas—. Es más mayor que yo y no hay tonteo —explico antes de que pregunte—. Con ella me desahogo, es mi amiga. Nunca hemos quedado y no sé cómo es (tiene un dibujo como foto de perfil), pero la siento más cerca que todos mis amigos juntos. —Analizo su expresión, está sorprendida—. ¿Te parezco un raro?

Niega con la cabeza.

—Me pareces… diferente.

—Diferente suena mal.

—Diferente en plan bien. —Sonríe.

Sin darme cuenta, le estoy devolviendo la sonrisa. El agobio ha desaparecido y, en su lugar, tengo una alegría inexplicable.

—Creo que ayer la conocí. —Le cuento toda la historia, y Vero escucha con atención. Cada vez está más cerca—. Tiene algo que me recuerda a ti. —Me mira y alza una ceja en un gesto calcado al de Salomé—. ¿Tienes una hermana? ¿Una prima?

—No das una. —Se ríe—. Hija única, dos primos.

Me quedo en silencio, pensando en todo lo que desconozco de mi Vero. ¿Se puede sentir todo esto por alguien que no conoces del todo? Parece que sí.

—¿Has hablado con ella hoy?

—Sí, pero estaba de resaca. —Nos reímos—. Así que no sé.

—Tengo una idea. —Da un saltito en el banco que hace que vibre entero—. ¡Mándale una foto! —Bufo y Vero asiente repetidas veces—. Si es ella, te reconocerá. Si no, tampoco pierdes nada.

—¿Mandarle una foto sin venir a cuento? ¿Después de todo este tiempo? No lo veo.

—Podemos hacernos una juntos —propone—. Saca el móvil.

Obedezco, agilipollado perdido por la idea de tener una foto con ella. La pondré de fondo de pantalla y la miraré todas las noches, o mejor, la imprimiré y la guardaré para siempre.

Ella pasa el brazo por mi hombro y junta su cara a la mía. Se me va a salir el corazón por la boca.

—¿Y qué le digo cuando se la envíe? —Sonrío a la cámara, pero no dejo de mirarla a través de la pantalla.

—Le dices: «Esta es la chica a la que robé un beso».

Me pongo colorado al instante. Vero me da un beso en la mejilla y yo lo inmortalizo dándole al «clic». Bajo el móvil, pero ella no se aparta.

—Perdón por hacerlo sin tu permiso —le digo bajito.

—No lo repitas. —Vero se acerca a mis labios y los besa con suavidad—. Estamos en paz.

#HeMuerto #YEstoyEnElCielo
#VeroMeHaBesado #AMí
#InLove

25. ¿Qué pasó anoche?

Mery

El timbre me despierta, tres pitidos seguidos que conozco bien. Mi primer pensamiento es que es imposible que precisamente hoy esté llamando a mi puerta. El segundo es por qué estoy en pelotas con la cabeza metida en una bolsa de viaje.

«¿Qué pasó anoche?».

Los recuerdos comienzan a bombardear mi cabeza: el plan fallido de reconciliar a mis dos mejores amigas; Juan confesando que siente algo por Vico; el dolor; las copas; Uli siguiéndome el rollo; los chupitos; Salo riendo como hace mucho que no la veía hacerlo; más copas… Una locura.

«¡Espera! ¡Stop! ¡Un momento!».

Abro los ojos de golpe y escupo la braga que estoy babeando —limpia, por si te lo estabas preguntando—. Me quedé dormida y mi mejor amiga va a asesinarme.

Alargo el brazo y palpo la cama en busca de mi móvil. Lo encuentro bajo la almohada, lo desbloqueo y abro el WhatsApp.

Salo
¡Locuraaa! ¡Nos vamos a Berlín! ¡No quiero reproches!
¡Vamooos! I love youuu.
¿Estás lista?
¿Mery? Te he llamado cuatro veces, ¡contesta!

Por un momento, quiero creer que ella también se ha dormido y que todo fue una estúpida idea de borrachera, pero ese pensamiento solo dura unos segundos, lo que Salo tarda en estar en línea y escribirme.

Salo
Me he despertado en una cama con Uli.
En Berlín.

«¡Ay, madre!».

Me llevo la mano a la boca.

Salo
¿Qué coño pasó anoche?
No soy capaz de unir un acontecimiento con otro.

«De todo, por lo visto».

Grabo un audio de un minuto y medio con mi voz de resacosa, explicándole lo que recuerdo, que tampoco es que sea mucho, y, después, espero su respuesta.

Salo
Flipo, de verdad. ¿Cómo pude hacer todo eso y no acordarme?

Mery
Ibas muy borracha, hacía mucho que no te veía así.
Te subiste a la barra del bar, bailaste rollo seductor.
Ligaste con el camarero, al que le cantaste la canción
de Lady Gaga: «Ale, Ale-jandro».

Al imaginarme su cara, suelto una carcajada, que deriva en tos de abuela.

Salo
¡No me jodas!

Mery
Después le hiciste la cobra, pero aún no sé por qué.
Era mono.
Aunque supongo que tú ya te habías fijado en Uli.
Tonta no eres, le da mil vueltas.

Veo cómo escribe y escribe, pero no recibo ningún mensaje, lo que me da más risa y más tos. Casi me ahogo. Es el karma, que me la devuelve por haber dejado abandonada a mi mejor amiga y reírme de ella.

Salo
Voy a hacer el gran esfuerzo de ignorar ese comentario,
porque sé que no piensas con claridad.
Soy tu amiga. Tu amiga en Berlín.
Me estoy muriendo de ansiedad, Mery.
No quiero estar aquí, y menos con Uli.
¿Sabes que me ha dicho antes de irse a la ducha?
¡Que si había roto el hechizo! ¿¿¿???
Normal no parecía, pero ¡joder! ¡Es muy raro!

Mery
Ehhh… Yo no soy la que ha amanecido en su cama.
Aunque, oye, habría sido un gran premio de consolación después de lo de Juan.

El timbre vuelve a sonar. Lo ignoro, no quiero abrir. Si lo hago, Juan me preguntará por qué me fui sin avisar y, con toda probabilidad, me hablará de Vico. No tengo ganas de convertirme en el hombro sobre el que va a llorar.

Soy ese tipo de chica, esa con la que puedes contar para desahogarte, la que se come las mierdas de los demás, la que te apoya sea lo que sea… Pero hoy no, hoy es para mí. Necesito recomponerme, aceptar que lo nuestro no puede ser y hacer el esfuerzo de volver a verlo como un amigo.

Así que no, no voy a moverme, prefiero quedarme con la cabeza metida en una bolsa de viaje mientras hablo con mi mejor amiga.

Salo
¡Joder, Juan! ¡No me acordaba!
¿Estás bien?

Mery
Psss… Preferiría estar en Berlín contigo y con el rarito que estar en mi cama, escuchando cómo Juan llama al timbre.
Voy a hacerme la muerta, ese es mi plan.
¿Crees que funcionará?

Salo
Nop.
Va a tardar cero coma en abrir el WhatsApp y ver que estás en línea.

El timbre vuelve a sonar con insistencia.
«Mierda».

Mery
Entonces te dejo, hablamos más tarde.
Y pórtate bien con Uli, es un buen chico.
Si no lo quieres tú, me lo quedo yo.

Salo
Para ti entero.

Nos mandamos besos, dando por finalizada la conversación. Y ahora sí, saco la cabeza de la bolsa de viaje. Lo que necesito es descansar y no dar bombo a mi drama. Cierro los ojos y el espíritu de Escarlata O'Hara se apodera de mí.

«Mañana será otro día».

Y así intento dormirme de nuevo, sintiéndome fuerte y valiente como la protagonista de *Lo que el viento se llevó*.

Aunque la tranquilidad me dura más bien poco, porque Juan no se da por vencido y me llama por teléfono. Y di que la musiquita es suave y serena, ¡no! *Hooked on a Feeling* suena a todo volumen en mi dormitorio.

Uga Chaka Uga Uga
Uga Chaka Uga Uga

Estuvimos cantando esa canción durante meses, después de ver *Los guardianes de la galaxia*. Por eso me pareció gracioso ponérselo como tono de llamada. Aunque ahora mismo no me hace ni puñetera gracia, claro.

Aguanto la canción entera sin responder, porque soy una torpe con el móvil y suelo responder las llamadas que deseo silenciar. Cuando la música se detiene, cojo el teléfono con toda la intención de apagarlo, pero, en lo que tardo en localizar dónde está la maldita tecla, vuelve a sonar y le doy al botón de descolgar como una mema.

—¿Sigues dormida, peliloca? —Suelto un gruñido y Juan me responde con una carcajada—. Ponte algo encima de esos pijamas porno que te gastas, que Vico y yo estamos en tu puerta.

«¡Me cago en mi vida!».

—¿Cómo?

—¡Vaya voz de camionero! Mery está fatal —se dirige a Vico, a la que imagino poniendo los ojos en blanco—. Bueno, aunque esa era la idea, ¿no? Pasar la resaca juntos viendo pelis y comiendo *pizza*. Venga, abre la puerta que tenemos hambre.

Tendría que decirle que ni de coña, que no quiero verlos juntos, o inventarme que tengo la resaca del siglo, pero no me sale, porque no se me da muy bien eso de decir que no.

—Dadme cinco minutos para que me duche.

#ODosAños
#NoQuieroVerlos #NoJuntos

############

Sentada en el sofá, con Juan a mi izquierda y Vico a mi derecha, empiezo a comprender por qué Salo no quiere ver a Berta y a plantearme si puede sentir algo más por Miguel de lo que admite. Me temo que mis ganas de que todo se arreglara entre mis dos mejores amigas han sido más grandes que mi empatía.

—Estás muy callada —percibe Juan.

—Me duele la cabeza. —Y el corazón, aunque no lo vaya a decir en alto—. Será mejor que vaya a por un paracetamol.

Me incorporo y me arrastro hacia el baño, donde tengo mi pequeño botiquín. Oigo sus pasos tras de mí y me desespero, sé lo que está a punto de hacer y no puede apetecerme menos.

—Ayer… —comienza dubitativo—. ¿Recuerdas algo de lo que te conté?

Tengo el cerebro tan fundido que ni una de las miles de frases que habitan en mi cabeza viene a mi memoria para desdramatizar la escena. Me gustaría hacerme la olvidadiza y fingir que no sé de qué habla, pero es Juan, me conoce demasiado.

—Algo —respondo con la boquita pequeña mientras abro el armarito junto al lavabo.

—A ver… Lo mismo exageré, ¿sabes? El alcohol magnifica los sentimientos y te hace ver cosas que no son.

Me encantaría creérmelo, pero anoche todas las piezas encajaron: cómo siempre intenta estar cerca de ella y la de veces que ha insistido en incluirla en los planes que teníamos a dos.

—Estás colgadísimo. —Me giro para ver su reacción.

Él resopla y se lleva una mano al pelo.

—No quiero estarlo.

«Yo tampoco y ya ves… Aquí estamos. Yo por ti y tú por ella».

—¿Paro la peli? —grita Vico desde el salón—. ¡Estáis tardando mucho!

—¡Dos minutos! —responde Juan—. ¡Y no te comas nuestra *pizza*! —Sonríe antes de que ella proteste y a mí me dan ganas de vomitar—. Por favor —me mira a los ojos—, borra lo que te dije, olvídalo. —Se acerca y me acaricia la mejilla con cariño—. No tiene importancia, es uno de esos cuelgues que así como vienen, se van. A veces, ocurre con los amigos, ¿no? Y después te das cuenta de que es una tontería, de que la amistad es un sentimiento mejor que el amor, más duradero, más de verdad.

Mis labios tiemblan y noto cómo mis ojos se humedecen sin que pueda hacer nada para evitarlo.

—Eyyy, no te pongas tonta —me dice mientras me achucha—. ¿Tienes miedo de que te abandone? —susurra en mi oído—. Eso no pasará jamás. Tú eres mi chica, siempre estaremos juntos.

—Tu chica —repito entre hipos.
—Mi mejor amiga, mi compañera de vida.

#Siempre #SuChica
#FriendzoneEterna
#VayaPanorama

26. Este es hippie

Salo

He hecho un Melendi, ¡yo! ¿No se supone que no te dejan subir al avión si vas en malas condiciones? Madre mía, no puedo creerme que esté en Berlín. ¡Si no he salido de España jamás! ¡Si no me gasto un duro si puedo evitarlo! Ayer debieron de drogarme, no puede haber otra explicación. Me remuevo en la cama, donde espero sentada a que Uli salga de la minúscula ducha.

«¡Esto es surrealista!».

Echo un vistazo a mi alrededor. Todo es pequeño: las camas (la de matrimonio y la de arriba), el lavabo junto a la ventana y el zulo donde están encajados el váter y la ducha. Para más inri, la luz no funciona en el cubículo que hace de baño, así que hay que dejar la puerta abierta.

Aquí estoy, escuchando cómo Uli canta *Take on me*, el gran éxito de A-ha, mientras rugen mis tripas. Lleva quince minutos bajo el agua y comienzo a desesperarme. Ya he hablado con Mery, con mi madre —que piensa que estoy con mi amiga—, y me he puesto al día con Instagram, respondiendo a cada uno de los comentarios de mi reseña y haciendo lo propio con las reseñas de las novelas que han llamado mi atención. ¡Menos mal que este hombre tenía hambre!

Uli deja de cantar y ya no se escucha el ruido del agua. Me pongo en pie y fijo la vista en la puerta.

—¿Por qué Berlín? —le pregunto a bocajarro en cuanto sale del pequeño aseo. Él aparece con el torso desnudo y una toalla blanca alrededor de la cadera. Su pelo, peinado por primera vez, gotea. Es imposible no mirar cómo esas pequeñas gotas resbalan por su cuello y después caen por su cuerpo trazando distintos caminos.

Vale, lo admito, me ha dejado fuera de juego. ¡Joder con Uli! Hace un rato estaba demasiado acojonada con la situación para apreciarlo, pero este hombre está mucho mejor sin ropa.

Trago saliva y me obligo a centrarme en sus ojos.

—Esta ciudad nunca me ha llamado la atención, así que estoy segura de que no fue idea mía.

Carraspea y se frota la barbilla.

—Culpable. —Sonríe.

Le miro mal. Se arruga.

Intento parecer cabreada, pero hasta yo me doy cuenta de que no me sale bien. En realidad, estoy boqueando. ¿Por qué me está resultando tan sexi? Será el «efecto ducha», el rollo de verlo mojado, oliendo a limpio, o el saber que con un simple tirón estaría completamente desnudo.

«No, no, nooo. ¡Vade retro, Satanás!».

Doy un giro de ciento ochenta grados y me concentro en el único cuadro que hay colgado en la pared. Horrible, por cierto. Uli aprovecha el movimiento y comienza a vestirse. No lo veo, pero lo oigo. Y lo peor, visualizo la escena.

«¡La madre que lo parió! ¿Este es hippie o qué?».

—¿Qué quieres comer? —pregunta mientras escucho a la perfección cómo sube la cremallera de su bragueta—. ¿Has dicho algo de unos huevos?

Nadie debería hacer una pregunta de ese tipo con ese sonido de fondo.

«¿Lo está haciendo a propósito?».

Respiro hondo y me repito a mí misma que debo tranquilizar a mis hormonas. Ya sé que parezco una yonqui del sexo, pero es que estoy acostumbrada al «aquí te pillo, aquí te mato» y mi cuerpo reacciona igual que lo haría un perro ante un buen solomillo. O sea, que estoy salivando. Cuerpo a la vista, calentón. Así de sencillo. Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no darme la vuelta, pero no puedo tirarme a Uli. ¡Claro que no! Anoche ya llegué a esa misma conclusión. Además, estoy obligada a pasar dos días con él, es imposible huir.

«Es una pésima idea».

—¿Ya te has decidido? —Se acerca a mi espalda. Me tenso.

«Eso parece».

—Nada de huevos —respondo mirándolo por encima del hombro.

—Qué pena, me había hecho a la idea. —Se pone a mi lado y me mira divertido—. ¿Y una salchicha?

«¿En serio?».

#NiSalchichas #NiSalchichos
#NoTientes #Rarito

############

Uli y yo caminamos uno al lado del otro, aunque no hablamos. Llevamos así veinte minutos y hemos recorrido varias calles, todas limpias y abarrotadas de gente silenciosa. ¡Ni los semáforos hacen ruido! Desconozco hacia dónde nos dirigimos, pero no pienso preguntárselo porque, si lo hago, corro el riesgo de gruñir como una bestia parda y ahuyentarlo.

Él habla inglés, yo no. Puedo ser una borde, pero no idiota.

Mientras avanzamos, Uli camina con una sonrisa de oreja a oreja, que borraría con gusto de un sopapo. Yo, sin embargo, tengo el ceño fruncido. No dejo de pensar en cuánto me va a costar la gracia de la borrachera. El billete, el hotel, las comidas… Todo esto es culpa de Berta y de su maldita boda con mi ex. Desde que nos dio la noticia, a mí me ha dado por pensar que mi vida es una mierda, que debo cambiar; y mira lo que ha pasado, que he terminado en algún lugar de una ciudad que no conozco, con un tío con el que he pasado tres ratos y todos raros. Mi vida puede ser aburrida, pero la controlo. ¿Quién me mandaría a mí hacer algo distinto?

«Esto no es real, no puede serlo. ¡Estoy paseando por Berlín con un oso amoroso!».

En serio, ¿qué le he hecho yo al universo?

—Aquí —dice, parándose en seco. El local al que señala con su barbilla es una cafetería. O eso creo. No hay barra ni decoración que invite a entrar—. Es de los pocos sitios en Berlín donde preparan un buen café. —Se relame, da dos zancadas y se cuela dentro sin esperar siquiera a que yo dé mi opinión.

El gesto no llega a ofenderme, bien porque ya no puedo estar más ofendida con el mundo, o bien porque tengo hambre.

Tardo cinco segundos en entrar al local y Uli ya está de cháchara con las dos señoras que se encuentran tras el mostrador. Este chico no tiene vergüenza, mezcla palabras en alemán e inglés, aunque no descarto que se esté inventando la mitad. Ellas, rubias y fornidas, agradecen el esfuerzo relajando sus ceños, tan fruncidos como el mío.

—¿Cómo tomas el café? —me pregunta Uli en español.

—Cortado en taza grande, como un café con leche con más café y menos leche.

Él agita la cabeza como si fuera un chucho tras un baño.

—No sé cómo se dice. —Se gira hacia ellas—. *Cappuccino*.

«¡El más caro, joder!».

Aprieto la mandíbula y le maldigo mentalmente, aunque él ni se inmuta. Hasta esta mañana, me caía bien.

Uli señala varios dulces con la mano y las señoras —de sonrisa inexistente—, los sirven en una bandeja junto a los cafés. Muy majas no son, pero rápidas un rato. Él agarra la bandeja y se dirige a una de las mesas. Es mi hambre la que le sigue, no mi dignidad. Y al sentarme frente a él, el olor a mantequilla, azúcar, canela y café me inunda. ¿Puede existir un olor más maravilloso? Siento que floto, lo juro, hasta creo que sonrío.

—Es como magia, ¿verdad? —Me observa con una expresión divertida. Su pelo ha comenzado a secarse, aunque siguen cayendo pequeñas gotas sobre el cuello de su camiseta rosa. Sí, rosa, y en varios tonos de rosa, además. Este hombre es muy *hippie*. No respondo, me limito a arquear una ceja—. Mierda, no la mires a los ojos, que está encabronada —murmura rompiendo el contacto visual de forma brusca.

—¿Qué?

Gira la cara hacia la pared y empuja la bandeja a mi lado de la mesa.

—Come.

«Este tío es raro raro, rarísimo».

Lo ignoro y cojo uno de los dulces, un hojaldre relleno de manzana, espolvoreado con azúcar glasé, Pero no porque se haya puesto en plan *Rainman* mandón, sino porque tengo hambre. Le doy un bocado y ronroneo. El crujiente del hojaldre contrasta con la delicadeza del relleno, formando en mi boca un conjunto digno del cielo, —si es que existe—. Cierro los ojos y me concentro en la sensación. Después, los abro y le doy un trago a mi *capuccino*, que también está delicioso. Repito la operación tres veces y me olvido de dónde estoy.

Puede parecer una tontería, pero creo firmemente que una buena comida —y hablo de alimentos, no pienses mal— es capaz de cambiar el estado de ánimo. Es lo que me está ocurriendo ahora, que mientras saboreo el desayuno, mi mente se va limpiando de malos pensamientos. Tal vez nunca hubiera venido a Berlín, y menos con alguien que apenas conozco, pero no tiene por qué ser una tortura.

Observo a Uli, que ha estado todo este rato mirando a la pared sin probar bocado. Y con la tripa un poco más llena, comienzo a sentirme culpable. Puede ser un poco raro, pero siempre ha sido majo conmigo y yo no he podido ser más borde.

—No he entendido lo que has dicho —le comento en un tono cordial.

Uli me mira de medio lado. Me está analizando para evaluar el nivel de peligro, lo que consigue que me sienta peor.

Intento sonreír. Él se relaja.

—Magia —repite con una sonrisa que no le cabe en la cara.

#MagiaDice
#EsteEsHippie

27. ¿Por qué eres así?

Salo

Estamos en el metro de camino al East Side Gallery. Uli ha insistido en que no podía dejar de ver el muro de Berlín y yo he aceptado porque… es gratis.

Sí, soy una rata. Mery tiene razón en decírmelo una y otra vez. Sin embargo, tiene una explicación. Llevo casi nueve años trabajando y, durante todo ese tiempo, he ahorrado más de la mitad de mi salario con un solo propósito: adquirir una casa. Cuando mi abuela falte (no quiero ni pensarlo), compraré un piso y por fin saldré del nido familiar.

Resoplo. Uli, sentado a mi lado, me mira de reojo.

—Sé que te arrepientes de estar aquí —me dice al mismo tiempo que una voz metálica anuncia el nombre de la próxima estación.

Estoy intentando ser más amable, pero lo que hago es fruncir mis cejas, dándole la razón. Él muestra un amago de sonrisa.

El tren se para. Los pasajeros se ponen de pie y se dirigen a la salida, en orden y en silencio, sin empujar. Es como estar en un universo paralelo. Esto, en España, se habría convertido en un amasijo de gente empujando mientras todos intentan salir al mismo tiempo.

—No hago estas cosas —le confieso cuando el tren vuelve a ponerse en marcha—. No es propio de mí.

—¿Viajar con un casi desconocido? —Se atusa el pelo, que a estas horas está a lo afro—. ¿O subirte a un avión borracha?

—Ambas.

—Bueno, ya que estamos… —Sus ojos se ríen—. Podemos disfrutarlo, ¿no?

Debería responder que he pensado lo mismo. Sin embargo, la forma en que me mira —como queriendo crear una especie de intimidad—, junto con el recuerdo de la escena de la toalla, consiguen que me ponga en alerta.

—Lo justo. —Lo observo con sospecha, él a mí con incomprensión—. Lo pasaremos bien en su justa medida. Sin descontrolarnos. —Uli agranda los ojos, yo chasqueo la lengua—. Como amigos, colegas o lo que coño seamos.

—Ah. —Asiente con lentitud. No sé si me ha entendido, pero no responde, se dedica a perderse en sus pensamientos. Es algo que hace mucho, se queda mirando a la nada, como si soñara despierto.

Tras cinco minutos de silencio, vuelvo a sentirme culpable. He dado por supuesto que sus intenciones eran sexuales, aunque anoche no me siguió el juego. Puede que, simplemente, él sea así, un *hippie*.

—¿Uli?

—¿Mmm? —Y de nuevo mira hacia otro lado cuando le hablo. ¿Qué le pasa a este hombre? Me está poniendo muyyy nerviosa.

«Tranquila, Salo».

Cojo aire y lo suelto muy despacio. La idea no es encabronarme, sino hacer las paces.

—¿Estoy siendo muy borde?

—Psss… —Se encoge de hombros y, aunque mantiene la posición, puedo ver una sonrisilla nerviosa asomarse en su cara.

—¿Te da miedo contestar?

—Nuestra parada. —Uli se incorpora y hace un movimiento de cabeza para que le siga. Me levanto, me pongo a su lado y espero mi respuesta. Pero lo que oigo es un murmullo sin sentido —: Por favor, no la destruyas.

#QuéLePasa #ParecíaNormal
#SurrealismoPuro

############

—¿Por qué eres así? —Uli me observa como si quisiera meterse en mi cabeza.

Llevamos un rato paseando por el muro de Berlín, el suficiente como para darme cuenta de que estoy pagando mi frustración con él. Es un poco excéntrico, aunque no es nada tonto. Cuando me pongo en plan borde, pasa de mí.

—¿Así, cómo?

—Una chica que aparenta ser dura, pero que no lo es en absoluto. —Sonríe, complacido de haber dado en el clavo—. Siempre hay una historia detrás.

—Tú eres muy de historias, me parece a mí.

Señala con los ojos hacia la pintura que decora el muro, donde el nombre de la ciudad está escrito en letras blancas sobre negro. Nunca hubiera imaginado que algo tan horrible se pudiera convertir en un museo al aire libre.

—¿Tu ex? ¿Tus padres? ¿Algo que te ocurrió siendo demasiado pequeña para entenderlo?

Me tenso. Me va a dar el paseo, lo veo venir.

—¿Tratas de psicoanalizarme? —Enarco una ceja—. No pensaba que fueras de esos.

—Somos el producto de lo que nos pasa, o más bien el resultado de cómo nos enfrentamos a lo que nos ocurre.

—Vaya tela… ¿Estudiaste psicología o solo te lees artículos de internet?

—Soy observador.

Suelto un eterno bufido al imaginarme cómo van a ser estos dos días. Él responde con una risilla. Entre sus excentricidades y sus ganas de aplicarme el tercer grado será un milagro si no termino dándole una leche. Y di que no es poco insistente, que en cuanto me descuido me pregunta qué personaje ficticio sería o cuáles son mis superpoderes. Paso, no tengo ganas de contarle mi vida, así que voy a intentar despistarlo.

—Todo tiene una explicación —me pongo en modo interesante, alzando la barbilla y dejando la mirada perdida—, como, por ejemplo por qué hemos acabado en Berlín y no en otras ciudades más glamurosas como Londres o París.

Ahora el que bufa es él. Se echa hacia atrás en un gesto teatrero y se lleva la mano al corazón, igual que si una bala hubiera impactado en su pecho. Después, se acerca y habla casi en un susurro:

—Berlín es una de las capitales más interesantes de toda Europa, tiene un rollo bohemio, abierto y rompedor que no verás en otros lugares. —Lo vive, no me digas que no. Mira cómo mueve sus manos y la forma en la que le brillan los ojos—. Es un sitio con un pasado oscuro que ha resurgido de sus cenizas. Si Berlín fuera un animal, sería el puñetero ave fénix.

—Cuéntame más —le digo, dando pequeños pasos y fingiendo interés.

Él comienza a enumerar los puntos fuertes de esta ciudad y, después, me cuenta trazos de su historia. Tiene una forma de narrarlo que es casi como un cuento y reconozco que me tiene embobada. Por primera vez, pienso *de verdad* que este desaguisado no ha sido tan mala idea.

Uli detiene su monólogo de forma abrupta. Sus ojos parecen ver algo que los demás no somos capaces de apreciar. Cuando vuelve en sí, saca su móvil y escribe un par de frases. Yo permanezco en silencio, hipnotizada por esta forma de actuar.

Me mira. Sonríe.

—Y tú, ¿por qué eres así?

«Joooder con el hippie».

Va a estar así las cuarenta y seis horas que restan hasta que volvamos a España. Lo veo, lo sé. ¡Qué cruz!

Durante unos segundos, me planteo seriamente contarle mi historia y acabar con este dolor. Pero, ojo, no porque me apetezca.

Uli me observa con una sonrisa bonachona. Este chico no se corta un pelo. Y lo peor, es como si supiera lo que pienso. Me inquieta.

Llámalo karma, pero cuando abro la boca para responder una bordería, un par de avispas vienen hacia mi cara y grito como una posesa. Me aterran.

—Salo, tranquila —dice Uli mientras muevo los brazos como dos molinillos.

«¿Tranquila?».

Miro a mi alrededor, esperando que alguien se apiade de mí, ya que mi acompañante no ha entendido la gravedad del asunto. Las avispas son peligrosas, hay gente que muere por su picadura. Lo que me encuentro, en cambio, es a varios grupos que se están descojonando en toda mi cara.

Los alemanes no le temen al peligro, está claro.

—Son como moscas —prosigue Uli, que no se ha movido ni un centímetro—. Mira. —Espanta a unas cuantas con la mano, como si no fueran unos insectos hechos para el mal. Ahora mismo siento una gran admiración por él, casi tanta como terror. Sin poder evitarlo, voy dando pasos hacia atrás, mientras Uli me observa anonadado—. Las estás asustando. No deberías hacer eso. —Imita mis ridículos movimientos.

«¿Yo las estoy asustando? ¡Si me tienen acojonada viva!».

Retrocedo haciendo aspavientos. Y sigo y sigo, vete a saber en qué dirección, sin importarme los gritos de Uli, hasta que lo pierdo de vista, a él y a las putas avispas con instinto asesino.

Lo malo es que no tengo ni puñetera idea de dónde estoy.

#AvispasMalvadas
#Putada #NoTengoSuMóvil

############

Llevo diez largos minutos dando los mismos pasos hacia delante que hacia atrás. Los transeúntes me observan; lo noto, aunque no los culpo, tengo pinta de sospechosa. Aquí todo el mundo va en orden y en silencio, mientras que yo estoy maldiciendo y no voy a ninguna parte.

Mira, igualito que en mi vida. Esto es pura poesía.

Estoy acostumbrada a pasar tiempo sola y también a solucionar problemas, lo lógico sería que estuviera más tranquila, pero estoy fuera de mi ambiente y la barrera lingüística es tan alta como mis niveles de ansiedad. Lo reconozco, he entrado en pánico después de abrir el Google Maps para saber mi ubicación. En alemán, las calles tienen unos nombres tan largos y extraños que es

imposible retenerlos, ni siquiera recuerdo el puñetero nombre del hotel. Daría la mitad de mis ahorros por una vocal y la otra mitad por retroceder en el tiempo para avisarme a mí misma de que no es tan buena idea ir a ese concierto. Y ya sé que hace un rato te he dicho que venir aquí no había sido tan malo, pero lo retiro. Ha sido un error y de los gordos.

Me enciendo un cigarro y trato de mantener los nervios a raya. Si me quedo en el mismo sitio, será más sencillo que Uli me encuentre.

«Eso si Uli te busca, que este chico es un poco empanadilla, lo mismo se ha quedado mirando al infinito».

«Mierda».

Estoy dando unas caladas tan ansiosas al pitillo que casi se ha consumido por completo. Hago el gesto de tirarlo y un grito se escucha al otro lado de la calle:

—¡Nooo!

Todo el mundo mira en su dirección. Yo también.

Los gritos aquí no se llevan, son demasiado civilizados, pero es tanta la alegría que siento que devuelvo el alarido, aun sabiendo que esto debe de ser un acontecimiento de lo más insólito.

—¡Uliii! —Levanto los brazos al cielo.

—¡Nooo! —repite meneando los suyos haciendo una cruz.

Me gustaría decirte que aquí se termina el espectáculo, sin embargo, repetimos la misma *performance* unas cuantas veces hasta que mi cerebro se da cuenta de que, probablemente, Uli esté intentando decirme algo. Entonces, me quedo quieta con los brazos en alto, él cruza la calle y llega hasta mí.

—¡Joder, Salo! ¡Te podría caer una buena multa! —No entiendo a qué se refiere, aunque no me importa.

Está tan cerca que pienso que va a darme uno de sus abrazos, pero lo que hace, en cambio, es coger la colilla de entre mis dedos y tirarla a la papelera (llena de avispas, por cierto).

«Ah, la colilla…».

¿Me siento un poco monguer? Sí.

¿Me da igual porque ya no estoy sola? También.

Le abrazo como si me hubiera rescatado de la guerra y él se deja, porque es buena gente, un *hippie*, y estas cosas le van.

—Estás pirada —me dice mientras se deja apachurrar—. Has salido corriendo y son como moscas.

Me cagaría en él y en toda su familia si no fuera porque, ahora mismo, me siento a salvo y en paz.

Y aquí y ahora, me rindo ante la verdad. Este chico no es raro, es especial. Ha estado para mí cada vez que he necesitado apoyo, aunque ni siquiera lo admitiera; no entra al trapo cuando soy arisca; no me dice que soy gilipollas cuando lo soy; siempre tiene una sonrisa, y es capaz de abrazarme a pleno sol, no me olvido. Así que llego a la misma conclusión a la que llegué hace unos días —aunque debo de tener una tara mental, porque he conseguido hacer desaparecer ese pensamiento— : Uli merece la pena. Y mucho además. Por eso decido que voy a contarle mi historia, pero porque quiero hacerlo, no porque sepa que va a insistir hasta agotar mi paciencia.

#Perdida #Encontrada
#Superpoderes
#NoSonComoMoscas
#SonElMal

28. El juego

Uli

Si quieres conocer a alguien de verdad, llévatelo de viaje. Las personas se disfrazan, actúan como creen que deben hacerlo y ocultan su verdadera cara. Pero en un viaje, más tarde o más temprano, esos disfraces terminan por desaparecer.

Mira a Salo, por ejemplo. Hace un rato se ha puesto tensa porque le he tocado el hombro y ahora está abrazada a mí como un koala. Pretende ir de dura por la vida y protesta cada vez que intento tener un gesto de cariño con ella, pero es una chica sensible, de las que se protegen para no resultar heridas.

—La de cosas que haces para no contestar a mis preguntas —le digo con guasa.

—La de preguntas que haces para no hablar de ti mismo. —Salo se separa un poco de mi cuerpo y mira hacia arriba para tratar de adivinar si lleva razón.

Y un poco la tiene.

No me cuesta iniciar una conversación y decir tonterías, tampoco se me da mal ponerme profundo, pero contar mis movidas es otra historia.

Sonrío y ella suspira entre mis brazos. Parecemos dos amantes a punto de besarse en plena calle.

Carraspeo.

Salo parpadea.

Nos separamos con torpeza.

—¿Sabes lo que necesitamos? —le pregunto. Salo alza una ceja y sonríe de medio lado. Pensamiento inapropiado *again*. Trago saliva y continúo—: Relajarnos. Te voy a llevar a un parque que tiene unas vistas espectaculares.

Asiente y, acto seguido, me pide mi número de teléfono.

No lo entiendo, pero ha cambiado su actitud por completo. Y yo me alegro, ¿eh? No puedo estar ignorando todo el día sus pataletas.

Tiro de ella hacia la boca de metro más cercana.

—¿Allí hay avispas? —Se tensa y a mí me da la risa.

—¡Son como moscas!

Y recibo un manotazo, obviamente.

#MePega #TodoElRato
#Maléfica #HereWeGo

############

—¿Y…? —Miro de reojo a Salo, que está repanchingada en una tumbona amarilla a mi lado. Estamos en lo alto del parque James Simon, con una jarra de cerveza en nuestras manos. Las vistas a la catedral y a la ciudad son espléndidas. Ella sonríe y brinda conmigo a modo de

respuesta—. Te lo dije.

La temperatura es perfecta, ni muy cálida ni fría. Hay niños jugando con sus padres, jóvenes arremolinados en círculos y un músico callejero que nos alegra los oídos con su guitarra. Esto es el paraíso.

—Lo hiciste. —Da un trago y se acomoda como si quisiera echarse una siestecita.

—¿Vas a dormir? Porque he estado pensando en lo que has dicho antes y quiero proponerte un juego.

Salo abre un ojo.

—Somos muy mayorcitos para juegos, ¿no?

—O no —contesto con guasa.

Ella la pilla al vuelo, aunque la verdad es que no lo he dicho con intención. Creo.

—Oso Amoroso —se sienta y sus ojos rasgados relampaguean—, vamos a dejar las cosas claras antes de que me vuelvas a hacer el numerito de la toalla.

—¿Qué numerito?

Se levanta de un salto, se pone la chaqueta alrededor de sus caderas y trata de imitarme.

—¿Quieres *huevos* o una *salchicha*? —dice con la voz grave.

Me quedo *flipao*.

—Tú has dicho que querías huevos para desayunar —me defiendo.

—Ya… ¿Y era necesario que salieras del baño solo con una toalla y te vistieras delante de mí? Si no me llego a dar la vuelta…

Ahora me descojono.

—Si no te hubieras dado la vuelta, habrías visto cómo cogía mis calzoncillos, que había olvidado en mi bolsa, y volvía a entrar al baño a vestirme. —Se deja caer en la tumbona y me mira atónita. Sonrío—. Maléfica, tienes la mente sucia.

—¿Qué juego es ese? —me corta.

—¿Qué es lo que había que dejar claro? —le pregunto yo a su vez—. ¿Que no iba a pasar nada? ¿Cómo es eso que has dicho…? ¿Amigos, colegas o lo que coño seamos? —Ella suelta un bufido, porque sabe que voy a putearla un poquito—. No querías que me hiciera pajas mentales, ¿a que sí? —Pone los ojos en blanco y a mí se me escapa una carcajada—. Pero resulta que la que se estaba haciendo pajas mentales eras tú… ¿Te resulto atractivo? —Pestañeo y ella me dedica una de sus miradas furiosas.

—Cállate ya, joder. ¿Qué juego es ese?

Las carcajadas me impiden contestar, pero Salo aguanta orgullosa, como si la historia no fuera con ella.

—Es muy simple. Yo te hago una pregunta, tú respondes y, después, cambiamos las tornas. La única norma es que no se puede mentir.

—Así el interrogatorio está en igualdad de condiciones, ¿no? —ironiza—. Vale, me parece bien, pero nada de hablar de sexo.

—¡Aburrida! —Meneo la cabeza y, cómo no, un mechón va directo al ojo. ¡Qué puntería!

—Aburrida no, práctica. No quiero aguantarte empalmado. —Me mira de arriba abajo con condescendencia.

«Jódete con Maléfica».

Intento no parecer impresionado, pero ha picado mi curiosidad y ahora solo se me ocurren preguntas sexuales.

—Empieza tú —le concedo.

Suelta una risilla malvada y vuelve a recostarse, dejando una pierna encima de la otra.

—¿Cuál crees que es mi superpoder? —Salo sube y baja sus cejas, en plan listilla.

—¿Ya con la primera pregunta haces trampa? —Ella se encoge de hombros, haciéndose la inocente—. Se supone que el juego sirve para que nos conozcamos mejor.

—Y yo quiero saber qué imagen tienes de mí, que también es una forma de conocerte —me rebate.

Me rasco la cabeza y ella sonríe. Es jodida, jodida, jodida.

—Está bien… —Me doy unos segundos para reflexionar—. Uno de tus superpoderes es el de la invisibilidad. —Frunce el ceño y le pido calma con ambas manos para que me dé tiempo a explicarme. ¡Menudo carácter!—. Creo que te escondes de los demás, te invisibilizas. Y cuando te dejas ver, tampoco enseñas tu verdadera cara. Aunque eso, en realidad, sería otro superpoder: el de cambiar tu forma. —Sonrío, orgulloso, porque me ha salido muy bien.

Ella me observa, en silencio, y da un trago enorme a su cerveza.

—Muy creativo, Uli. Tu turno.

«Lo sé, y no pienso desaprovecharlo».

Salo me intriga desde el día en que la conocí. Su aparente fortaleza, su vulnerabilidad. Sé que hay una buena historia detrás. Si quieres, puedes llamarlo curiosidad del escritor, pero necesito encajar sus piezas.

—Ya sabes lo que te voy a preguntar —Salo asiente, hecha a la idea—: ¿por qué eres así?

#OsoAmorosoCurioso
#SpidermanAlAtaque

29. El inicio de algo

Salo

—¿Qué te pasó? —pregunta de nuevo, y lo hace con tanta delicadeza que destruye otro más de mis muros. No tiene ni idea del efecto que está provocando en mí.

Quiero abrirme, aunque no es tan sencillo, me acojona exponerme. Es fácil ir de dura por la vida cuando tu coraza se construye distanciándote de los demás, pero, aunque me joda admitirlo, en el fondo soy tan blanda como mi Babosilla.

Respiro hondo y me lanzo al vacío que supone confiar en otra persona.

—Tenía dieciocho años cuando mis padres se divorciaron. Mi padre… —Me paro en seco. Uli permanece callado, dejándome tiempo para que ordene la historia—. Mi padre es una buena pieza, uno de tantos que no se conforma con una sola mujer. Va de una a otra, les promete amor y, cuando la mete en caliente, se aburre y las deja. —Ruedo los ojos al darme cuenta de que he hablado como mi madre—. A los hijos no debería afectarnos tanto lo que hacen nuestros padres, ¿verdad? Quiero decir, son humanos y cometen errores; no son perfectos, aunque esperemos que lo sean.

Uli está tan concentrado en cada palabra que no responde. Aparto la vista y la fijo en las verdes hojas de los árboles, que se mecen con el viento. Es más fácil contarlo sin ver su infinita curiosidad.

—Vi la peor cara de mis padres con el divorcio —continúo— . Él estaba liado con otra mujer y mi madre se enteró por pura casualidad. Por lo visto, no era la primera vez que actuaba de ese modo. —Tuerzo el gesto de forma involuntaria, porque sigo sin entender cómo pudo permitírselo —. En aquella ocasión, mi madre se mostró fuerte y le echó de casa. Pero, después, se derrumbó. ¿Y adivina quién tuvo que levantarla?

—Tú —responde casi en un susurro.

—Yo, exacto. —Hago una pausa para coger fuerza—. Creía que era lo suficiente adulta para llevar ese peso. Sin embargo, saber la verdad sobre mi padre y tratar de recomponer a mi madre me cambió. Antes, aunque no te lo creas, era una chica abierta y despreocupada. —Él hace un amago de sonrisa, pero sus ojos castaños reflejan tristeza. No me gusta demasiado inspirar ese sentimiento—. No sé, supongo que dejé de ver el mundo de color de rosa. Es complicado tener dieciocho años y estar triste, es como si fuera contra natura. ¿Entiendes lo que digo? —Uli inclina ligeramente la cabeza y yo lo interpreto como una afirmación—. Imagino que por eso soy así: introvertida, desconfiada y un poco borde.

—Solo lo justo. —Sonríe.

Respiro hondo. Me siento más ligera. Es la primera vez que me abro con alguien que no sea Mery y estoy orgullosa de haberlo hecho sin soltar una lágrima.

Aunque confieso que no se lo he contado todo. Hay palabras que duelen demasiado para decirlas y se quedan atrapadas en la garganta, rasgándote por dentro. Palabras que van unidas a sentimientos que no tengo superados: traición, abandono, sustitución…

—¿He saciado tu curiosidad?

Uli hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Aunque solo has dicho cosas feas de ti misma —me dice bajito mientras extiende su mano para tocar la mía—. También tienes buenas.

Le aprieto fuerte.

#Suspiritos
#NoFlipes
#SoloAmigos #NadaMás

############

¿Alguna vez te has parado a pensar en qué momento tu mejor amiga se convirtió en tu *mejor amiga*? ¿Qué fue lo que ocurrió para que esa persona pasara de ser alguien que te caía bien a alguien especial? ¿Sabrías identificar el momento exacto? Difícil, ¿verdad? Casi tanto como localizar el segundo en el que una relación comienza a descomponerse.

Sin embargo, en mi caso, tengo la teoría de que Mery y Berta cobraron la importancia que tienen ahora en mi vida precisamente en el mismo lapso de tiempo.

Para mí, Berta era una amiga de segunda, pero amiga a fin de cuentas. No acudía a ella para contarle mis historias ni venía a mi cabeza cuando se me ocurría algo divertido que hacer. Ella *estaba* ahí y yo veía normal que ella *estuviera*. Siempre fue la mejor en todo, la que más ligaba, la chica con las notas más altas, la que mejor caía a todo el mundo. En cierta forma, la admiraba. Pero su presencia comenzó a molestarme tras el divorcio de mis padres.

Todos esperamos que nuestros amigos nos acompañen en los malos momentos y, a veces, descubrimos que más de uno no está a la altura.

En mi caso, no tenía grandes expectativas respecto a Berta, pero ni se me pasó por la cabeza que fuera a ponerme las cosas más difíciles. Y es que, en aquel entonces, cuando más jodida estaba, mi amiga, la chica perfecta, usó mi drama como un cotilleo. No es que lo iniciara, aunque tampoco lo cortó cuando tuvo oportunidad. Y ahí fue cuando me di cuenta de que todo lo que hacía Berta era para conseguir la aprobación de los demás. Y también cuando le perdí el respeto.

Es cierto que después se disculpó por su comportamiento. Lo que ocurre es que a mí sus disculpas no me sirvieron de mucho, el daño ya estaba hecho.

Mery, en cambio, se mantuvo al pie del cañón y aguantó los días de llanto y rabia. No me hizo preguntas idiotas cuando rompí con Miguel ni tampoco me juzgó cuando empecé a suspender. Simplemente, estuvo a mi lado. Hasta entonces la consideraba mi mejor amiga, sin entender muy bien las implicaciones de esa categoría, pero, a partir de ese instante, comencé a verla como mi persona favorita en la Tierra.

¿Que por qué te estoy contando esto? Porque, ahora mismo, en un parque en Berlín sentada en esta hamaca y con Uli apretando mi mano, soy consciente de que este también es un momento importante. Tal vez el inicio de algo. No tengo ni idea de qué tipo de relación estamos creando Uli y yo, si de las temporales o de las duraderas, pero sí sé que esta intimidad me gusta. Por eso, estoy muy concentrada, intentando recordar cada sensación. Ya sabes, por si, el día de mañana, me pregunto cuándo dejó de ser un chico majo, sin más, para convertirse en alguien especial.

#Conectando
#AlguienEspecial
#ModoMoñasOn

30. No es Maléfica

Uli

Salo me mira raro y me está apachurrando la mano. No puedo decírselo, claro, menos después de que me haya contado algo tan personal. Observo nuestras manos unidas y acaricio su dorso con mi pulgar. Ella es suave. No es un dato importante, pero da gustito tocarla.

Repaso mentalmente lo que me ha contado: un padre rompebragas y una madre destruida hacen mella en cualquiera, mucho más si no eres lo suficiente adulto como para poder sobrellevarlo.

Está claro que no es Maléfica. Tampoco Catwoman. Ella es la princesa Leia. Un poco arisca, mandona, aunque también luchadora y tierna. Y su padre es Darth Vader, fijo.

«Es Leia, sin duda. ¿Se lo digo?».

«Mejor no».

Me mantengo en silencio durante unos segundos.

Pero me mira raro. Esa cara no es su cara habitual. Sonríe, y no con una sonrisa irónica ni una de esas a medias, es una de verdad, con cariño. ¿Me preocupo?

—¿Estás bien?

Salo suelta mi mano, se recoloca en la tumbona y asiente.

—Y tú, ¿por qué eres así?

—¿Así, cómo? —Subo y bajo las cejas, devolviéndosela con gracia.

—Un tío que parece que está en las nubes, pero que, sin embargo, ve cosas que los demás no ven.

Me quedo fuera de juego, sin palabras. Y me sonrojo. ¡Yo! Es una de las cosas más bonitas que me han dicho y no tengo ni idea de qué responder.

—¿Por qué eres así? —insiste con media sonrisa.

Salo no desvía sus ojos de los míos. Me está poniendo nervioso. Y no en plan mal, sino rollo adolescente. Ya sabes, como cuando tenías catorce años y estabas con la persona que te gustaba. A mí se me secaba la boca, las palmas me sudaban y el corazón se me salía del pecho.

«Pero Salo no te gusta, no de esa forma».

«Claro que no. Salo es alguien que me intriga, alguien a quien quiero ayudar. Una colega».

¿Entonces?

—No sé —respondo como un *atontao*. Salo vuelve a mirarme de esa forma tan… extraña. Yo carraspeo y doy un trago a mi cerveza. Necesito tiempo para salir por algún sitio—. ¿Esa es tu pregunta? Porque si lo es, no tengo una respuesta con una historia detrás. Aunque puedo inventármela, si quieres.

—Según tus reglas, eso sería hacer trampas. —Sus ojos sonríen. Le divierte verme así.

Un niño se ríe a carcajadas, un grupo de treintañeros brindan y unos adolescentes se dejan caer en el césped. Mientras todo esto pasa, Salo se enciende un cigarro. Y. Me. Mira. Raro.

Me rasco la cabeza. Me entra la risa tonta.

—¿Y…? —Da una calada—. ¿Qué es lo que gano si no contestas? No lo hemos hablado y es

importante.

Me está retando. Es jodida, jodida, jodida.

La miro y me embobo.

Su actitud me fascina. La pose de diva, echada hacia atrás con las piernas cruzadas, la mano en el aire sosteniendo el cigarrillo y la sonrisa de medio lado.

Comienzo a imaginar su adolescencia. Es una chica herida, desafiante, enfadada con el mundo. Viste de negro, es pasota y le gustan los libros de vampiros.

«Por ejemplo».

—¿Uli?

—¿Eh?

—¿Vas a contestar en algún momento de la tarde o te quedas a vivir en Ulilandia?

«¿Ulilandia?».

Parpadeo. Sonrío.

Salo se incorpora y se sienta en el lateral de la tumbona. Sus piernas tocan el suelo y sus cejas comienzan a unirse.

«Arranca, que aún te da un capón».

Me aclaro la garganta.

—Supongo que siempre he sido observador, desde que era un niño. —Ella alza los brazos al cielo, susurrando un «por fin». Ruedo los ojos. Sé que a veces puedo ser desesperante, pero está dramatizando. Y mucho. No le hago caso y continúo—: Cuando mis padres nos llevaban a comer fuera de casa, mi hermana se moría por levantarse de la mesa y salir a jugar. Yo no. Me quedaba escuchando las conversaciones de los mayores, los de mi mesa y los de alrededor. Me gustaba buscarle el sentido a lo que decían.

—Cotilla desde niño, ya veo. —Sonríe. Me está vacilando.

—Pues… sí. —Ambos nos reímos. Ella deja escapar una carcajada, yo suelto una risilla—. Aunque prefiero decir «curioso», que suena mejor.

—Cotilla —repite con retintín.

—Con el tiempo —prosigo, tratando de ignorar su burla—, comencé a observar a todo aquel con el que me cruzaba y a preguntarme qué sería lo que le pasaba. Si era feliz, si estaba enfadado o triste… Cuál sería su historia.

—Básicamente, lo que me estás diciendo es que inventabas. —Sus ojos se ríen.

—Sí.

Sonríe, victoriosa. Sé que alguna me va a soltar. Es afilada, rápida, no va a dejar que me vaya de rositas.

—Cotilla e inventor, entonces. —Salo levanta una ceja. Chasqueo la lengua y niego con la cabeza—. ¿Te atreves a decir que no?

—Me atrevo —lo digo serio, o todo lo serio que puedo.

—Pero no es cierto.

Me callo y la observo. Ella entrecierra sus ojos, a la espera de mi respuesta. Parece una cría.

—Claro que no. —Suelto un bufido mal fingido que se convierte en carcajada—. «Cotilla e inventor» me define a la perfección.

Me tira algo, que roza mi cabeza, aunque consigo esquivarlo.

Espero que no fuera la colilla.

#Leia #NoMaléfica
#Berlin #EstásASalvo #Mola

Conversaciones diurnas

Mery
¡Tengo a Vico y a Juan en mi casa y no se van!

Salo
¿Cuándo han ido y por qué no me has dicho nada?

Mery
No quería molestar, parece que te lo estás pasando muy bien (jojojo)

Salo
Pues… Mejor de lo que pensaba, pero cuenta.

Mery
¿Qué hago? No quiero que se enfaden.

Salo
¿Ya estamos con la misma canción? ¡Que se enfaden, ya se les pasará! Eres demasiado buena, no puedes hacer siempre lo que los demás quieren, tienes que pensar en ti.

Mery
No me riñas.

Salo
No vas a echarlos, ¿verdad?

Mery
No.

Salo
¡Joder, Mery!

31. Como una regadera

Mery

Salgo del baño, voy hacia el salón y, en el marco de la puerta, repito a pies juntillas la excusa que me ha dado Salo.

—Me duele la cabeza. —Muy original, por cierto.

Juan, con Vico adormilada sobre su pecho, arruga la frente.

—¿Necesitas algo?

—Tranquilidad. Me voy a acostar un rato.

Juan intenta espabilar a Vico —la ha pillado a la primera—, pero ella se queja y él le toca el pelo con cariño. Sus ojos reflejan tanta ternura al mirarla que mi corazón se encoge. Después, dirige la vista hacia donde estoy, disculpándose.

Aguanto un resoplido y masajeo mis sienes con movimientos circulares para dar más realismo a mi mentira. Acto seguido, giro noventa grados y voy hacia mi dormitorio.

Soy una pava, una pava enamorada de su mejor amigo, quien disfruta del contacto con otra, que, además, está en mi sofá y es mi amiga desde mis días de universidad.

¿Y yo qué hago? Farfullar para mis adentros y esconderme en mi habitación por no dar los cuatro gritos que me apetece soltar para que se piren de mi puñetera casa.

Me tiro en la cama a peso muerto y reboto en el colchón varias veces. Salo tiene razón, siempre estoy pensando en los demás. Tengo que aprender a decir que no, o a decir que sí, si eso es lo que me apetece. No puedo seguir así, no es sano.

Me pongo a darle vueltas a todas las cosas que hago y no quiero hacer. La primera, la más evidente, es tener a Juan y a Vico en mi casa, pero no es la única. Sé que no seré capaz de callar a Juan cuando me hable de ella, no podré hacerlo y pondré buena cara, aunque me muera un poco por dentro. No me distanciaré de Vico, ni un día ni una semana, que es lo que necesito para verla de nuevo como una amiga y no como una rival. Y tampoco le diré a Berta que no quiero organizar su despedida de soltera. Mi amiga pretende que todo sea *chic*, original y perfecto y no estaré a la altura de sus expectativas. Pero bien sabe el cosmos que me callaré, haré lo que pueda y aguantaré de forma estoica los reproches, porque ella ya está bastante disgustada con que Salo no quiera asistir a la boda.

«Ufff… ¡La boda!».

Me doy de cabezazos contra el colchón. Cuando Berta me dio la noticia, me faltó tiempo para preguntarle a Juan si sería mi acompañante. Aunque, en aquellos momentos, tenía fe en que fuéramos pareja para entonces.

Pataleo y lloro durante treinta segundos. Luego, me recuerdo que no es un gran problema. Tal vez esté a punto de cumplir los treinta y no tenga novio, pero no vivo en el tercer mundo ni bajo una dictadura, mi país no está en guerra, no tengo una enfermedad terminal y no se ha muerto nadie que me importe. Debería estar agradecida con la vida, en lugar de hacer un drama.

Sonrío como una demente y en mi cerebro se produce un cambio. Nunca subestimes el poder de una sonrisa.

No sé lo que me deparará el futuro, pero no voy a dejar que nada fulmine mi optimismo. Si tengo algo que arreglar, lo haré, aunque lleve un tiempo. Levanto el brazo a lo Escarlata O´Hara, porque ella sigue dentro de mí desde esta mañana y repito mentalmente:

«A Dios pongo por testigo que no podrán derribarme».

Lo que sigue del hambre no es necesario mentarlo, que yo como muy bien, mis caderas redonditas son la prueba de ello. Después, la canción de Mónica Naranjo se cuela como una serpiente en mi cabeza y tarareo *Sobreviviré* hasta que me aporta la fuerza suficiente como para levantarme y saltar en mi cama.

Estoy como una regadera. Mi cabeza piensa raro. Aunque ahora mismo esa rareza me viene de fábula.

—¿Mery? —Y ahí está mi alma gemela, en la puerta de mi dormitorio, viendo cómo salto en la cama. Juan sonríe e ignora la obviedad de que le he soltado una trola—. Te traía una pastilla para el dolor de cabeza. —Se humedece los labios y se recrea en la pillada, mientras mi cuerpo sigue vibrando por el meneo que le he dado al colchón—. Aunque tu *método natural* para superar el dolor me gusta más.

Se aproxima a la cama, me indica con la mano que me acerque a su altura, lo que hago avergonzada, y, queriendo darme un beso en la mejilla, me lo da en los labios por un error de cálculo.

Sonrío tanto que me duele. Llevo esperando este desliz desde los catorce, aunque se ha hecho esperar… ¿Ves como estaba siendo una dramas? Nada es tan malo como podría parecer a primera vista. Tal vez ahora pueda verme de distinta forma, quizá se produzca el milagro.

Juan cierra un ojo con fuerza y me observa con el otro. El miedo que veo reflejado en ese único ojo colma el vaso de años de frustraciones.

Puta locura de pensamientos. Puta esperanza de los cojones. Puto optimismo de los santísimos ovarios.

Salto de la cama y caigo a su lado.

—Vete. —Alzo la cabeza y mantengo su mirada, que parece confundida. La mía está rabiosa. Levanto el brazo y señalo la puerta—. Sal.

Juan asiente. Sé que no está entendiendo lo que ocurre, pero sabe que estoy cabreada. Camina hacia atrás, hasta la puerta, y levanta la mano a modo de despedida. Ni me inmuto.

Solo respiro, aliviada, cuando oigo la puerta de mi piso cerrarse.

#DePsiquiátrico
#Sobreviviré #BuscaréUnHogar #EntreLosEscombros #DeMiSoledad #ParaísoExtraño
#DondeNoEstásTú

32. Libre en Berlín

Salo

Uli y yo hemos pasado un par de horas en el parque, bebiendo cervezas y hablando. Él me ha contado la relación que tiene con sus padres (se quieren, pero no terminan de comprenderse). Yo le he hablado de la complicidad que tengo con mi abuela y de la distancia que mantengo con mi madre. También hemos charlado sobre sus sueños, de momentos comprometidos y hasta de cómo nos gustaría que fuera el mundo.

Ha sido perfecto.

Con la idea de bajar el alcohol, hemos decidido dar un paseo. Hemos subido a lo alto de la catedral para disfrutar de las vistas y también nos hemos acercado a la Isla de los Museos. ¡Hasta nos hemos hecho unas fotos juntos! Mi preferida —y la que he enviado a Mery, que ha flipado muy fuerte— es una en la que salimos haciendo el imbécil con las esculturas que hay sentadas frente a la catedral sobre el río Spree. Uli aparece tocándole el pecho a una de ellas y yo estoy detrás, sacando la cabeza por encima de su hombro. Parezco un loro borracho. Y no solo lo digo por la posición y la cara de alcohólica, sino porque tengo el pelo hacia arriba tipo punki. Esa pinta es culpa de Uli, que se ha vengado del moño que le había hecho yo unos minutos antes, despeinándome por completo. Pero sigo afirmando que está más mono sin el champiñón en la cabeza.

—Tengo hambre. —Uli alza las cejas y sus ojos me preguntan si yo también estoy hambrienta.

Mis tripas rugen en respuesta. Son las ocho de la tarde, caminamos de vuelta al hotel en unas condiciones penosas y no hemos echado nada sólido al cuerpo desde la una y media. Dormir poco, tener resaca y hacer turismo no es compatible.

Sin embargo, aunque esté arrastrando los pies, estoy disfrutando. Es genial estar en un lugar donde no conozco a nadie. Es como si pudiera convertirme en cualquier persona, hacer cualquier cosa que se me ocurra. Soy libre de la obsesión de mi madre por la maldad de los hombres, de tener un padre que no ejerce como tal, del trabajo que me aburre y libre de todo lo que creo de mí misma. Me encanta. Me flipa. Me maravilla. No puedo dejar de sonreír.

Uli se detiene en la acera, como si se negara a continuar.

—Y tengo antojo de salchicha desde esta mañana —añade muy serio. Me río. Ahora que me he quitado el filtro de malpensada, la escena de la habitación me resulta muy graciosa. Él sonríe con guasa—. ¿Te gustan las salchichitas, Salo?

—Mucho —respondo con doble intención.

Uli tiene un puntito de vacilón divertido, pero me he dado cuenta de que, cuando se la devuelvo, se ruboriza como un chiquillo y eso me hace reír a carcajadas. Que es justo lo que está pasando ahora.

—Esta mañana vi un sitio cerca del *Checkpoint Charlie* que puede estar bien. —Inicia el paso y no entra al trapo. Yo oculto mi sonrisa.

Es curioso cómo se están desarrollando los acontecimientos. Yo, que odio tanto el cliché del *instalove* como el del *instafriend,* —porque creo que el afecto repentino es quitarle la gracia a

una relación profunda—, estoy aquí con este *hippie*, contándole gran parte de mis intimidades y dejándolo entrar en mi vida por la puerta grande. Increíble. Puede que Mery estuviera en lo cierto y lo que necesitara fuera hacer algo diferente. O quizá es que estoy tan acostumbrada a llevar una coraza que, cuando la he dejado caer, se ha creado una conexión inmediata.

—Oye, Uli. —Él agita la cabeza y me observa como si fuera una marciana. ¡Ya estaba en las nubes de nuevo!—. ¿Tú y la chica de la cafetería estáis juntos?

Da un respingo y nos detenemos a la altura de un semáforo. Nos encontramos en la avenida Unter den Liden. Es enorme, casi tanto como una autovía de dos carriles en ambas direcciones, y tan larga que une la catedral de Berlín con la Puerta de Brandemburgo. Los edificios son grandiosos, te hacen parecer diminuto, y así se me antoja que debe sentirse Uli ante mi pregunta.

¿Se ha puesto nervioso? Analizo su reacción, aunque la luz del atardecer me despista en el brillo de sus ojos. ¿De verdad acabo de decir eso? Pfff… las novelas románticas están afectando a mi raciocinio.

El muy cabrito, en lugar de saciar mi curiosidad, berrea:

—¡Veeerde! —Y sale disparado como si le persiguieran todos los demonios del inframundo —. ¡Cooorre! —grita sin girarse.

Le sigo, atónita, pero estoy demasiado reventada para correr como una idiota. Tras diez pasos, me doy cuenta de que algo ocurre, los transeúntes no cruzan la vía a un paso normal, van con el culo prieto. Y justo en el instante en el que el muñequito verde comienza a parpadear, lo comprendo. Los semáforos berlineses no dejan espacio al paseo, son pragmáticos. No he llegado ni a la mitad de la vía y entro en pánico. Uli también se pone nervioso y menea sus manos, indicándome que acelere.

«Mierda».

Esta gente es cuadriculada; si está en verde, ellos avanzan. Así que aquí estoy, corriendo literalmente por mi vida, rollo *Los juegos del hambre*.

Cuando llego a la acera, me estampo en los brazos de Uli. Es curioso que ya no me resulte extraño este contacto. Él me riñe por no hacerle caso. Yo blasfemo como la niña del exorcista.

—Te lo dije —dice antes de echarse a reír.

Protesto y lo empujo, lo que consigue que su carcajada sea más grande. Pero, si se cree por un momento que esto ha conseguido despistarme, va listo.

—¿Y bien? —Se le corta la risa al momento—. ¿Tú y la camarera…? —Ladea la cabeza.

—Sí —admite—. Nada serio, pero sí. —Asiento con sensaciones contradictorias. No lo entiendo, pero no quiero darle importancia—. Se llama Irene, por cierto. —Comenzamos a andar de nuevo—. Me gusta, aunque no va a ninguna parte.

—Eso nunca se sabe.

—Sí se sabe, sí. —Me mira de reojo—. Nos llevamos bien y hay atracción, pero nada más. Durará unas semanas, y fin. —Se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos—. Aunque sea una relación fugaz, la respeto —añade—. No me gusta jugar con nadie, no tengo varios líos a la vez.

—Eso dice mucho de ti —respondo, contrariada.

Suspira y deja la mirada perdida en algún punto de la larga avenida. Yo, mientras tanto, repaso mentalmente la conversación. ¿Qué me he perdido?

—Pero me gusta estar contigo —dice tan bajito que no sé si me lo he imaginado.

Sonrío.

A mí también me gusta.

#LibreEnBerlín #Complicidad

Uli

Es mejor dejar las cosas claras. Aunque no vaya a ninguna parte, estoy con Irene y no voy a traspasar la línea. Se lo digo (a mi manera) y Salo creo que lo capta. Sin embargo, mis labios se rebelan y dejan escapar un «me gusta estar contigo» muy poco oportuno.

A decir verdad, no sé si Salo me está tirando indirectas o me lo estoy imaginando, pero rara está un rato. Es como Jekyll y Hyde. Esta tarde me ha hecho un moño. Puede que no parezca gran cosa, pero lo importante no es el peinado sino que lo ha hecho cara a cara y estaba demasiado cerca. Después, la foto. Se ha pegado a mi cuerpo para sacar la cabeza por encima de mi hombro y he sentido su pecho aplastarse contra mi espalda. Demasiado cerca, otra vez. Y, finalmente, lo de las salchichas. Aunque eso es culpa mía por preguntar. ¿Has visto cómo me ha mirado? La de abajo me ha dado un tirón y quería salir a saludar.

Pero, tras todos estos gestos, Salo actúa normal y me confunde. Creo que me reta, aunque no sé qué espera conseguir. Y yo, en lugar de seguirle el rollo, como sería habitual en mí, me corto.

Cogemos el metro, porque el hambre aprieta, y nada más entrar al vagón, Salo me pregunta:

—¿Sueles tener ese tipo de relaciones?

Cuando el tren se pone en movimiento, nos agarramos a la barra y ella, frente a mí, coloca su mano a la altura de mis partes.

«¡Joder! ¡Que no soy de piedra, Salo!».

—¿Qué? —La he oído perfectamente, solo estoy ganando unos segundos para reorganizar mis pensamientos. Ella lo repite, divertida, y yo carraspeo—. No todas las relaciones son iguales, ¿no? Hay gente con la que congenias más, que no solo es atracción física, y luego hay gente con la que sabes que va a ser divertido pero que no durará. Cuando llegas a cierta edad, ya sabes cómo va a acabar la película tras la primera media hora, ¿no crees?

El tren toma una curva a una velocidad considerable, lo que consigue que mi cuerpo se dirija hacia Salo y hacia el trozo de metal que nos separa. Me resisto con todas mis fuerzas, pero acabo pegado contra la barra y contra su mano. ¡Cojonudo! Creo que ahí abajo algo se ha movido al sentir el contacto. ¿Se habrá dado cuenta?

—Siendo honesta —responde como si nada mientras me recoloco—, no lo sé. —Su mirada triste me hace recordar la historia con su ex. No me he atrevido a sacar el tema.

—¿Por qué dices que no lo sabes?

—No he tenido relaciones de ese tipo.

—¿Solo has estado con Miguel?

Ella duda antes de contestar.

—En plan relación, sí. —Me mira a los ojos y alza las cejas. Creo que está intentando enviarme un mensaje mental, pero la onda no me llega—. No he tenido más novios —añade.

—¿Solo uno?

—Sí.

—Vale.

—Un solo *novio*. —Comprobado, está intentando decirme algo más y se está poniendo nerviosa porque no lo pillo.

—Vale.

—Una sola relación *seria* —insiste.

—Vale.

—¡Joder, Uli! —Ya está, ya he recibido un manotazo.

—¿Quéé́é? —Me llevo la mano al hombro, que es donde me ha arreado, y hago drama—. Eres violenta.

Salo pone los ojos en blanco.

—Está justificado —se defiende.

—La violencia nunca es la respuesta —le digo en plan zen.

Ella me lanza una mirada gélida. ¡Qué poquito sentido del humor tiene a veces!

—Me vas a hacer decirlo en alto. Eres un poco cabrón.

—¡Y ahora me insultas! —Me hago el ofendido nivel *Oscar* de Hollywood.

—¡Cállate, joder! —Obedezco, pero me entra la risa. Ella suspira, hastiada—. A ver si eres capaz de comprenderme de una puta vez —susurra, tirante—. No he tenido novios, pero sí líos. No he tenido relaciones, pero sí sexo. —Me pone una cara que viene a significar «¿Ya, tonto de los huevos?». Y yo, esta vez, comprendo el mensaje—. Así que no, no sé a qué te refieres cuando dices que ya sabes que una relación no va a ir a ninguna parte. No entiendo cómo puedes embarcarte en una y saberlo de antemano.

—Experiencia, supongo. —Me encojo de hombros—. Cuando repites lo mismo las suficientes veces, no te hace falta llegar hasta el final para saber el resultado.

—Y si lo sabes, ¿para qué te metes? ¿No es mejor echar un polvo y ya?

—También es bonito conocer gente —argumento con muy poca solidez. Salo enarca una ceja. No ha colado—. Nuestra parada —la aviso. Me suelto de la barra y voy hacia la salida, estoy inmerso en una misión de huida, no quiero responder preguntas difíciles.

#Huyo #PeroLeiaMePersigue
#MeVaAHacerPensar

33. Negación

Salo

Tenemos tanta hambre que terminamos comiendo un *kebap* y volvemos al hotel. Menudo día, estoy muerta. Uli hace uso de la llave de la habitación y me arrastro hasta la cama, donde me dejo caer tras quitarme las zapatillas. Él hace lo mismo.

—Quería dormir en la cama de arriba, pero te juro que no puedo moverme —mascullo.

—Duermo yo. Dame un rato y subo.

—Genial. —Pero, tras estas palabras, el mundo desaparece.

Amanezco a la mañana siguiente haciendo la cucharita con Uli. Mi brazo rodea su cintura y mi mano está sobre su abdomen. En un primer momento, me parece muy agradable. Hasta que me llega la sangre al cerebro.

«¡No me jodas!».

¿Te he dicho ya que yo NO duermo con los chicos con los que follo? Pues imagínate mi estupefacción. Y no es él quien me abraza, ¡soy yo la que lo hace! Pero ¿qué me ha dado? Vale que Uli y yo estamos intimando…, pero esto no es normal. Mery es mi mejor amiga y no la abrazo cuando duermo con ella. ¡Qué coño, esto solo lo he hecho con Miguel! Me retiro con cuidado, sin hacer ruido, rezando porque no se haya dado cuenta.

—¿Ya estás despierta? —Uli gira la cara y me mira por encima del hombro con una sonrisa juguetona—. No me atrevía a moverme.

«Pues sí que se ha dado cuenta».

—No entiendo lo que dices. —Me desperezo y disimulo.

—No quería despertarte.

—¿Por?

—Porque me abrazabas. —Su sonría se amplía.

—No sé de qué hablas. —Me incorporo y bostezo. Él se sienta en la cama y suelta una risilla —. ¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Estás más mona dormida. Ya te lo dije ayer, tienes mal despertar.

—Me despierto como todo el mundo.

—No. —Niega con el dedo y saca morritos—. Pero tengo fe en ti. Solo debo darte algo que comer.

—Una *salchichita*, no te jode.

Suelta una carcajada. Me incorporo y entro al baño. Mientras hago pis, sigo escuchando su risa.

—¡Me abrazabas!

—¡No!

—Todo se pega, menos la hermosura. ¡Ahora eres una osa amorosa!

—¡No!

—¡Y hacías ruiditos de gustirrinín!

—¡No!

Le oigo imitar mis supuestos ruiditos de dormida y ruedo los ojos. Va a estar así todo el día hasta que lo admita. Pero no me da la gana, voy a negar la mayor porque ESTO NO HA PASADO.

Cuando salgo, Uli continúa con sus burlas y lo ignoro. No pienso hablar más con él hasta que diga cosas razonables. Saco mi ropa de la bolsa y vuelvo a meterme al baño con la intención de darme una buena ducha y borrar este momento tan inverosímil.

Pero mientras el agua recorre mi cuerpo, en lugar de recrearme en el placer de la ducha, en el olor a jabón y en el relax, no dejo de darle vueltas a este extraño incidente. ¿Será porque estoy sensible? La boda de Miguel y Berta me ha dejado tocada, está claro. Mi volcán —o el batiburrillo de emociones que mantengo a raya— ha despertado y ni lo controlo ni lo entiendo.

Quizá esté pasando por una especie de duelo.

No saber con certeza qué sientes es raro de cojones. Tienes indicios, señales, pero no pruebas. Así que acabas convirtiéndote en un detective de tus propios pensamientos y reacciones. Todo puede tener un sentido, aunque no sepas cuál es.

Tras un rato, por fin, el agua consigue calmarme.

Cuando salgo del baño, me cruzo con Uli.

—No salgas en pelotas —bromeo.

Pero él no responde. Pasa por mi lado, evitando que nuestras miradas se encuentren, y cierra la puerta.

Y ahora es cuando te recuerdo que ese baño no tiene luz. ¿Me extraña? Mucho. Pero termino pensando que el muchacho tiene que cagar y no quiere compartir la experiencia.

#Vamos #LoNormal
#TodosCagamos
#HastaLosOsosAmorosos

Uli

No es ningún secreto que los hombres nos despertamos *contentos*. Aunque, esta mañana, cuando he abierto los ojos y he sentido el abrazo de Salo, me ha parecido tierno, íntimo, pero nada erótico.

Hasta ahí, todo controlado.

El problema ha sido la puta ducha, la puerta medio abierta y unos ruiditos de gusto que han despertado a la rebelde. Primero, han aparecido los nervios. El pulso acelerado, la respiración agitada y la hipersensibilidad. Después, la de abajo ha dado un brinco y ha empezado a crecer. Luego, han venido los pensamientos cabrones, cuando el picor toma el control de tu cerebro. «No se va a dar cuenta», «sabes que quieres», «un par de meneos y feliz…». ¿Me la he tocado? Sí, pero he parado en seco en cuanto he oído el grifo cerrarse. Y ahí me he quedado, sentado en la cama con una erección que palpitaba. La sangre no me llegaba al cerebro, mi único objetivo a corto plazo era terminar, por eso he cogido la ropa y me he venido al baño con rapidez.

Y aquí estoy, como un adolescente, en una habitación minúscula alumbrada con la linterna de mi móvil, haciéndome una paja silenciosa. Soy lo peor.

#CalentónInapropiado
#QuéMePasa? #SpidermanTroglodita

Salo

Uli debe de estar estreñido porque ha salido de ese aseo más raro aún de lo que entró. Me esquiva.

No ir al baño agria el carácter. Mucho hablan de la relación entre la mala leche y echar un polvo, pero la mayoría de los señalados lo que no hacen es cagar. Esa es mi teoría, al menos.

Ahora mismo, estamos en la Puerta de Brandemburgo para hacernos la típica foto de turista y Uli no está muy por la labor de acercarse para salir en mi *selfie*.

—¿Estás enfadado? ¿He hecho algo que te ha molestado?

Él menea la cabeza y sonríe al mismo tiempo. No es una sonrisa verdadera, pero, al menos, no me cuenta ninguna milonga ni trata de justificar su comportamiento. Después, simplemente posa para la foto y se retira con rapidez.

—¿Estás bien? —pregunto.

Uli asiente y no insisto más. Si por lo que sea se le ha torcido el día, ya se le pasará. No seré yo quién le fuerce ni quien se lo eche en cara, que yo tengo lo mío y él me ha aguantado como un campeón. Al fin y al cabo, cada uno tiene sus cosas.

#SinPresión
#Hablará #SéQueLoHará
#Estreñimiento

Uli

Me siento fatal. ¡Me he pajeado pensando en Salo!

«¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué he pensado en ella?».

No lo sé.

Es mona y está buena, pero es que a Salo no la veía con esos ojos.

Creo. Ya no estoy seguro. No me fío de mí mismo.

Estoy en *shock*. Nunca me había pasado con una chica catalogada en el grupo de «amigas». Yo quería ayudarla, me inspiraba ternura, curiosidad y también diversión, pero no atracción sexual. Y de repente… soy un macaco visualizando cómo sería follar con Salo.

«Tú, que vas de sensible».

«Soy lo peor, sin duda».

Anoche mismo, mientras volvíamos al hotel, me confesó que nunca había tenido «un proyecto de amigo con pene». Palabras textuales. Yo solté una risotada, aunque me sentí muy orgulloso. Tanto como ahora avergonzado.

«Soy un proyecto de amigo horrible».

Si hubiera pensado en Irene sería un poco menos bochornoso, aunque seguiría siendo una paja adolescente…, de eso no me libro.

—¿Y ahora? —pregunta—. ¿Qué hacemos?

«Ni puta idea».

Sacudo la cabeza porque me he quedado mirándola como un tonto. Lleva un vestido corto amarillo y llama la atención, es imposible no hacerlo. Además, es una chica genial, ni siquiera está en plan cansina, preguntándome qué me pasa una y otra vez.

Espera un momento… ¿Me gusta Salo?

«Joder, joder, joder».

No puede gustarme, porque si me gustara sería una movida gordísima. Soy su amigo, estoy con Irene y no quiero colgarme de nadie. Además, estoy de paso. En septiembre me iré a Dublín sin billete de vuelta y no quiero volver a cambiar mis planes por otra persona.

Y bueno, sí, lo reconozco, la posibilidad de que me pueda gustar Salo me acojona. MUCHO. Tenemos una conexión rara desde el principio, sé que no sería algo superficial y eso siempre asusta.

—¿Y si nos tomamos una *cerve*? —me propone con una sonrisa de medio lado. La escucho, pero en mi cabeza sigo enumerando razones por las que no debería gustarme—. ¿Qué? —me increpa, divertida—. Aquí es más barata que el agua. —Asiento, porque es cierto—. ¿O prefieres que hagamos algo distinto?

Pensamiento rebelde.

«Salo, por favor, no me pinches».

#Putada
#NoEsReal #NoMeGusta

###########

Esto no es bueno. Y todo es culpa de este maldito líquido de color ámbar. Y de Salo, sobre todo de Salo. Ella ha tomado las riendas de la situación cuando me he quedado como un gilipollas. Me ha cogido del brazo y ha tirado de mí hacia donde ha querido. ¿Y qué quería? Cerveza. ¿Dónde hemos terminado? En una terraza, sentados en dos taburetes uno frente a otro bebiendo —adivina— ¡cerveza! Y ayer me decía que no solía beber alcohol. ¡Si no tiene fondo! ¡Llevamos todo el día bebiendo!

Reconozco que la primera me ha entrado bien. Estaba fresquita y hacía demasiado calor. ¿O era yo (y mi mente calenturienta)? Una pregunta difícil. La segunda ha relajado el ambiente. O mi cabeza y su runrún. Pero con la tercera, Salo se ha venido arriba y ha decidido que hoy íbamos a dedicar el día a ir de bar en bar.

Una malísima idea, pero eso es lo que hemos hecho.

Y aquí estamos, horas después, sentados uno al lado del otro en una gran mesa de madera, comiendo salchichas y patatas fritas bien aderezadas con *currywurst* y brindando otra vez por este viaje, en el descampado *hippie* al que anoche no llegamos venir.

Hay furgonetas de comida rápida por todo el perímetro y, en el centro, una gran pantalla donde proyectan una vieja película de los sesenta. La cercanía y la poca iluminación del sitio no ayuda en nada a que desaparezca esto que siento (y que no quiero sentir).

Hemos terminado aquí porque Salo tenía antojo de cenar salchicha. ¡No me jodas! ¡Salchicha! Y lo ha dicho de una forma… Ríete tú de cómo me vaciló ayer, me ha erizado la piel entera.

Te voy a decir una cosa, el alcohol atonta y divierte, pero es peligroso. Te hace ver cosas que no son y polariza tanto tus pensamientos como lo que crees sentir. No es bueno cuando estás confundido, que es lo que debe de pasarme a mí.

Porque Salo no me gusta.

—Quiero —dice señalando a un viejo fotomatón. Hace rato que no es capaz de decir una frase demasiado larga. Yo tampoco.

—*Nop*. —Niego con la cabeza.

—*Sip*.

—*Nop*.

—Quieres.

«Quiero».

—No, no, no.

Me imita poniendo cara de buena chica y pestañea. Es que es jodida, jodida, jodida.

—Un recuerdo bonito —insiste.

—Va —me rindo.

Balancea sus hombros en un gesto de victoria. Yo sonrío sin querer.

Y vamos.

Me obliga a sentarme en el taburete y se coloca encima de mis piernas. Soy un idiota por ceder. Después, posa de distintas formas para cada foto y la imito, atontado al cien por cien.

Sin duda, esta es la peor de todas las ideas que he tenido hoy. Porque mi cuerpo está feliz con este contacto. Y porque ese extraño aceleramiento de mi pulso, la sonrisa bobalicona y el no querer que este viaje se acabe no puede ser una alucinación. Da igual que lleve todo el día negándolo, esto es real y no va a desaparecer. Lo peor es que me conozco lo suficiente como para saber que un mecanismo se ha puesto en funcionamiento —uno chungo—, y, una vez se activa, no hay vuelta atrás.

Estoy bien jodido.

#EsUnaPutada
#PeroMeGusta #SaloMeGusta

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Sigues con la alemana?

@el.abuelo.lector
Al ladito la tengo, tratando de cotillear con quién hablo.
Y es española, así que corto y cierro en tres, dos, uno…

@k.leer
Espera! Te necesito!

@el.abuelo.lector
¿Es importante? Porque voy un poco *tocao* y te puedo soltar cualquier cosa.

@k.leer
Me vale
La chica k me gusta me ha devuelto el beso, he sentido cosas y kiero saber si eso es el amor o son mis hormonas

@el.abuelo.lector
El único que tiene la respuesta a esa pregunta eres tú.

@k.leer
Parece una adivinanza

@el.abuelo.lector
Jajajajajaj
Créeme, en el fondo, lo sabes.
Aunque lo niegues, lo sabes.
Sé de lo que te hablo.

34. Fin de viaje

Salo

Me despierto abrazada a Uli. Otra vez. Aunque hoy no me asusto, lo disfruto. Tal vez porque estoy tan a gustito que no quiero pensar o quizá porque me siento tranquila. Al fin y al cabo, él ya me ha demostrado que sus intenciones no son sexuales.

Nunca había disfrutado de esta forma de la compañía de un chico y estar con Uli me encanta. Puede que no sea lo habitual o que se salga de la norma, pero no me importa.

¿Por qué tenemos que cuestionarnos lo que nos gusta? ¿Por qué necesitamos una etiqueta? Que no, que no… Esto es genial y ya está. Punto.

Le aprieto un poco más fuerte y me quedo medio dormida, pensando en la suerte que he tenido de encontrarlo. Solo me despierto cuando él murmura en sueños. Entonces, tengo que contener la risa por las palabras sueltas sin sentido. «No es real», «chica», «hechizo», «Han Solo», «quiero»… Vete a saber con qué está soñando, pero me apuesto la mano a que cuando abra los ojos va directo a su móvil a escribir.

Ayer me lo puso difícil, estaba distraído, y tuve que emborracharlo para que se relajara. He bebido más estos últimos tres días que en los últimos cinco años. Pero, oye, dio resultado. Nos reímos mucho y hablamos hasta la saciedad de todos los temas posibles. Bueno, de todos menos de la situación con *mi* Miguel y *su* Irene.

Noto que Uli se despereza y me hago la dormida. Él bosteza, acaricia mi brazo, que cuelga sobre su pecho, y murmura algo ininteligible.

—He soñado con una salchicha gigante por tu culpa —le susurro.

Él se tensa por completo, aparta mi brazo y de un brinco se pone de pie, dándome la espalda.

—Baño —consigue decir.

¿Me quedo a cuadros? Sí. Pero corre tan deprisa hacia el aseo que pienso que se acabó el estreñimiento. Menudo olorcito rico me va a dejar para cuando me duche.

#NoHayMalQueCienAñosDure
#LaCervezaDesatasca
#HippieCagón

############

La mañana ha transcurrido demasiado rápida, pero Uli parece más relajado después de haber pasado por el aseo. Sin embargo, mantiene las distancias. Ni un abrazo me ha dado el Oso Amoroso, y eso que me he puesto en plan moñas y le he dicho cosas bonitas sobre nuestra incipiente amistad.

Ya te dije que, en el fondo, era una chica tierna y Uli hace rato que ha derribado mis muros.

Ya estamos en el aeropuerto, sentados a la espera de que nos den una puerta de embarque. Me da pena que se termine, pero este viaje me ha traído tantas experiencias positivas que tardaré

unos días en asimilarlo.

Suspiro y saco el móvil del bolso. Él está con el suyo en las manos. Miro las notificaciones. En Instagram hay varias, pero no me atrevo a abrir la aplicación con Uli tan cerca, con que Mery sepa mi secreto es suficiente. Así que voy directa al WhatsApp y contesto los mensajes de mi amiga, la mujer que me pregunta más veces si estoy bien que mi propia madre. Aunque hoy mi progenitora me ha enviado un audio. Al verlo, me asusto con la idea de que le haya pasado algo a mi abuela y le doy a la tecla de «reproducir» sin ponerme el teléfono en la oreja.

—¿Cómo está mi chica guapa? —No es mi madre, es mi abuela, que habla despacio y a un volumen tan alto que Uli sale de la inopia y sonríe—. Estás por ahí disfrutando, ¿eh? Ya no te acuerdas de esta vieja, ¿verdad? ¡Bien que haces! Tú aprovecha todo lo que puedas, que la vida pasa muy rápido. —Suspira y el audio se corta.

—Le ha cogido el móvil a mi madre —le explico a Uli, que suelta una carcajada.

—¡Salo! —La voz de mi abuela suena de nuevo, otro audio—. No entiendo estas moderneces —protesta—. Que decía que tienes que sacarle el jugo a la vida, cariño mío. Y a ver si cuando vuelves tienes algo que contarme. —Se ríe como una niña pequeña y a mí me contagia, ya sé por dónde va—. Que no tiene por qué ser el definitivo, ¿eh? Soy más moderna de lo que aparento, igual puedo darte un par de consejos de seducción. Pero no te adelanto nada, así te dejo con la intriga… Te quiero mucho, mi chica guapa.

«Y yo, abuela, como la trucha al trucho».

—Soy fan. —Uli sonríe como un bobalicón y debo de tener el mismo tipo de sonrisa en mi cara—. Tienes que presentármela.

—Eso está hecho.

Uli vuelve a centrar la atención en su móvil. No quiero interrumpirlo, pero ahora mismo necesito contacto, por eso apoyo mi cabeza sobre su hombro. Él me acaricia la cara con cariño y retira la mano con rapidez.

Tengo la teoría de que su cambio de actitud es por la tal Irene. Quizá esté hablando con ella y diciéndole que lo suyo no tiene sentido. No me lo estoy inventando, esta mañana ya lo ha reconocido tras el desayuno.

Al menos, eso es lo que quiero creer, porque la alternativa me disgusta. Si su comportamiento no es por ella, es por mí, lo que implica que ha malinterpretado mis gestos de cariño y le incomodan. A él, al Oso Amoroso, al Spiderman que abraza a desconocidos, al *hippie*.

Me armo de valor y me tiro al ruedo:

—¿Uli? —Él hace un ruidito, dejándome claro que me escucha a medias—. ¿Sabes que esto no es normal en mí, verdad? —Deja de teclear—. No suelo ser tan cariñosa con las personas en general, solo con las que me llegan de verdad. —Le oigo tragar saliva y respiro hondo—. Pero quiero que estés tranquilo y que te sientas tan bien conmigo como lo estoy yo. Si te molestan mis gestos de cariño, puedo dejar de hacerlos. Te has convertido en mi amigo, alguien sin sexo, no quiero hacer nada que te haga sentir mal.

Hasta yo alucino con lo que le he dicho. ¿Cómo es posible que se esté convirtiendo en una persona tan importante para mí?

Uli me da un beso en la frente.

—Eso ha sido muy bonito, pero ha herido mi orgullo. —Se ríe sobre mi cabeza—. ¿Sin sexo? ¿Como los ángeles?

—Más bien, rollo asexual.

—¿Un eunuco?

—Algo así.

Es mentira, que conste. Uli no me parece asexual ni un eunuco. De hecho, hay una parte de mí a la que le atrae muchísimo, aunque prefiero acallarla porque es la primera vez que conecto de esta forma con un chico y no pienso dejar que mi «yo salida» lo estropee.

Ale, ya lo he dicho. Y ya puedes recrearte porque no pienso admitirlo más.

—Pero yo tengo sexo. —Se hace el ofendido.

—No quiero saberlo.

—No pensaba contarte detalles, mente sucia. Pero yo follo, y todo lo que puedo, además.

—En mi cabeza, no.

—Eso es porque no puedes soportar la idea de visualizarme. Lo mismo te gusto un poco. —Su tono es burlón y, sin ver su cara, sé que sonríe—. Tanto abracito creo que te ha gustado —prosigue—. Me buscas para tocarme, lo noto. Y tú también.

—Cállate, cansino.

—Dice ella, apoyada en mi hombro.

—Me encanta estar aquí y no pienso moverme.

—Tocona.

Los dos reímos y Uli vuelve a besarme en la sien.

—Salo, conmigo puedes hacer lo que quieras.

Suspiro. Sé que lo dice de verdad.

#FinDeViaje
#TodoLoQueHaPasado
#AdiósBerlín

35. No es mi estilo huir

Salo

Septiembre 2018
(Un mes y medio después)

—¿Lo sabe? —Mery asiente despacio.

¿Cómo es posible que Berta sepa que quedé con Miguel aquella noche? ¿Se lo ha contado él en un ataque de pánico? Joder, qué marrón.

—¿De verdad tengo que hacerlo? —En serio, no se me ocurre nada que me apetezca menos que formar parte de una escenita con la novia.

—Puede que no sea para tanto —me responde con una sonrisa nerviosa. Ella y su optimismo.

Pongo los ojos en blanco, ¡de esta no me libro! Aunque la culpa es mía, por acudir a la boda de mi ex. ¿A quién se le ocurre?

Por un momento, sonrío al recordar los consejos de mi Babosilla para desmantelar esta boda. Si vuelve a ponerse en contacto conmigo, tengo que decirle que no era necesario tanto teatro, con un futuro marido bocazas es más que suficiente.

Mi amiga me da un suave empujoncito para animarme a que avance hacia el coche, lo que hago única y exclusivamente porque estoy en modo automático.

Desciendo varios escalones y le dirijo una mirada lastimera a Mery, que me la devuelve con la misma intensidad. Está claro que ninguna de las dos sabemos si esto es buena idea.

¿Estoy a tiempo de echar a correr? No es mi estilo huir, y menos de la princesita, me recuerdo, antes de respirar hondo, bajar los escalones que me restan y entrar en el coche.

—Cierra la puerta. —Berta se muestra firme y calmada, lo que me sorprende.

Obedezco con la barbilla en alto y la vista al frente. No permitiré que note mi nerviosismo, ni la miraré directamente a los ojos, siguiendo la estrategia de Uli.

Durante un segundo, me abstraigo de la situación en la que me encuentro y soy consciente de lo importante que fue para mí el viaje a Berlín. Si no hubiera hecho aquella locura, no habría conocido de verdad al Oso Amoroso y me habría perdido la oportunidad de abrirme a otras experiencias.

Mi abuela tiene razón, mi Spiderman es una pieza clave del cambio que estoy realizando.

Una tremenda nostalgia de aquellos días me invade. Las cervezas, las risas, las conversaciones, los abrazos… Echo de menos hasta las putas avispas. Si pudiera pedir un deseo, sería revivir este verano una y mil veces.

Al menos, hasta el punto en el que cambiaría la historia.

—Ponga el coche en marcha —le ordena Berta al chófer, devolviéndome al presente.

Esto comienza a parecerse a una escena de una peli de mafiosos y no a la peli lacrimógena que tenía yo en mente. ¿Debería asustarme la actitud de la princesita?

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto con toda la tranquilidad de la que soy capaz.

—En el bar de enfrente tomándose una tila. Pero no vamos a perder el tiempo en charlas absurdas.

—Es tu numerito, tú mandas —ironizo.

Berta deja escapar una expresión en inglés que no comprendo, aunque, por el tono, me apostaría una mano a que ha sido un improperio.

—He tenido mucha paciencia contigo, *baby*. Y no me refiero solo a los últimos meses, sino a los doce años en los que te has comportado como si yo fuera el mismísimo diablo por un error que cometí y por el que te pedí disculpas *ipso facto*. Entiendo que esta boda no sea de tu agrado, también que debimos contártelo de otra manera, pero, te lo advierto, este no es el mejor día para que me toques los ovarios.

Reconozco que, en estos momentos, siento cierta admiración por ella. Respondo con un asentimiento de cabeza y mantengo la vista clavada en el asiento delantero. Ni siquiera he echado un pequeño vistazo al vestido que ha elegido, y eso que me muero de curiosidad por saber el estilo de qué famosa ha copiado esta vez.

—Salo, sé que no me crees —dulcifica el tono—, pero para mí sigues siendo una persona importante. Necesito que me digas qué pasó entre Miguel y tú.

Aquí es donde me doy cuenta de que tendría que haber invertido estos minutos en pensar en la versión que debería contarle. Y, al mismo tiempo, soy muy consciente de que tengo en mis manos la posibilidad de reventar esta boda.

Que es lo que ocurriría si le cuento la verdad, claro.

#Ser #ONoSer #UnaCabrona
#HeAhíLaCuestión
#Dilema

36. Así que amigos

Salo

Agosto 2018
(Un mes y medio antes)

—Así que amigos. —Mery sonríe, burlona.

—Increíble, ¿verdad?

«No me lo creo ni yo, Mery».

Estamos sentadas en una mesa frente al ventanal de Somos Instantes, la cafetería donde trabaja Uli. Han pasado dos días desde que volvimos de Berlín y es la primera vez que la veo desde entonces. Digamos que ella ha estado ocupada con los preparativos de cierta despedida —aunque ha sido tan prudente que no lo ha mencionado—, y yo he tenido una pequeña crisis al volver a la realidad.

—¿Que no haya pasado nada? Sí, es bastante increíble, dado tu historial. —Suelta una risilla antes de dar un sorbo a su café.

—Siempre hay una primera vez para todo —le replico.

Es mi mejor amiga, pero, por el momento, prefiero no contarle que hay atracción, aunque la controlo.

Porque la controlo.

Tampoco le voy a decir que me siento vulnerable. Tengo miedo de que mi incipiente amistad salga mal, de que Uli descubra una parte de mí que no le guste o de que él no sea cómo creo que es. Pero, sobre todo, me asusta necesitarlo y salir herida.

—Una pena.

—¿El qué? —Enarco una ceja, aunque sé perfectamente por dónde va.

—Que no hayas vuelto enamorada hasta las trancas como en esas novelas que devoras.

Pongo los ojos en blanco y maldigo los putos chupitos y ese momento en el que me dio por confesarle a Mery que era Romantic Books. Se va a reír de mí todo lo que me queda de vida.

—No hablemos de amor, Mery, que es una asignatura que no se nos da muy bien a ninguna de las dos.

Su sonrisa se convierte en una mueca tristona y ladea la cabeza, dándome la razón.

—Es un asco —admite—. Por cierto, ¿sabes lo que es de verdad un asco? —No espera a que le pregunte—. Que Juan vaya a ser mi acompañante en la boda de Berta.

No podía tener tanta suerte como para que ese dichoso acontecimiento no saliera en la conversación. Pongo cara de no entender y ella continúa:

—Le invité antes del *desastre*, claro. No soy tan tonta como para pedirle que me acompañe ahora. —Suspira, permanece pensativa unos segundos y, después, clava sus ojos azules en los míos—. ¿Estaría muy mal por mi parte decirle que no venga?

Cojo su mano por encima de la mesa, respiro hondo y trato de ser delicada, porque lo que voy a decir ya se lo he dicho demasiadas veces.

—Creo que no deberías pensar en lo que está bien o mal para *él*, sino en lo que te hace bien a

ti.

Asiente, como siempre. Hace tiempo que no me rebate, que sabe que tiene que trabajar en anteponer sus necesidades a las de los demás, pero le cuesta.

—Ya, pero es que no quiero ir sola.

No hace falta que diga mucho más porque visualizo la situación. Esa boda va a ser una boda pija, lo que implica que habrá mucha gente de pose y poca con la que relacionarse de verdad. Vendrán las amigas de Berta de Londres, a cada cual más insoportable; las compañeras de la universidad privada, que van a criticar a todo el que se mueva; las del máster, presumiendo de sus puestazos, y un montón de gente desconocida para Mery, que me apuesto la mano a que es tan estirada como mi querida examiga Berta.

¿Me siento culpable por no ir? Sí. No por Berta ni por Miguel, sino por mi mejor amiga, que ahora mismo parece tan asustada como un pajarillo que se ha caído del nido.

—Cinco minutos de descanso. —Uli coge una silla de una mesa contigua y se sienta entre ambas. Yo sonrío, porque, aunque nos hemos saludado cuando hemos llegado, no hemos hablado porque su chica le vigilaba—. ¿Por qué esas caras tan largas? —pregunta sin rodeos.

Es Mery quien le pone al día sin dejarse nada. Y a mí me maravilla que estos dos se caigan tan bien habiendo compartido solo una noche. Aunque, si lo pienso, no es tan raro, porque están hechos de la misma pasta y porque Uli es… Uli.

—Es un problema de fácil solución —resuelve mientras se recoloca la bandana—. Yo puedo ir contigo.

Mery sonríe por el ofrecimiento y yo siento cierto orgullo.

—¿Y qué le digo a Juan?

—Que has conocido a un chico genial, divertido, cariñoso, muy *mono* y creativo con el que te gustaría ir. —Se ríe de su propia definición y sube y baja las cejas haciendo el payaso.

—Entonces pensará que estoy con otro.

—¿Y? —decimos Uli y yo al mismo tiempo.

—No sé. —Mery se encoge en el asiento y me dan ganas de gritarle que espabile de una vez. Aunque no lo hago, porque la quiero y porque soy consciente de que eso mismo me lo puedo aplicar a mí misma, que estoy venga a darle vueltas a una relación que está en el pasado.

—No quieres cerrar una puerta que ya está cerrada —argumenta Uli con dulzura—. No pasa nada, Mery, todo tiene su proceso y tú aún estás aceptando la situación. Pero si me necesitas, silba. No sabes lo guapo que estoy con traje. —Le guiña un ojo, rollo coqueto, y consigue que ella vuelva a sonreír.

Si el cariño que siento por Uli es grande, con este comentario aumenta por momentos.

—¡Ulises! —La voz de Irene se oye por todo el local.

Él bufa, cierra los ojos y menea la cabeza. No entiendo que siga con esa chica. No le pega nada. Son como el día y la noche.

—Fin de la sesión —digo con ironía.

—Spiderman no era Spiderman todo el rato, también estudiaba —me responde.

—Ningún superhéroe era camarero en sus ratos libres.

—Debería inventar uno… —Coloca la silla en la mesa contigua mientras su cabeza vuela a Ulilandia. Ni tan siquiera se despide.

—Este hombre es un caso. —Me río mientras le sigo con la mirada hasta que llega a la barra.

Cuando vuelvo a mirar a Mery, ella está con una enigmática sonrisa. No hace falta que verbalice lo que piensa. «Me gusta para ti», es el mensaje que me está enviando a través de sus ondas cerebrales. Me hago la loca y la vibración de mi móvil me salva de la conversación que no

quiero tener. Es un mensaje del Oso Amoroso.

Uli
Mañana os venís a mi casa después de mi turno y con un par de cervezas organizamos algo.
Por cierto, no me he despedido como debía.
Daos por besadas, pero el beso más grande para ti, Maléfica.

Levanto la vista y lo veo asintiendo en la barra con una gran sonrisa.

«Es muy mono, de eso no hay duda».

Me riño por este pensamiento y bloqueo ese agradable calorcito que no puede ir a ningún sitio bueno.

—Amigos —repite Mery, reprimiendo una carcajada.

No respondo, porque tengo cara de pánfila y todo lo que diga lo usará en mi contra.

#EsMono
#DosPalabras #QueLasCargaElDiablo
#Amigos #SoloAmigos



Conversaciones nocturnas

@_romantic.books
¿Un chico y una chica pueden ser amigos de verdad?

@el.abuelo.lector
Sí, claro. Tú y yo somos amigos, ¿no?

@_romantic.books
Me refiero a amigos en la vida real.
Ya sabes, si dos personas que se atraen tienen la capacidad de evitar un roce para no cagarla.

@el.abuelo.lector
¿Vida real? ¿Roce?

@_romantic.books
No me obligues a decírtelo en plan burro.

@el.abuelo.lector
Jajajaja.
Se puede, y también caer en la tentación y conservar una buena amistad.

@_romantic.books
Pero no la misma.

@el.abuelo.lector
No, la misma no. Diferente.
¿Tienes un amigo?

@_romantic.books
Esa pregunta suena muy a parvulario.
Pero sí, tengo un amigo.

@el.abuelo.lector
¿Es la razón de que me preguntaras el otro día por el amor?

@_romantic.books
Nonono. He conocido a alguien y se está convirtiendo en una persona importante para mí, aunque me atrae y no quiero que me atraiga. ¿Entiendes?

@el.abuelo.lector
Lo entiendo muy bien.
Entonces, para que me aclare, ¿hay dos chicos?

@_romantic.books
Puede.

@el.abuelo.lector
¡Qué interesante! ¡Cuéntame más!

@_romantic.books
¿Alguna vez no has tenido claros tus sentimientos?
Con mi amigo tengo atracción, pero, a veces, creo que sigo enamorada de mi ex y otras que solo es nostalgia.
Y, además, tengo ganas de que le vaya mal. A mi ex, no a mi amigo. Y me hace sentirme mala persona.
Y también gilipollas por no saber qué es lo que me pasa.

@el.abuelo.lector
¡Cuánta intensidad, Romantic!

@_romantic.books
Quizás tengas razón y he leído demasiadas novelas de amor. ¿Crees que lo que lees afecta a la forma de pensar?

@el.abuelo.lector
Aunque me meta contigo, la lectura nunca resta, sea del género que sea :)
Date un tiempo, que al final todo se aclara.

37. Dos Daríos

Darío

Son las once de la noche, pero no puedo dormir. Estoy tumbado en la cama, dándole vueltas a las pruebas que le han hecho a mamá. Nos darán los resultados la semana que viene y, entonces, empezarán a descartar posibles enfermedades. En casa, no nos atrevemos a mencionar a la que tiene nombre de horóscopo, porque es la que más nos asusta.

De día, soy un adolescente con más responsabilidades y quebraderos de cabeza que la gente que me rodea. De noche, los pensamientos oscuros me atrapan. Como ahora, que empiezo a divagar sobre cómo podría ser mi vida sin mi madre. No es sano, pero no sé cómo detenerlo.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche y me salva de la oscuridad. Es un mensaje de la Tita Romantic, que acude al rescate.

Hablamos un ratito y la pongo al día con lo que ocurre en casa. Ella me calma, como siempre, y me distrae con sus aventuras. ¡Hasta consigue que me ría cuando me cuenta el viaje con el Oso Amoroso! Y sí, en algún momento, mientras charlamos, me planteo preguntarle si se llama Salomé…, aunque, finalmente, no me atrevo.

Nos despedimos y me quedo pensando en su ex. Cuando tenga más años, ¿me volveré igual de gilipollas? Tal vez sí, puede que, quieras o no, sea algo que ocurre, como el cambio de voz o las poluciones nocturnas. O igual viene de serie, porque, a mi edad, mis amigos ya son bastante idiotas con las chicas.

Jaime dice que, en cuanto pruebas el sexo, tu forma de pensar cambia, que entonces solo quieres tener más y más. Eso me asusta, este tema ya ocupa demasiado espacio en mi cerebro. Si aumenta, me volveré tonto.

«¡Lo mismo es eso lo que pasa!».

Tengo que reconocer que, entre el tiempo que dedico a pensar en el sexo y el que fantaseo con Vero, sí que me estoy volviendo un poco gilipollas.

Me río solo y remiro la foto que nos hicimos juntos. No sé cuántas veces al día repito este mismo gesto, pero cada vez que lo hago, me pongo tontorrón y el mundo deja de parecerme una mierda para ser un lugar donde todo es posible. Creo que el Abuelo Lector lleva razón, uno sabe lo que siente, por mucho que crea que está confuso, y yo estoy *in love* con mi Vero. No hay más que verme, me salen corazones por los ojos.

En un ataque de valentía, le envío un mensaje:

Darío
Holaaa!
K haces?

Soy lo peor dando conversación a las chicas que me gustan, no te esperes gran cosa.

Mi Vero

¡Hola!
Estoy en el parque, con Silvia y unos amigos.
Son majos, aunque les va demasiado lo de beber y fumar porros, ya sabes.

La verdad es que no, no tengo ni idea. No entiendo si lo que quiere decir es que le gusta ese plan, que no, o que tal vez le gusten los tíos rollo malote. Pero yo de malote no tengo nada.

Darío
Claro! Jijiji

Gran frase.

Mi Vero
¡Oye! ¿Le mandaste la foto a tu amiga?

Darío
Aún no. Me la guardo para mí

Mi Vero
:) :) :)
¿Hablamos otro día?
Silvia me está riñendo por estar con el móvil.
¡Un beso!

Darío
Vaaale! Pásatelo bien!

Me pongo contento y busco un emoticono para devolverle el beso. Pero estoy tan atacado que termino enviándole un corazón, después el muñequito que saca la lengua y, finalmente, acierto y le envío el del beso. No valgo para esto, soy un torpe.

#TengoAngustia #YPocoArte
#AdolescenteEnamorado

############

Es de noche y vuelvo a estar tirado en la cama sin poder dormir. Llevo parte del día encerrado en mi cuarto. Ni Ana, ni mi madre, ni mi abuela han sido capaces de sacarme de mi habitación. No quiero hablar con ellas, no quiero que me vean así. Con la tensión que hay en casa, no sería justo que yo las preocupara aún más.

Estoy de bajón, estar enamorado es una mierda. Siento ansiedad, dolor, estrés, tristeza y estoy de mal humor. Es como si hubiera perdido la esperanza. ¿Cómo es posible que el amor pueda afectarme de esta forma?

Pero lo hace, vaya que si lo hace…

Anoche, Vero colgó un *selfie* con un chaval en sus *stories*. El maromo, que es un jodido armario, la tenía bien apretadita contra su cuerpo. Mientras tanto, ella con el pelo suelto y los labios pintados, sonreía a la cámara.

No soy idiota. Vero y yo no hemos hablado de ser pareja y, además, él podría ser un simple amigo. El problema es que esa imagen ha activado mi inseguridad. ¿Es posible que haya malinterpretado la situación? ¿Puede que Vero solo haya estado tonteando sin más? Mi experiencia en temas sentimentales es nula, así que sí, puede que haya pasado. Tal vez mis ganas de que fuera real lo han hecho *real*.

Ahora mismo, es como si la luz que me mantenía lejos de la oscuridad se hubiera apagado.

Todo va a salir mal.

Solo hay una persona con la que puedo desahogarme. Sé que me entenderá y sabrá qué decirme para que todo esto no me parezca tan horrible.

#Sobrepasado
#Ayuda #NecesitoHablar

38. Tú no eres un chico

Salo

—¿Qué pasa? —Mery y Uli me observan. Hasta yo puedo notar que me he quedado con cara de mustia.

—Nada… Solo hablaba con un amigo.

A la pelirroja se le salen los ojos de las órbitas cuando pronuncio la palabra «amigo» en masculino. Me reiría con todas mis fuerzas si la conversación que acabo de tener no me hubiera dejado preocupada.

Estamos en el minipiso de Uli, tomando una cerveza con la intención de cerrar algún plan, aunque, hasta ahora, hemos hablado de todo, menos de lo que vamos a hacer.

Justo antes de responder los mensajes de Babosilla, Uli estaba abalanzado sobre la barra de la cocina, pinchando a Mery para que se hiciera un perfil en Tinder. Ella se negaba desde el otro extremo, igual que si le hubiera propuesto unirse a una orgía.

Me alejo de la barra y avanzo hacia el sofá, donde me dejo caer. Tengo ganas de abrazar a ese adolescente y la idea me impacta tanto como darme cuenta del cariño que siento por él.

Siempre he creído que el afecto surgía del contacto y de compartir experiencias. Pero resulta que no, que el plano físico no es significativo, lo que de verdad importa es la conexión mental. Y para más inri, esa conexión no entiende de diferencias de edad ni de distintas personalidades, ni tan siquiera de modos distintos de ver la vida. Simplemente, surge porque dejas que ocurra.

Queremos porque queremos hacerlo. Dejamos que alguien entre en nuestro mundo porque se lo permitimos. Lo malo es que cuando consientes tener esa clase de sentimientos por otra persona, tarde o temprano, sufres. Si no lo haces por ti, sufres por el otro. Y yo ahora padezco porque, aunque mi Babosilla me haya dicho que está mejor, sé que no es así.

¿Cómo es posible que haya cometido este error? Accedí a intimar a través de una red social porque no resultaba una amenaza, era evidente que no iba a enamorarme de un adolescente o de un dulce ancianito. ¡Me creía a salvo del amor! Aunque fui tan estúpida como para olvidar que no solo existe el amor romántico.

Me quedo en Babia, como el *hippie* de Uli, asimilando el hecho de que no puede ser casualidad que haya dejado entrar en mi vida a tantos seres con pene: Uli, Babosilla, el Abuelo Lector… Tal vez, aunque no haya sido consciente de ello, mis ganas de realizar un cambio ya estuvieran ahí y no tengan nada que ver ni con mi madre ni con la dichosa boda.

—No entiendo qué problema tienes con las aplicaciones de citas. —Uli saca otro botellín de la nevera y permanece de pie. Ha vuelto a la conversación anterior para darme tiempo a que regrese a la Tierra—. Yo, a veces, las uso.

—No eres el único. —Mery, desde el otro lado de la habitación, me lanza una mirada que no deja lugar a dudas sobre a quién se refiere y yo disimulo dando un trago a mi cerveza—. ¡Si es que no me veo! ¿Qué le voy a decir a alguien que no conozco de nada?

—Lo que quieras, esa es la gracia, que puedes decir lo que te dé la gana. —Uli se sienta en un taburete mientras Mery agita la cabeza como una posesa. Me observa de reojo.

Está bien… No puedo hacer mucho más por Babosilla y me niego a seguir en modo intensa, voy a intervenir.

—Con un «hola, ¿quedamos?» es más que suficiente. No es tan difícil.

—Así que Tinder, ¿eh? —Uli sonríe, divertido.

—Es una forma de conocer gente. —Lo mismito que él me dijo en Berlín.

—Ya, ya… —Su sonrisa se amplía.

—Sé que tú prefieres liarte con tus compañeras de trabajo, peeero… —Le miro de arriba abajo y él me aguanta la mirada sin pestañear.

Mery se aclara la garganta.

—¿Estás con esa chica? —pregunta con un hilillo de voz.

—Se llama Irene y no es nada serio, nos estamos conociendo.

—Esa es la gran mentira de nuestra generación —suelto tan convencida que parece que tenga una vida sentimental que lo demuestre. Y para dar más peso a mi argumento, enderezo mi espalda y me cruzo de piernas en plan listilla—. Ahora nadie se compromete, solo se *conoce*.

«¿Por qué estoy diciendo esto?».

Podría mentir y afirmar que no tengo ni idea, aunque claro que lo sé. Me molesta que Uli siga con esa farsa. En Berlín, llegó a confesar que su relación con Irene no tenía ningún sentido y, sin embargo, no ha hecho nada al respecto. Eso me jode, pero no quiero averiguar el motivo.

—No quiero *conocer* a nadie —protesta Mery—. No así. Quiero que sea normal, ya sabéis… Encontrarme con un chico mono, hacernos amigos, tontear… Y, al final, darnos cuenta de que estamos enamorados.

—Eso no es lo *normal* —decimos Uli y yo a la vez.

—¿Por qué no?

—Porque no —respondo—. Con nuestra edad, te encontrarás con dos tipos de tíos: los que quieren pasárselo bien y los que han decidido que van a sentar la cabeza. Puede parecerte que los segundos son los que te interesan, pero pronto te darás cuenta de que les importa bien poco con quien comprometerse, la cuestión es hacerlo.

Dios, ¿estoy repitiendo lo que dice mi madre?

—Ya estamos… —Mery pone los ojos en blanco—. Yo he conocido a chicos muy majos.

Uli ni parpadea.

—Tú has estado en una relación de novios (sin serlo) desde los catorce. Los chicos *majos* que has conocido no querían nada sentimental contigo. Y tú con ellos… tampoco.

La dejo noqueada.

Desde donde estoy, puedo ver cómo hace un repaso mental de su lista amorosa y de las expectativas emocionales que tenía con cada uno de los chicos con los que ha estado. Por un segundo, me odio por decirle esto, pero no quiero que se lleve más chascos. Cuanto antes sepa cómo funciona la vida real, mejor.

Lo sé, lo estoy haciendo otra vez. Mi madre me ha poseído.

—Él parece normal. —Mery señala a Uli.

—A mi modo, lo soy.

—Uli es distinto. Él no cuenta.

—¿Por qué no cuento?

«Porque no quiero que cuentes. Punto».

Los dos me observan, esperando mi respuesta, pero no se me ocurre nada coherente que decir.

—Tú no eres un *chico* —digo como una mema.

Él rueda los ojos, no quiere volver a escuchar que es un eunuco.

—Es un chico —afirma Mery.

—Lo soy —Uli suelta una carcajada.

Niego con la cabeza.

«Eres mi amigo, asexual en todos los aspectos posibles».

—Si quieres, te lo demuestro. —Hace el amago de desabrocharse el pantalón y Mery le jalea dando palmas.

Enarco una ceja, desafiante. No conoceré a Uli desde hace mucho, pero tengo muy claro que en este tipo de vaciles le gano. Y cuando sabes que vas a machacar al otro, te creces. Es lo que me está pasando ahora, que me estoy creciendo mientras mi cerebro está buscando la frase perfecta que le hará ponerse rojo como un tomate.

—Hazlo. —Me humedezco los labios y le guiño el ojo, todo con una lentitud premeditada—. Bájate los pantalones y demuéstramelo.

Sus ojos juguetones se agrandan y su sonrisilla se convierte en algo raro. Creo que ha dejado de respirar.

Uli no aparta la mirada. Yo tampoco pienso hacerlo.

—Un piso precioso —murmura Mery con sorna.

Ni él ni yo respondemos.

—Hazlo —repito.

Se desabrocha el botón.

«Joder».

A pesar del movimiento —que me descoloca—, no me achico. Estoy segura de que en un par de segundos se sonrojará. Pero lo que ocurre es que él se queda en Ulilandia. Eso o le ha dado un jamacuco.

Mery me mira de reojo y me anima con un gesto a que diga algo.

—Sabía que no lo harías —me jacto.

Sus ojos relampaguean y vuelve a nuestra dimensión.

Aunque, ahora que lo observo…

«Está poniendo cara de visualizar sexo. Conozco esa cara a la perfección».

«Imposible. Este es el mismo chico que no te ha tocado ni un pelo en dos días, el mismo que no entró al trapo en una noche de borrachera… Es Uli. ¡Imposible!».

«Pues… lo está haciendo».

—Joder, Salo —susurra.

Y, por increíble que parezca, la que se pone roja soy yo. ¡Yo!

«Pero ¿qué coño ha pasado aquí?».

#UliAmigo
#UliNoEsUnChico

Uli

Sacudo la cabeza con fuerza y oigo la risa de Mery. Algo dice, pero no la escucho. Ni eso ni nada en general. No sé qué ha ocurrido aquí, pero algo ha pasado y me desconcierta.

Creo que Salo me ha hechizado. Sí, eso es lo que ha pasado, estoy convencido. Ha dicho «hazlo» y mi mente ha volado por libre. De pronto, solo estaba ella, retándome una vez más. «Hazlo», me decía de forma sugerente. Yo no me bloqueaba, tiraba adelante y me acercaba, lo

justo para que supiera que iba en serio y pudiera decidir si deseaba apartarse. Pero como era mi fantasía, no lo hacía. Mis manos iban hacia su trasero y lo apretaban con deseo. Ella soltaba un gemido y pronunciaba mi nombre en un susurro. «Hazlo», volvía a decir.

Intento centrarme de nuevo en la realidad y regresar a mi papel de amigo. No quiero que mis mentiras se vengan abajo. «Fue una atracción momentánea», «no significa nada». Desde su declaración amistosa en el aeropuerto, es lo que me repito una y otra vez.

La negación funciona (a veces), aunque estar con Irene también ayuda, me mantiene ocupado *experimentando*.

—Lo de la acampada me parece una idea genial. —La pelirroja da palmas y me saca de mis pensamientos—. Irnos a un sitio bonito, donde tumbarnos al aire libre y ver las estrellas. —Suelta un suspirito—. Suena romántico, ¿verdad, Salo?

Ella le lanza una mirada de advertencia que no termino de comprender. ¿Mery está haciendo de celestina? No, no puede ser. Salo ha dejado claro que no me ve como un chico, soy un proyecto de amigo, y, además, ella tiene ese rollo raro con su ex.

«¡Imposible!».

—Y tú, ¿qué dices? —me pregunta Mery—. Te has quedado muy callado. Acampada, ¿sí o no?

«Claro que sí. Quiero volver a estar pegado a Salo, dormir con ella, reírnos y conocerla un poco más».

«Mal, mal, mal… Así no, tío».

—Solo iré si tú vas, Mery. —Le guiño el ojo y sonrío juguetón, aunque por dentro me está dando un microinfarto.

#AmigoSinPene #IlusionesTontas
#UnChico #NoAsexual

Conversaciones diurnas

@_romantic.books
¿Qué tal?
¿Sabes algo más de la escritora?

@el.abuelo.lector
Estaba a punto de escribirte, ¡lo juro!
La última vez que hablamos estabas muy intensa y me he acordado muchísimo de ti, pero no te he escrito.
Yo estoy bien, con mucho lío.
Trabajando, conociendo gente nueva, pero me quita tiempo para leer y para estar por aquí.
Y a la escritora la veo casi todos los días. Es una chica muy graciosa :). ¡Pero no tiene nombre artístico!

@_romantic.books
¿Estaba intensa la última vez?
Bueno, supongo que sí, me han pasado muchas cosas.

@el.abuelo.lector
Muy INTENSA.

@_romantic.books
No te metas conmigo, Abuelo.
Y no sabía que seguías trabajando.

@el.abuelo.lector
De algo hay que vivir.

@_romantic.books
Han retrasado demasiado la jubilación, ¿no?

@el.abuelo.lector
¿Estás haciendo sangre con mis años?
Ya llegarás, jovencita.

@_romantic.books
No hago sangre, pensaba que estabas jubilado.

@el.abuelo.lector
Soy mayor, pero no tanto.

@el.abuelo.lector
¿Estás ahí?

@el.abuelo.lector
Creo que tengo problemas de conexión.

@_romantic.books
Una pregunta: ¿cuántos años tienes?

@el.abuelo.lector
Treinta y uno, todo un abuelete.

@el.abuelo.lector
¿Hola?

@_romantic.books
¡Joder!

@el.abuelo.lector
¿Y tú?

@_romantic.books
Dentro de poco cumpliré los treinta.

@el.abuelo.lector
¡Anda! Pues más menos.

@_romantic.books
¡Increíble!

39. Llegar vivo a septiembre

Uli

—Hay un concurso de cuentos —me comenta mi tía cuando salimos del restaurante japonés. La he invitado a cenar para agradecerle todo lo que hace por mí: el trabajo, el piso, su cariño incondicional. El problema es que, en lugar de estar centrado en ella, estoy distraído, pensando en lo que no debo. Lena se cuelga de mi brazo y ambos comenzamos a caminar sin dirección—. ¿Te interesaría apuntarte?

—Podría estar bien.

—Ganarías, estoy segura. —La poca luz de la calle se refleja en sus ojos, que brillan con orgullo. Su fe en mí nunca deja de sorprenderme—. ¿Con qué historia participarías?

—Con la que tú quieras. —Me encojo de hombros y me da un suave empujón. Sonrío—. ¿Qué? Eres mi mayor fan. O la única. Nadie mejor que tú para decidirlo.

Lena interrumpe el paso y me observa con cariño.

—Uli, algo te pasa. Estás más metido en tu mundo que de costumbre y ese lío que te traes con Irene… —Niega con la cabeza en un gesto elegante—. ¿Qué ocurre?

Si hay una persona a la que no puedo ocultarle nada es a mi tía, así que opto por salirme por la tangente, dándole un achuchón.

—Siempre usas los mismos trucos —me recrimina—, pero esta vez no cuela. —Me río al verme pillado y le planto un sonoro beso en la mejilla—. Habla de una vez.

Resoplo y me meto las manos en los bolsillos. Es mejor confesar.

—Me gusta alguien que no puede gustarme.

Lena se suelta de mi brazo y me observa con el gesto serio.

—Espero que no estés hablando de mi camarera. Es muy profesional y buena chica, pero, Uli, sois como el agua y el aceite.

—No, no… Lo de Irene es otra cosa.

Retomo el paso y la miro de reojo. Lena alza ambas cejas y murmura: «Esta juventud está muy perdida». Contengo la risa, porque estoy casi seguro de que se está maldiciendo por pensarlo. Al fin y al cabo, no es tan mayor.

Doblamos una esquina. Creo que vamos hacia el centro.

—Es Salo, la chica de la cafetería.

Ella ladea la cabeza y sus labios se curvan hacia arriba.

—Eso lo entiendo, pero no pensaba que vuestra relación fuera por ahí, creía que era más… platónica.

—En realidad, es por tu culpa —afirmo, convencido.

—¿Mía? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

—Su historia me recordaba a la tuya, lo que activó mi instinto de protección. Un ex, un amor que duele a pesar de los años, ¿te suena?

—Demasiado sobria como para hablar de ello —me advierte.

Señalo con la barbilla a una terraza y ella me acepta la invitación tomando la delantera. Nos

sentamos y pedimos un par de copas.

—Sigue —me anima.

Sonrío. Se está volviendo tan cotilla como su amiga Eva.

—Me gusta, pero somos amigos. Y, además, no es la típica situación que se salve con lanzarse a la piscina a ver qué pasa. —Lena mueve su mano, indicando que continúe. Le cuento la historia de Salo (o lo que yo sé)—. Dice que soy asexual. —Tuerzo el morro y ella suelta una risita, incrédula.

—Creo que aún le queda mucho por conocer sobre ti. Por ejemplo, lo de mi camarera.

Ruedo los ojos. Se va a meter conmigo, lo veo venir. Mi parte vacilona viene de familia, de la de mi madre más concretamente, y mi tía Lena es muy dulce pero, cuando quiere, me da cien vueltas. Le pongo cara de pena para que se apiade de mí y funciona.

—Por eso me ves un poco raro, pero estoy bien. No me voy a morir porque me guste una chica. Me han gustado muchas y aquí estoy, sano como una manzana. —Sonrío, haciendo el payaso.

—Los dos sabemos lo que ocurre cuando te cuelgas de alguien.

—Pero no es el caso.

—Y sin embargo, estás tristón, bajo de energía… —Su mano busca la mía por encima de la mesa. No la he convencido en absoluto—. Así que dime por qué te afecta de esta forma.

Lanzo un suspiro.

—Cuando me gusta alguien, me alejo. No es una estrategia muy original, pero es efectiva. Muerto el perro, muerta la rabia. Pero es que con Salo no quiero alejarme. —Lena asiente, dejando claro que me comprende—. Me gusta lo que tenemos, aunque no pase de ahí. Y puede sonar raro, pero estoy convencido de que esta conexión puede durar más tiempo que cualquier relación que haya tenido hasta ahora. Solo tengo que hacerme a la idea de lo que hay. Y, por cierto, sí sabe lo de Irene. Pero no hago daño a nadie, el único que corre el riesgo de salir herido soy yo.

Ahora la que suspira es ella.

—Me parece que te estás metiendo en un lío —apunta—. Y, Uli, yo sé mucho de líos amorosos.

Niego con la cabeza cuando menciona al amor. Esto no es amor. Aún no estoy ahí y preferiría no llegar a esa parada. Como acaba de decir mi tía, ambos sabemos lo que ocurre cuando me da por enamorarme y no estoy dispuesto a repetir la experiencia.

—Llegaré vivo a septiembre y esquivaré el drama —respondo más para mí mismo que para contestar al comentario de mi tía.

—La distancia, a veces, no es suficiente.

Y aquí está, el inicio de la conversación que Lena quería evitar. Aunque también es mi oportunidad para intentar que suelte esa estúpida idea romántica que hace que viva anclada en el pasado.

#NoAlAmor #ProcesoRaro
#LlegarVivoASeptiembre

40. La cita con Berta

Mery

—Mery, me estás poniendo histérica. —Salo me lanza una mirada furiosa—. La que debería estar nerviosa es ella. El otro día hui, pero hoy me quedo hasta el final. —Dirige los ojos hacia la puerta de la cafetería y levanta la barbilla como si se preparara para la guerra.

Ains, creo que la he liado parda. ¿Ha sido buena idea proponer esta cita con Berta?

«No existen preguntas sin respuesta, solo preguntas mal formuladas».

Matrix. Soy una friki.

Le doy una palmadita en el hombro, pero Salo pasa de mí, está muy concentrada intentando mostrarse fuerte. Miro a mi alrededor en busca de Uli, que se encuentra en la barra, tonteando con la camarera.

Finge, ya te lo digo, no hace otra cosa que mirar de reojo a nuestra mesa.

No entiendo nada. Hace cuatro días, Uli y Salo se miraban como si se gustaran y él está ahí, tan ricamente con otra, mientras ella trata de ignorar su existencia.

Aunque mejor me callo, que soy la idiota que ha vivido un falso noviazgo en el que no ha pillado cacho.

Me molesta admitirlo, pero Salo dio en el clavo el otro día. Nunca me tomé en serio a ninguno de los chicos con los que estuve. Eran rolletes, relaciones en las que no profundizaba porque me daban igual. Para profundidad y amor ya tenía a Juan. Aunque, claro, no era mi pareja.

—Ahí está —señala Salo.

Berta, con un vestido negro, largo y vaporoso, cruza la puerta con seguridad. No he conocido a nadie tan elegante en sus movimientos, ni tampoco a ninguna persona que pueda hacerte sentir tan pequeña haciendo tan poco.

—Hola —murmura antes de sentarse.

Le devolvemos el saludo con la misma efusividad y nos sumimos en un silencio tenso. Berta mira en una dirección, Salo en otra y yo estoy entre las dos.

—Esto es incómodo para todas —me lanzo—, pero creo que es algo que merece la pena desenredar, aunque sea porque hubo un momento en el que *fuisteis* amigas.

—Yo sigo considerándola mi amiga —afirma Berta, lo que provoca que Salo chasquee la lengua.

Empezamos bien.

Me armo de paciencia, no va a ser fácil. Pero resulta que no soy de naturaleza pesimista, prefiero ver el vaso medio lleno —que cuesta lo mismo y me hace más feliz—. Cojo sus manos y sonrío a mis amigas mientras les envío el mensaje mental de «haced un esfuercito por mí, anda».

—Una amiga no se lía con tu novio —suelta Salo.

Giro la cara hacia ella, flipando. Después, miro a la rubia.

—Ex —matiza Berta.

—Novio. Sé lo que he dicho. —Sonríe de medio lado—. He tardado en encajar las piezas, pero tu cara me da la razón.

Berta, que ya de por sí es blanca de piel, empalidece. Yo me quedo muerta, no solo por el comentario, sino porque media cafetería tiene las sillas apuntando en nuestra dirección y nos miran sin pudor. Puedo reconocer a la chica que se emocionó con nuestros nombres, a la del pelo rosa que soltaba refranes e, incluso al adolescente que iba con ellas. Los saludaría, pero no es el momento.

Mi cerebro, que ha hecho una pausa, vuelve a conectarse y me repite la última frase de Salo.

—¿Qué? —Me ha salido la vena chillona y ahora hay más gente mirándonos. Me recompongo y repito la pregunta en un tono comedido—: ¿Qué? Berta, ¿eso es cierto? ¿Te liaste con Miguel cuando era *su* novio?

Berta se estira en la silla y se mantiene en una pose muy digna.

—No, no es cierto. Con Miguel no pasó nada hasta hace unos meses. —Sonríe, tirante, y se gira hacia Salo, que continúa con la mirada al frente—. Y sí, podría haber dicho algo entonces, pedirte una especie de permiso *or whatever*… Pero decidí que merecía saber si iba a alguna parte y que mi propia felicidad era más importante que el hecho de que tú estuvieras informada. Perdóname por poner delante mis sentimientos a los tuyos, creía que estaban en el subsuelo después de *tan solo* doce años. Fui una *mala amiga*… Y lo siento.

Miro a Salo, que entrecierra los ojos. Tengo que confesar que los argumentos de Berta, obviando los dardos envenenados, me parecen convincentes. Doce años son muchos años.

—¿Falta algo por aquí? —Uli se planta delante de nuestra mesa y busca el contacto visual con Salo, que niega con la cabeza sin mirarlo.

—Un *gin and tonic for me* —responde Berta con una pronunciación perfecta.

Él suelta una carcajada y contagia a Salo, cuya risa es más comedida. No entiendo la gracia, pero ver esta intimidad entre ellos me provoca un solo pensamiento: *love is in the air*.

—Tal para cual —murmura Uli. Le guiña el ojo a Salo y ella sonríe—. ¡Claro que sí, *baby*!

Berta se levanta y se presenta, dando por hecho que es alguien de nuestro círculo. La intuición social de esta mujer nunca deja de sorprenderme.

—*Nice to meet you* —dice, tras darle dos besos al aire.

A Salo parece divertirle sobremanera esta situación, pero yo sigo dándole vueltas a lo que Berta ha dicho hace un instante, a todo eso de anteponer su felicidad a la de los demás. Yo nunca lo he hecho, siempre me he plegado a lo que el resto quería o esperaba de mí. Aunque suene patético, con toda probabilidad, este es el momento más rebelde de mi existencia y me limito a poner distancia con Juan y Vico. Vamos, que mi rebeldía se basa en la inacción y en el evitamiento.

Debería intentar cambiar de estrategia y enfrentarme a las situaciones que me disgustan.

«Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes».

El maestro Yoda siempre tan sabio.

—No voy a organizar tu despedida —suelto a bocajarro, y hasta yo me sorprendo de haberlo dicho en alto.

En la mesa de al lado, una chica está a punto del aplauso, pero su amiga la reprende. Este sitio, en lugar de llamarse Somos Instantes, debería llamarse Somos Cotillas.

Berta me lanza una mirada furibunda. Tiemblo un poco, lo admito, pero no me arrugo.

—No quiero hacerlo —repito con más fuerza.

Mi amiga se deja caer sobre la silla mientras Salo me da una palmadita en la pierna a modo de apoyo.

—¿Tan mal lo he hecho? —pregunta, abatida—. ¿Tan mal como para que la una no quiera atender a mis razones y piense lo peor de mí y la otra se niegue a organizarme la despedida?

Vale, ahora me siento una mierda. Adiós a la euforia del momento.

—Ahora mismito te traigo tu copa y ya verás qué bien —interviene, conciliador. Después, pone tierra de por medio mientras le oímos mascullar un «joder, joder, joder».

Salo resopla. Se está ablandando, y necesito que lo haga, porque estoy paralizada, igual que si me hubieran puesto bótox en todo el cuerpo.

—Bien no lo has hecho —sentencia.

Retiro lo de que se está ablandando.

—Podría haberlo hecho mejor, es cierto —admite Berta—, pero no puedo cambiar el pasado. *What´s done is done*. —Da vueltas a su anillo de compromiso, nerviosa—. Salo, si no quieres venir a mi boda, lo entenderé, pero espero que un día comprendas que, a veces, el amor llega con quien menos te lo esperas. A mí me ocurrió con Miguel, y siento mucho si eso te ha causado dolor. Y tú, Mery —suspira—, si no quieres organizar mi despedida, no lo hagas, pero no dejes de venir, por favor. —Se incorpora, se despide con un gesto elegante y se dirige hacia la salida.

Me gustaría levantarme e ir tras ella, pero es que le ha quedado tan bien y yo estoy tan flipada… que no reacciono.

—Upsss —Uli, deja la bandeja sobre la mesa, se sienta en la silla de Berta y nos observa mientras sopla el mismo mechón que insiste en meterse en su ojo—. Ha sido muy interesante —dice—. ¿Era esto lo que queríais conseguir?

Yo niego mientras Salo bufa, coge su móvil y teclea.

Y cuando creo que hay algo de esperanza para que esto termine bien, mi amiga, con la vista en la pantalla, suelta un grito ahogado y, sin mediar media palabra, se pira.

Tengo que dejar de hacer planes. La estrategia no es lo mío.

#AmigasQueSePiran
#PlanesQueFracasan

Conversaciones diurnas

@el.abuelo.lector
¿Qué tal vas con la chica, yogurín?

@k.leer
Mal. Está con otro

@el.abuelo.lector
Si te digo que hay más peces en el mar,
me mandarás a la mierda, ¿verdad?

@k.leer
Verdad
Y tu alemana/ española?

@el.abuelo.lector
Bien, somos amigos.

@k.leer
Amigos con roce?

@el.abuelo.lector
No, amigos, solo amigos.

@k.leer
Me decepcionas

@el.abuelo.lector
Eso te pasa por idealizarme.

@k.leer
Te gustaría no ser solo su amigo?

@el.abuelo.lector
Más de lo que debería.

41. Atacado

Darío

Mi tío me ha llamado a la hora de comer para invitarme al cine. Mi familia quiere quitarme de en medio, los pongo más nerviosos de lo que ya están. «Pásate por la cafetería, me acercaré después del trabajo», me ha dicho, «a ver si tú consigues que Eva se despegue de su portátil». Por eso estoy aquí, sentado entre ella y su amiga Carmen —la del pelo rosa—. Aunque mi tío vive engañado, Eva no está enganchada a su ordenador, sino al *reality show* de Salomé.

—Esa chica se va a casar con su ex —le explica a Carmen, como si no lo supiera después de la coña que dio el otro día.

—Amigo leal y franco, mirlo blanco.

Las escucho a medias, aunque sonrío de vez en cuando para que no lo noten. Los tres estamos mirando a la misma mesa, situada junto a la puerta. Ellas cotillean, pero yo busco la señal definitiva que confirme que Salo es mi Tita Romantic.

Es ella, estoy seguro al noventa y cinco por ciento. Justo ayer me contaba que iba a quedar con esa arpía… Y aquí está, con la rubia y con la pelirroja. Es imposible tanta coincidencia.

—¡Se va! ¡Se va! —Eva da un palmetazo a Carmen, que protesta porque le ha debido de hacer daño.

Se refiere a la rubia, que se ha levantado de la mesa. A mí ella me da igual, lo único que me importa es la cara de culpabilidad que tiene Salo. Veo que coge su móvil y yo cojo el mío. Es la hora de la verdad, la definitiva.

@k.leer
Sé k hoy tenías lo de tu amiga. Mucha suerte!
No la dejes calva!

Levanto la vista de la pantalla. Salo sonríe.

@_romantic.books
Acaba de irse y sigue con pelo. Me has pillado con el móvil en la mano, iba a enviarle un mensaje.

@k.leer
Vaya, siento interrumpir ☹

@_romantic.books
Prefiero hablar contigo mil veces, Babosilla.
¿Estás más animado?

Le explico que mañana esperamos tener respuesta de lo que le ocurre a mamá y que estoy atacado. Una vez más es con ella con la que consigo abrirme. Espero, por favor, que todo salga

bien. Es lo único en lo que puedo pensar. «Que salga bien, que salga bien, que salga bien», repito aun sin darme cuenta de que lo hago.

@_romantic.books
No te adelantes a los acontecimientos.

Lo intento, pero la ansiedad me puede. Es inevitable, es mi madre. Hace unos meses, bufaba cuando me reñía, murmuraba por lo bajo y les decía a mis amigos que era una cansina. Ni muerto hubiera reconocido que la necesitaba. Y ahora estoy seguro de que ni con ochenta años estaría preparado para que ella faltara.

@k.leer
Tampoco he vuelto a hablar con la chica k me gusta
Y hoy ha vuelto a colgar una foto con el pavo ese

@_romantic.books
No te rayes…

Y aquí está mi oportunidad, aunque le esté dando demasiadas vueltas. Busco en la galería de imágenes la foto que me hice con Vero. Si es ella, me reconocerá. Si no, solo conseguiré que sepa cuál es mi aspecto. Vero tenía razón, no pierdo nada.

Mis dedos tiemblan cuando busco el archivo y lo selecciono. Lo hago tan rápido y con tantos nervios que no me doy cuenta de que, en lugar de adjuntar la foto que quiero, envío la que lleva todo el día atormentándome: la de Vero con ese armario.

«¡Mierda!».

Me intento tranquilizar y retrocedo para seleccionar la correcta, pero lo que ocurre a continuación me descoloca. Salo se levanta y se va de la cafetería. Tiene la mirada perdida, el gesto serio y camina cual zombi. No entiendo nada, pero no me detengo a pensar, me incorporo y salgo tras ella.

—¡Salo!

#SoyYo #TuBabosilla

############

Salo me ha ignorado. Llevo un rato enviándole mensajes, aunque no contesta.

—Darío, ¿qué pasa?

Levanto la vista del teléfono, Eva me observa preocupada, pero no me siento con fuerzas de abrirme con nadie más. Niego con la cabeza para quitarle importancia.

—Sé que es difícil. —Me acaricia el pelo en un gesto maternal y yo asiento, porque sí, lo es. Todo me parece cuesta arriba.

Ella y Carmen tratan de darme conversación para distraerme, aunque solo puedo pensar en la Tita Romantic. ¿Y si le pregunto a su amiga por ella? La busco por el local, pero también se ha ido. El único que no se ha marchado es el camarero cansino, ese que no hace más que revolotear por donde está Salo. Ese tío es un baboso y muy pesado. No, por ahí no voy a pasar. Sería el último recurso.

¿Y si contacto con Vero? Vale, ella no tiene nada que ver, pero un poco de conversación adolescente puede calmarme. ¿A quién quiero engañar? Ella no está pensando en mí, estará por

ahí haciéndose más fotos con el armario de su novio.

Mierda de día, de semana y de mes.

De pronto, tengo una idea, quizá nuestro amigo en común sepa algo. Abro el chat de Instagram y escribo:

@k.leer
Sabes algo de @_romantic.books?

@el.abuelo.lector
Hablé con ella hace un par de días, ¿por?

@k.leer
Necesito localizarla

@el.abuelo.lector
Pensaba que ya habríais intercambiado vuestros teléfonos. ¿No dijiste que la habías conocido?
Por cierto, creía que tenía tu edad, ya podrías haberme dicho algo.

Bufo y sonrío al mismo tiempo. Este hombre se las quiere ventilar a todas.

Unos tanto y otros tan poco…

@el.abuelo.lector
Imagino que yo no te valgo, ¿no?
Si necesitas lo que sea, ya sabes que estoy aquí.

@k.leer
Ella era la k estaba en esta puta cafetería

En este sitio donde todos cotillean sobre lo mismo. Hace rato que Salo se fue, pero la gente sigue hablando de ella. Y para muestra, un botón. Eva y Carmen elaboran teorías de lo que creen que ha ocurrido y tratan de que me una a ellas.

@el.abuelo.lector
¡Eh! ¡Yo trabajo de camarero en una!
Si estuvieras aquí, podría invitarte a algo y te sonsacaría lo que te pasa, tú no estás bien.
Apunta el sitio, por si un día te pasas. No encontrarás otro igual, se llama Somos Instantes.
Te dejo el *link* de la página, que es de mi tía y hay que hacer un poco de publi :) :)

«Putofliping».

Mis ojos se dirigen al camarero cansino, que está con el móvil en la mano y sonríe a la pantalla. No puede ser, ese tío no es mi colega. Por mucho que diga, debe de haber mil cafeterías con el mismo nombre. Le doy al enlace de la página web y, cuando aparece, la observo horrorizado.

«No me jodas».

¿Ese *hippie* que no calla ni debajo del agua es el Abuelo Lector? ¿La Tita Romantic y él se conocen y no lo saben?

«Flipo muy fuerte».

Y justo en este instante, en el que se me acaba de olvidar el agobio, la ansiedad y hasta mi segundo apellido, es cuando mi Tita responde a mis mensajes con una pregunta que me termina de dejar a cuadros.

#NoEsReal #NoTeCreo
#FlipandoFuerte

42. Ella

Salo

Alguien grita mi nombre, pero ni me molesto en darme la vuelta. No quiero llorar, no voy a soltar ni una puta lágrima. No se lo merece. No me lo merezco.

«¿Cómo es posible?».

Mi teléfono se vuelve loco. La melodía que tengo para las llamadas se entremezcla con las notificaciones de WhatsApp y de Instagram. No tengo que mirarlo para saber quién trata de contactar conmigo: Mery, Uli y mi Babosilla. Sacudo la cabeza y aprieto el paso. No puedo hablar de esto, no puedo verbalizarlo.

«No es real».

Una de las leyes del Karma dice que la historia se repetirá hasta que aprendamos la lección. La mía no se repite, pero los elementos que quería dejar en el pasado vuelven a mi presente, quiera o no quiera. Estoy encabronada, confusa y herida. Pensaba que había quedado atrás, pero me siento igual que hace doce años. No puedo controlarlo, me desborda.

Está claro que no he aprendido lo que debía.

Mis pasos se aceleran, los ojos se humedecen y mi cuerpo arde de rabia. En lo único que puedo pensar es en hablar con ella.

#MeDesbordo
#TodoVuelve #NoMeLoCreo

############

Sostengo el móvil en la mano como puedo y espero su reacción. Estoy muy nerviosa. Hace mucho que no hablamos de este tema, pero hoy necesito que volvamos a hacerlo, aunque duela.

—Ya veo. —A mi madre le tiembla el labio inferior al decirlo, pero inspira con fuerza para serenarse.

Estamos sentadas en la mesa de la cocina mientras mi abuela, en el salón, está pegada a la tele y a los cotilleos que tanta vidilla le dan.

—No lo entiendo —confieso. Aunque, claro que lo entiendo, lo que ocurre es que no soy capaz de asimilarlo.

Mi madre enarca la ceja, como si me leyera el pensamiento, y verbaliza lo que yo no he sido capaz:

—Siempre te he dicho que eres clavadita a tu padre y esta chica es igual que tú.

Reviso la imagen que me ha enviado Babosilla. Me sigue impresionando. Mi madre tiene razón, es igual que yo cuando tenía dieciocho años. El pelo largo, la cara más tersa, incluso su expresión es igual a la mía. ¿Qué probabilidades hay de que algo así ocurra si no es porque…?

—¿Tengo una hermana? —pregunto con el corazón en la boca. Tengo una terrible sensación de irrealidad.

—En todo caso, medio hermana —puntualiza mi madre con cierto despecho.

La conversación que tuvimos años atrás, en esta misma cocina, vuelve a mí como un fogonazo. Ella lloraba sin cesar —cuando aún dejaba ver su vulnerabilidad—, y yo solo era una niña que jugaba a ser mayor. Quería consolarla, quería calmarla, pero también que ella me tranquilizara y que me dijera que todo iba a salir bien. Aunque obtuve algo muy distinto.

Ya se sabe, a veces uno está en el lugar y en el momento menos oportuno. Y yo lo estaba, desde luego, porque ella no tenía la fuerza suficiente para filtrar todo lo que de su boca salió aquel día.

Habló de su relación con mi padre, de las infidelidades aceptadas, de detalles demasiado íntimos para que una hija los escuchara. Ella expulsaba su dolor, yo absorbía la información como una esponja retiene el agua.

Probablemente, esa fue la primera vez que fingí ser más dura de lo que en realidad era. Aunque, después de escucharla durante horas, aún osé preguntarle si todo aquello significaba que mi padre —nunca más papá— iba a formar otra familia, si aquel crío se convertiría en mi hermano.

«Ese niño lo cambia todo, ¿lo entiendes?», me dijo. No hizo falta mucho más para que comprendiera que no solo se había terminado la relación de pareja de mis padres, también yo me quedaba fuera de la ecuación.

—Pero… ¿es posible?

Mi madre bufa, dándome a entender que podría tener no una hermana, sino un millón.

—No me sorprendería, Salo. Tu padre, como la mayoría de los hombres, nunca ha podido tener el *pito* quieto. Trabajando como comercial de refrescos ha tenido todas las oportunidades del mundo. ¿Sabes cuántas camareras monas se habrá tirado? —No espera a que le conteste—. Solo una se atrevió a venir a casa, pero no dudo que pueda haber más. Ese hombre nunca respetó nuestro compromiso, solo atendía a sus necesidades, y resulta que su prioridad era follar. —Chasquea la lengua con desidia—. Cariño, te lo he dicho mil veces, no puedes fiarte de ningún hombre. Te enredan con palabras bonitas, te hablan de amor, pero ¿sabes qué es lo que buscan? —Ahora la que chasquea la lengua soy yo. No voy a poder evitar la puta charla sobre cómo son los hombres, llevo toda mi vida adulta escuchando la misma cantinela. Resoplo, pero eso no la detiene—. Buscan sexo, nada más. Y cuando llegan a cierta edad y consideran que es la hora de formar una familia, buscan a alguna pobre crédula que se trague sus mentiras y que los cuide. Así son.

—No todos —murmuro.

—Todos y cada uno de ellos, sin excepción.

No sé si es porque tengo los sentimientos a flor de piel, porque estoy aprendiendo que hay hombres —y chicos— que merecen mucho la pena o porque estoy madurando, pero miro a mi madre y, por primera vez, la veo como una persona. Es una mujer herida que habla desde el dolor de la traición, no tiene la verdad absoluta, solo su verdad, y yo no tengo por qué compartirla. Mi padre es un cabrón, de eso no tengo dudas, pero no todos son como él.

Cojo aire e ignoro sus comentarios.

—Mamá, para mí es importante. ¿Sabes algo?

Otro bufido.

—Dicen que todos tenemos un doble. —Gira la cara, pero agarro su mano con fuerza para que vuelva a mirarme. Lo hace con rabia y tristeza, pero después se rinde—. Salomé, yo por aquel entonces estaba ciega, no vi nada hasta que fue demasiado evidente como para seguir fingiendo. De aventuras sé muchas cosas, de niños no. —Suspira—. ¿Por qué es tan importante?

—No sé. —Es la verdad, no tengo ni idea. Nunca me he interesado demasiado por mi hermano, al que, en cierta forma infantil, responsabilicé de la ruptura de mi familia.

Tengo mil sentimientos encontrados. Por una parte, la sospecha de que esto pueda ser real abre una herida que creía cerrada. Es imposible no revivir la sensación de abandono, de sustitución. Por otra parte, tengo la necesidad de encontrar a esa chica, de conocerla, incluso siento una cierta ilusión de la que no puedo hablarle a mi madre, claro.

Analizo su rostro, que emana intranquilidad, y me siento culpable. Le he removido recuerdos para nada, no tenía información que darme. Y, en cierta forma, eso me alivia, porque significa que, a pesar de la distancia que hay entre nosotras, no me miente.

Me levanto de la silla y le doy un beso en la frente. Tengo que hacer algo para borrarle esa expresión de su cara.

Finjo una risa, como si estuviera cayendo en algo.

—¿Sabes? Debe de ser una bromita del amigo de Mery, que es muy dado a estas cosas. —Mi madre relaja el gesto y rezo porque cuele, aunque sea tan simple como para no tener ninguna opción de hacerlo—. Esta soy yo, seguro. —Observo la foto y actúo como si me reconociera en ella—. Sí, es de esa excursión que hice…

—Dile a tu amigo que no tiene ni puñetera gracia —me corta.

Es increíble cómo nos agarramos a lo que queremos creer. Aquí está mi madre, la reina de la desconfianza, ignorando su instinto y tragándose mis mentiras porque no es capaz de afrontar más verdades sobre mi padre.

Vuelvo a reírme y suelto palabras sin sentido mientras salgo de la cocina. Pero en cuanto cruzo la puerta, mando un mensaje a mi Babosilla.

@_romantic.books
¿Dónde vives?

#Lava #Lava #Lava
#TodoVuelve #HastaLasHombreras
#QuéFuerte

43. Averiada

Salo

Mery conduce y me observa por el retrovisor. Es lo único que hace desde que le enseñé la foto: vigilarme como si fuera una bomba a punto de explotar. Por eso no me ha dejado conducir, lo que no entiendo es cómo narices he acabado en el asiento de atrás.

Frunzo el ceño y se me pasa al instante. No importa.

Podría decir que me he tomado la situación como una mujer madura, que no le he dado importancia o que voy hasta las trancas de Lexatin, aunque no sería cierto. Mi teoría es que mi cabeza está en *stand-by*. De algún modo, se ha recalentado y se ha puesto en modo hibernación. Soy capaz de moverme y de tener conversaciones superficiales, incluso tomo decisiones simples —como la de dejar mi móvil en casa para no rebuscar en las redes sociales—, pero no me pidas mucho más. Ni siquiera tengo ganas de follar, que es como suelo consumir la energía negativa.

Aunque ahora que lo pienso…

«¿Cuándo eché el último polvo?».

«Con Raúl-Alejandro, el hombre que pone la cara más rara del mundo cuando la mete en caliente».

Me río sola y eso consigue que Uli, en el asiento del copiloto, detenga su cháchara absurda. Hace rato que he perdido la pista a lo que dice, pero es que lleva todo el camino rellenando el silencio con lo primero que se le ocurre.

Da igual. Es muy mono, ¿verdad?

—Monísimo —me contesto a mí misma.

«¿Lo he dicho en alto?».

Ellos intercambian una mirada interrogante.

—¿Qué? —Uli gira la cabeza hacia atrás y sonríe.

—Eres muy mono.

Anda, no tengo filtro, debe ser un efecto secundario del modo pausa. Me parto y me mondo.

—Me estoy asustando, y mucho —advierte Mery—. Teníamos que haber pospuesto la acampada. Mira que lo dije, pero ninguno me hizo caso.

Bufo ante el comentario.

—Yo la veo bien. —Uli, aún colorado, sonríe de medio lado. La pelirroja le dedica una mirada de desdén y, entonces, recula y gira la cara hacia la ventanilla—. Creo que ya casi estamos —murmura.

El resto del camino lo pasamos en silencio. Mery mira tanto por el retrovisor que no sé cómo no nos damos contra un árbol, Uli se queda en Babia y yo tengo un batiburrillo dentro de mi cabeza al que no soy capaz de poner orden.

«Pero estoy bien».

«Exacto, todo controlado».

¡Controladísimo! Miguel y Berta se casan, resulta que tengo una hermana y mi padre es aún más cabrón de lo que creía. Ah, y el Abuelo Lector es un fraude como anciano. Todo muy

normal.

«Un buen repaso. Y estoy perfecta. Cero dudas».

—Abandona Salomilandia. —Uli abre la puerta y me observa divertido. Ni me había dado cuenta de que ya hemos llegado—. Mira por dónde, no solo yo tengo un planeta. —Me guiña el ojo y sonríe.

Debo de mirarlo mal porque su sonrisa se congela y luego pestañea repetidas veces. Creo que, de alguna forma con este gesto, está tratando que recuerde lo mono que es.

Lo consigue.

Además, esos pantaloncitos cortos que lleva le quedan muy bien. Se le pegan al cuerpo y dejan poco a la imaginación sobre el tamaño de su…

—No la tienes pequeña —suelto sin más.

«Mecagoenmivida».

—¿Qué? —preguntan Mery y Uli al mismo tiempo.

¿Es solo mi impresión o estos dos se parecen? Podrían liarse, así mataría dos pájaros de un tiro. Ella se pondría contenta, él también y yo cortaría de cuajo esta atracción tan improductiva.

Lo retiro. Lo retiro todo.

Salgo del coche negando con la cabeza y los señalo a ambos con el dedo.

—No me gusta.

Es evidente que el conducto cerebro-boca está averiado, antes debía pasar por un control y ahora el control se ha ido tan a la mierda como mi estabilidad emocional. Estaba convencida de que cuando eso ocurriera me iba a poner a gritar y a llorar como una posesa, pero no, resulta que estoy rota (en el sentido de averiada, se entiende).

Ahora mismo, Mery está cargada con una mochila al lado de Uli, quien no ha soltado la puerta y tiene los ojos tan abiertos que puedo distinguir los distintos colores que componen su iris. Preciosos ojos, por cierto. Me muerdo la lengua —literalmente— para no decirlo en alto, cuando ella se agarra a su brazo y lo aprieta.

—No me gusta ni un pelo —insisto.

Se miran entre ellos.

—Vale, estoy acojonado —dice Uli entre dientes.

Mery asiente haciendo un ruidito.

#Averiada
#PeroEstoyBien #YoControlo
#EstabilidadEmocionalPerdida #SeBusca

############

He tenido que hacer una sentada, agarrándome a un pino como si no hubiera un mañana, para que no me metieran de nuevo en el coche y me llevaran a casa. Mis amigos han intentado dialogar conmigo: Mery se ha mostrado comprensiva y racional y Uli ha tratado de conectar con mi parte más loca, pero yo lo único que repetía sin cesar era: «No, no y no». Y que conste que no era porque no pudiera decir nada más, sino porque apretaba la mandíbula cada vez que mi boca quería soltar algo diferente. Está desatada, la muy hija de puta.

Tras un rato, la situación se ha tranquilizado, aunque no me pierden de vista.

El sitio es bonito, uno de esos *campings* de toda la vida y la localización es perfecta. La playa está a escasos metros de distancia, pero estamos rodeados de árboles —la mayoría pinos, como mi amigo el del abrazo—. Tiene una piscina enorme y un restaurante, al que acudiremos a todas

horas porque no hemos traído nada para cocinar. Además, no ha salido caro. Uli es una máquina organizando planes.

—Tú sí que sabes, Oso Amoroso —le digo mientras montamos la tienda de campaña en nuestra parcela.

Él suelta una carcajada y se concentra en continuar con su labor. En realidad, es el que más está haciendo de los tres, porque Mery y yo no tenemos ni papa, solo seguimos instrucciones.

—¿Cómo dormimos? —pregunta la pelirroja, que está escondida clavando una piqueta al otro lado.

Uli carraspea y ya sé que va a decir una tontería. Tiene esa cara que pone cuando intenta hacerse el gracioso. Le encanta vacilar y decir cosas de hombretón, aunque no engaña a nadie, es un ser sensible.

—Yo en medio. Os dejaré que os abracéis a mí —propone, el muy idiota. Frunzo el ceño, no quiero que estos dos se toquen. Me guiña un ojo y se da cuenta de mi mala hostia—. Amar es compartir, Maléfica.

Debo de estar perdiendo el poder para acojonarlo.

—Ni de coña —le contradigo—. En medio voy yo.

—Es el peor sitio, podemos turnarnos. —Mery se levanta, pero solo veo su frente.

—No —repito, y lo hago con tanta contundencia que la una bufa y el otro rueda los ojos.

—Lo siento, Mery, me quiere enterito para ella sola. Ya buscaremos tú y yo nuestros ratos.

Ella se ríe y yo me asomo a su lado de la tienda para mirarla mal, pero tampoco funciona porque se descojona en mi cara.

Está claro, me han perdido el respeto.

#EfectoSecundario #AdiósAMiSuperpoder
#Juntos #PeroNoRevueltos

############

—Es perfecto —dice Mery.

Ha caído la tarde y estamos sentados en la playa frente al mar, tras darnos un chapuzón que nos ha sabido a gloria bendita. Hundo un poco más los pies en la arena y miro hacia el infinito. La brisa acaricia mi piel, el mar está en calma, las gaviotas nos sobrevuelan y las distintas tonalidades de naranja se funden con el azul. Mery tiene razón, es imposible que este momento sea más perfecto, aunque prefiero no responder, no vaya a ser que la líe.

Mi amiga, a mi derecha, toma mi mano. Hago lo mismo con Uli, que se encuentra a mi izquierda.

Sí, yo en medio. Mejor evitar ciertas situaciones.

—Si supierais que os queda un año de vida, ¿qué haríais? —pregunta Uli sin apartar la vista del horizonte.

—¿Te vas a morir? —Mery hace un amago de incorporarse, pero la aplaco.

—No se va a morir. Se está poniendo trascendental. —Me sorprendo de haber logrado decir algo coherente.

Ella relaja el gesto y da un trago a su cerveza.

—¿Qué haríais? —insiste Uli. En sus ojos hay un brillo especial, soñador pero también desafiante, y no puede estar más guapo con el pelo mojado ni aunque se lo proponga.

Joder, por un segundo me he quedado sin respiración. ¿Qué coño me está pasando? Sacudo la cabeza, me suelto de su mano y la entierro en la arena. Creo que si pudiera hacer lo mismo con el

resto de mi cuerpo, también lo haría.

—Tratar de hacer cosas que merezcan la pena, ya sabes, que cuenten. —Mery sonríe.

La miro con sospecha. Hasta yo sé que esa frase se parece demasiado a la que decía Leonardo DiCaprio en *Titanic*.

Uli me da un empujoncito con el hombro para recordarme que es mi turno, pero yo me encojo y le envío el mensaje de que paso palabra.

—Yo me lanzaría al vacío —responde Uli a su propia pregunta—. Con todas esas cosas que no te atreves a decir ni hacer porque te dices a ti mismo que ya habrá tiempo. —Suspira y Mery y yo con él—. Aunque, a veces, me planteo si los seres humanos no seremos unos cazurros. No vivimos bien, no hacemos lo que queremos, sino lo que pensamos que debemos hacer. ¿Me seguís?

«Joder con el Spiderman zen».

Asentimos las dos.

—¿Con qué empezarías? —Esta es la pelirroja, aunque yo estaba pensando lo mismo.

Él me mira con intensidad, se me para el corazón y, después, se dirige a Mery.

—Publicaría mis cuentos.

—Y si lo tienes tan claro, ¿por qué no lo haces ahora? —Sigue hablando la pelirroja, yo aún estoy en parada cardiaca.

—Porque soy un imbécil. —Tuerce la boca y entrecierra los ojos—. No sé, me da vértigo hacerlo. ¿A quién le va a interesar leerlos?

—A mí. —Esta he sido yo, aunque Mery se une al comentario levantando la mano—. No puedes dejar de hacer lo que quieres por si no sale como esperas. —Entrecierro los ojos, confusa por lo que acabo de decir.

Ahora es mi amiga la que me mira con sospecha, no es para menos. Esta frase debe de ser de algún libro, aunque no recuerdo cuál. No es algo que yo diría. Ni de coña. Soy un poco burra a la hora de dar consejos, a mí me va más hacer un comentario tipo «Hazlo y no lloriquees».

—¿Eso crees? —Uli sonríe con dulzura. Aunque este chico es así, dulce como el chocolate con leche—. ¿Deberíamos lanzarnos a por lo que queremos sin medir las consecuencias?

Asiento con duda, no sé si seguimos hablando de lo mismo.

Él repite el gesto, se humedece los labios y su cabeza vuela a Ulilandia. Daría un buen pellizco de lo que tengo ahorrado por saber qué está pensando ahora mismo.

—¿Entonces debo declararme a Juan? —pregunta Mery buscando su móvil.

—No —decimos Uli y yo a la vez.

—No lo entiendo.

Me encantaría tener la cabeza en orden y ser otro tipo de persona, la que mi amiga necesita para explicarle con delicadeza que ahí no tiene nada que hacer. Aprieto su mano, que aún retengo, y miro a Uli con ojillos suplicantes para que sea él quien se lance.

—Mery, tienes que echar un polvo —le dice, en lugar de las frases sensibles que esperaba escuchar. Aunque, oye, no es mal consejo, solo espero que no se ofrezca voluntario. Ella, teléfono en mano, emite un gemido de sorpresa—. A ser posible, esta noche. —Uli sube y baja sus cejas, haciendo el gilipollas.

Yo frunzo las mías.

«Esto no me gusta».

#NoNoYNo
#MeNiegoEnRotundo
#NiDeCoña

Conversaciones diurnas

@k.leer
Tita, a mi madre le dijeron ayer lo k tiene
Bufff… No entiendo cómo han tardado tanto

@k.leer
Estás?

44. Mala idea

Uli

Unos minutos antes…

Mi tía ya me avisó de que esta escapada no era tan buena idea como parecía. También lo hizo Irene anoche, cuando, tras un par de *experimentos*, nos pusimos tiernos y nos dio por confesarnos. Ella —para sorpresa de nadie—, admitió que se había visto un par de veces con su exnovia y yo acabé reconociendo que me gustaba Salo. Fue un gran momento, sobre todo si le sumas que yo agarraba uno de sus pechos y ella me acariciaba los huevecillos con cariño.

Esto es modernidad. Sí, señor.

Lo bueno es que los dos fuimos sinceros. No hubo celos ni malos rollos, solo consejos entre dos colegas que *experimentan* juntos.

«Ir en plan amigo te hará daño», me ha dicho la Dementora esta mañana mientras me preparaba para la acampada. Y no niego la mayor, estoy concienciado para que así sea. Lo que ocurre es que, en momentos como este, con Salo animándome a que me lance a hacer lo que quiero y no lo que debo, me dan ganas de mandar al carajo las posibles consecuencias y saltar al cuello de mi princesa Leia.

Aunque no lo voy a hacer, claro. Ni ella me ve de esa forma ni yo soy tan egoísta como para tener un par de roces con Salo y pirarme. Es mi amiga, aunque existan ocasiones en las que deba repetírmelo.

Mery interrumpe mis pensamientos hablando de Juan y la animo a que busque un varón. No conseguirá que sus sentimientos desaparezcan, pero la mantendrá entretenida.

Conmigo esa estrategia funciona.

—A ser posible, esta noche —la pincho en plan guasón.

Salo gruñe en un volumen tan bajo que me planteo si me lo he inventado. Lleva la mitad del día cabreada y la otra rara de cojones, todavía no sé por qué.

—Ya me dirás de dónde lo saco —protesta Mery.

—Algo se nos ocurrirá. —Vuelvo a subir y a bajar las cejas, pero recibo un palmetazo que me corta la carcajada que estaba a punto de salir de mi garganta.

—No me gusta —murmura Salo—. No.

Y, ahora sí, me río.

—Vamos a cenar, anda, a ver si así te vuelve el humor. Antes estabas más graciosa. ¿Sabes que me has dicho que era muy mono? —Pestañeo y pongo morritos—. Aunque lo del tamaño no lo he pillado… —Me incorporo y les hago un gesto a las chicas para que me sigan.

—Creo que hablaba de tu cabeza —dice Mery con sorna.

—Deben de ser los rizos, me la agrandan.

La última en levantarse es Salo, que mira hacia el infinito, como si esto no fuera con ella.

—O tal vez se refiriera a tu boca —continúa la pelirroja mientras comienza a caminar hacia el *camping*.

—Siempre me han dicho que tenía unos labios bonitos, pero nunca que la tuviera grande.

Cumple su función, no me quejo. —Salo aprieta la mandíbula y alza la barbilla. Sonrío, orgulloso de volver a vacilarla sin acabar rojo como un tomate—. Sácanos de dudas, Salo.

—No. —Sus mejillas se encienden y yo me siento un ganador.

#YoGano #EllaSeCorta
#ElTamañoNoImporta #SinoLoQueHacesConLoQueTeToca

############

—¿Uli? —Mery, sentada frente a mí, me pilla en Babia. A veces, mi cabeza se desconecta de la realidad e inventa historias—. ¿Pedimos otra ronda de cervezas?

Asiento y miro de reojo a Salo, que sonríe.

—Ulilandia —murmura.

Le guiño el ojo y ambos reímos. Con el movimiento, nuestra mesa blanca se balancea y las sillas crujen. El mobiliario del restaurante del *camping* es tan antiguo como la música del siglo pasado que suena de fondo. Todo tiene un aire retro y familiar que huele a los veranos de antes: los farolillos, las risas de las otras mesas, el sonido de los grillos.

Mery levanta el brazo para llamar al camarero y suelta una risilla. No es para menos, ese tío es un espécimen digno de estudio. Alto, musculoso, rubio, ojos claros y, encima, tiene un acento que atonta. Holandés, ha dicho que era. Le lanzo una miradita pícara a la pelirroja y ella pilla el mensaje a la primera.

—Yani, otra jarrita cuando puedas. —Le sonríe en plan coqueto.

Me acerco a Salo y le digo al oído:

—Como no me ponga las pilas, me quita el puesto de acompañante para la boda.

—Hueles bien —responde, y no sé cuál de los dos está más sorprendido, si ella o yo.

—Tú también. —Sonrío y carraspeo. Demasiado cerca. Me agarro a mi cerveza y doy un trago que espero que me anestesie. Ella suspira y vuelve a captar mi atención—. A ti te pasa algo y ya es hora de que me lo cuentes.

—Averiada. —Enarco una ceja y busco el apoyo de Mery, que está centrada en su charla con el holandés. Bien por ella y mal por mí, que estoy solo ante el peligro—. Roto. —Señala con un dedo a su cabeza y, después, a su boca—. Sin filtro —insiste, perdiendo la paciencia.

Lo entiendo, mi cara debe de ser como para desesperarse.

—¿Por qué? —Ella bufa y mueve los brazos, indicando que por muchos motivos. O eso creo —. Entonces, ¿estás callada porque no quieres decir lo que piensas? —Ladea la cabeza hacia un lado y entrecierra los ojos. Lo entiendo como un sí—. Eres como la Sirenita, que prefiere perder su voz antes que mostrarse cómo es de verdad ante su príncipe. —Me mira mal y se me escapa una carcajada—. Tienes un cortocircuito. —Asiente dos veces—. ¿Como si te hubieras tomado la pócima de la verdad? —Frunce las cejas, me está viendo venir—. Interesante. —Acaricio mi barbilla en una pose muy de intelectual. Voy a putearla, está claro—. Bebe un poco, anda. —Sonrío de medio lado y ella me hace caso—. Y ahora, deja que fluya. Sin miedo. Estás entre amigos… —Inspira hondo y yo ataco como si fuera un chiquillo—: ¿Qué personaje ficticio serías?

Le doy un susto, pero responde.

—Gru, mi villano favorito.

Entonces, soy un Minion. Tiene sentido.

—¿Tu superpoder?

—No sentir.

—¿Tu kriptonita?

—Vosotros.

—¿Yo? —Hace una mueca—. Me siento muy halagado, Maléfica. —Me pongo tieso en la silla y luego caigo en que podría preguntarle algo con más chicha, aunque no tendría tanta gracia —. ¿Y quién te gustaría ser en realidad?

—La princesa Leia.

Vale, se me acaba de parar el corazón, pero reacciono rápido, es solo una estúpida coincidencia. ¿A quién no le gusta ese personaje?

—No te veo con las ensaimadas en la cabeza. —Es mentira, la visualizo todo el rato y me pone muy burro.

—Algún día. —Sonríe de forma ladina y yo trago saliva.

Aquí hace calor, ¿no? ¿O soy yo?

—¿Qué es lo que no tenía pequeña? —pregunto un pongo más ronco de lo que me gustaría. Ella mira mi entrepierna en un acto reflejo y, después, niega. Flipo—. ¿En serio?

—Déjame ya —protesta.

—Un día, si quieres, te la enseño. —Le guiño el ojo y me gano un sopapo.

Demasiado ha tardado.

#SaloMeMira
#QuéTonticoMeHePuesto
#HoyNoDuermo

############

Suspiro y observo las estrellas. Son preciosas y me hacen sentir diminuto. ¿Habrá algo más allá arriba? Mi cabeza vuela hacia un planeta de fantasía, donde todos sus habitantes son iguales y se comunican con la mente…

—Uli —Mery, acostada en el suelo a mi lado, se mueve inquieta. Hemos dejado a Salo dormida en mitad de la tienda, tal y como ha insistido una y otra vez, y estamos fuera tomando el aire. Demasiadas cervezas—. Creo que tenemos que hablar —me dice muy seria.

Giro la cara hacia ella. Sus pupilas están tan dilatadas como las de un gato y sus labios apretados uno contra el otro. Si no fuera tan adorable, estaría acojonado.

—Me dejas tirado por Yani, no hace falta que me des los motivos, que han saltado a la vista.

—De Salo, idiota.

Me recoloco de lado, apoyo el brazo en el suelo y la cabeza sobre mi mano. Este tema me interesa, no puedo fingir.

—Tú dirás.

Ella imita mi posición y nos quedamos frente a frente.

—Creo que no me matará si te lo cuento —dice en voz baja. Presto más atención, si es que se puede—. Al fin y al cabo, tú y ella habéis intimado muy rápido y terminará contándotelo. Se nota que te quiere. —Una sonrisita estúpida aparece en mi cara. Salo me quiere—. Acaba de enterarse de que tiene una hermana, por eso está así.

Y la sonrisa ha desaparecido.

—¿Hermana? —repito como un bobo.

—¿Cuánto sabes?

—Padre infiel, madre que lo echa de casa, hija dolida…

—Su madre se enteró de que había dejado embarazada a otra mujer y su padre formó una

nueva familia, olvidándose de la que ya tenía.

Un clic suena en mi cabeza, Es una pieza encajando en el puzle mental que tengo de Salo. De ahí que no se relacione con él, porque la abandonó, igual que a su madre, y rehízo su vida tan feliz.

Su padre es Vader, está claro.

—No lo pillo —le digo volviendo a la realidad—. Eso pasó hace mucho, ¿no? ¿Ella no lo sabía?

Mery resopla.

—Salo sabía que tenía un hermano, pero hace unos días se enteró de que hay otra, una chica que, además, es una réplica de ella. —Suena a *Star Wars*, sin duda, esto es un culebrón. Aunque no lo digo, porque en todas las familias hay historias que no parecen reales—. ¿Lo entiendes ahora?

—La boda de su ex, una hermana que sale de la nada, un trauma que se revive… Sí, creo que lo capto. Está en *shock*.

Tengo unas ganas terribles de levantarme, acostarme a su lado y abrazarla toda la noche.

—No podemos perderla de vista, es una bomba a punto de explotar. —Me mira fijamente a los ojos—. ¿Comprendes por qué te lo he contado?

—Para que esté pendiente.

Me observa con dulzura.

—No solo por eso, Uli. —Suspira—. Te lo digo porque he visto cómo la miras, pero no es el momento.

Y así, sin más, la pelirroja me ha dejado al descubierto y ha jodido mis planes de mimos nocturnos.

Amistosos, por supuesto.

#NoEsElMomento #NiEste #NiOtro
#Friendzone #MalaIdea

Conversaciones nocturnas

@k.leer
He hecho algo mal?
Estás enfadada conmigo?

@k.leer
Tita, me tienes preocupado, has desaparecido
Estoy de bajón y te necesito
No puedo pasar por esto solo

45. No está pasando

Salo

Es Uli quien me despierta. Duerme boca arriba y murmura palabras sin sentido: «Minion», «guerrera», «grande», y así, hasta el infinito. Sonrío, porque es gracioso. Uli entero me hace gracia. La forma tan de verdad en la que se ríe, cómo se le achinan los ojillos cuando lo hace, sus ausencias, sus comentarios, su dulzura…

Tras un rápido vistazo a Mery, que duerme a pierna suelta, me acoplo a su cuerpo, despacio, y apoyo la cabeza sobre su pecho. Él emite un ruidito de gusto, me rodea con el brazo y, después, curva sus labios hacia arriba.

Un beso se me escapa de la boca y aterriza en su camiseta. Uli, como si me respondiera al gesto, me acaricia el brazo, haciendo movimientos circulares. No me quejo ni me aparto, porque me resulta tierno, agradable y me trasmite paz.

Me encanta tener un amigo con pene y que todo sea tan dulce, etéreo y bonito. Definitivamente, no todos los hombres son iguales.

«Espera un momento… ¿Me ha tocado una teta?».

Abro los ojos de golpe. No es por el susto (que también), es que una parte de mí se ha despertado, la que reacciona a esa clase de caricias.

Durante unos segundos eternos, no me muevo, a la espera de lo que pueda ocurrir. Entonces, Uli, suelta un ronquidito de lo más adorable que consigue relajarme. No ha sido intencionado. Apago el modo alerta y aparto a conciencia los pensamientos sucios.

Es Uli, estoy a salvo.

Me vuelvo a dormir y sueño.

Sus manos me recorren entera, me lame y me muerde, juega conmigo…, aunque esta vez no es nada inocente. Mi respiración se agita, el calor me invade. Casi puedo sentir con total nitidez las yemas de sus dedos sobre mis pechos.

«Eh, Salo, que está pasando de verdad».

La mano de Uli mece mi pecho con delicadeza y mima cada curva como si tratara de aprendérsela. Está soñando, estoy segura. Esta vez no abro los ojos, estoy demasiado dormida para detenerlo y demasiado despierta como para ignorar que me gusta.

Mis pensamientos se enredan. No quiero que pare y no quiero que siga. Su mano se mueve con maestría. Sus dedos suben y bajan por la línea del escote, rozan mis pechos, ascienden al cuello y descienden dispuestos a palpar con más intensidad. Es suave, sexi y me está poniendo muy perraca.

Mierda, se me acaba de escapar un gemido y creo que le he despertado.

—Joooder —masculla entre dientes.

«Sí, está despierto».

Me quedo tan quieta que se me olvida respirar. Uli retira la mano de la vergüenza, me aparta con cuidado y se escurre hacia la entrada de la tienda. Lo noto, aunque ni muerta abro los ojos para comprobarlo.

—¿Uli? —pregunta Mery con voz de dormida.

—¡Baño! —responde dando un salto.

#CalentónInapropiado
#EstoNoHaPasado

###########

La buena noticia es que me he levantado de buen humor y que el conducto averiado parece que funciona. La mala, que mi escudo protector se está resquebrajando. Hasta ahora no creía posible que uno pudiera sentirse contento y, al mismo tiempo, vulnerable. Mi reacción natural al verme desprotegida era enfadarme y distanciarme. Esto es nuevo y, como toda novedad, me descoloca.

Levanto la vista hacia la escalinata que tenemos por delante y dejo escapar el aire despacio. Mery se ha empeñado en que hiciéramos esta excursión a un pueblo que, según Yani, es casi como estar en el cielo. Y, visto lo visto, debe de estar a la misma altura, porque estos malditos peldaños no se terminan nunca.

Uli, desde varios tramos más arriba, se asoma y nos indica con gracia que aceleremos el ritmo. Ambos estamos actuando como si el incidente de esta mañana en la tienda no hubiera sucedido. Es lo mejor. Ha sido un momento de debilidad, causado por múltiples factores… que ahora no me apetece analizar.

Mery coge mi mano y tira de ella.

—¿Cómo vas? —me pregunta.

Subo un escalón blanco. Después otro.

—Asimilando… Creo.

Nos miramos de reojo. Ella duda, pero veo en sus ojos esa determinación que conozco tan bien. Quiere decirme algo y se está preguntando si es el momento adecuado para hacerlo.

—Si lo piensas, tu vida no tiene por qué cambiar demasiado. —Enarco una ceja. Estoy segura de que sus intenciones son buenas, pero no tengo ni idea de adónde quiere ir a parar. Coge mi mano y me dedica una sonrisa dulce mientras ascendemos—. Me refiero a que ya sabías que tu padre era un capullo, la relación con Miguel lleva años muerta y no creo que te preocupe demasiado distanciarte de Berta. La única diferencia es que ahora sabes que tienes una hermana. Pero, bueno, tampoco la conoces y puedes seguir sin conocerla.

A esto lo llamo hacer un análisis de la situación productivo y no lo que hice yo ayer.

Tiene razón, aunque no por ello deja de doler.

Una lágrima se escapa de mi ojo derecho. Mery se detiene en la escalinata y me abraza.

—Empiezo a darme cuenta de que no he sabido gestionar mis emociones —confieso contra su pelo.

—Toda una sorpresa. —Alza la cabeza y sonríe. Nos observamos la una a la otra en silencio. Ella intenta no reírse y yo procuro no soltar una bordería.—. Llevas demasiado tiempo creyendo que ser fuerte es controlar tus sentimientos, mantenerlos a raya. —Asiento y Mery limpia mis lágrimas—. Pero lo único que has conseguido es taparlos y que estén como en una olla a presión. Ya no eres una niña, Salo. Puedes con esto, puedes sentir el dolor, la pérdida, la rabia, el miedo a lo desconocido… Puedes dejar que todo ello te traspase y continuar.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —le pregunto con guasa. Necesito romper esta intensidad.

Ella eleva las cejas, no va a dejar que me vaya por la tangente. Yo asiento despacio, una vez más, y sonrío, enviándole el mensaje mental de que tendré en cuenta sus palabras.

—Puedes con esto —repite—. Y yo estoy aquí, para abrazarte, apoyarte, llorar contigo y secar

tus lágrimas. Lo que necesites, Salo, ya lo sabes.

Mis ojos vuelven a humedecerse y busco su pequeño cuerpo para refugiarme en él. Nos quedamos así unos minutos hasta que sentimos otros brazos que nos rodean a las dos. No hace falta que te diga quién es y lo bien que me siento en estos instantes.

#MomentoIntenso #PeroBonito
#AmorDelBueno

############

La visita al pueblo celestial ha sido espectacular, Yani tenía razón al recomendarlo. Un lugar digno de ser un escenario de película, repleto de escaleras interminables, calles empedradas y casitas blancas decoradas con flores. Si a eso le sumas las vistas al mar, tienes el combo perfecto.

Hemos pasado la tarde en la playa, entre baños, conversaciones y risas. Después, una ducha rápida y aquí estamos de nuevo, sentados en la misma mesa del restaurante del *camping* que ya hemos hecho nuestra.

Es la primera vez que me voy de vacaciones con amigos y reconozco que no sabía lo que me perdía. Esto es vida. Sé que no voy a cambiar de un día para otro y convertirme en una derrochona, pero no quiero perder esta sensación de disfrutar de las pequeñas cosas.

—Esta noche nos vamos de fiesta con Yani. —Mery, a mi lado y con el pelo revuelto, sonríe con ganas.

Parece una quinceañera. Se ha pasado todo el día enviándose mensajitos con el holandés. Y aquí estamos los dos, animándola a que continúe. Uli con la teoría de que un clavo saca a otro clavo y yo queriendo que descubra mundo, que ya bastante tiempo ha perdido con su querido amigo.

—Dormimos solos, ya verás. —Uli me guiña el ojo.

—Mery, este ya quiere enseñármela.

—Cuando tú quieras.

La cara de vacilón le dura lo que tarda en recordar el incidente de esta mañana. Y a mí la carcajada se me atraganta en cuanto me acuerdo de que él es mi amigo y que no debo cruzar esa línea.

#EstaNocheNoDuermo #Peligro
#PerdónenmeQueInsista #EstoNoEstáPasando

46. En tu casa o en la mía

Mery

Me estoy pintando en uno de los espejos del baño del *camping* mientras una canción petarda suena en mi cabeza. Salo, a mi lado, me mira de reojo.

—¿Cuál? —pregunta con sorna.

No me hace falta mucho más para entonar y venirme arriba con el baile.

—*Para hacer bien el amor hay que venir al sur…*

Estoy nerviosa, aunque no en plan mal. Es la excitación previa a una cita, cuando todo es posible. Tengo maripositas en el estómago, una sonrisa permanente en la boca y una cara de lerda simpática que no me quito de encima.

—*Sin amantes, ¿quién se puede consolar?* —Salo me acompaña con el éxito de Rafaella Carrà y mueve los hombros al ritmo—. *Sin amantes, esta vida es infernal.*

Vuelvo a la posición inicial y me pinto los labios con coquetería, aunque espero que me dure lo justito, porque yo a Yani lo quiero morrear mucho y muy fuerte.

Hasta ayer, no dejaba de pensar en Juan, pero, mientras Uli me animaba a echar un polvo, vi en el estado de WhatsApp de Vico una foto que lo cambió todo. En ella, Juan —mi Juan—, abrazaba a Vico desde atrás mientras le daba un mordisco en el cuello. Y, por si tenía alguna duda de que fuera una broma, Vico titulaba la imagen con un: «Por fin, nosotros». Me dieron ganas de vomitar.

—Deberías borrarla. —Salo asoma su cabeza por encima de mi hombro y mete el dedo en la pantalla señalando a Vico—. Mala amiga —señala a Juan—, capullo sin cerebro.

Sé que no es así. Ninguno de los dos tiene la culpa de sus sentimientos y mucho menos de que yo lleve tantos años enamorada en secreto de mi mejor amigo. Pero no tengo ganas de ponerme rollo empática y comprensiva, prefiero usar esta frustración para echar un polvo —o cien— con el holandés.

Elimino la imagen y Salo besa mi frente.

—Mi pequeña leona esta noche lo peta.

Rujo hacia mi reflejo en plan sexi mientras la misma canción se cuela en mi mente.

#ParaHacerBienElAmor #HayQueVenirAlSur
#LoImportanteEsQueLoHagas #ConQuienQuierasTú

############

Ni en mis mejores fantasías hubiera imaginado que iba a terminar morreándome en mitad de la pista de baile con semejante hombretón. Yani me sostiene por la cintura y se inclina sobre mí y yo llevo tanto rato de puntillas que me creo capaz de hacer *ballet*. Mucho se tiene que torcer la historia para que no terminemos en horizontal.

Me separo de sus labios y le lanzo una miradita sugerente.

—¿En tu casa o en la mía?

Él alza sus cejas a modo de interrogación. Tal vez en Holanda se dicen otro tipo de frases o la mía se ha quedado demodé.

—Yo no tengo casa y tú tampoco. —Sonríe contra mis labios y los lame de forma muy sexi. Entre el gesto y su acento guiri, me atonto.

—Pero en algún sitio dormirás, digo yo.

Él asiente despacio y se ríe al ver mi cara de viciosilla.

—En una caravana.

Ya noto el bamboleo que le vamos a dar a ese vehículo. Se va a mover tanto y tan fuerte que corre el riesgo de volcar.

—Nunca lo he hecho en una.

—Yo tampoco —confiesa. Y cuando ya estoy visualizando que este maromo ha guardado abstinencia hasta encontrar a la mujer perfecta, o sea yo, añade—: La comparto con el socorrista, el guardia de la entrada y el cocinero. Imposible echar un polvo ahí.

No sé para qué soy tan optimista si solo me sirve para llevarme chascos.

—¿En tu tienda? —propone mientras su mano me empuja hacia su evidente y enorme erección.

«Ains, Yani».

Tengo un cuerpo pequeño, a pesar del tamaño de mis caderas, y estoy casi convencida de que *eso* no me cabe. El holandés quiere traspasarme. ¿Lo intento? Joder, claro que sí, hay que experimentar.

Solo me queda por cerrar un pequeño detallito sin importancia…

—Tengo que hablar con mis amigos —le digo antes de estrujar su estupendo trasero—. Ni te muevas.

En cuanto me separo de él y localizo a Salo y a Uli, noto un pinchazo en el pecho, es culpabilidad y preocupación. Ambos están apoyados en la barra, él bebe una cola, porque es nuestro conductor sobrio, y ella, una cerveza. Anoche le dije a Uli que no moviera ficha, y lo hice porque mi amiga está frágil, vulnerable como nunca la he visto antes. Si ocurriera algo entre ellos antes de que Salo solucionara sus movidas, huiría muerta de miedo a la mínima. La conozco como si la hubiera parido. De ahí mi consejo.

Pero, ahora mismo, viendo cómo se miran el uno al otro, creo que mi papel en esta historia es el del obstáculo al verdadero amor. Uli logra que Salo se abra a experiencias nuevas, que se sienta apoyada. Y ella, de alguna forma, consigue centrarlo en el mundo real. Tienen una química alucinante, que disfrazan de amistad porque ambos saben lo que hay, que no es su momento.

Aunque tal vez no llegue a serlo nunca.

Suelto un suspiro entre la multitud. Las luces de colores bailan por la sala y suena una canción pegadiza, pero no me muevo. Es como si todos los finales trágicos de las pelis románticas estuvieran pasando ante mis ojos.

En cuanto doy los pasos necesarios, me planto delante de ellos y los achucho.

—Creo que tenemos que buscar a otro macho —le dice Uli a Salo por encima de mi cabeza—. ¿Mejor una chica?

—Mery ya pasó por la fase de experimentación —le responde la otra.

Me separo de sus cuerpos y los miro con cariño. Lo mismo es el alcohol, pero me han entrado unas ganas terribles de decirles una gran cantidad de chorradas sobre el amor que les espera si son pacientes.

—Sé que podéis. —Ellos sonríen, confusos. Después, recuerdo el motivo que me ha traído hasta aquí—. Tenéis que dejarme la tienda un ratito.

—Define «un ratito». —Uli eleva una ceja.

—El que sea necesario para que nuestra amiga se quede satisfecha. —Salo sonríe de medio lado y él asiente con lentitud.

Doy un pequeño brinco y mi calentón vuelve a la vida. Me giro en busca de Yani que, como prometió, sigue en el mismo sitio. Le lanzo un beso, el de la victoria. No les voy a dar tiempo a que caigan en que me lo voy a montar sobre sus colchones ni que después toda la superficie olerá a sexo. Tampoco en que, probablemente, nos oigan chingar como animales. Esta noche voy a ser egoísta y voy a pensar en mí.

—Y otra cosita… —Pongo los ojitos del gato de *Shrek*—. Tenéis que llevarnos, no tenemos coche para volver.

Salo frunce el ceño y Uli carraspea. Ya han pasado los segundos suficientes como para que se den cuenta de lo que va a ocurrir esta noche.

—No me jodas, Mery —masculla ella.

—Joooder… —suelta él.

#Amiguis
#PolvoHolandés

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Estás?

@k.leer
Hola?

@k.leer
Por favor, sigo sin localizar a @_romantic.books
Necesito hablar con ella
Escríbeme cuando lo leas

47. Un mix precioso

Salo

El camino de vuelta al *camping* ha sido todo un espectáculo para mayores de dieciocho años. Mi pequeña, dulce y pelirroja amiga ha montado al holandés en el asiento de atrás y lo lamía con tanta intensidad que los jadeos de Yani me han puesto tontorrona. Ojo, que no he sido la única, la mandíbula de Uli estaba tan tensa como lo estaban mis muslos.

Tampoco ha ayudado en nada recordar el toqueteo de esta mañana, y menos después del pequeño tonteo que hemos tenido en la barra. No ha sido nada, de verdad, ni siquiera recuerdo de qué hablábamos. Las miraditas y los roces casuales han sido peores que las frases con doble intención que hemos intercambiado.

Aunque no quiero darle importancia.

Sé que he dicho que iba a actuar como si no hubiera pasado, pero es de noche, he bebido un par de cervezas y estoy oyendo demasiados gemidos que provienen de nuestra tienda de campaña. Somos idiotas, también lo digo, porque Uli y yo estamos sentados frente a ella como si tuviéramos que hacer guardia.

—¡Monta a Yani, nena! ¡Así, así! —se escucha a todo volumen en el interior. Mery gime en respuesta y el holandés suelta un alarido como si estuviera en mitad del campo.

No doy crédito.

—Basta —masculla Uli entre dientes—. Nos vamos. —Se levanta y hace una bola con su saco.

Lo sigo, claro. No me voy a quedar aquí sola, escuchando cómo folla mi amiga. Que, oye, me está dejando a cuadros porque jamás la hubiera imaginado tan empotradora. No voy a ser capaz de mirarla igual. Tan pequeñita y tan mona y resulta que la tía es una diosa del sexo.

Avanzo a trompicones, intentando no tropezarme con mi propio saco, y Uli sigue y sigue, mirando hacia atrás cada poco, hasta que sale del *camping* y se deja caer en la arena de la playa. Cuando lo alcanzo, ya ha extendido su saco y se ha sentado sobre él.

—Vaya genio —me quejo.

Uli gruñe, lo que me extraña, siempre está de buen humor. Ni con mis salidas de tono en Berlín ni con ninguno de mis cortes ha reaccionado mal. Pero, bueno, también es cierto que, por mucho que hayamos conectado, ese «siempre» no es de una duración tan larga y, además, todos tenemos mal humor en algún momento.

—Perdona —se disculpa—. ¿Estás bien?

Asiento y extiendo mi saco al lado del suyo. Me siento en silencio. El sonido de las olas se escucha con mayor nitidez de noche, la brisa marina es refrescante y en la playa solo hay un par de parejas haciéndose carantoñas.

Me enciendo un cigarro y observo las estrellas.

—Si me quedara un año de vida, sería una putada —comienzo casi en un susurro, tratando de llamar su atención. Espero que agradezca el gesto, ya que ayer fui la única que no respondí a su pregunta—. Me faltaría tiempo para hacer todo lo que quiero y necesitaría desdoblarme.

Él agarra el pitillo de entre mis dedos y le da una calada, mientras me dedica una sonrisa despistada. El movimiento me descuadra tanto como ver el lado salvaje de Mery. Uli no fuma, pero no voy a ser yo quién le diga que es un vicio muy poco sano.

—Por un lado —continúo—, me encantaría cortar con casi todo lo que tengo en mi vida. Mis rutinas, la forma en la que me he planteado mi vida. Llevo unas semanas dándole vueltas. Mis días son siempre iguales. Me gustaría viajar y conocer mundo, gastarme el dinero que he ahorrado para un futuro que, ahora, empiezo a poner en duda. —Él me devuelve el cigarro y doy una calada—. Me lanzaría a sentir todo lo que he tratado que desapareciera, ¿sabes? Incluso lo malo. Dejaría que me traspasara, como dice Mery. —Noto la mirada intensa de Uli, la misma que me dedicó anoche y no supe interpretar. Un escalofrío me recorre entera—. Por otro lado, no soy muy sociable, como habrás comprobado, pero las personas que me importan, me importan de verdad, así que me costaría mucho romper con esos lazos. —Suspiro—. Por eso lo de desdoblarme, necesitaría ser dos Salos.

Espero a que Uli diga algo, cualquier cosa. Si se pone profundo y me sigue el rollo, genial, pero, si suelta alguna tontería también me vale. Él, con sus ojos clavados en los míos, asiente en silencio.

Lo malo es que con este vacío de palabras se escuchan con mayor claridad los berridos de Mery y del holandés, lo que rompe nuestro momento.

—Hay que joderse. —Uli mira al cielo y suelta un resoplido.

Siento un pinchazo muy poco placentero y la duda se instala en mi cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Actúas como si te diera envidia y tienes a tu *amiguita*.

¿Ha sonado con retintín? Sí, eso creo, porque el muy cabrón está sonriendo con ganas.

—Se llama Irene.

Sé cómo se llama, aunque prefiero llamarla para mis adentros «la gritona». Y no es ningún secreto que es una persona a la que no le tengo especial cariño. No pegan y me molesta que ella disfrute de lo que yo no puedo.

Lo retiro. *Delete*. No he dicho nada.

—Creo que ya no estamos juntos —prosigue—. Bueno, tampoco es que fuera nada serio.

—¿De ahí tu mal humor?

—No. —Carraspea.

Pues, qué bonita noche se ha quedado, ¿no?

Resoplo, frustrada, y apago la colilla. Después, me recuesto y trato de quitarle importancia al asunto. Es imposible que sea un oso amoroso todo el tiempo; al fin y al cabo, esto le hace más humano.

—Todo se pega menos la hermosura —digo más para mí misma que para que él lo escuche.

Uli, aún sentado, me mira por encima de su hombro y, a pesar de la oscuridad, veo una sonrisa juguetona asomarse en su cara. Le miro de arriba abajo, entreteniéndome de más en su espalda, y él se deja caer a mi lado, soltando un sonoro suspiro

—¿Qué? —protesto—. Yo ahora necesito abrazos y tú te cabreas. Todo se pega. Aunque vamos a hacer un mix precioso, ya te lo digo.

—Osos amorosos con el ceño fruncido —responde con la vista clavada en el cielo—. Una mezcla aterradora.

—Osos amorosos que tiran sapos y culebras en lugar de arcoíris y corazones.

Él deja escapar una risilla.

—Osos amorosos que se convierten en Hulk.

—No tanto, no te pases —protesto.

—Osos amorosos con cuernos y la sonrisa torcida más sexi del mundo.

«¿Sexi?».

—Osos amorosos con rizos, cuernos, sonrisa torcida y sexi y la mirada más intensa del planeta Tierra.

Deja escapar una carcajada.

—¿Mirada intensa?

Asiento.

—¿Sonrisa sexi?

Asiente.

Nos miramos de reojo y aguantamos la risa. Él se pone de lado, yo hago lo mismo y lo convertimos en un duelo de miradas en el que pierde el que antes ría. Uli consigue que me comporte como una chiquilla, pero es demasiado divertido como para dejarlo pasar.

Me guiña el ojo. Le saco la lengua.

Pestañea despacio. Le tiro un beso al aire.

Arruga la nariz tipo cerdito. Me pongo bizca.

Me mira los labios. Miro los suyos.

Su respiración se agita. También la mía.

«Joder».

No debería ocurrir, pero nuestros cuerpos se atraen como imanes. Él se acerca, yo me acerco. Veo la duda en su rostro, igual que debe estar reflejada en el mío. Sin embargo, es el deseo quien gana la partida.

Doy el primer paso. «No es nada, solo un experimento», me digo para dominar el terror que amenaza con invadirme. Mis labios rozan los suyos con suavidad y despiertan todas mis terminaciones nerviosas. Y es bastante irónico que use esta frase para describirlo, la misma que aparece en las novelas que devoro y de la que me río sin pudor cada vez que la leo. Pero es tal cual, mi cuerpo está más despierto que nunca.

Titubeamos durante unos segundos sin atrevernos a ir más allá. La curiosidad me puede y profundizo el beso. Lento, húmedo y delicado. Hace mucho que no beso de esta forma, con sentimiento. A decir verdad, huyo de este tipo de contacto porque expresa una intimidad que no he querido tener. Pero con Uli es distinto. Él es distinto.

Mi mano se dirige hacia su nuca y mis dedos se pierden en sus rizos. La suya va hacia la parte baja de mi espalda, en un movimiento canalla que no espero.

Sonrío contra sus labios.

Sonríe contra los míos.

Le muerdo de forma sugerente.

Él atrapa mi boca de nuevo y nuestras lenguas vuelven a enroscarse. Los movimientos son cada vez más rápidos y más demandantes. Me estoy atontando. Aunque no es para menos, Uli besa de puta madre. Casi me da miedo saber cómo hace el resto.

«¿Sabes lo que estás haciendo?».

Gimo o suspiro, no lo tengo muy claro. Sus preciosos ojos se clavan en los míos y casi puedo oír sus pensamientos: «¿Estás segura?». Mi cuerpo lo está, pero mi cabeza no.

Es Uli. ¿Y si lo estamos mandando todo a la mierda?

Retrocedo para recuperar mi capacidad pulmonar y, de paso, darle tiempo a mi cerebro para que vuelva a conectarse. Él asiente y se distancia unos centímetros más. No logro leer su

expresión, que es una mezcla de entendimiento y desencanto.

—Joder, Salo.

«Joder, Uli».

—Me encantaría hacerlo, de verdad —le digo—. Hay una parte de mí que está gritándome como una energúmena que soy gilipollas por dudar. —Uli suelta un dulce resoplido—. Pero…

—Somos amigos —termina él por mí—. Para ti soy importante y no quieres perderme. —Me muerdo el labio. Que me lea con tanta facilidad incrementa mis ganas de continuar. Él coge aire y lo suelta despacio. Sonríe—. Al menos, ya no podrás verme como un eunuco.

—Cierto —respondo, entrando al trapo—. Aunque esa parte ya me ha quedado bastante clara esta mañana. —Se me escapa una risilla, que se mezcla con mi respiración aún agitada.

Uli cierra los ojos con fuerza y rueda hasta su saco, quedándose boca arriba.

—Mierda —susurra—. ¿Estabas despierta? —Abre un ojo, que me mira con pavor, después el otro—. Perdón, perdón, perdón… No ha sido intencionado, lo juro.

—No se te da mal, Oso Amoroso, me has dejado muy impresionada.

Una sonrisita juguetona le ilumina el rostro.

—¿Así que te ha gustado? Entonces sabes lo que te estás perdiendo, Maléfica. —Sus ojos brillan, y estoy segura de que los míos también. Nos delatan.

Las miradas no mienten, siempre dicen más que las palabras, pero tienes que aprender a leerlas. Y esta que estamos compartiendo es de las peligrosas; demasiada tensión sexual no resuelta, demasiada intimidad.

Me aclaro la garganta y corto el contacto visual. Por un momento, dudo entre decir la verdad o desviar su atención.

—Me hago una idea, sí. —Resoplo—. Gracias por hacer que lo visualice. Aunque…

—¿Aunque…?

—No estamos en igualdad de condiciones. —Le miro de reojo.

—Ajá… —Se relame los labios y juro que tengo que hacer un gran esfuerzo por no tirarme encima—. ¿Y qué propones para igualar la situación?

—Algún día me vengaré y te despertaré con el mismo sofocón que me has provocado tú esta mañana.

Él suspira.

Yo también lo hago.

—Ese día me dará un microinfarto, que lo sepas —susurra.

Los dos reímos.

Uli coge mi mano y entrelaza nuestros dedos, como si quisiera demostrar que sigue aquí, que no pasa nada. Acto seguido, levanta el brazo hacia arriba arrastrando nuestras manos unidas, que parecen apuntar a las estrellas. Las dejamos suspendidas en el aire, jugueteando con ellas mientras nos perdemos en la visión del firmamento.

—¿Uli? —Él responde con un ruidito—. Creo que vamos a pasar la noche aquí.

—Eso parece.

—¿Puedo abrazarte o prefieres distancia?

Él suelta mi mano y abre sus brazos, dándome permiso. Me acurruco entre ellos y dejo mi cabeza sobre su pecho. Su latido sigue acelerado, aunque el mío no va a una velocidad distinta.

—Ya que estamos siendo tan sinceros —me lanzo—, podrías decirme por qué estabas de tan mal humor.

Él duda y me deja a la espera durante unos segundos.

—Frustración, supongo.

No hace falta que diga nada más. Con lo que acaba de ocurrir, me hago una ligera idea del motivo. No debería, pero le aprieto más contra mi cuerpo.

En estos momentos, no sé si soy una chica muy madura o la tía más gilipollas del planeta.

#Derretida #PeroFirme
#Monguer #Mema #Anormal
#SOS



Conversaciones diurnas

@k.leer
Mi madre está en el hospital
Llevo dos días intentando hablar contigo
Por favor, Tita, conéctate
Por favor
Por favor
Por favor

48. Los cambios

Salo

Poco más de dos semanas atrás, me propuse cambiar a causa del *shock* de la boda de Berta. Después, me di cuenta de que esa necesidad estaba dentro de mí desde hacía mucho tiempo, fuera consciente de ello o no. En las novelas y en las películas, cuando el protagonista toma esta decisión es sencillo: lo piensa y actúa, fin del conflicto. Pero lo que nadie te cuenta de los cambios es que son dolorosos, no son automáticos ni rápidos, ni siquiera siguen una línea recta. Hay momentos en los que crees que estás realizando grandes avances, y otros en los que lloras, das patadas contra una pared imaginaria y te desmoronas a cachos. Si te paras un segundo a reflexionar sobre ello, es lógico, hacer una metamorfosis debe doler; al fin y al cabo, mudas de piel y dejas atrás lo que eras para convertirte en lo que vas a ser. Aunque supongo que nadie se lo ha preguntado a una mariposa.

Hace apenas un rato, me he despertado llorando en los brazos de Uli. Y, aunque no lo parezca por cómo me comporto estos días, no es propio de mí. No he montado un gran drama, he llorado en silencio y he dejado que esa tristeza me traspasara, siguiendo el consejo de mi pequeña empotradora. Uli, haciendo gala del tipo de persona que es, me ha abrazado y me ha acariciado el pelo. No me ha presionado para saber el motivo de mis lágrimas, no ha recurrido a frases de alivio vacías, simplemente ha permanecido a mi lado, que era lo que necesitaba.

—En algún momento tenía que pasar —musito sin atreverme a mirarlo—, aunque siento haberte mojado la camiseta.

—No pasa nada —responde en un susurro—, empezaba a tener calor.

Sé que miente, pero sonrío y no me muevo. Él tampoco lo hace. Y aquí estamos, en esta playa que comienza a despertar, abrazados y en silencio.

El mar está en calma, el cielo amenaza con nublarse y una pareja de abuelillos pasean por la orilla de la mano. Hace fresco, aunque el cuerpo de Uli me mantiene caliente.

Y vuelvo a sentirme en paz.

Sin saber cómo, empiezo a contarle la parte de mi historia que le falta por escuchar. La existencia de mi hermano; las citas a las que mi padre no acudía; la depresión de mi madre y el propio vacío al que yo me precipité; incluso le hablo de mi nueva hermana. Él me escucha y me acaricia con tanta ternura que me siento protegida. Aunque tampoco es una novedad, con él siempre me siento segura, porque no me juzga y me da un cariño incondicional.

—¿Y Miguel? —me pregunta de pronto—. ¿Te dejó en esas circunstancias?

—La relación la rompí yo. —Alzo la cara en su dirección y me obligo a centrarme en sus ojos, que se agrandan por la sorpresa—. No te lo esperabas.

—*Nop*.

Sonrío y Uli acaricia mi mejilla. Vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho. Sus labios están demasiado cerca.

—Miguel fue un buen novio. Me consolaba, hacía planes para que estuviera entretenida, intentaba alegrarme con mil detalles… Pero no. —Me encojo de hombros, sin saber cómo

explicarlo—. Dejé de sentir, supongo. Al menos, las cosas buenas. Tal vez me rendí ante la tristeza y la rabia que me rodeaba.

—Estabas superada por lo que ocurría en casa—me dice con ternura mientras su brazo me rodea y me aprieta contra su cuerpo—. Eras demasiado joven.

—Pero ya no soy esa niña —replico, recordando las palabras de Mery.

La conversación continúa durante un buen rato. Me sincero y me abro de par en par. Le cuento lo dura que fue aquella época, lo mucho que tardé en ser consciente de que había alejado a una de las personas que más me importaban y cómo, después, intenté recuperarlo como amigo. Él me habla de sus relaciones, muchas más de las que hubiera imaginado, y de su teoría de que cada una de ellas le ha enseñado algo que necesitaba aprender.

Uli tiene una visión de la vida que me encanta. Se empapa de todas las emociones, no las bloquea, y después, suelta sin más. Busca nuevas experiencias que le aporten, no se centra en un trabajo u otro, no se obsesiona con nada material, simplemente, fluye y vive. Yo, en cambio, me aferro y, cada segundo que paso a su lado, me doy cuenta de que su modo de actuar me gusta más que el mío. Es más libre, más feliz, más pleno.

—Cuando te oigo hablar de esta forma, tengo ganas de dejarlo todo y convertirme en una *hippie* de tu secta —bromeo.

—Hazlo. —Alza mi barbilla y veo cómo sus ojos brillan con ese nosequé especial que tiene mi Spiderman.

Sus labios no están lejos y el recuerdo de nuestros besos, unido a esta calma que siento al abrirme con él, me dan ganas de suspirar como una quinceañera. Él sonríe, adivina que tengo el impulso de repetir, y roza mis labios con sus dedos.

—¿Qué dices? —pregunto casi sin aliento.

—Digo que lo hagas, me has oído.

—No es tan fácil.

—Claro que no, hacer lo que uno quiere siempre es difícil. Lo fácil es dejarse llevar por las circunstancias, ser un borrego más.

No logro encontrar una réplica, pero porque no me llega la sangre al cerebro. Debería alejarme, recuperar mi espacio personal y dejar de mirarlo.

Sí, debería.

—En septiembre me voy a Dublín. —Analiza mi reacción, que no es buena. Sabía que estaba de paso, pero Irlanda no está a la vuelta de la esquina, precisamente.

Me tenso, me incorporo, me toco el pelo y le miro. Todo esto en tres segundos, no más, y creyendo que estoy disimulando mi decepción de puta madre. Uli, aún acostado, se muerde el labio inferior y coge mi mano.

Nos miramos. Él lo hace de forma intensa, yo con un resentimiento que trato de ocultar.

—Vente conmigo —me propone.

¿Estoy desconcertada? Sí.

¿Cabreada porque no sabía que se iba tan pronto? Mucho.

¿El corazón me va a mil? Sí.

¿He sentido la necesidad de romper con todo e irme con él? Sí, claro.

¿Estoy fantaseando con un futuro con Uli? Sin duda.

¿Me estoy cagando viva? Totalmente.

¿Pienso contestarle? No, ni de coña.

#NoFollamos #PeroSíViajamos
#EnShock #FlipoFuerte

Conversaciones diurnas

@k.leer
Tío, no estoy bien
Mi madre no está bien
Necesito hablar con @_romantic.books
Puedes decírselo?

49. Lo necesito

Salo

—Mery, ni de coña. —La observo de hito en hito. Ella me responde sacando morritos. Estamos en los baños del *camping* y lleva un rato dándome la tabarra con lo mismo—. Que no, esta noche duermo en la tienda como que me llamo Salomé.

Paso de contarle la propuesta de Uli y lo que me ha hecho sentir. No quiero hablar de algo tan personal rodeada de gente, ya bastantes conversaciones incómodas he tenido en esa puñetera cafetería. Ha sido demasiado: los besos, la intimidad, la posibilidad de vivir una aventura juntos, el miedo a perderlo y también el terror de lanzarme al abismo. Aunque, es evidente que su oferta ha sido fruto de un impulso, es imposible que fuera en serio.

Eso creo.

—Pero mañana nos vamos. —Mery junta sus palmas a modo de súplica y yo chasqueo la lengua—. Salo, es mi última oportunidad de estar con el holandés. No sabes cómo se mueve, no tienes ni idea de lo que hace ese hombre con la lengua. Ni con sus dedos. Ni tampoco con su… —Alzo la mano para interrumpirla, no quiero visualizar su miembro. Mery sonríe y, después, suspira—. Necesito más Yani.

«Y yo menos Uli».

Llevo todo el día escapando de sus miradas intensas, de sus gestos de cariño y de un millón de fantasías. No voy a tener otra noche romántica con él bajo las estrellas. No. Me confunde.

Cuando estoy con Uli, todo me parece posible. Me aporta una serenidad que no comprendo y de la que me estoy haciendo adicta. Eso asusta. Y, sobre todo, me acojona haber pensado, por un segundo, dejar mi vida atrás y empezar una nueva con él. No soy el tipo de persona que se mueve por impulsos, yo los mantengo a raya, igual que mis sentimientos. Si no lo hago, corro el riesgo de desbordarme, que es justo lo que estoy intentando controlar.

Mery pestañea, al igual que hace el Oso Amoroso, y yo bufo antes de meterme en una de las duchas.

—Salo, tú no lo entiendes —Oigo al otro lado de la puerta.

Ruedo los ojos mientras me desenrollo la toalla que cubre mi cuerpo. Claro que lo entiendo, el buen sexo genera endorfinas y estas hacen que uno se sienta feliz. Mi amiga necesita algo de esa felicidad pasajera para pasar el duelo de Juan.

¿Soy una egoísta por negarme? Tal vez sí.

—Lo necesito —insiste de forma lastimera.

—Y yo dormir como dios manda. Que no.

Me quito el bañador, dando por finalizada la conversación. Pero mi amiga no se da por vencida y asoma su cabeza pelirroja por debajo de la puerta.

Un niño grita mientras Mery hace un mohín. Yo me cruzo de brazos. Esta situación es ridícula.

—Lo necesito como el aire que respiro, como huella en el camino, como arena al coral. —Enarco una ceja y ella suspira—. Lo ne-ce-si-to.

—¿Una canción?

—Luis Miguel —reconoce—. Me he tragado la primera temporada de una tacada.

Quiero mantenerme firme, pero tenerla pegada al suelo diciendo gilipolleces me lo pone muy difícil.

—¿Vas a mirarme mientras me ducho? Lo mismo te salpico.

—Si me dices que sí, soy capaz de quedarme aquí e incluso de abrir la boca y tragarme el agua sucia.

«Joder, eso es tener muchas ganas de follar y lo demás tonterías».

—Mery, le toca a él poner la cama.

—Ya lo ha intentado, pero no.

—Voy a abrir el grifo.

—Y yo la boca.

—Mery, por favor, esto es un poco porno.

—Lo ne-ce-si-to.

«Y yo, Mery, y yo».

Suspiro. Estoy a punto de decir que sí y exponerme al peligro, pero necesito tiempo tanto como ella echar un polvo. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, demasiados frentes abiertos: el pasado, mi necesidad de cambio, estas nuevas emociones, el futuro. No quiero volver a petar.

—Vete a un hotel.

—Solo quedan libres los caros, Salo —lloriquea.

«Me rindo».

—Vamos a hacer una cosa, pequeña empotradora, tú me dejas ducharme y buscas una habitación. Cuando salga, vemos lo que cuesta y hablamos con el holandés. Si tengo que ayudarte a pagarla, lo hago, pero yo duermo en la tienda sí o sí.

Ella emite un gritito de satisfacción y su cabeza desaparece. Yo abro el grifo y sonrío.

—¿Salo? —escucho otra vez a la altura de mis pies.

—¿Qué?

—Vas muy depilada para una acampada de amigos.

«Sin comentarios».

#MiPequeñaEmpotradora
#NoALasNochesRománticasQueConfunden

############

Es nuestra última noche y hemos decidido cenar fuera del *camping*. Los cuatro. Mery y Yani en plan romántico; Uli y yo de carabinas. Una idea fantástica.

Al final, hemos encontrado una oferta de última hora para que mi amiga pudiera disfrutar del holandés en el pueblo de al lado. Esta cena estaba pensada para ellos, pero a mí me ha dado un ataquín al visualizarme a solas con Spiderman y me he apuntado por todo el morro. Repito: una idea fantástica.

Mery sonríe encantada, Yani le hace ojitos y, mientras, Uli y yo, sentados uno al lado del otro, nos tragamos el espectáculo. El ambiente no puede ser más íntimo. Un pequeño restaurante con una terraza frente a la playa, seis mesas (tres de ellas vacías, dos con parejas y la nuestra), velas por doquier y el sonido del mar de fondo. Vamos, ideal.

—¿Sabéis que los holandeses son, en realidad, neerlandeses? —pregunta Mery un segundo antes de ser engullida por Yani.

—Muy interesante —respondo con ironía… a la nada.

—Neerlandeses —repite Uli—. ¿Y eso por qué?

—No van a contestarte.

Ambos esperamos a que se despeguen, pero no lo hacen. Así que aquí estamos, escuchando sus gemidos contenidos y sus respiraciones alteradas, que es lo mejor después de haber vivido un momento erótico festivo con tu mejor amigo.

Uli carraspea.

Mery suelta una risita traviesa.

—Nena… —gime Yani, que no se corta un pelo en darle un cachete a mi amiga.

Chasqueo la lengua, desesperada. No se dan por aludidos. Están en otra dimensión, en una en la que solo piensan en lo *único* (sexo, se entiende) y les importa muy poco que les miren. ¿Tengo un poco de envidia? Sí. Aunque mantengo la esperanza de que vuelvan a la realidad y podamos tener una cena tranquila, porque es muy temprano para que Uli y yo nos vayamos. O dicho de otro modo, es demasiado temprano para que finja que quiero irme a la cama, que era mi plan para huir.

—Otra noche solos —me dice el Oso Amoroso por lo bajo. Asiento con desgana—. Al menos, hoy dormimos a resguardo.

Solos. Dormir. Suena igual de peligroso que una conversación profunda bajo las estrellas.

«Nono, nada de abrirme en canal y, por supuesto, nada de mimos».

Asiento y me doy la razón a mí misma. ¡Socorro! ¡Ya estoy otra vez! Debería hablar, de lo que sea.

—¿Por qué Dublín? —le pregunto a Uli, que es el único que me escucha mientras Yani gruñe en plan sensual.

El Oso Amoroso titubea. Quiere seguirme el rollo, pero la distracción es tan grande como un neerlandés enorme metiendo su mano por debajo de la falda de una pelirroja.

—Hablan inglés —dice el pobre con varias gotas de sudor perlando su frente.

—Nunca lo hubiera sospechado.

Mery comienza a jadear de forma sexi.

Uli sonríe, me mira y resopla.

—O me sacas de aquí o… —Sus ojos parecen terminar la frase con un «o te meto mano». Aunque esta traducción quizás sea demasiado libre. O fruto del ambiente.

¿Quiero irme? Sí. Pero no.

—Falta el postre.

—Ellos ya se lo están comiendo.

—Eres malo, Yani. Muy malo. —Mi amiga se sube a horcajadas sobre su acompañante y Uli se levanta de un salto.

—Una cena fantástica, chicos. —Deja un par de billetes sobre la mesa. Ellos le ignoran—. Volveré dando un paseo. —Me mira. Yo enarco una ceja. ¿De verdad va a dejarme sola con semejante pastel?—. ¿Te vienes o te quedas? —Sonríe de forma canalla.

Levanto la vista al cielo.

—No, voy contigo.

—Lo sabía. —Me guiña un ojo—. Soy demasiado mono para que me digas que no.

«Mierda, tiene razón».

#HaberElegidoMuerte

#DemasiadoMono #SolosAgain

50. Las ilusiones

Uli

Miro a Salo de reojo. Camina a mi lado por el paseo marítimo que nos llevará de vuelta al *camping*. No ha dicho ni una palabra desde que hemos dejado a la parejita y lleva todo el día rarísima. Justo desde que le he propuesto que se viniera conmigo. ¿Me preocupa? Un poco, pero no demasiado. Ya he aprendido que necesita su tiempo para masticar lo que le sucede. Mucho dice de mí y de Ulilandia, pero esta mujer tiene un gran mundo interior.

Lo que me inquieta es el miedo que siento tras los besos de anoche. Porque una cosa es que te guste alguien que no debe y mentalizarte de que ahí no va a pasar nada, pero otra muy distinta es empezar a colgarte de verdad y saber que tienes posibilidades.

La esperanza es jodida, mucho más que la aceptación. La primera implica expectativas, la segunda se basa en la realidad. Tal vez te sorprenda escuchar esto de mí, que soy un soñador, aunque, es más fácil serlo con todo aquello que no va a pasar jamás que soñar con algo que puede ocurrir. Esto último conlleva hacerme ilusiones y la posibilidad de darme una hostia a nivel estratosférico.

—¿Uli? —Su mano se mueve delante de mi cara y yo finjo que no me ha dado el susto de mi vida. ¿Habrá oído mis pensamientos? Niego con la cabeza. Eso es imposible, si Salo tuviera ese superpoder me habría dado cuenta—. ¿Me escuchas? —insiste, chasqueando los dedos delante de mi nariz—. Joder, Uli —se queja.

—Joder, Salo —me burlo.

—A veces me dan ganas de…

«¿Besarme? ¿Tirarte encima de mí y hacerme perder el conocimiento?».

Sonrío mientras ella hace aspavientos. Está claro que no me dirá nada parecido, pero de ilusiones también se vive.

—Ahogarte con mis propias manos —termina.

«Casi».

Me centro en ella, en su entrecejo fruncido y en la mala hostia que destila. La abrazaría si no estuviera convencido de que me daría un sopapo.

—¿Dónde coño vamos? —gruñe al mismo tiempo que se detiene en seco.

No tengo ni idea.

Echo un vistazo a nuestro alrededor: arena, mar, palmeras y menos farolas de las que debería haber en un paseo de estas características.

—¿A la playa? —pruebo.

—No.

—¿A dormir?

—Ni de coña. —Me mira de reojo.

¿Está tan asustada como yo o solo me lo parece? Quizá no haya sido tan buena idea dejarle su espacio, Salomilandia debe de ser un planeta hostil.

—¿Me dices lo que te pasa o me lo invento? —Subo y bajo mis cejas en plan graciosete. Ella

da un paso en mi dirección y me devuelve una mirada llenita de odio. Auch.

—Nada de hablar ni nada de… —Mueve sus manos de forma descontrolada y a mí se me escapa una carcajada. Mal momento para reírse, ahora quiere matarme—. Estate quieto y calladito, ¿vale? —Asiento y hago el gesto de taparme la boca con una cremallera imaginaria. Ella resopla y se muerde el labio inferior—. Joder, Uli. No quiero ser una borde. No contigo.

Sus ojos se encuentran con los míos y se enredan en la oscuridad. Yo obedezco y permanezco en silencio, sin mover un solo músculo. Si este es el precio que hay que pagar para que me mire así, me quedo aquí para los restos.

—No quiero perderte —susurra mientras se acerca. Como acto reflejo, doy un paso atrás y mi espalda choca con el tronco de una palmera. Me estoy empezando a poner nervioso—. Para mí, esto que tenemos es como un milagro, ¿sabes? Nunca me había sentido tan libre con un chico. Ni tan yo. Eres como un maldito unicornio que me ha devuelto la fe en el ser humano.

El corazón se me acelera. ¡Soy un unicornio! Eso es mejor que ser un oso amoroso, ¿no?

Quiero responderle algo igual de bonito, decirle que lo que empiezo a sentir por ella consigue que me replantee mi futuro, que Dublín ya no me parece tan buen plan si me voy solo y que necesito saber hacia dónde nos lleva lo que tenemos. Pero me ha pedido que me calle y sé que su discurso no termina aquí.

—Me atraes —continúa—. Y eso es una putada. —Por una fracción de segundo Salo observa mis labios y mi pulso se detiene en seco—. No quiero ponerlo todo en riesgo por un calentón. Tú eres más importante para mí que eso. ¿Lo entiendes?

Ladeo la cabeza. Entiendo mucho más que lo que está diciendo. Comprendo que, al igual que yo, tiene una lucha interna que solo ella puede librar. Mery tenía razón, no es el momento. Y debo respetarlo y no besarla ahora mismo, que es lo que me pide el cuerpo.

—Perdona por haber estado distante todo el día. Y por ser una borde. Quería evitarte. —Sonríe con timidez—. Lo de anoche me descolocó. Y lo de esta mañana también. —Se calla, me observa con atención y frunce las cejas—. Y ahora deberías decir algo, Oso Amoroso. Deja de mirarme así.

Parpadeo como un gilipollas. Es evidente que no puedo hablarle de lo que siento, así que opto por decirle lo que es más obvio:

—No vas a perderme, Maléfica.

Su rostro se relaja.

—Vale —responde en voz baja—. Porque te necesito.

—Vale —repito en el mismo volumen. Sonríe—. ¿Achuchón?

—Cuando estemos en un sitio más iluminado. —Me lanza una mirada de advertencia. Mensaje captado: nada de hacerme el gracioso—. Saca tu móvil —me ordena— y enciende el GPS y la linterna.

Me trago una carcajada y obedezco.

—Ups.

—¿Qué?

—Sin batería.

Salo bufa y tira de mi mano.

—Vamos.

Y yo, encantado (y asustado), me dejo llevar.

#HastaElInfinitoYMásAllá
#AtontadoNivelPro

51. El miedo y la nostalgia

Salo

Mientras la pelirroja nos cuenta con pelos y señales los polvos que echó ayer con el holandés —que son tantos como para que vaya escocida todo el día—, hago el papelón de mi vida, fingiendo que todo va bien. En realidad es algo que se me da de puta madre. Fingir, me refiero. Aunque es normal, he estado practicando la mitad de mi existencia. La imagen que proyecto es falsa: ni soy fuerte ni fría ni arisca, son muros construidos para protegerme.

Así que aquí estoy, dando pequeños sorbos a mi café, en la misma mesa del restaurante del *camping*, siguiéndole el rollo a mi mejor amiga, mientras tengo una marabunta de mosquitos instalada en la tripa.

No, no me rodea ningún tipo de insecto, solo me he puesto poética. Me lo debe haber pegado Spiderman.

Le miro de reojo. Parece que está prestando atención a lo que Mery nos cuenta, pero está en su mundo. Anoche, tras mi confesión, volvimos a tener una de esas conversaciones profundas que quería evitar. Hablamos de la familia, de lo que significaba para nosotros. Él me habló de la importancia de su tía en su vida, casi más que su propia hermana. Yo le confesé que había echado de menos tener la protección de un padre. Aún ignoro cómo consigue que me abra con tanta facilidad.

Después del paseo de vuelta al camping, nos fuimos a la playa a ver las estrellas. Otra vez. Y tras el momento romántico (esta vez sin besos), dormimos juntos abrazados. Otra vez. Así que hoy me siento un poco más al límite que ayer. ¿Lo peor? Que no dejo de darle vueltas a su propuesta.

No me he permitido pensar en ello demasiado, aunque admito que he visualizado cómo sería irme con él. Empezaría de cero, rompería con todo lo que detesto de mi vida, me sentiría libre como lo hice en Berlín y capaz de hacer cualquier cosa. Y lo haría con él a mi lado.

Lo he imaginado y también he querido bloquearlo. Supongo que no estoy preparada para que esas emociones me traspasen y tomen el control. Ya lo he dicho, los cambios cuestan, y, si hay un sentimiento que me aterroriza más que el resto, sin duda, es el amor.

Madre mía lo que he dicho. ¿Amor?

Lo retiro.

Mery vuelve a entonar la cancioncita de Raffaella Carrà y me saca de mis pensamientos. Reacciono rápido y le hago los coros, a lo que Uli responde con una media sonrisa.

A veces no hay nada mejor que ignorar un problema para que todo vuelva a su cauce. Es temporal, pero funciona.

—Tengo un mensaje de Juan —susurra mi amiga.

—Pasa de Juan. Juan es el pasado. Yani, el futuro. —Y lo digo yo, que llevo semanas revolcándome en los recuerdos de Miguel. Joder, es que soy todo coherencia.

—Yani significa Juan en holandés —apunta Uli.

—¡No te creo! —Mery se lanza sobre su móvil y busca en Google. Lanza un gritito ahogado

y, después, se estira en plan digno en su silla—. Me da igual.

—¿Qué es lo que dice? —pregunto.

—¿Yani?

—Juan —coreamos Uli y yo.

Ella bufa.

—Que tiene algo que contarme, que me echa de menos, blablablá… y que cuándo es la boda de Berta. —Aprieta sus labios formando una línea horizontal—. Paso, paso muchísimo.

Yani se acerca a la mesa y le da un morreo a mi amiga. Lleva todo el desayuno yendo y viniendo mientras atiende al resto de la clientela. Mery nos sonríe, orgullosa de su hazaña, cuando el holandés vuelve a retirarse.

—¿Y cuándo es el gran día? —pregunta Uli.

Resoplo y él entrecierra los ojos, como si quisiera leerme la mente. No lo hago por la puta boda, que conste, sino porque no me ha dicho qué día piensa irse.

—El quince de septiembre —responde la pelirroja—. Te marchas después, ¿no?

Giro la cara hacia ella, alucinada. Lo sabía, Mery lo sabía. Mi amiga levanta sus cejas a modo de interrogación y yo sacudo la cabeza.

—Me dijiste que vendrías conmigo —insiste.

—¿Y Yani? ¿Y Juan?

Ella hace un gesto con la mano, restándole importancia a la existencia de estos dos.

—Contigo será más divertido.

De pronto, tengo muchísimas ganas de hacer las paces con Berta y asistir al acontecimiento. Aunque, si soy honesta, la idea me ronda desde la última vez que nos vimos. Abro la boca para intervenir, justo en el mismo instante en que una avispa pasa por delante de mis narices.

—Son como moscas. —Uli da un manotazo y la espanta.

Le miro como a mi salvador, lo que consigue que él me dedique una sonrisa de las de verdad.

—Otro mensaje —se queja Mery.

—¿De Juan? —Me asomo a su móvil, muerta de curiosidad.

—De tu madre, un audio.

Sonrío y también lo hace Uli. Los dos sabemos quién está detrás.

—Dale.

Se escucha una risilla traviesa a través del altavoz del teléfono antes de que suene su voz.

—Marisol, soy la abuela de Salo. ¿A que soy muy moderna? —La imagino estirando el cuello y moviendo la cabeza de un lado a otro, la muy presumida—. Sé que estáis de acampada y me parece muy bien, oye. Haz el favor de sacar más de casa a esta nieta mía, que le sienta de maravilla. Está más guapa y más contenta, ¿verdad? Aunque yo creo que tiene algo por ahí y no me lo dice. A ver si a ti te saco un poco de información… —Se parte de la risa ella sola y, después, se queda en silencio—. Uy, pero no le pongas esto, que quede entre tú y yo. —El audio se corta.

—Tarde, abuela —respondo al aparato—. Te he oído yo y medio bar.

—Es muy graciosa —señala Mery— y una mujer muy sabia —murmura por lo bajo—. Anda, otro audio.

—A ver, esto sí se lo puedes poner. —Silencio—. No debería haber dicho eso. —Chasquea la lengua—. Vamos a hacer una cosa, Marisol, me preparo lo que quiero decirle a mi nieta y te lo envío. Un beso, cariño. —Se oyen ruidos, como si dejara el móvil en la mesa—. Leñe, esto es más complicado de lo que pensaba —protesta. Tras lo cual, la oímos practicar un discurso y nos morimos de risa.

—Es un personaje. —Mery sonríe.

—Es la mejor, no puedo imaginarme lejos de ella por mucho tiempo.

A Uli se le corta la carcajada. A mí también.

De pronto, aquello que no debería plantearme —porque es una locura, algo irracional, poco práctico y tal vez estúpido— se convierte en un imposible si tengo que alejarme de mi abuela. Y no ha hecho falta que lo verbalice para que Uli lo sepa.

¿Se puede sentir nostalgia por algo que no ha ocurrido? ¿Puedes ilusionarte con algo que quieres bloquear? Creo que la respuesta a esas dos preguntas es que sí, se puede, porque, si no, no me explico el motivo del nudo en el pecho cuando hace un segundo me reía a carcajadas.

Estoy a punto de hiperventilar, en serio.

—Hola, Salo —se escucha la voz de mi abuela de nuevo por el altavoz—. Disfruta mucho, mi chica guapa. Te quiero mucho, como la trucha…

«Al trucho».

#LosAbuelosNoSonEternos
#LaNecesito #SinEllaNoPuedo

52. Por favor, que todo salga bien

Darío

Estoy en vilo mientras intervienen a mamá. Después de tantas pruebas, al final han terminado operándola de urgencia. Mi abuela, a mi lado, me aprieta la mano tan fuerte que hace rato que no la siento. Mi tío camina de aquí a allá hasta que mi abuelo le dedica una mirada de desaprobación y se sienta de nuevo. La única que no está aquí es Ana, que se ha quedado con papá, porque todos hemos estado de acuerdo que era mejor que no supiera nada.

La sala de espera es blanca, impersonal y fría, sin ningún tipo de decoración que pueda hacernos sentir más cómodos. Tan solo hay dos carteles: uno que nos recuerda que debemos moderar el volumen y otro que nos prohíbe fumar. Yo no fumo, pero ahora mismo me enchufaba un cigarro de cabeza. O un porro de esos que Jaime presume que le quita a su hermano.

De vez en cuando, mi tío o mi abuelo afirman que la operación saldrá bien y que es buena noticia no tener noticias. Pensaba que lo hacían por mí, pero me estoy dando cuenta de que lo repiten para tranquilizarse.

Tengo miedo, estoy nervioso y muy enfadado, sobre todo cuando imagino a mi madre, tendida y abierta, en manos de la misma gente que ha sido incapaz de detectar antes su enfermedad. Mi madre, no alguien desconocido que sale por la tele y del que te olvidas a los dos segundos. Mi madre, que se ha despedido de todos nosotros asustada y con lágrimas en los ojos.

Aún no he llorado. No sé el motivo. Igual es que me estoy haciendo el duro para no preocupar más a mi familia. O lo mismo estoy bloqueado y me niego a aceptar la situación.

Dejo escapar un suspiro y Eva, sentada en la hilera de sillas a mi espalda, aprieta mi hombro en señal de apoyo.

—¿Agua? ¿Zumo? —pregunta con un hilillo de voz.

Niego con la cabeza y la veo levantarse para repetir la misma cuestión a mi tío, que la abraza con ternura. Es bonito verlos así, apoyándose en los momentos duros, y por un instante, pienso que quizá el amor sea esto y no las tonterías que he vivido hasta ahora.

Clavo la vista en el suelo.

—¿Qué hora es? —Mi abuelo, que se ha dejado el reloj en casa, se remueve inquieto en la silla.

—Las doce —responde mi abuela—. Deberían venir en cualquier momento para informarnos.

Hace dos días, ninguno de nosotros podría haber imaginado que terminaríamos aquí. Mamá no tenía cáncer, sino Crohn, una enfermedad autoinmune, rara y crónica, que afecta al intestino. De ahí los vómitos, las diarreas y las pocas ganas de comer. Yo ni siquiera sabía que existía y tuvieron que explicarme de qué se trataba. Aunque, entonces lo único que me importaba era que tenía tratamiento y que mi madre podría hacer una vida más o menos normal.

El alivio me duró poco. Unas horas después nos decían que debían operarla porque tenía un trocito de intestino necrosado. No entendí lo que significaba, tuve que mirarlo en internet, donde he pasado más horas que en toda mi vida junta buscando información. Por eso sé que esta no es una operación a vida o muerte, aunque siempre puede salir algo mal y mi madre no está teniendo

muy buena suerte que digamos.

Hay gente que nace con una flor en el culo y otros a los que solo les pasan desgracias, ¿verdad? La suerte es algo mucho más importante de lo que imaginamos. Por ejemplo, si, ahora mismo, los que están operando a mi madre han tenido un mal día, un turno más largo del que deberían o alguna preocupación, pueden tener un fallo que quizá en otro momento no cometerían.

Es así.

—Tranquilo, Darío. —Este es mi tío, que acaba de parar el traqueteo de mi pierna. Ni me había dado cuenta de que la estaba moviendo.

Asiento y aprieto la mandíbula. Estaría más tranquilo si hubiera conseguido hablar con mi Tita Romantic, porque siempre consigue sacarme del bucle de pensamientos negativos. Lo último que supe de ella fue cuando me preguntó dónde vivía. Aquel día fui tan idiota que creí que había atado cabos y que sabía quién era, pero no ha dado más señales de vida. Eso es raro. Y también me cabrea. Durante todos estos meses, me he vuelto cada vez más dependiente de sus mensajes de ánimo y, ahora que la necesito de verdad, desaparece.

Saco el móvil y compruebo por décima vez, en dos horas, que no tengo respuesta ni de Romantic Books ni del Abuelo Lector. Después, miro los mensajes de WhatsApp de mi padre, Jaime, Tito, Pedro e incluso de Vero. Ignoro a todos menos a papá, que está tan ansioso como el resto de la familia por saber algo.

Sí, he ignorado a Vero. No tengo ganas ni de hablar con ella, imagínate cómo estoy.

—Ahí vienen —anuncia mi abuelo poniéndose en pie.

Dos médicos con bata blanca se acercan. Me levanto e intento descifrar lo que van a decir a través de sus gestos, aunque no lo consigo.

Mi abuela tiembla.

Yo también lo hago.

«Por favor, que todo salga bien».

#Mamá #LoMásImportante
#ElRestoPuedeEsperar

53. Insensata

Mery

Septiembre 2018
(Un mes y cinco días después)

«Ninguna causa está perdida, siempre que quede un insensato dispuesto a luchar por ella». La frase es de *Piratas del Caribe* y revolotea en mi cabeza igual que si fuera un mantra. La insensata soy yo, aunque no tengo muy claro por lo que lucho. ¿Por la boda de Berta? ¿Por mis amigas? ¿Por los finales felices?

Estoy en modo bloqueo y sudo tanto que siento humedad en lugares poco dignos para estar vestida. Pero no es para menos, hoy parece que todo está saltando por los aires. Los sentimientos, los secretos, las mentiras…

—No puedes estar aquí. —Aunque su voz no me resulta familiar, sé a quién pertenece. Mis ojos, clavados en la calle en busca del coche desaparecido, se mueven con lentitud en su dirección.

—¿Hablas conmigo? —*Taxi Driver*. En mi mente siempre se reproduce en inglés porque tiene más fuerza.

El chaval se sonroja.

—Sí —responde con timidez—. Deberías estar sentada, como el resto. —Hace un leve gesto con la cabeza, señalando a los invitados dentro de la iglesia.

—A veces, es la gente de la que nadie espera nada la que hace cosas que nadie puede imaginar. —*Descifrando a Enigma*, una peli muy chula y poco valorada, a mi parecer.

El adolescente parpadea. Es demasiado joven para gestionar una crisis. Fijo que a la *wedding planner* le da otro síncope, probablemente el quinto en lo que llevamos de día.

Mira, así tengo compañía.

—Yo me ocupo, Darío. —Uli, con la misma cara de flipado que debo tener yo, aparece de la nada y le da una palmadita en la espalda para que nos deje solos. Él obedece a regañadientes—. ¿Dónde está Salo?

Me encojo de hombros por no cantar la canción *Se fue* de Laura Pausini. El *hippie* está tan descolocado que es capaz de ponerse a entonar conmigo.

Uli me empuja con suavidad hacia el exterior de la iglesia.

—¿Lleva el móvil? —me pregunta con un deje de histeria. Asiento—. Pero no entrará en Bookstagram, ¿verdad? —Niego. Dudo bastante que se entretenga en ello con la conversación que tiene por delante—. Estoy muy nervioso, Mery. Vaya cagada.

Pues sí, justo cuando estábamos decididos a contarle la verdad.

«Si tú saltas, yo salto», me ha dicho esta mañana, tocándome la fibra con la frase de *Titanic*. Y eso íbamos a hacer, saltar juntos y destapar el pastel con la esperanza de que Salo entendiera nuestros motivos para mentir.

Pero todo está saliendo del revés. Incluso la boda.

#OptimistaPocoRealista
#ModoBloqueo
#TodoEsMal

54. Preguntas sin respuesta

Uli

Agosto 2018
(Un mes y cuatro días antes)

—Te he llamado cinco veces. —Acabo de poner un pie en la cafetería e Irene, tras la barra y con los brazos en jarras, ya está de morros. Increíble.

Le lanzo un beso y me palpo los bolsillos en busca del móvil. Lo saco y compruebo que aún no lo he encendido. Estoy demasiado dormido y demasiado atontado. Anoche, a Salo y a mí se nos hicieron las tantas. Suspiro recordando todo lo que me dijo. Soy un unicornio y le devuelvo la fe en el ser humano. ¿Se puede decir algo más bonito?

Irene sacude la cabeza. Yo me encojo de hombros.

—Me tenías preocupada.

Me acerco y la achucho. Su rigidez se relaja y procuro no reírme. Se está ablandando.

—Eso es que ya me quieres —le suelto, juguetón.

Hace unos días, hubiera evitado decirle algo parecido para no enviarle señales confusas sobre lo nuestro, pero ahora ambos tenemos claro que aquí no hay nada que hacer. Ella sigue enamorada de su ex y yo… Yo me voy a centrar en el presente y a tratar de no darle vueltas a lo que no puedo controlar.

—Un poco —reconoce—, te quiero solo un poco.

—Me vale.

Le doy un sonoro beso en la mejilla e Irene da unas cuantas órdenes para romper el momento. Me río por lo bajo, le doy la espalda y me coloco el delantal negro.

—¿Me vas a obligar a preguntarte? —protesta.

—¿Sobre qué? —Me hago el tonto con el fin de desesperarla, lo que ocurre en dos segundos porque la paciencia no es lo suyo.

Resopla y da varios toquecitos en mi hombro. Me giro y escudriña mi rostro.

—Te dije que no era buena idea. —Me apunta con un dedo acusador—. Tienes ese brillito en los ojos. —Pestañeo y hago el amago de morderla. Ella aparta la mano con rapidez—. Eres tan tonto como yo, te estás haciendo ilusiones.

—¿Ilusiones de qué? —Mi tía Lena sale del pequeño almacén y entrecierra los ojos. Soy consciente de que la cercanía de Irene puede llevarla a equívocos, pero saber que su cerebro funciona a toda velocidad me divierte—. Me da igual lo que hagáis en vuestro tiempo libre, pero aquí necesito que os comportéis. Nada de… —mueve la mano en círculos—. Nada de tonterías, ¿está claro?

Irene da un paso atrás y estira la espalda en actitud profesional, yo voy hacia mi tía muy sonriente.

—Hoy estás guapísima.

Enarca una ceja, aunque sus labios se curvan hacia arriba.

—Más zalamero no puedes ser. —La abrazo, dándole la razón. Lena se ríe—. ¿Qué tal fue? —

susurra en mi oído.

No hay nada más bonito que se preocupen por ti, pero no quiero que me bombardeen con preguntas que aún no sé responder.

—Estoy bien. —Me giro hacia Irene—. Todo ha ido bien —repito.

Como si lo tuvieran ensayado, ambas emiten un sonido con el que dejan claro que no están conformes con mi respuesta. Debo de llevar la confusión escrita en la cara. O las ilusiones, como ha dicho Irene.

Me escabullo yendo al servicio con muy poco disimulo y, en un gesto de madurez, me escondo tras la puerta de uno de los baños. Las oigo acercarse y murmurar, y, para demostrar una actitud adulta, finjo una pedorreta. Funciona, porque desaparecen.

Conforme estoy solo, cojo aire y lo suelto con lentitud. Nada de darle vueltas, me digo a mí mismo, tengo que centrarme en el ahora. Me siento en el váter, busco el móvil y lo enciendo.

Las notificaciones que recibo consiguen que el artefacto vibre en mi mano durante varios segundos. Las ignoro, solo me interesa ver las fotos que Mery envió a nuestro grupo, al que bautizó como «Tres son multitud». Pero, cuando estoy a punto de entrar en el chat, recibo un audio de Salo que consigue que vuelva a suspirar como un idiota.

—¡Hola, Uli! —me saluda una voz que reconozco—. Mi nieta acaba de hablarme de ti y me ha dicho que tienes muchas ganas de conocerme. —Se ríe, coqueta, y Salo suelta una carcajada de fondo—. Me ha hecho mucha ilusión. —Salo dirige el micrófono a sus labios y repite con retintín la frase de su abuela. Suena un forcejeo, en el que las imagino peleándose por hablar, y gana la de más edad—. Me encantaría conocer a más amigos de mi nieta y, si eres guapo, mejor. ¿Eres guapo? —Salo protesta y corta el audio.

Sonrío sin poder evitarlo. Pulso la tecla de «grabar» y me lanzo:

—Hay gente que piensa que soy muy *mono*.

Tardo dos segundos en tener una respuesta.

—Mi nieta me dice que me estás haciendo mucho *hype*, aunque no sé qué palabra es esa. —Oigo la risa de Salo, que contagia a su abuela y esta me contagia a mí—. Esta misma tarde vamos a verte a esa cafetería tan curiosa y así salgo de dudas.

Salo toma el control del teléfono y me escribe que sobre las cinco se pasan. Yo le devuelvo el mensaje con un beso.

Me acabo de poner muy tonto.

Está decidido: voy a fluir y que sea lo que tenga que ser. Aunque me lleve una hostia. Aunque retrase mis planes. Aunque después duela. Aunque corra el riesgo de perderme.

—Te estás haciendo ilusiones —grita Irene al otro lado de la puerta.

Me río. No puedo negarlo.

#Flow #Agilipollado
#DisfrutarElMomento #TirarseAlVacío

Salo

No soy de las que se avergüenzan con facilidad, pero ahora mismo te aseguro que me gustaría desaparecer. Mi abuela, sentada en una de las mesas de Somos Instantes, mira con ojillos traviesos a Uli mientras yo trato de cerrar mi boca, que forma una «O» perfecta, cual muñeca hinchable. ¿Estás viendo dónde tiene la mano esa señora que dice ser mi pariente?

Exacto, en el culo de Uli.

—Muy bien. —Se recrea dando una palmada final. Él da un pequeño brinco.

—Abuela, no me jodas.

Mi abuela se recoloca el peinado y hace un gesto con la mano para quitarle importancia. Tiene suerte de ser una anciana adorable y de que Uli se lo esté tomando a broma, porque esto es acoso.

—Es usted una mujer muy atrevida —le dice con picardía al tiempo que se sienta a mi lado y pone su culo a salvo. Chico listo.

—Llámame Manuela. —Le guiña el ojo, la muy descarada, y a Uli se le escapa una carcajada.

—Y muy guapa, su nieta tiene a quién parecerse.

—Guapa, guapa, como una gata. —Se estira a todo lo que da y sonríe seductora.

Por un momento, dudo entre preocuparme por su salud mental o llevármela de vuelta a casa.

—Si llego a saber que ibas a comportarte de esta forma, no te traigo —la reprendo, aunque lo único que consigo es que se ría.

A pesar de mi desconcierto, ellos comienzan a conversar con fluidez y cierro la boca. Los escucho atenta, aunque finjo indiferencia.

—Es verdad, eres muy mono —concluye mi abuela—. ¿Tienes pareja? ¿Novio? ¿Novia? Desconozco si seguís llamándolo así o le habéis cambiado el nombre, mi nieta no me habla de estas cosas.

Uli extiende su brazo por detrás de mi silla y me lanza una miradita de satisfacción. Un nosequé revolotea en mi estómago, pero lo ignoro. Estoy tratando de normalizar mi relación de amistad con Uli, no voy a darle bola a esos estúpidos sentimientos que no logro ubicar.

—Sin pareja, Manuela, soy libre como un pajarillo. —Ahora el que le guiña el ojo es él.

La culpa de este encuentro la tiene Mery. Si no hubiera subido a casa a saludarla, no se le habría escapado que la excursión había sido de tres y la señora Manuela no hubiera acaparado mi teléfono cual Gollum con el anillo de poder.

—Ya estoy aquí. —La pelirroja nos besa a todos y se deja caer en la silla vacía—. Tú no miras el móvil, ¿no? —me increpa.

Mi abuela deja escapar una risita, lo saca de su bolso y lo deja sobre la mesa. Lo recupero con rapidez y Mery se relaja.

Analizo las distintas notificaciones que aparecen en pantalla: tres llamadas perdidas de Mery, mensajes de la cuenta de @_romantic.books y cinco wasaps de Miguel. Arqueo una ceja en dirección a mi amiga, que me hace un gesto para indicarme que tiene algo que contarme.

—¿Es por Yani? —pregunta Uli.

—¿Qué? —Mi abuela se abalanza sobre la mesa—. Haced el favor de hablar alto y claro. Estas —se señala las orejas— son nuevas y están desentrenadas. —Mi amiga abre los ojos de par en par—. Las primeras se cayeron —le explica con sorna.

—¿Las orejas se caen? —Mery entra al trapo.

—Se cae todo, hija. —Se ríe—. ¿Quién es *Yini*?

—Yani —la corrige—. Y es un amigo, Manuela.

—¿Como Juan? —insiste con una sonrisa delatora.

Mery resopla.

—Son dos tipos de amigos distintos —trata de explicarle Uli, sin saber que se está metiendo en un jardín. Y vaya que si lo hace, porque ahora mi abuela está intrigada por los diferentes matices de una amistad. No seré yo la que le explique todas las variantes sentimentales que se esconden detrás de una misma palabra. Si han empezado ellos, que lo terminen.

—Está claro que un amigo es un amigo —continúa el Oso Amoroso. Mery carraspea y él matiza—: Aunque, si la relación es estrecha, los sentimientos pueden llevar a algo más. —La pelirroja bufa y yo alzo una ceja a modo de advertencia, nuestra amiga se está acordando de Juan y Vico. Uli la pilla al vuelo—. Suele ser un error, porque la mayoría de las veces termina mal. —Me mira como si estuviera pidiendo mi conformidad, pero yo frunzo el ceño. Uli se desespera, se centra en mi abuela y coge carrerilla para terminar cuanto antes—. Luego están los conocidos, esos que te caen bien. Si hay atracción, pueden suceder ciertas situaciones que…

Dejo de escuchar. ¿En qué nivel estoy yo? ¿En el de amiga de verdad con la que ha cometido un error o en el de conocida? Esto me ha dolido. Creo que besarnos fue algo bonito, tierno, íntimo. No me arrepiento ni tampoco creo que enturbie nuestra amistad. Al contrario, la fortalece, porque, aunque sabemos que la atracción existe, preferimos no dejarnos llevar.

«¿Un error? ¿Una conocida?».

Analizo a Uli. Sonríe sin malicia y me guiña el ojo.

Conclusión: soy idiota. No lo ha dicho pensando en nosotros.

—No lo entiendo. —Mi abuela frunce el entrecejo, en un gesto similar al mío. Él, confundido, me pide ayuda. Se la niego, por supuesto. Voy a devolvérsela.

—Me interesa saber tu versión —le digo mientras contengo la carcajada que amenaza con delatarme.

Uli tarda un par de segundos en comprender por qué finjo fulminarle con la mirada.

—Jodida, jodida, jodida —murmura entre dientes.

Respondo con una sonrisa de medio lado, que se me borra al instante, en cuanto mi abuela pregunta:

—Y vosotros, ¿qué tipo de amigos sois? —Sí, sí, encima nos señala a Uli y a mí con ojillos llenos de esperanza mal disimulada.

#NoPreguntes #ParaQuéPreguntas
#SomosAmigosGilipollas
#ComplicadoDeExplicar

55. Hola, soy Mery

Mery

—Pues muy amigos, Manuela. —Observo con suspicacia a los aludidos, que de pronto se han quedado mudos y se miran con una extraña complicidad.

Aquí ha pasado algo, me apuesto la melena pelirroja y todas mis pecas. Salo se esconde tras su móvil. Y el traidor del *hippie*, a quien ya advertí que no hiciera ningún movimiento romántico, baja los ojos y la imita, sacando su teléfono del delantal. Muy valientes.

—Ya veo, ya. —La abuela sonríe juguetona.

Yo no. Hoy estoy teniendo un día Hulk. Soy de las que suelen tragarse la ira y la frustración, aunque, a veces, me tuerzo.

Hola, soy Mery, y soy bipolar.

Ahora es cuando tú respondes: «Hola, Mery» y yo asiento, compungida y orgullosa al mismo tiempo. Aunque no debería hacer bromas tan a la ligera respecto a la salud mental. Ignórame, ya he dicho que no es mi mejor día.

¿Sabes cuánto tiempo ha tardado Juan en presentarse en mi piso? Diez minutos exactos desde que he colgado la foto de vuelta a casa en el puto Instagram. Basta que no quieras ver a un chico para que acuda a ti igual que un gato a una caja de cartón. Es como una ley de atracción universal. Lo notan, lo sienten, lo perciben… Cuanta más indiferencia desprendes, más quieren acercarse.

¿Y yo qué he hecho cuando se ha presentado en mi casa? Abrirle como una mema. Que ya me vale, podría haberme hecho la muerta.

—No sabes lo que te he echado de menos —me ha dicho justo antes de abrazarme.

Me he sentido como si fuera un peluche. No, peor, como si fuera el vaquero Woody y estuviera cantándole *Hay un amigo en mí*.

Aunque, bueno, parece ser que eso era justo lo que estaba haciendo.

—¿*Toy Story*? —Juan se ha echado a reír. A mí no me ha hecho ni puñetera gracia, mi cabeza está para que la encierren—. Mery, por favor, ni se te ocurra volver a desaparecer. Eres mi otra mitad, mi persona favorita, mi chica. —Su chica, ¡qué valor!

He dado un paso atrás.

—¿Y Vico?

Juan, me ha puesto su cara lastimera, la misma que ha entrenado desde crío, y tengo que admitir que le sale de diez.

—Eso es lo que quería contarte. —*Eso*. Así, sin especificar.

Si mi mirada hubiera hablado, le habría insultado en alemán o en ruso, porque todo el mundo sabe que son idiomas potentes y que los insultos duelen más. Lástima que no sepa hablarlos y que mi lengua solo obedezca a mi cerebro cuando puede dejarme por los suelos.

Y ahí me he quedado, como una idiota escuchando cómo me contaba las novedades de su historia con Vico. Justo lo que me prometí que no haría. Me encantaría decir que he escuchado sus movidas porque he aceptado que él es mi amigo, pero no sería cierto. Ha ocurrido porque no

he sabido negarme, porque no he tenido el valor de admitir que me hacía daño oírlo.

Mi empoderamiento ha durado un fin de semana y, lo que es peor, se ha basado en estar con otro tío. No puede ser más lamentable.

Lo que me faltaba para rematar la mañana ha sido la llamada de Berta y su drama particular.

—Ay, no —susurra Salo contemplando su pantalla.

—¡No me jodas! —exclama Uli.

Se miran entre ellos, confundidos.

—¿Qué? —preguntan al mismo tiempo.

—¿Se puede saber qué os pasa? —Manuela es la primera en lanzar la cuestión, aunque a mí también me interesa.

—La madre de un amigo está enferma. —Salo se lleva una mano a la frente—. Joder, no debí dejarme el móvil en casa.

—Qué casualidad —dice Uli, esta vez en un murmullo.

Mi primer instinto es calmar a Salo, aunque no lo hago, porque la mención a ese supuesto amigo me descoloca. ¿De quién habla? La última vez que lo nombró estaba convencida de que se refería a Miguel, pero sé con total seguridad que su madre no está en el hospital. He estado hablando con Berta una hora —más bien escuchándola, esa conversación ha sido un monólogo— y no es una información que pasaría por alto.

Mi amiga sale de la cafetería con el teléfono en la mano. Su abuela y yo la seguimos con la mirada hasta que cruza la puerta. Cuando desaparece, centramos nuestra atención en Uli.

—Y a ti, ¿qué bicho te ha picado? —le gruño.

—Nada, una tontería. —Se queda en Babia unos segundos—. Chicas, tengo que volver al trabajo —dice a modo de disculpa mientras se incorpora.

Abro la boca para responder —o quizá para soltarle alguna bordería, no lo tengo claro—, pero no me da tiempo ni a despedirme, Uli se marcha a toda velocidad hacia la barra. Miro en su dirección y, después, a la puerta. ¿Qué coño ha pasado aquí? Me acabo de quedar muy loca.

«Locura es hacer siempre lo mismo y esperar distintos resultados».

«Muy bien, Einstein, ahora no es el momento».

En mi cabeza hay un popurrí muy interesante.

Una mano se posa sobre la mía y me da suaves toques. Es Manuela, que me observa expectante.

—Cariño, no me he enterado de nada.

—Pues ya somos dos.

#FlipandoFuerte #YMeDejanConLaAbuela
#Intrigada #Cabreada #NoComprendo

Conversaciones diurnas

@_romantic.books
¿Sabes algo de @k.leer?

@el.abuelo.lector
Esto es brujería, te estaba escribiendo para preguntarte lo mismo.
¿Su madre está bien?

@_romantic.books
No lo sé, no me responde.
Le he dejado mi teléfono para que pueda llamarme.

@el.abuelo.lector
Imagino que te dirá algo antes a ti que a mí.
Mantenme informado con lo que sea, por favor.

@_romantic.books
Y si te escribe a ti primero, me lo dices, ¿vale?
He estado todo el finde sin entrar a la cuenta y acabo de ver sus mensajes.

@el.abuelo.lector
Me ha pasado lo mismo.
Pero sí, si me entero de algo, te lo digo.
Espero que solo sea un susto.

@_romantic.books
Yo también.

56. Mala gente

Salo

Hasta hoy, me he llenado la boca diciendo que, a pesar de que no tuviera mucha gente a mi alrededor, sabía quererlos bien. Y, sin embargo, he desaparecido cuando más me necesitaba mi Babosilla. Sin querer, le he hecho *ghosting* a un adolescente acojonado que confiaba en mí y que necesitaba mi apoyo. ¿En qué tipo de persona me convierte esto?

En mala gente, ya te lo digo. Soy mala gente.

Resoplo y mi abuela me aprieta el brazo. Le gusta caminar agarrada a mí, aunque no lo necesita.

—Con esta velocidad, podría cantar una saeta. —Suelta una carcajada—. Brrrum. Brrrum. —Se descojona—. Nos faltan los capirotes.

—¿Qué?

—A veces se me va la cabeza —admite.

—Lo dudo mucho.

—Tenía que trabajar, mi vida —me dice por lo bajo—. No te enfurruñes con él, que es muy *mono*. —La forma en la que se recrea en la maldita palabra que el Oso Amoroso utiliza sin parar para describirse a sí mismo me arranca una sonrisa. Ella la percibe y se estira, orgullosa de su logro.

—Salo… —Mery, al otro lado de mi abuela, se detiene en seco. El tono y sus ojos clavados en el final de la calle me ponen en alerta—. Berta viene hacia nosotras.

—¿Roberta? —pregunta mi abuela.

La adoro.

—Berta —la corrige Mery, a lo que ella responde con un gesto que viene a decir que es lo mismo y que es mayor, pero no gilipollas.

En cualquier otro momento, me daría media vuelta, pero estoy segura de que merezco este encuentro.

Mi examiga avanza hacia nosotras y, cuando llega a nuestras altura, baja la cabeza. Pero el movimiento no evita que me fije en sus ojos enrojecidos, en su tez pálida y en esa actitud desvalida. Nada de esto es propio de ella. Berta es la mujer perfecta, es la puñetera Isabel Preysler de mi generación.

—No sé si hay boda —suelta, sin un «hola» ni los besos de rigor.

Esto sí que es una entrada triunfal, oye.

—¿Ibas a casarte? —Mi abuela me lanza una mirada llenita de reproche por no haberle contado el chisme—. Con un muchacho inglés, imagino.

—No, señora —baja el tono y se dirige a ella con ternura—: Es un muchacho español al que adoro.

—No entiendo nada —murmura al tiempo que busca mis ojos para que se lo explique.

—Con Miguel —le digo.

—¿Qué Miguel? ¡No me hables como si conociera a todo el mundo!

—Miguel, abuela, mi ex.

—¿*Tu* Miguel? ¿Se va a casar con Miguel? —pregunta en un susurro. Asiento y ella gira la cara hacia Berta—. Eso no se hace, niña.

Reprimo la carcajada, porque no es el momento ni el lugar, pero ¿he dicho ya que la adoro? Es una crack.

—No sé si hay boda —repite.

Mery, incapaz de articular palabra, da un paso hacia ella y la abraza. Berta se deja, lo que demuestra lo jodida que está.

Una buena persona se acercaría a ella y la consolaría, pero no me nace hacerlo. Tampoco dejarla calva, que ya es un paso. Lo que sí siento es una inmensa curiosidad por los mensajes de Miguel que aún no he leído. ¿Por qué me ha escrito si no hay boda? No debería tener ganas de saberlo, ¿verdad? Pues es en lo único que puedo pensar mientras la princesita se derrumba.

Es oficial: soy mala, malísima.

—¿Habéis vuelto a discutir? —Mery seca sus lágrimas con cariño y Berta mueve la cabeza de forma afirmativa—. Pero seguro que es por los nervios de la boda. Lo habéis hecho todo muy rápido, demasiado estrés de golpe.

—Lo hemos hecho demasiado rápido y mal. —Me dirige una mirada significativa, que esta vez consigue enternecerme. Y menos mal, porque empezaba a creer que me había convertido en una *psyco*.

Mi abuela finge una tos.

—Mi vida, me voy a la sombra mientras hablas con tus amigas. —Me suelta el brazo y levanta la mano para despedirse del resto.

En cuanto se aleja, Berta se dirige a mí:

—Lo siento, Salo. Tenías razón, debimos hablar contigo antes de anunciar la boda. Aunque no llegue a celebrarse, quería que lo supieras.

Algo en mí se relaja. Por eso, me aproximo y le doy una palmadita en el hombro. Es raro y no demasiado cariñoso, pero un acercamiento al fin y al cabo.

Berta me responde con un amago de sonrisa.

—Las cosas grandes tienen comienzos pequeños —afirma la pelirroja.

No tengo ni puñetera idea de dónde se ha sacado esta frasecita, pero me niego a seguirle la corriente.

#JodidoKarma #MeLoMerezco
#MalaGente

##########

Miguel

Tenemos que solucionar esto. Necesito verte y tener una de nuestras conversaciones de verdad. ¿Te acuerdas? De esas en las que hablábamos con sinceridad y sin barreras.

Hace mucho que no tenemos una… y ya toca.

El otro día, tú estabas tensa y yo algo acojonado por tu mala hostia, pero no me da la gana de dejarlo así.

Ya me dices cuando te viene bien, pelo corto, pero pienso insistir.

Y aquí está de nuevo esa punzada de nostalgia. Malditos «y si», malditas palabras que van directas a los recuerdos y maldita olla a presión.

Suelto el teléfono sobre la cama y me dirijo a la cocina, donde mi madre y mi abuela me esperan para cenar.

—Así que Berta y Miguel, ¿eh? —dice mi madre mientras me siento a la mesa—. Ay, cariño, los hombres son así.

Le lanzo una mirada asesina a mi abuela, que hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Tarde o temprano se iba a enterar de la boda de Roberta.

Que no me enfurruñe, dice. ¡Si acaba de abrir la caja de Pandora! Ahora entraremos en bucle con la misma conversación de siempre. Los hombres, los hombres, los hombres… Joder, también son personas, digo yo que los habrá buenos y malos, como los libros.

«Y los malos también tenemos corazón, ¿sabes, mamá?».

—Hija, no respetan nada —continúa mi madre, ignorando las señales luminosas de tensión que emanan de mi cuerpo—. Ellos siempre toman lo que se les antoja sin medir el dolor que provocan en los demás. Liarse con una amiga, qué típico. —Chasquea la lengua con desidia—. Tu padre también lo hizo, aunque, claro, él no perdía oportunidad.

—No es lo mismo —replico.

—Igual tuvieron algo cuando estabais juntos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No son celos ni dudas, sino la sospecha de que he interiorizado miedos que no son míos.

—No le digas esas cosas a mi chica —la riñe mi abuela—, ya bastante tiene con lo que tiene.

Pues sí, creo que voy servida. La boda de mi ex con mi amiga, el drama de una posible hermana, un adolescente al que he fallado… ¿Me dejo algo? Ah, sí, lo que no me dejo sentir. Mi vida estas últimas semanas es un mar de tranquilidad.

Durante un segundo, mi madre se hace la ofendida. Sin embargo sé que volverá a la carga. Una vez empieza, es incapaz de parar.

Reprimo un bufido.

—Mamá, no me apetece hablar.

«No ahora. No contigo».

Me encantaría que la relación con mi madre fuera distinta. Más cómplice, más íntima. Pero chocamos. Supongo que es normal, que a veces los malos momentos unen tanto como separan.

Nuestras miradas dicen más que nuestros labios. La mía es dura y cortante; la de ella pasa de la incomprensión al enfado, lo que consigue que me sienta peor persona. En el fondo, sé que a su modo intenta protegerme, pero no se da cuenta de que me hace daño.

Pasamos el resto de la cena en un silencio que solo es interrumpido por los intentos fallidos de la señora Manuela para reconducir la conversación.

Al terminar, mi abuela se ofrece a fregar los platos, tarea que me corresponde, y mi madre sale escopetada de la cocina. Tengo tanta tensión acumulada que solo se me ocurre una forma de liberarla. Y no sé por qué no he llegado antes a esta conclusión, es una vía de escape perfecta.

—Me voy.

#MalvadaConNecesidades
#BuscaSexoDesesperadamente

57. No estás pensando con la cabeza

Uli

El día ha sido largo y la cafetería por fin está en silencio. Me dejo caer en uno de los sillones de cuero y mi mirada se pierde en la pared cian. Una sonrisilla gamberra se dibuja en mi cara. La abuela de Salo piensa que soy muy *mono*…

—Cuando hace eso, me dan ganas de abofetearlo, te lo juro. —Irene, que está dando un último repaso a la barra, sacude la cabeza. Lleva toda la tarde insoportable y me apuesto lo que quieras a que es por la Dementora número dos. ¡Si hasta he tenido que despedirme de Mery y Manuela a toda prisa porque me taladraba con los ojos!

Lena detiene el recuento de la caja y le lanza una mirada de desaprobación.

—Ni entiendo ni quiero entender qué es lo que pasa entre vosotros, pero aquí —y hace énfasis señalando el suelo del local— os pido que os respetéis.

Irene asiente, abochornada, y yo contengo la risa por el bien de mi salud física.

—No pasa nada, tía —intervengo en son de paz—. *Ella me quiere*. —Pestañeo en dirección a la Dementora, que me devuelve una mirada asesina.

Lena respira hondo mientras yo contengo la carcajada que sube por mi garganta. Me divierte descolocar a mi tía, tiene un lío de mil demonios con mi situación emocional. Aunque no es para menos. He pasado de *experimentar* con su camarera a convertirla en mi amiga y de tener una amiga a empezar a estar demasiado pillado por ella. Y todo esto en menos de… ¿un mes?

Me rasco la cabeza mientras hago la cuenta mental. Llevo cuatro semanas en esta ciudad, lo que significa que en otras tantas estaré rumbo a Dublín. Sin embargo, la idea de marcharme ya no me resulta tan apetecible.

—Lo está haciendo otra vez —murmura Irene.

Cierto. Mi mente se ha desconectado del mundo real.

Mi tía Lena cierra la caja de golpe, en un claro gesto de advertencia, y por el rabillo del ojo veo a Irene tropezar con sus pies. Sonrío y bostezo al mismo tiempo. Estoy demasiado cansado para sacarle el jugo a esta situación.

—Uli, en cinco minutos nos vamos —me dice mi tía—. Hoy cenas en mi casa, ¿recuerdas?

No, no me acordaba, pero se lo había prometido y no está pasando por su mejor momento. Después de la charla sobre su ex, decidió romper todo contacto con él y no lo lleva muy bien.

—Claro —respondo sin fuerza.

Compruebo las notificaciones de Instagram. No tengo noticias de Romantic Books y tampoco respuesta a los mensajes que le he enviado a @k.leer.

—¿El Abuelo Lector? —Doy un brinco al escuchar la voz de Irene detrás de mi oreja—. ¿Qué es eso?

—Mi nombre en Bookstagram.

—¿*Bookstaqué*?

—Es una comunidad en Instagram que habla de libros y «el Abuelo Lector» es mi *nick*. ¿Contenta?

Irene tuerce el gesto. Definitivamente, no es su día.

—Friki —me dice antes de recoger su bolso.

—Pero me quieres.

En lugar de responder, me hace una peineta y desaparece.

—Aún no me has dicho cómo quieres presentarte al concurso de cuentos y el plazo está a punto de terminar —me recrimina mi tía mientras se quita el delantal—. ¿Estás tan ocupado que no eres capaz de decidir tu nombre artístico? —Me lanza una mirada desafiante.

—No sé si estoy preparado. —Sonrío, agotado.

—Y nunca lo sabrás si no te lanzas. ¿Qué puedes perder? —No tengo respuesta, por eso me encojo de hombros—. Mira, Uli, si te agobia la idea de que lean tu cuento y te señalen por la calle —menea la cabeza como si estuviera diciendo una tontería—, haz lo mismo que Eva, invéntate un seudónimo.

—¿Alguna idea?

Ella curva sus labios hacia arriba.

—Podría inventarme mil nombres absurdos, pero lo cierto es que tú ya elegiste el tuyo hace tiempo.

—El Abuelo Lector.

—Exacto. —Se acerca a mi posición y me revuelve el pelo con cariño—. ¿Estás bien? —pregunta, aunque sus ojeras hacen que me plantee si no tendría que ser yo quien formulara esa misma cuestión—. Pareces preocupado.

Lanzo un suspiro.

—La madre de un amigo está hospitalizada. —Al decirlo, recuerdo lo raro que me ha parecido que Salo lo verbalizara justo después de leer el mensaje del adolescente. Casi tanto como que el chaval me pidiera que se lo dijera a Romantic Books. Se lo cuento a mi tía—. ¿Sabes? Por un momento, he pensado que podrían ser la misma persona.

Ella se ríe sin pudor.

—Uli, tienes demasiada imaginación. —Ladeo la cabeza, eso no puedo negarlo—. La gente enferma y las mujeres representamos casi la mitad de la población mundial. ¿Qué probabilidades habría?

—Pocas, ¿no?

—Una entre un millón… Por cierto, tengo que llamar a Eva, recuérdamelo después de la cena, *también* tiene a su cuñada ingresada en el hospital. —Me dedica una miradita que viene a decir «déjate de historias» y yo me incorporo de un salto.

—¿En tu casa, entonces?

—Pues sí, porque la tuya estará hecha un desastre. —Sonrío. Está en lo cierto—. Y tengo muchas ganas de que me expliques qué pasa con mi camarera y con tu amiga.

—Tramposa.

—*Pero me quieres*.

#TíasVacilonas
#QuiereSonsacarme #YYoMeVoyaDejar

############

—Uli, no estás pensando con la cabeza. —Lena, de pie mientras calienta la cena, da un sorbo a su copa.

Acabo de ponerla al día con todo lo que ha ocurrido este fin de semana y, de paso, le he

confesado mis dudas sobre seguir adelante con mi viaje a Dublín.

—Me encanta lo que me has contado sobre Salo y creo que siente más por ti de lo que admite, aunque… —me lanza una mirada inquieta— me preocupa que la historia se repita. Viniste para echarme una mano (y yo te lo agradezco mucho), pero tus planes eran otros. Tienes comprometido un trabajo en Dublín, un curso de inglés que ya has pagado y querías ahorrar para ese máster de Escritura Creativa. ¿Qué pasa con todo eso? ¿Vas a dejarlo?

Le paso la sal y me apoyo en la encimera de madera. No sé en qué momento creí que esta conversación sería menos profunda. Está claro que a Lena no le parece buena idea que fluya y le preocupa mi futuro. Pero ¿ese futuro no puede esperar un poquito? Tampoco es que esté renunciando a mis sueños, solo me estoy planteando retrasarlos un poco. O quizá amoldarlos.

—Aún estoy a tiempo de echarme atrás con el curro y podría apuntarme a algún curso y ahorrar aquí.

Ella suelta una carcajada irónica.

—¿Con lo que te pago? Tardarías diez años.

—O podría buscar otro trabajo donde me pagaran más.

—Sí, con un horario peor que te impediría tener tiempo para hacer lo que te gusta: escribir. Ya has pasado por eso y sabes lo que ocurre.

Que me agobio, que soy infeliz. Eso es lo que ocurre. Hoy he tenido el turno completo en la cafetería para compensar las horas perdidas durante el fin de semana y no he escrito ni una sola palabra. Estaba cansado, y el cansancio y la creatividad no se llevan demasiado bien. Puede parecer una tontería, pero, cuando llevo varios días sin escribir, lo noto, es como si dejara de comer o de respirar.

Lo mismo que ha ocurrido cada vez que me he enamorado y he tratado de amoldarme a una forma de vida que no va conmigo. Mi plan de vida no se parece en nada al habitual; no quiero hacer carrera en una empresa, no pienso en bodas ni niños, no tengo ilusión en adquirir una propiedad, solo quiero sumar experiencias, escribir y cumplir un sueño. Encajar todo esto con una relación es complicado.

María, Lorena, Rebeca, Lola… Con ninguna funcionó. Quería complacerlas, pero terminaba perdiéndome a mí en el camino. Por eso, hace tiempo que esquivo al amor y me limito a *experimentar*.

Deslizo mis ojos por su cocina. El color blanco de los muebles, combinado con la madera le da un aire cálido, que contrasta con el agobio que empiezo a sentir.

—No sé, algo se me ocurrirá.

Ella niega y me apunta con una cuchara.

—Si hay algo que he aprendido en todos estos años es que no puedes dejar tu felicidad en manos de otro. Es una falta de responsabilidad hacia tu vida y hacia tus sueños.

No respondo, porque sé que tiene razón, aunque tampoco quiero renunciar a mis sentimientos.

—En un mes pueden pasar muchas cosas. —Le doy un beso en la mejilla—. Deja de preocuparte.

—Uli… —Su réplica se congela en la boca cuando mi móvil suena. Levanto la mano para pedirle una pausa y abro el Whatsapp.

Salo
He venido a tu casa, pero no estás.

Al leerlo, mi corazón se acelera y sonrío como un idiota.

Uli
Estoy en casa de mi tía.

Salo
¿Te queda mucho?

Uli
Voy a cenar con ella.
Mínimo una hora y media.

No responde, aunque sigue en línea.

Alzo la vista y la centro en Lena. No hace falta que le diga quién me ha escrito, lo adivina por la cara de lelo que tengo.

—Ay, Uli. —Me abraza—. Solo quiero que seas feliz, lo sabes, ¿verdad?

Lo sé, respeto su opinión más que la de cualquier otra persona, pero necesito creer que mi historia puede tener un final feliz.

—No te preocupes —insisto—, aún queda tiempo.

#QuienBienTeQuiere #TeDejaSoñar
#Consejos #Dilemas #Dudas #Anhelos

58. Puñetero unicornio

Salo

Son las nueve y media de la noche y estoy plantada frente a su puerta, la misma a la que llamé ayer sin resultado. Estoy asustada. Quizá lo más inteligente habría sido no venir e ignorar lo que ocurrió anoche, pero necesito saber si fue una ida de olla o… siento más por Uli de lo que me atrevo a admitir. La atracción física existe, también el cariño, pero nada de eso explica el impulso que tuve de abrazarlo tras llegar al orgasmo pensando en él.

No entender lo que sientes es molesto, ya lo he dicho alguna vez, es como si dejaras de comprenderte a ti mismo, como si un desconocido hubiera usurpado tu cuerpo. Y yo necesito recuperar el control.

Uli abre la puerta. Acaba de salir de la ducha. Sus rizos están mojados, lleva una camiseta vieja gris y un pantalón corto de chándal.

—Pasa, Maléfica. —Extiende los brazos con mucho teatro—. Estoy preparadísimo para un achuchón. —Sus ojos se ríen, aunque mantiene la pose de seriedad.

Está disfrutando de su pequeño triunfo, es evidente. Cuando lo conocí, huía de sus abrazos de oso amoroso y ahora se los pido por encargo. Mi vena borde tiene ganas de borrarle esa expresión de ganador con un comentario cortante, pero una sonrisa tironea de mis labios hacia arriba.

—Hola, Spiderman. —Avanzo hacia él y me acoplo a su cuerpo. Uli cierra sus brazos en torno a mi cintura.

—Esto es grave —murmura—. ¿Estás bien?

Me siento en paz, una estúpida alegría se ha instalado en mi pecho y tengo ganas de fundirme en el olor de su cuello. Sí, esto es grave. Pero, en lugar de decir algo bonito, suelto:

—No sé si somos tan amigos como para que te responda.

Uli deja escapar una risilla y noto su vibración en mi propio cuerpo.

—Jodida, jodida, jodida…

Alzo la cara y él la baja. Por unos segundos, nuestros ojos se enredan y el mundo desaparece.

—Debería cerrar la puerta —susurra.

Asiento despacio.

Definitivamente, estoy metida en un buen lío.

#CorazónAMil
#SpidermanEsMuyMono

############

—¿Me cuentas qué pasa? —La voz de Uli me saca de mi ensimismamiento. El tono es dulce y sus labios apenas se han movido. Lo sé porque ha sido imposible no mirarlos.

Si no fuera un puñetero unicornio, le besaría. Pero hasta yo, que en el terreno sexual actúo sin

medir las consecuencias, sé que no debería hacer ningún movimiento sin estar segura de mis sentimientos. No sin tener claro que esa estúpida nostalgia que siento por Miguel no significa nada.

Y sí, es evidente que Uli me gusta. Muchísimo. Tanto como para mandar al carajo mis recelos y lanzarme al vacío; tanto como para olvidarme de todas mis movidas cuando estoy con él. Pero lo último que quiero es hacerle daño. Así que, aunque el instinto me anima a dar el paso, el miedo a cagarla me paraliza.

Me separo de su cuerpo y finjo una sonrisa despreocupada.

—Sería más sencillo contarte qué es lo que no pasa.

Él respira hondo y cierra la puerta.

—Por suerte para ti, tenemos tiempo de sobra.

La mirada que me dedica es tan intensa como la de la playa y el efecto sobre mí, inmediato. Siento un agradable calorcito y, de nuevo, esa extraña alegría. No es excitación, ni tampoco una sensación tan fuerte como para denominarla amor, es la promesa de ambas.

Madre mía, estoy fatal. El Abuelo Lector tiene razón, soy una intensita.

«Relaja, Salo».

Corto el contacto visual y echo un vistazo a su pequeño piso. Le he pillado desprevenido, su casa está hecha un desastre: la cama sin hacer, montones de ropa aquí y allá y la mesa llena de papeles.

—¿Estabas escribiendo?

—Algo. —Encoge un solo hombro y sonríe con timidez. Avanzo en dirección a la mesa, pero me corta el paso—. Ni se te ocurra.

—¿Por qué? Es una parte importante de ti y quiero conocerla. —Mis palabras lo descolocan, aunque no entiendo el motivo.

—Nadie me había dicho nada parecido. —Parpadea—. Sin contar a mi tía, claro.

Mis ganas de abrazarlo aumentan por momentos. ¿Cómo es posible que solo su tía le haya dicho algo así? ¡Si para él escribir forma parte de quién es! No lo entiendo, de verdad.

Mi estrategia para desviar mi propia atención ha salido como el culo. El espacio entre ambos está llenito de energía. Uli vuelve a estar demasiado cerca y sus ojos parecen hablarme otra vez de promesas futuras.

Carraspea. He aprendido que suele hacerlo cuando se pone nervioso, por eso sonrío.

—Vamos a hacer una cosa, Maléfica. Tú me cuentas qué te pasa y yo me preparo mentalmente para *enseñarte* esa parte de mí.

Dejo escapar un suspiro silencioso. Spiderman no es nada tonto y no puede gustarme más.

«Controla, Salo».

#Babeo #NecesitoConcentrarme
#EmpiezoATenerRespuestas

############

—Creo que es bastante normal que te sientas sobrepasada —me dice tras hacerle un resumen de las últimas veinticuatro horas. Sus rizos comienzan a secarse y a aumentar de volumen, y a mí me están entrando muchas ganas de que mis manos se pierdan entre ellos—. El encuentro con la princesita, el guapetón enviándote mensajes, tu madre…

—Hice una estupidez —le interrumpo.

Uli enarca una ceja.

Estamos sentados en su sofá, cada uno en una punta. He querido marcar distancia para no liarla. Él sujeta un trozo de *pizza* entre sus manos y yo he dejado el mío de lado.

Desvío los ojos hacia la estantería que separa el área del salón del dormitorio. Es la segunda vez que estoy en su casa, y la primera en la que me doy cuenta del tipo de libros que lee. Le gusta la fantasía, como no podía ser de otra forma, y la saga de *Harry Potter* ocupa toda una balda. Por un momento, me abstraigo de la conversación y pienso que Uli haría buenas migas con el Abuelo Lector.

—¿Qué clase de estupidez? ¿Te has liado con el guapetón?

Podría no contárselo, pero, sea lo que sea lo que nos depara la vida, quiero ir de frente.

«¿Sea lo que sea lo que nos depara la vida? De verdad, estas novelas me están fundiendo el cerebro».

Me enderezo en el sofá y le miro de reojo.

—No fue con Miguel, fue con el camarero del otro día. —Sus labios se aprietan y emite un sonido cargado de desilusión—. Solo sexo —puntualizo, como si esa información pudiera lograr que cambiara el gesto.

—Es una necesidad —argumenta, confundido.

—Siempre lo he utilizado para desestresarme.

—Claro. —Sus ojos se pierden en la nada—. Y tú estás muy estresada. —Le da un pequeño bocado a su porción de *pizza*.

Transcurren unos segundos en los que permanecemos en silencio.

—Fue una estupidez —me repito—. No significó nada.

Él sonríe, aunque es una sonrisa triste.

—No tienes que darme explicaciones.

—No me siento muy orgullosa.

—No hagas eso. —La mirada baja, apuntando al suelo.

—¿El qué?

—Culpabilizarte por tener sexo. —Me mira de reojo—. Es algo natural, no deberías avergonzarte de ello.

A veces se me olvida que es muy *hippie*.

—No suelo hacerlo. Lo de avergonzarme, quiero decir. —Trago saliva—. Y no me gustan las mentiras, no con la gente que me importa. —Asiente con lentitud—. Lo que ocurre es que me di cuenta de que no era él con quien quería estar.

«¿Demasiada información?».

Las cejas se elevan por su frente.

—No le besé —continúo. Sus ojos se entrecierran como si estuviera tratando de comprender el mensaje oculto que le estoy enviando—. Yo nunca… beso. Es algo demasiado íntimo.

Uli parpadea despacio. Una sonrisita canalla asoma por sus labios y vuelve a mirarme con intensidad. Creo que lo ha pillado.

Lo malo es que me he metido de pleno en el mismo berenjenal del que pretendía alejarme.

#MenosMalQueEstáLejos
#HaréComoSiNoLoHubieraDicho
#NecesitoUnCambioDeTema

59. Fluir, no forzar

Uli

«Me di cuenta de que no era él con quien quería estar». «Yo nunca… beso. Es algo demasiado íntimo». Las frases de Salo revolotean en mi mente mientras capto palabras sueltas que salen de su boca: «leer», «amigo», «mensaje», «enfado»… No tengo ni idea de lo que está diciendo, la verdad, se me ha ido el santo al cielo.

Mis ilusiones se han roto y han renacido a la velocidad en la que navega el Halcón Milenario. O dicho de otro modo: he pasado de creer que era un idiota a serlo de verdad. Soy incapaz de disimular mi sonrisa. Estoy memo, atontado del todo. Salo me quiere —o me *prequiere*—, solo es cuestión de tiempo que llegue nuestro momento. Aunque es una verdadera putada tener que esperar, porque me muero por besarla.

—¿Uli?

«Presente».

Salo, sentada a lo indio, permanece en la otra punta del sofá. Sus cejas están fruncidas, aunque sus labios se curvan hacia arriba. Esa expresión no puede confundirme más. ¿Está enfurruñada o contenta?

—¿Sí?

—Mi amigo, su madre enferma, no sé nada de él… —Me mira divertida, a la espera de que diga algo. Me ha pillado.

Me toco el pelo y ladeo la cabeza. Estoy teniendo un *déjà vu*, la misma sensación extraña que tuve ayer. Su amigo, mi amigo… demasiadas coincidencias. La risa de mi tía se cuela en mis pensamientos y sacudo de un plumazo esta idea absurda, tengo mucha imaginación.

—¿Sabes? Es rarísimo la de gente que estoy oyendo que enferma. —Una bola impacta en toda mi cara. Menos mal que solo tenía a mano una servilleta. ¡Qué carácter!

—¿Debería insistir o dejarle su espacio? —Enarca una ceja mientras prepara otra bolita de papel. Me está amenazando y es muy capaz de levantarse y darme un capón.

¿Es mala señal que esto me ponga? Tendré que *experimentarlo* algún día.

Carraspeo e intento centrarme. Es evidente que no he escuchado nada de lo que me ha contado, así que mi mejor opción es responder con generalidades.

—Soy más partidario de la segunda opción —afirmo con todo mi morro. Salo mueve su mano para dejar claro que quiere que lo argumente. Qué jodida es… Me aclaro la garganta—. Cada persona tiene sus tiempos para hablar y actuar. Forzar a alguien a que exprese algo para lo que no está preparado no suele dar buenos resultados. Lo mismo ocurre con las situaciones, es mejor que fluyan.

—Interesante. —Sonríe.

Sonrío también. Estoy muy tonto. Muy pero que muy tonto.

Salo cambia de posición, estira sus piernas sobre el sofá y toca mi muslo con un pie. No es una caricia erótica, más bien un empujoncito, pero el contacto no ayuda a que se me pase la tontería.

Es fácil visualizarnos en más momentos como este en el futuro. Aunque no quiero plantearme

si es posible, solo disfrutarlo.

Me siento seguro a su lado, quizá sea esa paz que ella dice que yo le transmito. Puede que el amor sea esto, y no las burbujitas en el estómago que nos venden una y otra vez. Y no digo que no existan, pero son de las que hacen cosquillas y te ponen contento, no de las que producen ansiedad.

Por difícil que sea de creer, ahora mismo no cambiaría esta noche por ninguna de las que haya vivido antes con ella. Ni por las de Berlín, ni por las de la playa, ni siquiera por la noche desenfrenada de sexo que suelo imaginarme. Raro, ¿eh?

—Uli… —Ni abro la boca, aún recuerdo el sonido tipo Chewbacca que salió por mi garganta la última vez que Salo usó esa entonación conmigo—. Me gustaría mucho leer uno de tus cuentos. —Me pongo serio y niego—. Solo uno, por favor —insiste, melosa.

Ese tono y su cara de máxima ilusión logran que la poca resistencia que tengo ante Maléfica se desvanezca como por arte de magia.

Me incorporo, haciéndome el remolón, y busco el portátil. Estoy nervioso, mis historias solo las ha leído mi tía Lena. Para mí, este gesto implica la mayor prueba de confianza e intimidad que puedo tener con otra persona, supone dejarla entrar en mi mundo —Ulilandia, como ella lo llama— y quiero que le guste.

Localizo el ordenador bajo la mesa de centro, abro la tapa y echo un vistazo rápido a los documentos para seleccionar el más adecuado. Lo tengo, el cuento de Cuqui. Me encanta esta historia, aunque tal vez suene fatal decirlo porque la he escrito yo. No es muy larga y trata sobre una cucharita que soñaba con ser algo más que un simple instrumento de cocina. En cierto sentido, me siento identificado.

Le hago un gesto para que se acerque y ella se aproxima con cuidado, como si adivinara que puedo echarme atrás en cualquier momento. Cuando le tiendo el portátil, sus ojos brillan y mi corazón se acelera.

Salo lee mi cuento con una sonrisa permanente en la cara. Yo grabo todas sus reacciones en mi retina. Al terminar, me mira. Y lo hace con tanta intensidad como sé que la estoy mirando yo.

—Es tan tú —me dice en un susurro.

Y aquí están otra vez las ganas de besarla, solo que ahora no hay ninguna barrera entre nosotros. Un par de palmos, una cabeza, veinticinco centímetros, un solo movimiento.

—¿Eso es bueno?

Ella asiente. Yo dejo de respirar.

Permanezco inmóvil, observándola. Salo siempre me ha parecido guapa, pero ahora mismo es la mujer más bonita de la galaxia. Sus ojos me transmiten calidez y deseo, sus labios están entreabiertos…

Corto el carraspeo que estoy a punto de emitir, porque la muy jodida se ha dado cuenta de que esa es mi respuesta cuando estoy nervioso, y lo que hago, en cambio, es tragar saliva. Ella me acaricia el pelo, enredando sus finos dedos en mi cabellera, como si estuviera tratando de calmarme, y se aproxima a mis labios con el sigilo de un felino. Me besa. Es un beso dulce, corto y contenido. Un roce de apenas tres segundos.

—Es de amigos —afirma con una media sonrisa.

—Por supuesto —respondo como un gilipollas.

—No cuenta. —Enarca una ceja y siento su respiración acelerada. Sigue demasiado cerca—. Es de cariño.

—Vale.

Abro la boca para decir alguna estupidez, pero ella aprovecha para besarme de nuevo. Sus

labios se pasean por los míos en una caricia que parece tener toda la intención de volverme loco. Su lengua se asoma por aquí y por allá, como si quisiera pasar a saludar. Y yo le sigo el juego igual que un adolescente tontín en su primer beso.

Aunque, si soy honesto, es exactamente como me siento: como un adolescente con el corazón desbocado al que le están abriendo las puertas de un mundo nuevo. Tal vez Narnia. O el callejón Diagon. Aunque quizá pegue más el camino de la fuerza, porque ella es mi princesa Leia.

No me muevo, no la toco, dejo que ella haga todo el trabajo. Tengo miedo de que vuelva a echarse atrás como aquella noche.

Fluir, no forzar.

Salo se separa de mis labios y sonríe contra ellos.

—Es mejor que me vaya.

Le devuelvo la sonrisa. Prefiero no decir nada y evitar que se sienta incómoda. Es su decisión, son sus tiempos y voy a respetarlos. Aunque cada vez estoy más convencido de que esta historia tendrá su final feliz.

#SpidermanFluye
#MaléficaBesa
#OsoAmorosoATope

Conversaciones diurnas

@el.abuelo.lector
¿Has hablado con @k.leer?

@_romantic.books
No ☹. Y tiene que estar muy enfadado para no contestarnos.

@el.abuelo.lector
No te agobies. Si es así, en cuanto se le pase el subidón de hormonas adolescentes, sabremos de él.
Yo a su edad me cogía unos berrinches impresionantes, luego se pasaban y tan normal.
¿Tú estás bien? ¿Cómo van tus líos emocionales?

@_romantic.books
¿Sabes? Era más fácil contártelo cuando pensaba que eras un abuelo de verdad.

@el.abuelo.lector
Soy el mismo, Romantic :)
Cuéntame, que me tienes intrigado.

@_romantic.books
¿Te vas a reír de mí?

@el.abuelo.lector
Como mucho, te diré que te estás poniendo intensita.

@_romantic.books
Idiota.
Puesss… Mi ex quiere quedar conmigo.

@el.abuelo.lector
Eso suena a que quiere tema.

@_romantic.books
¿Tú crees? ¡Joder!

@el.abuelo.lector
Lo mismo no y solo quiere hablar.
Pero lo importante no es lo que quiera él, sino lo que quieras tú. ¿Ya lo has averiguado?

@_romantic.books
Fue la única persona de la que me he enamorado, ¿sabes? Eso deja huella.

@el.abuelo.lector
Fue, pasado. ¿Y ahora?
Uy, Romantic, algo me dice que ese chico nuevo tiene algo que ver.

@_romantic.books
De verdad que era más sencillo cuando te imaginaba con barba blanca tipo Papá Noel.

@el.abuelo.lector
Jajajajajaja
Si te hace ilusión, busco una y me la pongo.

@_romantic.books
¡Cállate!

@el.abuelo.lector
Controla esa intensidad, Romantic :) ¡Cuenta!

@_romantic.books
Ese chico nuevo, como tú lo llamas, es mi amigo y nos besamos, pero solo una vez. Bueno, dos. Pensé que no tenía importancia, pero ahora me imagino *cosas*.

@el.abuelo.lector
Eso suena muy interesante.
¿Te gustó? ¿Qué tipo de *cosas*?

@_romantic.books
Me gustó y creo que puedes hacerte una idea solito.

@el.abuelo.lector
Ahhh… Ese tipo de *cosas*.
¿Y cuál es el problema?

@_romantic.books
Que somos amigos, ya te lo he dicho.
Me asusta perderlo, meter la pata…

@el.abuelo.lector
No se pueden detener los sentimientos.
Da igual lo que creas que es mejor, cuando ese mecanismo se pone en marcha, nada lo para.

@_romantic.books
Y luego la romántica soy yo…

@el.abuelo.lector
Todo se pega ;)

@_romantic.books
Eso mismo dice mi amigo.

Post

@el.abuelo.lector ¡Buenas!
En cuanto veo que el final del verano se acerca, comienzo a planificar mi relectura anual de *Harry Potter*. No me canso de esta maravillosa saga. Ojalá J. K. Rowling se animara a continuarla.
Lo que ocurre con los grandes libros es que, cada vez que los disfrutas, sacas una lectura nueva. Y yo, en esta ocasión, me temo que voy a sufrir con la elección de pareja de Harry. No tengo nada en contra de Ginny, de verdad, pero (que me perdone Ron) Hermione era perfecta para él.
Abro melón. ¿Se equivocó J. K. Rowling? ¿La energía entre Harry y Hermione era más que amistad? ¿Habría salido bien?
Si piensas como yo, dímelo. Y si no, también. Estoy muy interesado :)
#bookstagram #bookstagramespaña #instabooks #leer #harrypotter #teamharryhermione #debate

60. Primer trabajo

Darío

Septiembre 2018
(Un mes después)

«Camina como Mario Casas, mira como Mario Casas, habla como Mario Casas».

Me alejo de Ulises y de la pelirroja, manteniendo la pose de tipo duro, y me escondo detrás de una gran columna. Me siento ridículo con este traje y flipo muy fuerte todo el tiempo.

Todo. El. Tiempo.

Saco el móvil del bolsillo y observo si tengo respuesta al mensaje que he enviado hace un rato.

Darío
Ella está akí

Aún no lo ha leído.

«Será un trabajito facilón», me dijo para convencerme, «hacer un par de recados y listo». Claro, claro… Hasta que dos individuos se ponen enfermos y terminas convertido en el esclavo de una tarada que se hace llamar la *wedding planner*, recibiendo a los invitados en la boda del ex de la que era tu mejor amiga. De lo más normal, vamos. Si a eso le sumas que esa chica no sabe quién eres en realidad y que, además, has sido tan idiota como para enfadarte y no dirigirle la palabra, tendrás el combo completo. De once sobre diez en el *top ten* de situaciones extrañas, vaya.

Si Jaime estuviera aquí, se descojonaría en mi cara, igual que lo ha hecho mi hermana al verme con semejantes pintas. Fijo que me diría algo como que atraigo al desastre y que así no voy a ninguna parte. O tal vez no. Quizá el ataque de risa fuera tan grande como para que no pudiera hablar.

Sonrío al imaginarlo. También al recordar las carcajadas de la enana, hacía mucho tiempo que no la oía reír de esa manera.

—Darío, ¿dónde demonios está la novia? —escucho por el pinganillo que me han colocado en la oreja.

—No la veo, *señora*. —Se me escapa una risilla, Raquel odia que la llame así.

—Asómate ahora mismo a las puertas de la iglesia.

—Sí, señ…

—Ni se te ocurra —me corta—. Estoy a tres segundos de que me dé un ataque de ansiedad y te aseguro que no te gustará verlo.

Obedezco, acojonado, y me dirijo a la entrada para echar un vistazo. Ni rastro del coche ni de la novia. Lo que sí veo es a la pelirroja y al *hippie*, que hablan en modo histérico a escasos metros de la puerta.

—Joder, Mery, tengo que decírselo —dice él—. En cuanto abra Bookstagram, sabrá quién soy.

—Ser o no ser, esa es la cuestión —replica la otra, ida del todo.

—No, no, no… Por favor, no puedo tener esta conversación con frases famosas. Me va a dar un infarto. —Se toca el pecho con dramatismo—. Mery, reacciona. ¿Sabes dónde está Salo?

Ella inspira hondo, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por conectar de nuevo con la realidad.

—Con Berta —responde—. El coche ha desaparecido.

Tardo unos segundos en relacionar el nombre con la novia en cuestión, pero, en cuanto lo hago, mi boca adquiere vida propia y suelta:

—Putoflipo.

—¡No digas tacos en la iglesia! —grita Raquel en mi oreja—. ¿Qué pasa? ¿Quéééé paaasa? —berrea.

—No está. —Ulises y la pelirroja me observan, alucinando de que esté aquí y haya oído su conversación. Raquel ahoga un grito de desesperación y me pide que lo repita—. La novia se ha ido, no está.

Y ella también, por lo visto.

Debería enviar otro mensaje para que no se haga ilusiones.

#PrimerTrabajo
#Putoflipando #AllTheTime
#NoviaDesaparecida

61. Esos momentos

Salo

Agosto 2018
(Un mes antes)

Una peli, chocolate y la cabeza de Uli apoyada sobre mis muslos. Se ha quedado frito a los quince minutos de poner *Ironman*, está empeñado en que tengo que ver la saga completa de *Los vengadores*.

Su pequeño salón está a oscuras, las ventanas abiertas y una brisa fresca se cuela por ellas. Me asusta reconocerlo, pero esto se parece mucho a la felicidad. Lo único que me falta es enredar mis dedos entre sus rizos.

Estiro el cuello a todo lo que da y compruebo que sus ojos están cerrados. Lo están. Deslizo mi mano hacia su pelo y me recreo.

—Mmm… —Sonríe, dormido.

Yo sonrío, despierta.

############

—¿Nivel de energía? —Me siento en uno de los taburetes de Somos Instantes y Uli se quita el delantal negro, dando por concluida su jornada laboral.

—Alto. —Me guiña un ojo—. ¿Qué propones?

Durante un segundo, no reacciono como debiera y le miro de arriba abajo. Hoy lleva una camiseta ajustada tan negra como su delantal y unos vaqueros gastados que le quedan de infarto.

—No me mires así, Maléfica —me riñe en voz baja.

Quiero responder que lo intento, aunque a veces no pueda controlarlo, pero, en cambio, lo que hago es girar la cara.

—No inventes.

############

—¿Con qué disfrutas? —Uli, con su brazo sobre mis hombros, pasea a mi lado por uno de los pocos parques que hay en la ciudad. Está atardeciendo, aún hace calor, pero tenerlo tan cerca no me molesta en absoluto. Me mira y sus ojos brillan—. Algo te gustará.

«Estar contigo».

—Leer, hacer *collages*… Pero eso no me daría de comer.

—Quién sabe. —Sonríe.

—Yo lo sé. Son aficiones, no un trabajo.

—Tal vez no hayas encontrado aún tu vocación, pero no te rindas. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Asiento y contengo una risita tonta. Este hombre me da alas para soñar.

Uli

—Tú me quieres —le digo conforme la veo asomarse por la cafetería. Salo rueda los ojos—. Pero mucho, mucho. —Me acerco y la abrazo. Ella pega mi nariz a mi cuello. ¿Me está oliendo?

—Eres un poco idiota.

Sus labios me hacen cosquillas y exagero el escalofrío que me producen. Se separa de mi cuerpo y me mira, divertida.

Me encanta que pase a recogerme todos los días tras mi turno. A veces, nos vamos a mi piso. Otras, nos damos largos paseos, como si quisiéramos revivir nuestros días en Berlín. Siempre es ella la que lleva la iniciativa, dice que quiere disfrutar del tiempo que nos queda antes de que me vaya. Y yo, cuando la escucho, tengo ganas de no irme a ningún sitio.

Salo se sienta en una mesa a esperar a que termine de limpiar. Yo, pese a las protestas de Irene, me dejó caer en una silla frente a ella y la observo largo y tendido. Su pelo se ha ido aclarando durante los meses de verano y lleva un vestido amarillo, cruzado y con dibujos geométricos.

—Te invito a cenar —le propongo—. Has venido muy guapa como para encerrarte en casa. —Ella se sonroja y me crezco.

Esta tensión me da la vida y me la quita. Es duro estar con Salo y no poder besarla ni tocarla como a mí me gustaría, pero estoy mentalizado con la situación, debe ser ella la que dé el primer paso, y lo hará cuando esté segura.

Nuestras miradas se enredan.

—¿Y bien? ¿Qué me dices, Maléfica? —Subo y bajo mis cejas.

—Haz conmigo lo que quieras. —Sonríe de medio lado.

Un día de estos me dará un ataque al corazón de verdad.

############

—¡Bájame! —me ordena. No puedo parar de reír. La tengo cargada sobre mi hombro igual que si fuera un saco de patatas.

—Lo haré en cuanto admitas que Bellatrix Lestrange da muchísimo más miedo que Voldemort.

Salo patalea.

—¿En serio? —Me da un palmetazo en el culo. Yo se lo devuelvo—. ¡Esto es una excusa para meterme mano!

Un poco sí, para qué voy a negarlo.

—Has herido mis sentimientos —digo con toda la seriedad de la que soy capaz—. Te has reído de mí.

—De ti no, de tus teorías. —Resopla—. ¿Me bajas, por favor?

La dejo caer en el sofá. Me mira con odio… ¿y con deseo?

Aun a riesgo de recibir un mordisco (no sería el primero), o de no poder controlar mis instintos, me siento a su lado.

—No juegues con fuego —me advierte.

Nuestras respiraciones están aceleradas.

—¿O qué?

—O te quemarás. —Mira mis labios y cierra los ojos.

«Ay, Salo».

62. Estoy madurando

Darío

—Hoy has llegado pronto.

Levanto la vista del móvil y se me escapa una sonrisita. Todavía no me acostumbro a esta nueva rutina en la que Vero y yo compartimos un rato, justo después de la cena. Quedamos siempre aquí, frente a la mercería de al lado de mi casa, igual que hace dos semanas, cuando volví del hospital hecho polvo.

Los médicos nos dijeron que la operación de mi madre había salido bien, pero no nos dejaron verla. Y, aunque protesté, mi tío me obligó a irme de allí. Sus intenciones eran buenas, claro, quería que descansara; sin embargo, me sentí como si estuviera dejando a mi madre a su suerte.

Es algo que hacen mucho los adultos: decidir por nosotros como si fuéramos idiotas. Soy joven, pero no tonto, ¿no se dan cuenta?

Esa noche estaba jodido, frustrado y muy enfadado. También triste. Eva, que me había acompañado a casa porque me había negado a ir a la de mi padre, intentaba consolarme diciéndome una y otra vez «Todo pasa, Darío».

Pobrecilla, creo que la mandé a la mierda.

Y entonces sonó el timbre del portal y, al descolgar el telefonillo, oí su voz al otro lado, preguntándome si podía subir. No tengo muy claro qué respondí ni tampoco lo que le dije a Eva, pero bajé y la encontré apoyada en la misma pared en la que estoy ahora, justo al lado del escaparate de la mercería de doña Amparo. Al verme, me abrazó.

Durante todo el día había recibido muchas muestras de cariño, y, sin embargo, nada me calmó como el achuchón de Vero. Serán cosas del amor. O que donde hay hormona, no manda neurona, que diría Jaime.

Aquella noche, paseamos durante horas por el barrio. Yo estaba en modo drama y me quejé de la medicina en España con muy pocos argumentos. Entonces, Vero me contó que su madre había estudiado enfermería. Vamos, que fui un bocas en toda regla. Para un día que me suelto y la cago. Aunque ella no me lo tuvo en cuenta y yo tampoco tardé en rectificar mis palabras. Al fin y al cabo, un error no es una generalidad.

Estoy madurando, ¿verdad?

Vero me da un beso en la mejilla y yo se lo devuelvo, aprovechando el momento para dejar mi mano en su cintura.

—¿Qué tal va tu madre?

—En casa mejor que en el hospital. Sigue quejándose de dolores y las curas no le gustan nada, pero poco a poco.

Sonríe de forma dulce. Lleva el pelo recogido en un moño y un vestido blanco, como una preciosa bailarina de ballet a punto de ponerse a hacer piruetas en esta calle desierta.

—Se recuperará —afirma con seguridad.

—Sí —respondo casi en un murmullo, porque no sé qué decir.

Vero me da un suave empujón y ensancha la sonrisa. Quiere que imite su gesto, verme

convencido de que se pondrá bien.

Qué lejos me parece el lio que monté con la dichosa foto. No hay nada como un drama real para poner todo en su sitio. Ahora empiezo a entender que las inseguridades son solo eso, fantasmas; que quería pasar de cero a cien en un segundo y que cada cosa tiene su tiempo.

—Oye, Darío… —Me toca el brazo para llamar mi atención y disimulo el escalofrío que me recorre entero recolocándome un mechón tras la oreja—. ¿Te has planteado escribir a tu amiga?

Adivino que se está refiriendo a Salo, porque he hablado de Romantic Books mucho más de lo que me gustaría.

—A veces… Pero no voy a hacerlo.

Vero se detiene y las luces de un escaparate iluminan su cara. Sus ojos transmiten tristeza.

—En los mensajes que me enseñaste parecía preocupada.

Inspiro hondo.

Perder a la Tita Romantic en los días que más la necesitaba fue como tratar de sostenerme con medio cuerpo. Me había acostumbrado a que siempre estuviera ahí, a que me diera consejos cuando estaba flojo. Fue una decepción, mayor incluso que darme cuenta de que la historia con Vero no era real. En el amor esperaba fracasar. Soy un torpe, virgen y, por mucho que quiera imitarlo, no soy Mario Casas. Era de cajón que me iba a llevar una hostia. Lo que no esperaba era sentirme abandonado por mi mejor amiga. Pero también soy capaz de entender que Salo tiene su vida y que siente haberme fallado. Lo malo es que una vocecita dentro de mi cabeza insiste en que si me hubiera considerado importante, no se habría olvidado de mí.

No, no estoy preparado para hablar con ella. Sigo dolido y enfadado y no sé si tengo motivos para estarlo.

—Sé lo que es que la gente desaparezca de tu vida de un día para otro. Los chicos, a veces, hacéis esas cosas y no es agradable. Tú no eres así, Darío.

Bajo la cabeza y fijo la vista en mis zapatillas. Me alegra que piense que soy diferente, pero también me doy cuenta de que tiene razón. No está bien y no es propio de mí.

Las sandalias de Vero se acercan. Un golpe de brisa mueve su vestido y el olor a vainilla me envuelve. Ella acaricia mi mejilla, pero yo no levanto la vista del suelo.

—Tú eres de los que ayudan a su madre, cantan canciones Disney para animar a su hermana pequeña y leen. —Se me escapa una risilla. Le he contado demasiadas cosas estas noches—. Eres diferente, pero en plan bien. No te conviertas en uno de esos capullos.

Asiento con el corazón rebotándome en el pecho. Me gusta que me vea así. Dicho de sus labios parece que sea un tío molón en vez de un pardillo.

—Vale —respondo en un susurro.

Un rato después, estamos de nuevo en mi portal, abrazados como cada noche al despedirnos. Aún no he descubierto cómo es el sexo, pero no puedo imaginar una sensación mejor que esta.

Jamás podría contarle esto a Jaime, claro, se reiría de mí a pleno pulmón.

—Prométeme que lo pensarás —me dice contra mi hombro.

Y a mí me parece increíble que, después de lo que me ha contado esta noche, se preocupe por mí.

—No sé si estoy preparado para hablar con ella. —Me tira del pelo y yo me río—. Sí, lo pensaré. —Bajo la voz—. Pero solo porque tú me lo pides.

Nos quedamos en silencio y cuento los segundos. Tengo la teoría de que el tiempo que pasamos abrazados aumenta conforme pasan los días.

—Buenas noches, Darío. —Vero se separa de mi cuerpo.

Dieciocho segundos, tres más que ayer.

—Buenas noches, Vero.

Veo cómo se aleja y también cómo se gira en un par de ocasiones. Yo sigo plantado en el mismo sitio, levantando la mano cada vez que ella echa la vista atrás. No puedo parar de sonreír.

Cuando desaparece, cojo mis llaves y abro el portal. Suspiro en el ascensor y entro en casa sin hacer ruido. Antes de ir a mi cuarto, paso por el de mi madre y me asomo. Ana está hecha un ovillo en la cama, a su lado, igual que el gato.

Mi madre abre un ojo.

—¿La llevo a su cama? —pregunto en un susurro señalando a mi hermana. Ella niega con la cabeza—. Te quiero. —Mi madre me hace un gesto para indicarme que ella también a mí—. Descansa.

Cierro la puerta despacio.

Por fin empiezo a ver la luz.

#TodoPasa #TodoLlega
#Madurando #SintiendoCosasBonitas

63. Un hito en mi historia

Salo

—Hoy necesito algo fuerte, nada de cafecitos.

Mery me lanza una mirada de aprobación y ambas cruzamos la plaza peatonal cogidas del brazo. Es miércoles, son las siete de la tarde y hemos quedado para tomar algo después del trabajo en una pequeña terraza.

—No sé por qué hemos dejado de venir a este sitio —me dice al llegar a nuestro destino. Su sonrisa juguetona me avisa de que su comentario está más relacionado con los maromos que hay por aquí que con el propio bar. Buscamos una mesa libre y tomamos asiento—. ¿Qué habías pensado? ¿Una cerveza?

—Un copazo.

Sus ojos azules se agrandan por la sorpresa. Que yo pida alcohol es todo un acontecimiento, pero que esté dispuesta a pagarlo en una terraza es un hito en mi historia.

—Tú tienes mucho que contar. —Analiza mi rostro, que debe de estar respondiendo por mí un «ya te digo»—. Pues yo también, te lo advierto. Esto no será un monólogo, tendrás que escucharme.

Un soplo de aire fresco hace que nuestros vestidos se muevan con ligereza. El suyo es azul, el mío, negro. Ambas sonreímos.

—Me parece correcto. —Mis ojos chisporrotean con orgullo.

—Es el efecto Yani —me explica, pizpireta.

—No te quites mérito, Mery, el trabajo lo estás haciendo tú solita.

Ella ladea la cabeza y, después, asiente. Le gusta más mi versión.

Pedimos un par de *gin-tonics* —a la española— y el camarero, mucho menos simpático que Uli, los trae a nuestra mesa con rapidez.

—Por los cambios —brinda mi amiga.

Damos un buen trago y le pido que empiece. He centrado toda mi energía en Uli en las últimas semanas y no le he prestado a mi amiga la atención que se merece, por lo que me reprendo. Siempre me ha molestado que las protagonistas de las novelas románticas dejaran su mundo en *stand-by* por un chico, y resulta que es lo mismito que he hecho yo.

Aunque, bueno, Uli no es solo un chico, es mi amigo.

«Uno con el que te visualizas follando. Lo normal».

Sí, uno con el que de pronto me imagino haciendo todas las guarradas posibles. Aunque, si solo fuera eso, aún podría controlarlo. Lo malo es lo otro. El cosquilleo que siento cuando estamos juntos, la risa tonta, la alegría porque sí… ¿En qué momento ha empezado a gustarme tanto mi mejor amigo? Ni idea. Pero no voy a cruzar esa línea si no estoy segura al cien por cien. No, si existe la posibilidad de hacerle daño y perderlo.

—Voy sin filtro —me avisa levantando las cejas. Alzo la barbilla, como si le respondiera «dale»—. No soporto a la *princesita*. —Apoya las palmas en la mesa metálica y hace una pausa dramática, esperando una reacción por mi parte que no llega. Estoy haciendo un gran esfuerzo

por mantener esta fachada de neutralidad y no mover ni un músculo facial. Sin embargo, por dentro, estoy flipando—. Al menos, no esta versión medio loca que se planta en mi casa día sí y día también. Pasa del drama a la euforia en un nanosegundo. Cambia de opinión cada diez minutos, te lo juro. *«Me caso, no me caso»*. *«Me caso, no me caso»* —dice imitando su voz y moviendo las manos de un lado a otro. Tengo un momento de debilidad y me río, imaginando a Berta, la mujer que tiene todas sus reacciones estudiadas, poseída—. No es gracioso —me riñe —. Es como estar con una cría que deshoja margaritas y llora a todas horas. ¡Se supone que la boda se celebra en dos semanas, por favor! ¡Si hasta nos hemos ido de despedida! —Suelta un bufido eterno—. Me roba la energía, me supera y me siento una persona horrible. —Palmea la mesa, que se desestabiliza—. ¡Ale, ya lo he dicho! —Deja escapar un ruidito de satisfacción de lo más mono y da un trago a su copa.

La miro con cariño durante unos segundos.

—Mery, no eres una persona horrible. Eres una persona, punto. Estás en mitad de una ruptura con un novio imaginario —le guiño el ojo al decir «imaginario» y ella reacciona con una ligera sonrisa—, una de tus mejores amigas está tirando de ti para que des mucho más de lo que puedes y la otra (que soy yo) está de dramas hasta las cejas y tampoco te sirve de consuelo.

—Eso me tiene cabreada —confiesa—. Yo siempre estoy para los demás. Pero ¿qué pasa conmigo?

—Tienes razón. — Suspiro.

—La tengo. —Se endereza en la silla y vuelvo a sentirme orgullosa de mi amiga.

—Aunque también es cierto que tendrías que aprender a levantar la mano. No podemos adivinar qué te pasa si no lo hablas.

Ella rueda los ojos.

—A estas alturas, deberíais saberlo.

—Todavía no hemos aprendido a leer la mente. —Sonrío al mentar un superpoder.

Me encantaría tener ese don, el de leer la mente, aunque en la primera cabeza donde lo aplicaría sería en la mía, porque está claro que no me entiendo. ¿Por qué sigo sintiendo cosas por Miguel? ¿Por qué tengo tantas ganas de sobrepasar la línea de la amistad con Uli? ¿Cómo coño pueden convivir estos dos sentimientos, que son pero no son?

Las risas de un grupo de chicas, sentadas en el extremo de la terraza, nos despistan. Mery mira en su dirección, aún seria, y la observo. Mi pequeña empotradora está creciendo a pasos agigantados.

—Bueno… —responde poco convencida mientras yo bebo de mi copa—. Quizás no estés muy equivocada. —Se apoya en el respaldo y estira las piernas—. Cambiando de tema… ¿Qué tal la vuelta al curro?

—Un asco —confieso al tiempo que busco un cigarro en el bolso—. Mi jefa no ha hecho ni el huevo estos días y, la muy desgraciada, pretende que yo solita solucione los marrones. —Me enciendo el pitillo y le doy una calada—. Quiero irme.

Mery levanta una ceja, sorprendida. No es para menos, es la primera vez que afirmo algo parecido delante suyo. Hasta ahora, he sido la práctica, la que anteponía la estabilidad laboral y económica a todo lo demás. Tal vez sea influencia de Uli o quizá fruto de mi crisis existencial, pero empiezo a darme cuenta de que no puedo vivir a futuro, que también hay que disfrutar del presente. Y yo en mi trabajo no disfruto, lo detesto.

Mi amiga sonríe.

—¿Has empezado a buscar otro?

—Esta mañana me he pasado una hora en Infojobs —gruño—. Tengo que estar haciendo algo

mal, solo encuentro curros de mierda en los que piden carreras universitarias, *masters* del universo y varios idiomas. —Ella estalla en carcajadas—. No es gracioso —la imito.

—No, pero está a la orden del día. No te desesperes. —Levanta el brazo para llamar al camarero—. Tengo antojo de patatas fritas. —Me encojo de hombros, lo que aumenta su sorpresa. Suelo protestar ante las consumiciones extra.

Mientras ella pide, echo un vistazo a mi teléfono. Tengo varios wasaps de mi ex que, como prometió, no deja de insistir para que nos veamos.

—¿Y esa cara?

—Miguel —respondo, seca.

—Dime que no te lo has tirado. —Se lleva una mano a la boca—. Salo, por favor.

—No nos hemos visto.

Respira, aliviada.

Apago la colilla y doy un trago más largo a mi copa. Mery busca mi mano sobre la mesa a modo de disculpa y se la tiendo.

—Si no es eso lo que tienes que contar… ¿Qué es?

—Es sobre Uli —digo sin más.

#ConversacionesDeAmigas
#YEnTerraza #ComoSiFueraRica

############

Mery escucha con atención toda la historia. A veces, me interrumpe para preguntar algún detalle; otras, sonríe. Pero la mayor parte del tiempo parece preocupada. Eso me confunde. No hay nada mejor que la reacción de un amigo a lo que le cuentas para evaluar lo jodida que estás. Y a juzgar por sus expresiones, mi situación no pinta bien.

—Di lo que piensas, Mery, no te cortes. —Me enciendo otro cigarro, el segundo desde que me he abierto en canal, y la pelirroja pide otra ronda.

—Creo que hemos intercambiado los papeles. —Enarco una ceja, a la espera de que me lo explique—. Ahora tú estás enamorada de tu mejor amigo y yo me tiro a desconocidos.

Protesto con un bufido. Ni ella se ha chuscado a tantos tíos ni yo he mentado al amor.

El camarero trae dos *gin-tonics* más y los deja sobre la mesa sin hacer ningún comentario. Es tan rápido como soso.

Me río sin ningún sentido y contagio a Mery.

—Te estás emborrachando. —Me apunta con el dedo.

—Me estás emborrachando, más bien. —Chocamos nuestras copas y bebemos—. Entonces, según tu teoría, estoy viviendo lo que tú has experimentado con Juan estos años.

—Más o menos. —Ladea la cabeza y la luz de la tarde se refleja en su cabello—. La diferencia es que tú a Uli le gustas y a mí Juan me ve como a una amiga. —Asiento con pena y ella suspira —. No pasa nada, por fin lo he aceptado y, aunque duela, es un punto de partida.

Sus ojos se empañan, pero borra la tristeza con una sonrisa. Sí, definitivamente, la pelirroja está madurando. Me pregunto si yo también estoy en el mismo proceso o doy vueltas sin sentido.

—Tampoco sé si le gusto —le confieso—, no de esa forma. Nos hemos besado un par de veces, pero no ha pasado nada más.

—Uli se marcha, lo más probable es esté evitando dar algún paso para no herirte. Y, además… —arruga la cara en una mueca—. *Ains*, Salo, creo tengo algo de culpa.

Con temor, Mery me cuenta la conversación que tuvo con Uli en la acampada. Una parte de

mí quiere matarla, pero la otra sabe que yo habría hecho lo mismo.

—Quería protegerte —me explica, aunque no es necesario que lo haga—. Y Uli es buen chico. —Sonrío y Mery, al ver mi reacción, se relaja—. Habla con él. Y, de paso, también deberías quedar con Miguel y quitarte las dudas. Tenemos que enfrentarnos a nuestros demonios, solo así podremos avanzar.

—¿De qué peli es eso? —le pregunto con sorna.

—De ninguna. Es *made in* Marisol —resuelve, satisfecha.

Me incorporo de la silla con torpeza y me abalanzo sobre mi amiga.

—Te quiero —le digo al oído.

—Lo sé.

Niego con la cabeza y le doy un beso. Siempre parafrasea a *El imperio contraataca* para responder a mis muestras de afecto, pero la adoro.

Cuando regreso a mi sitio, la pantalla de mi móvil se ilumina. Me ilusiono con que sea un mensaje de Uli, sin embargo, lo que veo es incluso mejor, un SMS que me llena de esperanza.

Número Desconocido
Todo está bien, Romantic, no te preocupes

—¡Babosilla! —grito como una perturbada—. Es mi amigo —le aclaro a la pelirroja en un tono de voz más bajo—, por fin ha dado señales de vida.

#BabosillaIsBack
#MiChiquitín #LoEchabaDeMenos

64. Casualidades, mariposas y una cogorza

Mery

—¿Quién es ese Babosilla?

Estoy muerta de curiosidad, por fin me va a hablar de ese amigo misterioso. Solo ha tardado… ¿Un mes?

«Bueno… El tiempo es relativo».

Elevo los ojos al cielo. Qué cruz mi cabeza, de verdad.

—Espera, voy a guardar su número. —Salo trastea su móvil sin levantar la vista—. Quiero ver su foto de perfil, no sé cómo es —me explica—. Mierda, solo se ven dos pares de zapatillas, una frente a la otra. Me quedo igual. —Suelta un bufido.

—¡Cuenta!

Salo se ríe, deja el teléfono sobre la mesa y se enciende un pitillo.

—Tengo dos amigos en Bookstagram. Uno de ellos pensaba que era un abuelo, pero tiene nuestra edad. El otro, el que me ha escrito, es Babosilla, un adolescente que tiene a su madre enferma. No sabía nada de él desde que volvimos de la acampada.

Abro la boca para decir algo, pero la cierro. Mi cerebro ha tenido un pequeño cortocircuito cuando ha oído la palabra «Bookstagram». ¿Le he contado a mi mejor amiga que me he hecho un perfil en esa red solo para espiar lo que publica? *Nop*. Genial.

La temperatura está comenzando a bajar y la brisa, que hasta hace un rato agradecía, me provoca un pequeño escalofrío.

—Te has quedado muy callada —percibe.

—Pensativa. —Más bien acojonada por su reacción a mi pequeña travesura.

—Estás molesta. —Niego con la cabeza y ella ladea la suya—. No pasa nada, lo entiendo. Me he pasado media vida diciéndote que no me gustan las mentiras y he sido la primera en no ser honesta contigo.

Ahora me siento peor. ¿No he hecho yo lo mismo? ¿Con Berta, con Uli, con el puñetero perfil de Bookstagram…? Vale, la imagen que tenía sobre mí misma se está yendo al garete.

Hola, soy Mery, y estoy tan acostumbrada a que mis amigos me cuenten sus movidas que he acabado interviniendo en ellas sin que me lo pidan.

Hola, Mery.

—Yo tampoco lo he hecho demasiado bien —murmuro.

Salo hace un gesto para quitarle importancia al asunto, apaga el pitillo a medias y, después, lanza un silencioso suspiro.

—Fue Babosilla quien me envió la *foto* de esa chica. Le gusta —sonríe con cierta ilusión— y vive aquí.

Ahora sí, reacciono. Mi bucle de culpabilidad tendrá que esperar. El tema de la supuesta hermana es importante para mi mejor amiga y no hemos hablado de ello desde hace semanas.

—¿Te gustaría conocerla? —le pregunto.

—Mucho… No te rías, pero, a veces, imagino que me la encuentro por ahí y está con

Babosilla. Aunque sería demasiada casualidad, ¿no?

«Las casualidades no existen».

Ruedo los ojos y me concentro muy fuerte para ignorarme.

—Voy a responder a su mensaje. —Salo vuelve a coger su teléfono y teclea. Recibe otro SMS de inmediato—. Que no tiene internet y que ahora no puede hablar. —Chasquea la lengua, posa el móvil sobre la mesa y se deja caer en el respaldo de la silla—. Creo que sigue enfadado conmigo.

—¿Por dejarte el móvil en casa? Ya se le pasará. ¡Adolescentes! —Alzo el brazo para pedir otra ronda y ella me amenaza con no pagar su parte. Yo insisto—. ¿Y el otro, el que no es un abuelo?

Sonríe.

—Es muy majo.

Ahora sonrío yo.

—Enséñame su perfil.

Mientras nos sirven las consumiciones, cotilleo a gusto al Abuelo Lector, aunque no encuentro ni una foto que no sea de libros.

—No sé cómo pudiste pensar que era un anciano —le digo—. Nadie con más de cuarenta tiene esta obsesión por *Harry Potter*. —Suelto un suspirito—. ¿Te imaginas que también vive aquí? —Mi amiga se descojona y apunta con el dedo a mi copa, como si quisiera decirme que el alcohol habla por mí. Que un poco sí—. Como en la peli de Meg Ryan y Tom Hanks, *Tienes un email*. Dos conocidos que, sin saberlo, hablan por internet.

Salo frunce el ceño y da un trago a su copa.

—Hay cosas que solo son bonitas en la ficción.

—Ya estamos…

—¿Qué? Es la verdad. A todos nos gusta controlar lo que mostramos a los demás. Si a mí me pasara lo que a Meg Ryan, me sentiría expuesta y saldría corriendo. —Nos reímos las dos, ambas sabemos que sería capaz—. Y déjate de fantasías que yo ya tengo suficiente con Miguel y con Uli.

Hablamos y bebemos durante un buen rato. De la boda, de Miguel y también de mis conversaciones picantonas con Yani. Hasta que el cielo se oscurece y reúno el valor suficiente para confesar.

—¿Sabes qué es gracioso? — me aclaro la voz. Salo sonríe y levanta la barbilla para que continúe—. Pues resulta que la noche en la que me contaste lo de Bookstagram, hice algo muy estúpido. —Arquea una ceja, divertida—. Yo… —Me callo de golpe cuando su teléfono suena sobre la mesa. Flipo—. ¡Te está llamando tu ex!

La primera reacción de Salo es sacudir la cabeza, la segunda es dedicarme una mirada significativa.

—Tenemos que enfrentarnos a nuestros demonios, ¿verdad? —Asiento, confundida. Ella se incorpora—. Pues allá voy, deséame suerte. —Descuelga la llamada—. Hola, Miguel.

#Momentazo #SinConfesión

##########

Empiezo a pensar que tengo un problema. En cuanto Salo se ha levantado, he tardado dos minutos en coger mi móvil para volver a cotillear a @k.leer y al Abuelo Lector.

Hola, soy Mery, y soy mucho más chismosa de lo que creía.

Hola, Mery.

Una parte de mí se revuelve y trata de defenderse de esta acusación, alegando que necesito pensar en otra cosa que no sea en Juan.

El desamor es jodido, va por fases. Un día te levantas creyendo que lo tienes superado porque tu primer pensamiento no ha sido para él y, al siguiente, te encuentras haciendo algo estúpido, como invocar un hechizo de atracción para que esa persona regrese a ti. Es duro renunciar a las ilusiones y aceptar que lo que quieres nunca va a suceder. Es terriblemente jodido el proceso de desenganche, que es como salir de una secta —a fin de cuentas, tienes que desaprender todo lo que sabías y rellenar los huecos con nuevos aprendizajes—, y, además, es lento de cojones.

Me he pasado media vida enamorada de ese idiota, esperando a que llegara mi turno, a que un día se diera cuenta de que lo que compartimos va más allá de una amistad, a que me eligiera *a mí*. Y no puedo evitar sentirme gilipollas por haberme quedado estancada. Como tampoco puedo evitar que mi corazón siga latiendo por él. Un poco menos, eso sí, porque la decepción es un gran remedio para que se reduzca la intensidad.

Doy un buen trago a la bebida y busco a Salo por la plaza. La localizo caminando arriba y abajo frente a la puerta del bar. A veces me pregunto si ella también está pasando por lo mismo con Miguel o, simplemente, es un escozor sin importancia. Aunque no creo que ni ella misma lo sepa.

—¡Listo! —La voz de Salo me asusta y doy un saltito estúpido en la silla. ¿Estoy tan perjudicada como para no haberla oído llegar? La observo, está de pie junto a la silla que antes ocupaba y se tambalea. ¿O lo hago yo? Espera, ¿cuántas copas nos hemos tomado?—. He quedado con Miguel. Cuanto antes, mejor. Como quitarse una tirita. ¡Ras! —Mueve un brazo imitando el gesto y se descojona sola. Está borracha.

Debería decirle lo mala idea que es quedar con tu ex en estas condiciones, pero, en cambio, emito un ruido que está entre un «pfff» y un «nooo».

Comprobado: hemos bebido demasiado.

—Ya he pagado, Mery. Te invito —dice con la lengua tropezando entre sus dientes. Vuelve a reírse—. ¡Yo, Mery, invitando! —Se acerca y me da un sonoro beso en la frente—. ¿Has visto? ¡Nos estamos convirtiendo en mariposas! —Asiente tres veces y yo con ella, desubicada—. Te quiero.

Ni respondo ni me muevo, no soy capaz. La veo alejarse por la plaza mientras intento descifrar el significado de sus últimas palabras.

«¿Mariposas? ¿Y antes qué éramos? ¿Gusanas?».

Hola, soy Mery, y…

Pfff… Paso, estoy demasiado borracha.

#AmigasMariposas #AmigasGusanas
#IdeasGeniales #IdeasDeMierda

65. Cuando te vi

Salo

—Sube. —Miguel se inclina hacia la puerta del copiloto y la abre. La situación es tan surrealista que obedezco. Cuando me ha propuesto quedar en una de las avenidas principales de la ciudad, esperaba que llegara tarde, pero no que se presentara en su viejo coche—. Hola. —Sonríe mientras arranca.

Me pongo el cinturón y me da la risa. No porque tenga gracia, sino porque voy borracha y acabo de darme cuenta. Aunque no debería reírme, la última vez terminé en Berlín.

—¿Te encuentras bien?

Ladeo la cabeza y lo observo. Se me había olvidado lo guapo que está. Pelo rubio y sedoso, fuertes brazos y esa carita que parece sacada de un anuncio. Soy gilipollas por pensar que esto podría salir bien, será un auténtico desastre.

—Estoy perfecta. —Una idea cruza mi mente y frunzo el ceño—. ¿Nos estamos escondiendo?

Su sonrisa desaparece.

—Suena muy mal, pero algo así. —Suspira.

—Genial.

Se detiene en un semáforo y me mira de reojo.

—Lo siento, pero estas últimas semanas he discutido tanto con Berta que no me apetece seguir sumando motivos por los que pelear.

Asiento despacio. Esta información no es nueva, aunque tengo mucha curiosidad por saber por qué se pelean estos dos.

—Y quedar conmigo podría ser un problema porque…

El semáforo se pone en verde y se recoloca mirando al frente.

—Porque intuye que tengo dudas.

#ParálisisCardiaca #What?

############

Miguel detiene el coche en uno de los miradores sobre el casco viejo. La iluminación sobre las casitas blancas y las calles estrechas le dan un rollo romántico que no es nada apropiado para una cita con un ex. Mucho menos si tenemos en cuenta que sigo borracha —o sea, más expuesta— y que aquí ha venido a chuscar media ciudad.

—He traído helado —me dice girándose hacia el asiento trasero—. Espero que no se haya derretido. —Me muestra una pequeña bandeja de cartón con dos McFlurry—. Por los viejos tiempos. ¿Te acuerdas?

Asiento con sospecha. Este gesto parece tener como objetivo ablandarme, algo que ha conseguido. Y, de paso, que vuelva a sentir esa puñetera nostalgia.

—Eran nuestro pequeño vicio —prosigue—. No había semana en la que no cayeran dos, daba

igual que fuera verano o invierno. Yo los tomaba con sirope de caramelo, tú con chocolate. —Me tiende el mío y lo cojo. Mi ceja no puede estar más arriba. ¿Por qué me está contando esto *a mí*, si ya me lo sé?—. Es una ofrenda de paz. —Sus ojos azules se clavan en los míos y sonríe con timidez.

Tengo que salir de aquí antes de que esa mirada remueva más recuerdos.

Abro la puerta del coche y salgo. El calor de la noche cae a peso muerto sobre mi cuerpo, casi a la misma velocidad a la que se precipita al vacío la confianza en mí misma. La voy a liar, sé que voy a hacerlo, no hay más que ver mi historial. Doy un par de pasos y me apoyo en la barandilla metálica del mirador.

—Sigues enfadada. —La voz de Miguel a mi espalda—. Antes tenías menos genio.

No me doy la vuelta.

—Si querías quedar conmigo para tocarme los cojones, podrías habértelo ahorrado.

Él se ríe y se acerca. Apoya su cabeza en mi hombro.

—Cuando te pones así, me acojonas un poco. —Me besa en la mejilla y se retira. Se sitúa a mi lado y deja que pasen unos segundos—. Lo siento.

—¿Por el comentario o por lo de la boda?

—Supongo que por todo lo que haya podido hacer que te haya hecho sentir mal. —Se encoge de hombros y se mete la cucharita de helado a la boca—. Está rico.

Lo pruebo. Está buenísimo.

—No está mal… Pero esa disculpa es pésima.

—Lo es. —Sin verlo, sé que sonríe.

—Me encantaría saber qué hacemos aquí. —Giro la cara en su dirección. Él vuelve a suspirar, esta vez en silencio.

—Espero que tener una conversación como viejos amigos. Tal vez sea pedirte demasiado, pero lo necesito.

No es el gesto de preocupación lo que me hace cambiar de actitud, es la vulnerabilidad de su tono. Miguel puede haberme hecho daño, pero eso no quita que siga siendo una persona importante para mí —signifique lo que signifique eso—, y es evidente que no está bien. Respiro hondo y bajo la muralla de bordería. Le doy un suave empujón.

—Cuéntame qué pasa.

Él sonríe con tristeza.

—¿Alguna vez te has preguntado qué hubiera sido de tu vida si hubieras tomado otras decisiones?

El corazón se me para y el latido se reinicia a una velocidad de vértigo.

—Últimamente con demasiada frecuencia, sí.

—Entonces, entiendes lo loco que es.

Me muerdo la lengua y asiento. No creo que sea conveniente contarle mi rayada mental en estos momentos.

—¿Por la boda? Porque, si es así, supongo que debe pasarle a mucha gente. Los compromisos asustan, ¿no?

Niega con la cabeza.

—No, no es por eso. Estaba muy seguro cuando di ese paso, no lo hubiera dado a la ligera. —Me meto otra cucharada de helado para tragarme la bilis que amenaza con salir de mi boca—. Que sí, Salo, que tenía que habértelo contado cuando hablamos en mi cumpleaños. Fue una mala decisión que no puedo cambiar y lo siento mucho. De verdad.

Escucharlo con todas las letras me calma de un modo que no comprendo. Quizá sea porque, de

alguna forma, entiendo que yo también soy importante para él.

—Vale, sigue. —Miguel permanece en silencio—. Va, di, ¿cuándo empezó?

Me mira a los ojos.

—Cuando te vi.

#DeEstaNoSalgo #EnShock

############

Mi estómago vibra y mi pulso se acelera. Miguel comenzó a imaginar realidades alternativas *cuando me vio*. ¿Qué significa? Miles de historias románticas se cuelan en mis pensamientos, historias que he leído y he visto, donde los protagonistas se reencuentran tras el paso de los años y tienen que admitir que su amor sigue vivo. ¿Eso es lo que nos está pasando? ¿Miguel y yo seguimos enamorados?

«El amor alivia como la luz del sol tras la lluvia».

Eso me dijo el Abuelo Lector cuando le pregunté cómo podría saber si estaba enamorada, también que era una sensación fácil de reconocer, como el hambre. Podrá no ser una persona mayor, pero le considero un tipo sabio. ¿Siento alivio? No. Y tampoco tengo la certeza de cuáles son mis sentimientos.

La frase de Miguel ha tenido su efecto, también el sitio y la intimidad, incluso el puñetero helado. No se puede negar que es bonito y admito que una parte de mí está contenta. Pero, ahora mismo, más allá de todo esto, lo que predomina en mi estado emocional es la ansiedad.

—Cuando me viste… —repito casi para mí misma.

—Así es. —Suspira, lo que incrementa mi nerviosismo. ¿Cuántas veces va a hacerlo en esta conversación?—. Ver tu enfado me removió, me hizo preguntarme si tú… —No termina la frase, lo que agradezco. Mis escudos están bajados, la lengua la tengo un poco suelta y de verdad que no quiero liarla.

No digo nada, necesito concentrarme en algo menos intenso que esta conversación. Fijo mi atención en las luces de la ciudad. A pesar del calor, hace una noche de verano estupenda.

—Salo, olvidarte fue una de las cosas más difíciles que he hecho —continúa. Le miro con miedo—. En serio, fue muy jodido. No dejaba de torturarme con la idea de que me había rendido demasiado pronto. —El recuerdo de un Miguel triste se cuela en mi cabeza. La información no es nueva, pero confieso que entonces no quise ver que estaba tan mal—. Cuando vi tu reacción a la noticia de mi boda, esa pregunta volvió a aparecer.

—Malditos «y si…» —murmuro entre dientes.

—Sí, supongo. —Me mira largo y tendido.

Ahora la que suspiro soy yo. Miguel está esperando una respuesta a una pregunta que no ha llegado a formular. ¿Entre nosotros queda algo? Tal vez sí, quizá el amor no desaparezca aunque la relación termine. Es probable que el afecto continúe en nuestro interior, reducido, más tranquilo, pero que siga ahí de alguna forma. Y ese mismo cariño —tenga el nombre que tenga— es el que me empuja a hablar. No puedo permitir que Miguel se eche a la espalda algo de lo que no fue responsable.

—Fui yo la que se rindió —confieso—. No hubieras podido hacer nada más de lo que hiciste. —Él asiente despacio. Sus ojos azules se clavan en los míos. Y, de pronto, lo sé, necesita sentirse seguro del camino que ha elegido—. La noticia de vuestra boda me cabreó, lo admito. —Busco su mano encima de la barandilla y le doy un apretoncito. Una media sonrisa asoma en su rostro —. Pero no fue nada más que eso, una reacción intensa ante un hecho inesperado. Tenías razón,

con el paso de los días ese enfado ha ido menguando y ahora veo que es lo que tenía que ser.

Él me devuelve el apretón y deja escapar el aire por la boca, una vez más. Yo también lo hago. No me puedo creer lo que he dicho. Hace tan solo un rato, veía a Miguel como un ex que era mucho más que una tentación, era un camino alternativo, pero ahora solo veo en él a una persona que quiero, alguien que deseo que sea feliz.

Los dos nos miramos en silencio. Él sonríe, tranquilo, y yo sonrío porque él lo hace. Supongo que, cuando dicen que el amor todo lo puede, se refieren a esto, porque ni de coña hubiera pensado que este encuentro podría terminar así.

Aquí estoy, con el que ha sido el amor de mi vida y con una sensación agradable en el pecho que no puede definirse de otra forma que la certeza de que he hecho lo correcto.

—¿Tu presente alternativo me incluye a mí? —me pregunta con tanta dulzura como diversión.

—Claro.

—¿Somos felices?

—Por supuesto. Y tomamos helado dos veces por semana. —Sonrío de medio lado—. Seguro que Berta no te deja.

Tuerce el gesto con gracia.

—Dice que se preocupa por mi salud física.

Ambos nos reímos flojito.

—Pues dile que la mental también es importante.

Deja escapar una carcajada seca. Después, vuelve a sumirse en el silencio.

—Salo, estos días he imaginado muchas veces cómo sería estar contigo. Creo que nos hubiera ido bien.

—Si las cosas hubieran sido distintas, tal vez. — Me meto otra cucharadita de helado a la boca, la disfruto—. Pero no podemos cambiarlas, ¿verdad?

—Supongo que no… —Ahora es él quien degusta su helado—. Y fugarnos no es una opción.

Me río.

—Teniendo en cuenta que has dicho que estabas muy seguro de casarte con Berta, sería raro. —Vuelvo a empujarle con el hombro—. ¿Eres feliz con ella?

—A excepción de las últimas semanas, sí. La quiero, sé que la quiero.

Sigo sin comprender el motivo, pero esta vez no escuece.

—Entonces, tal vez sea hora de dejar los «y si» a un lado y centrarnos en el presente.

—Gracias. —Rodea mis hombros con su brazo y, después, me besa en la sien—. Necesitaba hablar con mi mejor amiga.

La emoción cierra mi garganta. Es absurdo, pero que me considere su mejor amiga me hace sentir muy bien. Un par de lágrimas se escapan de mis ojos, él las retira con suavidad.

—¿Sería raro si te besara? —me pregunta—. Como despedida.

Levanto la cara hacia la suya. Mentiría si te dijera que no lo había pensado. Él se inclina hacia mis labios. Yo acorto la distancia que nos separa, pero me detengo.

No es el recuerdo de Berta el que me hace parar, tampoco los sermones de mi madre sobre las mujeres que se interponen en relaciones ajenas, es Uli. No él como persona. O sí. ¡Yo qué sé! No estoy para analizarlo en estos momentos. En concreto, es su cara, junto a la puñetera Angelina Jolie, y repite la frase que me dijo en aquella cita con Miguel: «No puedes ser alguien que te caiga mal». No, no puedo, no me haría sentir bien conmigo misma.

Desvío mis labios hacia la mejilla.

—Persona perfecta, momento equivocado —susurra en mi oído.

—Persona perfecta, momento perfecto —le rebato.

Y, por un instante, me siento orgullosa. Me he enfrentado a mis demonios y he salido victoriosa. No la he liado, estoy en paz y esa estúpida nostalgia de lo que podría haber sido se ha evaporado.

#UnNuevoComienzo
#Renazco #OrgulloInfinito

66. Noche dementora

Uli

—Odio tu cara de enamorado. —Irene, a mi lado en la barra, da un trago a su cerveza—. Es peor que tu cara de ido. Y, créeme, odio con todas mis fuerzas esa cara. —Sus ojos me taladran y noto cómo su espíritu dementor absorbe mi alma.

Desvío la vista con el objetivo de sobrevivir y echo un rápido vistazo al bar en el que nos encontramos. Paredes negras, madera por todas partes y lámparas de colores colgadas por aquí y allá. Hace un rato, me pareció una idea genial proponerle esta cerveza. Ella está jodida por su ex y ahora soy su amigo, era un gesto lógico, aunque ahora empiezo a preguntarme si me va a dar la noche.

—No estoy enamorado —replico tan poco convencido que ella me dedica una sonrisita condescendiente—. Me gusta mucho, y sí, me estoy haciendo ilusiones, pero todavía no estoy ahí.

Creo. No estoy muy seguro de cuándo se pasa la frontera de «me gusta muchísimo» a «estoy hasta los huesos». Lo irónico del asunto es que tanto @k.leer como Romantic Books me han estado preguntando acerca de cómo saber si uno está enamorado y yo he respondido con una seguridad apabullante: «Se sabe».

Pues ahora no lo sé. ¿Es cuando no dejas de pensar en ella? ¿Cuando te imaginas un futuro juntos? ¿Cuando te sientes más vivo a su lado? ¿O cuando te transmite paz?

Vale, estoy peor de lo que pensaba.

Irene se descojona con maldad.

—Reconocería las señales a kilómetros. Te brillan los ojos, tienes una estúpida sonrisa en los labios y un aura de felicidad constante.

—Ehhh… —protesto—. Yo soy así, un tío alegre.

—Sigue engañándote a ti mismo, disfruta de tu ignorancia. Estás en una trampa mortal y te queda poco para darte cuenta.

¿Que disfrute de mi ignorancia? Debería reconducir esta conversación antes de que me lleve al lado oscuro.

—¿Qué ha pasado con tu ex? Llevas unos días enfadada con el mundo. —Meto la mano en el bol de cacahuetes para simular que la pregunta ha sido casual.

Irene se pone tensa.

—Me marea. Un día dice que no puede vivir sin mí y al día siguiente se lía con otra. —Aprieta los labios y desvía la mirada.

—¿Y por qué permites que vuelva?

Su cuerpo gira en mi dirección con una lentitud que acojona. Si estuviéramos en la selva, ella sería una leona y yo un pobre ñu. Espero el sopapo —o el mordisco de la depredadora—, pero pasa un minuto entero sin que haya una reacción por su parte.

—Hace un tiempo, escuché que teníamos que aprender a diferenciar entre lo que alguien nos hacía sentir y cómo nos sentíamos ante esa persona. Me pareció una reflexión muy inteligente.

—Me muevo con sigilo y apoyo una mano en su espalda Irene entrecierra sus ojos y me mira con asco. Soy un insensato—. No te juzgo —le aclaro—, pero si esta situación te daña, tienes el poder de cambiarla.

—El amor es una mierda —murmura.

No voy a llegar a ningún sitio, está claro.

—¿Otra cerveza?

—Todas las que sean necesarias hasta que me ría —me responde, aunque más bien suena a amenaza.

—Hecho. —Levanto el brazo y llamo al camarero.

#SpidermanInsensato #NocheDementora

############

Imposible seguirle el ritmo a Irene, su cuerpo veinteañero aguanta más que el mío. Lo malo es que todavía no se ríe, así que supongo que me queda un buen rato.

—Voy al baño —me dice dándome un toquecito en el hombro.

Le hago un gesto con la mano para dejarle claro que me doy por enterado y, en cuanto se marcha, echo un vistazo a mi teléfono. Tengo un wasap de Salo, lo ha enviado hace diez minutos.

Salo
¿Nos vemos?

Uli
Estoy tomando una cerveza con Irene.
¿Te aviso cuando termine?

No responde.

Miro Instagram, tengo un mensaje de Romantic Books.

@_romantic.books
Tengo muchas cosas que contarte.
La más importante: Babosilla me ha escrito hoy y está bien.

Menos mal, estaba empezando a preocuparme por ese chaval. Ella está en línea y yo, solo, así que tecleo una respuesta:

@el.abuelo.lector
Sabía que te escribiría a ti primero.
Luego lo intento yo, a ver si tengo la misma suerte.
¿Qué más tienes que contar, Romantic?

Me apuesto la mano a que me habla de su vida sentimental.

@_romantic.books
He quedado con mi ex.

Lo sabía. Aunque mis apuestas iban con el amigo.
Mi móvil me avisa de que tengo un wasap.

Salo
Ya me dices luego :)

Me pongo contento, le envío besos y cierro el chat.
Vuelvo a Instagram. Estoy intrigado, soy curioso por naturaleza.

@el.abuelo.lector
Vaya… ¿Y?

@_romantic.books
Ha sido bonito, pero todavía tengo que pensar en lo que significa. Estoy muy contenta :) :)

—¿Otra vez en *Instalectura*? —La cabeza rubia de mi compañera se asoma por mi hombro.

@el.abuelo.lector
Me alegro mucho por ti, Romantic,
pero tengo que dejarte.

—Bookstagram —la corrijo.
Irene se sienta a mi lado y chasquea la lengua, dejando patente que le importa bien poco cómo se diga.
—Dime una cosa, friki, ¿por qué te llamas el Abuelo Lector? ¿No había otro nombre libre en *Leergram*? —Lo está haciendo de forma deliberada, no es posible que no sea capaz de decirlo bien ni una sola vez.
Abro la boca para contestar, pero la voz de otra chica, una que conozco muy bien, me interrumpe.
—¿Tú eres el Abuelo Lector? —pregunta.
Su cara de asombro, el tono con el que lo pregunta y que parezca que sepa lo que ese nombre significa me deja a tan a cuadros que solo puedo hacer una cosa: quedarme con cara de gilipollas.

#Leergram #Instalectura

67. Soy una mariposa

Mery

—Soy una mariposa —afirmo categórica.

Juan se ríe, Vico me lanza una miradita de incredulidad y yo trato de mantenerme en pie, apoyándome en la barra de este bar al que solíamos acudir los tres. Mi lógica aplastante y alcoholizada ha sido la culpable de que me encuentre en esta situación: si Salo podía quedar con Miguel, yo podría hacerlo con la parejita del momento. Por eso estoy aquí, con la misma actitud que William Wallace frente a la batalla. Aunque admito que mi estabilidad física deja mucho que desear.

De la mental ni hablamos.

—Estás borrachísima —apunta Vico, abochornada.

Doy pena y no hace falta que me lo señale. Mi pelo se ha convertido en un nido de pájaros, mi vestido está manchado y tengo el rímel corrido. Lo peor es que no estoy muy segura de cuándo ha ocurrido. Ella, en cambio, está perfecta.

Un espasmo de ira recorre mi cuerpo al darme cuenta de que nunca la he juzgado como está haciendo ella conmigo, pero, al mismo tiempo, un mecanismo mental intenta aplacarla.

«El miedo lleva a la ira, la ira lleva al odio, el odio lleva al sufrimiento».

Puto Yoda de los cojones. No me da la gana de controlarme.

—¿Sabes que siempre tienes esa cara? —Vico me mira de medio lado—. Es una mezcla rara entre «estoy por encima del bien y del mal» y «aquí huele a mierda», no sé cómo lo haces. —Sonrío, desafiante. Ni rastro del sentimiento de culpa. Al contrario, me siento de puta madre, liberada de vete a saber qué.

Vico rueda los ojos despacio, con hastío.

—Es igualita a Victoria Beckham —apunta Juan con sorna mientras pasa el brazo por encima de sus hombros. Ella se revuelve y se suelta de su agarre—. Va, no te enfades, Vico, está claro que no lo ha dicho en serio.

—Siempre la defiendes —masculla entre dientes.

«Siempre me defiende, ¿de qué?».

Juan apaga su sonrisa y le lanza una mirada de advertencia.

—Lo hago porque es la mejor persona que conozco y también mi mejor amiga. —Sus ojos se baten en duelo con los de Vico, a los que parece transmitirle el mensaje de «tengamos la fiesta en paz».

—No voy a discutir lo evidente —responde con desdén. Tras lo cual, se cruza de brazos y dirige su mirada hacia el fondo del local.

Juan aprieta los labios.

Y yo… cojo un taburete y me siento, dejando mis piernas colgando igual que si tuviera ocho años. En otro momento, sería yo la que estuviera poniendo paz entre ambos, pero esta vez tengo la lengua suelta y pienso usarla para quedarme bien a gusto.

—Si tú eres una mariposa, ¿yo qué soy, peliloca? —Juan cambia de tema, tratando de

destensar el ambiente. Me encojo de hombros—. También quiero ser una mariposa, ¿puedo? —Entorna los ojos y me hace morritos en plan sexi. Nunca se le han dado bien este tipo de gestos, es un payaso.

Me río, que es, en realidad, lo que él quería provocar. Lo raro es que el habitual aleteo en el estómago que suele acompañar a cualquier reacción ante él no se produce. ¿Será una señal de que estoy avanzando? Me vengo arriba. Tal vez esto sea más sencillo de lo que imaginaba, puede que mi mente lo haya magnificado y no sea para tanto, quizá sigo pensando en él por inercia.

—Serías un perro —le digo, aunque suena más bien a «*seguías* un *pego*». Mi lengua empieza a traicionarme.

Lo que acaba de salir por mi boca no tiene ningún sentido, pero Juan mueve la cabeza, conforme.

—Alegre y fiel, me gusta. —Gira la cara hacia Vico, que sigue con los brazos cruzados—. ¿Y tú?

Ella rueda los ojos.

—Paso de vuestras chiquilladas.

Juan me dedica una mirada cómplice. Nos conocemos tan bien que podríamos tener conversaciones mentales y permanecer en silencio durante horas. Ahora mismo, con ese brillito juguetón en los ojos, me está diciendo: «Vico no quiere jugar, ¿qué hacemos?». Respondo con un leve movimiento de cejas: «Es tu pareja, búscate la vida». Él arruga la frente: «También es amiga tuya». Me recojo el pelo tras la oreja: «No me metas en vuestros dramas». Juan se ríe, lo que me confunde, quizá su nuevo estatus sentimental haya roto nuestra conexión.

—En fin… —Vico suelta un suspiro de aburrimiento—. Os dejo con vuestras *movidas rarunas*, voy a saludar. —Levanta la barbilla y se pira.

—Está tensa, no se lo tengas en cuenta. —Juan da un trago a su cerveza y acorta la distancia que nos separa—. Te diría que es por ti, peliloca, porque le impone tu opinión sobre lo nuestro, pero… ella es así.

Le escucho mientras me recuerdo que no debería empatizar ni intervenir, no estoy aquí para desarrollar el papel de mejor amiga. He venido para enfrentarme a mis demonios, para elegirme a mí. Sin embargo, el cariño no desaparece de un día para otro. Quiero a Juan, ya ni sé de qué manera lo hago, pero le quiero, y cuando el amor existe, hacerte a un lado es imposible.

Levanto la cara para analizar su rostro y lo que veo es inseguridad.

—Te preocupa. —«*Te procupa*», en realidad.

Hoy no solo mi mente está en mi contra, también mi lengua.

Juan asiente solo una vez y con un movimiento diminuto.

—Los dos la conocemos, las relaciones no son lo suyo. —Baja los ojos un segundo—. Lo que voy a decirte va a sonar fatal, te aviso, y que quede claro que no es que me arrepienta de que esto haya pasado. —Se muerde los carrillos por dentro y hace una pausa en la que mi cabeza repite en bucle la puñetera frase que acompañaba a su foto: «Nosotros, por fin». «Nosotros, por fin». «Nosotros, por fin». Creo que tengo ardor. O angustia—. Pero sigo pensando lo mismo que te dije aquel día: la amistad es un sentimiento mejor que el amor, más duradero, más de verdad. —Me mira de tal forma que se me olvida respirar. ¿Qué ha sido eso?—. De hecho —se le escapa una risa ácida y triste—, Vico está empezando a cansarse de mí, así que imagino que estamos en la recta final. Nos doy dos semanas como mucho. —Me observa con atención y alza las cejas, a la espera de que le dé algún consejo—. La he cagado, ¿verdad?

Soy muy consciente de que no estoy en las mejores condiciones para tener esta charla. Cabeceo, tengo arcadas y no vocalizo muy bien. Pero me aclaro la garganta de forma muy digna

y le digo:

—Si uno hace lo que siente, nunca se equivoca. —«*Si un hase loje sienti, nunga si guivoco*». Resoplo y un mechón colorado sube por mi frente y vuelve a bajar.

Juan me mira de reojo y se aguanta la risa.

—Un poco borrachilla sí vas. —Me quejo con un bufido—. ¿Sabes la parte positiva? Que probablemente tú y yo seamos los solteros de oro en la boda de Berta.

¡Eh, un momento! ¿Le he dicho que no pienso ir con él? *Nop*.

—Voy a vomitar. —«*Voyyyavomitaj*». Doy un saltito del taburete y aterrizo en el suelo de milagro—. Ahora vengo. —«*Ahoga vengui*». Él hace el amago de acompañarme, pero levanto la palma de mi mano deteniéndolo. Puedo sola.

Camino a pasitos cortos hacia el baño. Soy pequeña y debo extremar las precauciones para que no me arrollen. Hay muchísima gente, gente alta. ¿Qué comen?

Mientras avanzo, me da por pensar que esto no está saliendo como esperaba, pero que, aun así, estoy aprendiendo algo. Todavía no sé el qué, y no creo que hoy lo vaya a averiguar, pero algo es.

Cuando estoy a punto de llegar a mi objetivo, lo veo. Mis pies cambian de dirección de forma instintiva y se acercan. Pero lo que oigo casi provoca que me caiga de culo.

—¿Tú eres el Abuelo Lector?

Uli me mira, ojiplático.

Yo le miro a él, a punto de un ictus.

La camarera antipática nos mira a ambos, confusa.

Ahora mismo, no sé qué es más alucinante, si sus caras, la mía, esta situación tan surrealista o que haya sido capaz de vocalizar.

—Ay, mi madre —se me escapa. «*Ains, mimadge*», en verdad.

Y ahora sí, vomito.

#NoWords #Increíble
#NoBeboMás #LoJuro

Post

@k.leer Hola :)
Hace días k no me paso por akí, pero kería hacerlo hoy para agradeceros a tod@s l@s k os habéis preocupado x mí.
Estoy bien, aunke no tengo ganas de leer ni tiempo para dedicarle a la cuenta.
Todo pasa.
#bloqueolector #hastalavista #bookstagram #cuentatemporalmenteinactiva

68. Mil besos

Darío

Llevo un par de días dándole vueltas y, hoy, por fin, me he decidido. Se acabó Bookstagram. Para mí, esta red está unida a Romantic Books y sigo dolido con ella. Necesito poner distancia.

Echo un último vistazo a mi perfil. Las notificaciones aumentan por momentos, pero no quiero leerlas. Lo único que quiero hacer es enviar un último mensaje. Se lo debo, aunque en la vida real sea un puto cansino.

@k.leer
Mi madre y yo estamos bien
Kiero k sepas algo: Salo es @_romantic.books

Lo releo, sin saber qué más añadir. Supe que le gustaba Salo el día del concierto y merece saber la verdad. Además, a mí siempre me ha gustado una buena historia de amor.

Salgo de la pantalla y cierro la sesión.

—Ya está hecho. —Bloqueo el teléfono y lo meto en el bolsillo—. Se terminó @k.leer.

—Temporalmente —apunta Vero, sentada en el banco a mi lado.

Una farola relampaguea cuando apoya su cabeza en mi hombro. Huele a vainilla, como siempre, mi olor favorito para los restos.

—Gracias —susurro. Le doy un beso en el pelo—. Por estar conmigo y por aguantar mis movidas.

Vero no responde con palabras. Busca mi mano y la acaricia. El contacto me hace cosquillas, aunque no se lo digo. Este parece un momento romántico y no quiero estropearlo soltando una tontería.

El paseo en el que estamos está en silencio. Las flores de los jardines no pueden ser más bonitas ni la luz más sugerente. Tenerla a mi lado acariciándome es una fantasía hecha realidad.

Me estoy poniendo moñas, no me lo tengas en cuenta.

Me pregunto si es el momento para dar el paso. Aunque preguntármelo y ponerme nervioso es todo en uno. En nuestro primer beso, eché a correr. El segundo fue casi un juego por su parte. Pero, si existe un tercero, será de verdad. Y debería salir bien, porque, si sale mal, no habrá dios que lo remonte.

El corazón me palpita a gran velocidad, las manos comienzan a sudarme y mi boca necesita hidratación. Pido un aplauso a mi cuerpo por ponérmelo más difícil.

—¿En qué piensas? —Vero levanta la cabeza de mi hombro y me mira fijamente. Yo desvío mis ojos de los suyos y me centro en la pareja que, a lo lejos, pasea a su perro.

—En que estoy muy a gusto contigo.

—Yo también. —Sonríe. No la veo, pero lo noto—. Oye, no te he preguntado, ¿has hablado con *ella*? —Arrugo la nariz por el cambio de tema. Vero respira hondo, con paciencia—. Bueno, al menos ya no está preocupada con lo de tu madre.

Con un leve movimiento, asiento. No quiero dar bola a esta conversación. Solo quiero rebobinar a la frase anterior y quedarme un ratito a soñar en ella.

«Vero está a gusto conmigo».

Cambio de posición y la miro. Lo que voy a hacer quizá sea el movimiento más atrevido de mi historia. Sin contar con la ida de olla del primer beso, claro, eso será jodido de superar.

—Del uno al diez, ¿cuánto de a gusto estás? —le pregunto.

—Nueve —responde sin pensárselo—. ¿Y tú?

—Nueve y medio.

—Bien, ¿no? —Se recoloca un mechón tras la oreja.

Ladeo la cabeza, pensativo.

—Sí, pero no es un diez. ¿Qué te faltaría para conseguirlo?

Entorna los ojos y sonríe.

—Me estás intentando sonsacar información. Responde tú primero. ¿Qué te falta a ti?

Se me escapa una risita. Me la ha devuelto de mala manera. Vero me da un suave empujón para animarme a contestar y la imagen de Mario Casas se cuela en mi mente. Hache no perdería esta oportunidad para mover ficha.

Me lanzo.

—Llegaría al diez si fuera capaz de estar tranquilo como para hacer lo que de verdad me apetece. —Me muerdo el labio con saña. Lo he dicho y quiero desaparecer. Estoy tentado de guiñarle un ojo para no parecer un pringado, pero me contengo. No puedo venirme tan arriba—. Tu turno —digo bajito.

Vero abre mucho los ojos y, después parpadea despacio. Tras lo cual, sonríe como pocas veces la he visto.

—Llegaría al diez si te atrevieras de una vez a darme un beso. Darío, me estás desesperando.

Ahora el que sonríe como nunca soy yo. Es oficial: se me va a salir el corazón del pecho.

Acerco mi cara a la suya, despacito por si se arrepiente. Ante tanta lentitud, Vero suelta un bufido y me agarra de la nuca para estampar sus labios contra los míos. El beso es tan brusco que me paraliza. Para nada me lo esperaba así.

—¿Y? —pregunta.

Nuestras caras siguen cerca, nuestros labios se rozan.

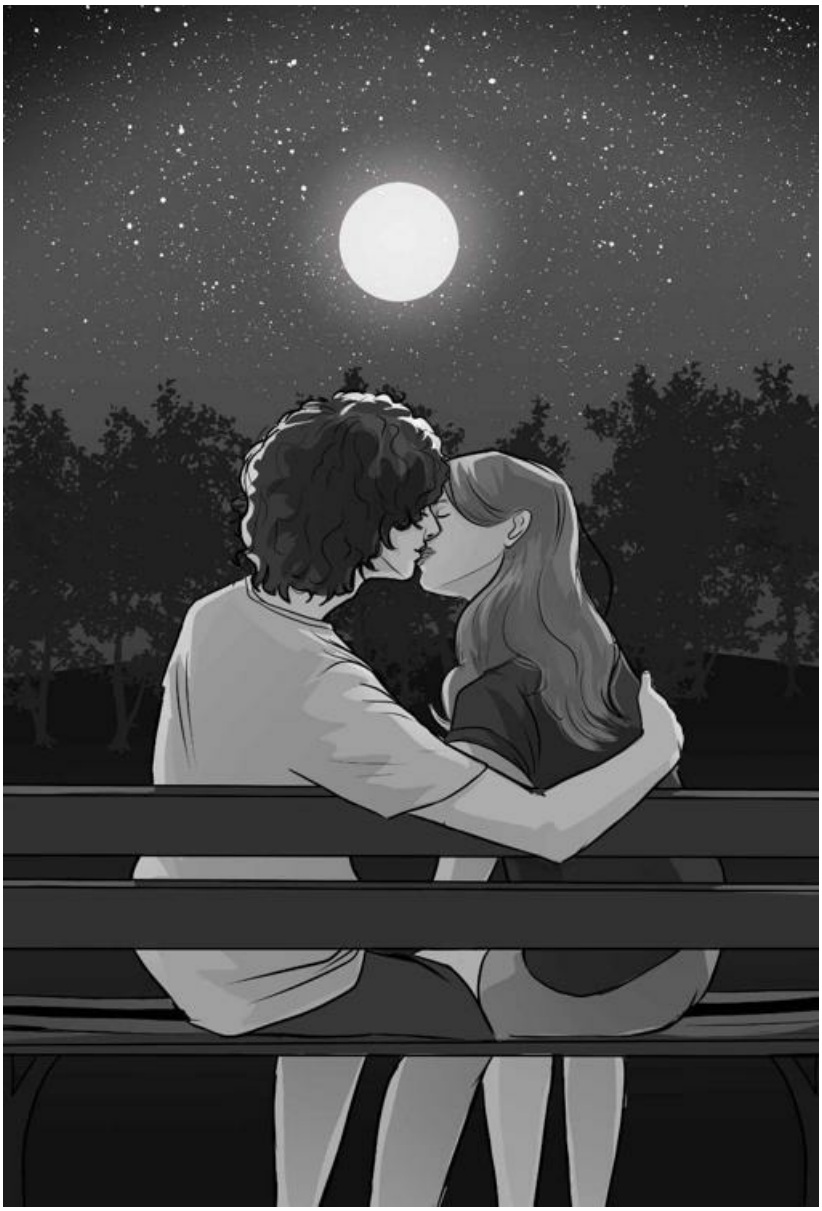
—Creo que podemos hacerlo mejor. —Ella eleva las cejas, yo la beso en los labios con suavidad. Y esta vez, sí, las chispas revolotean a nuestro alrededor.

—Tendremos que practicar —susurra.

Ambos sonreímos como dos bobos.

Y es lo que hacemos, besarnos hasta hartarnos.

#MilBesos
#InLove #ConMiVero



69. ¿Eres el Abuelo Lector?

Uli

—Tío, qué asco. —Irene se tapa la nariz y finge una arcada al ver el vómito de Mery. La miro mal—. Es insoportable.

—Tú sí que eres insoportable. —Salto por encima del líquido grumoso y me coloco al lado de Mery. Le retiro el pelo de la cara y extiendo el brazo en dirección a Irene para que me dé un pañuelo. Ella, entre gestos de angustia, obedece.—. No pasa nada —le digo a la pelirroja mientras le limpio los restos con mimo.

—Díselo al que tiene que limpiarlo —protesta Irene por encima de mi hombro.

Respiro hondo y me recuerdo que la violencia no va a ninguna parte.

—Me la llevo fuera. —Pongo una mano en la espalda de Mery y la empujo hacia la salida. Ella me observa como si fuera un marciano. Un poco lo soy, pero creo que está exagerando—. ¿Estás bien? —le pregunto bajito. Parpadea despacio mientras dejamos atrás a varios grupos que hablan a gritos. Abro la puerta del local y salimos a la calle. Cuando compruebo que tiene la estabilidad suficiente como para mantenerse en pie, retiro mi mano de su cuerpo—. ¿Te encuentras mejor?

Mery se apoya en la pared y realiza varias respiraciones profundas. Ya es de noche, pero la iluminación exterior me permite ver su cara de asombro. Está lívida, casi me atrevería a decir que le ha explosionado el cerebro.

Mery cierra los ojos y deja escapar un grito ahogado. Acto seguido, sus manos se elevan a la altura de las sienes y comienza a masajearse.

—Sigue nadando, sigue nadando —murmura. Su vocalización es rarísima y su tono de voz me da tanto miedo como la idea de tener esta charla a través de frases de películas. Aún recuerdo la noche en la que nos conocimos, ahí agoté todo mi repertorio.

Me apoyo a su lado en la pared y pongo una mano sobre su hombro.

—Confía en mí. Los amigos hacen eso —le digo, repitiendo una de las frases de *Buscando a Nemo*.

Mery me ignora y continúa con su extraño masaje.

—Debo mantenerme serena para no caer en la locura —dice, y para entenderla tengo que hacer una traducción instantánea de su idioma de borracha al español. Abre los ojos de golpe y me asusta—. ¡Ya es tarde!

La miro de reojo. No he visto tantas veces *Shrek* como para tener una réplica. Tendré que improvisar.

—¡Que nadie se mueva, tengo un dragón y no dudaré en usarlo! —Mery frunce el ceño y, después, me arrea en el brazo.

—¡Auch! —me quejo. Ella se encoge de hombros.

—Todos nos volvemos locos alguna vez. —*Psicosis*, hemos cambiado de tercio. Su mirada me desafía y siento un ápice de culpabilidad por disfrutar de este juego.

Esto tendría que ser una conversación *seria*, donde yo actuara como el buen amigo que soy y

la ayudara a sacar lo que sea que le ocurre. Sin embargo, lo que hago es guiñarle el ojo y responder:

—Somos lo que elegimos ser. —*Spiderman*. Ya que estamos, barro para casa.

Como si hubiera dado en el clavo, Mery asiente y expulsa el aire con lentitud. Durante unos segundos, permanece en silencio y la observo, esperando a que se sienta cómoda para hablar de verdad.

—El puñetero Forrest Gump tenía razón: «La vida es como una caja de bombones, nunca sabes qué es lo que te va a tocar». —Me mira con recelo—. ¿Eres el Abuelo Lector?

Yo sonrío con orgullo como respuesta.

—¿Estás en Bookstagram? ¿Me conoces? —Su mirada se entristece, el gesto me descoloca—. ¿Qué pasa, Mery?

Ella resopla y va al grano:

—Salo es Romantic Books.

La observo durante un minuto entero sin reaccionar. Mi cabeza está en pausa, como ocurriría si me hubiera dicho que es una extraterrestre que ha venido en son de paz.

—¿Me has oído, Uli?

Me río con incredulidad y Mery me mira con cara de circunstancias. Me cruzo de brazos y me pongo serio.

—Imposible.

No pueden ser la misma persona. ¿O sí? ¿La chica inexperta, vulnerable y con un lío emocional considerable es la misma por la que empiezo a sentir mucho más de lo que admito?

—¿Y tú cómo sabes…? —Me está tomando el pelo—. No, no es cierto —protesto.

Fragmentos de conversaciones se cuelan en mi mente. Un ex, un amigo, no saber lo que siente…

—Imposible —repito.

—Increíble —murmura.

—Es absurdo, Mery.

—Totalmente.

Parpadeo. La pelirroja ha bebido de más y no sabe lo que dice.

Saco el móvil del bolsillo y entro en la red social para analizar nuestro chat. Pero, en el camino, varios mensajes nuevos llaman mi atención. Si no fueran de @k.leer, los obviaría, pero los leo y mi cerebro explota.

@k.leer
Salo es @_romantic.books

Levanto la vista del móvil, despacio.

—¿Es una broma? —pregunto.

La cara de pena de Mery me da la respuesta.

—¿Comprendes que esto supone un problema? —Su voz empieza a sonar normal. O tal vez sea yo, que me he acostumbrado.

Todavía estoy en fase de aceptación, así que no, aún no entiendo nada.

—Salo es una persona desconfiada —continúa—. Le ha costado mucho volver a abrirse y lo ha hecho contigo. Cuando se entere de que eres la misma persona con la que habla por Instagram, no creerá que sea una simple casualidad. Porque lo es, ¿verdad?

Asiento mientras trato de darle sentido a sus palabras.

—El maldito algoritmo —digo en alto y con retraso. Mi primer pensamiento racional.

Instagram te propone perfiles con los mismos gustos, pero también hace uso de tu ubicación. Intento recordar cuándo nos hicimos amigos y las fechas encajan. Fue justo el fin de semana que hice una visita relámpago a mi tía, antes de decidir que iba a trabajar en su cafetería.

—Me preocupa, Uli. Para Salo tú eres como…

—Un unicornio —termino por ella. Y, de pronto, entiendo por qué va a suponer un problema —. Cuando lo sepa se cerrará en banda, ¿verdad? —No sé para qué le pregunto, ya sé la respuesta.

Mery se muerde el labio y vuelve a mirarme con tristeza.

—Eso me temo.

#AdiósIlusiones
#QuéPocoMeHanDurado

############

—Creo que lo mejor es decírselo cuanto antes —insisto una vez más.

Mery lleva un rato hablándome de la conversación que ha tenido esta tarde con Salo, de sus problemas de confianza y de lo convencida que está de la reacción negativa que tendrá al enterarse de que soy el Abuelo Lector. Se distanciará, me ha dicho, pondrá en duda toda nuestra relación y huirá de mí, asustada de vete a saber qué.

—*Ains*, Uli. —Me coge de la mano y me dedica una mirada suplicante—. Solo te pido que lo pienses durante unos días y, si decides contárselo, te prometo que estaré contigo. Pero, por favor, no lo hagas ahora, no es el momento. Tenemos que pensar con calma cómo hacerlo y, además, esta noche los dos habéis bebido.

Tiene razón, aunque no se lo digo. Siento un agujero enorme en la boca del estómago y estoy muy aturdido.

—Voy a avisar a Irene de que nos vamos. —Entro en el local y la busco, pero la Dementora ha desaparecido. Vuelvo a salir—. No está.

Mery, en la misma posición en la que la he dejado, se lleva un dedo a los labios para que me calle. Está hablando por teléfono.

—Nos podemos ir —le digo más bajito.

Ella me da un codazo en las costillas y rueda los ojos.

—¿Que si era Uli? —Me lanza una mirada de desesperación—. Ehm… Bueno, sí, me lo he encontrado en el bar, pero nos vamos ya… No, Salo, mejor mañana… —Mery maldice por lo bajo—. No, no es buena idea… —Cierra los ojos con fuerza—. Está bien, nos vemos en mi casa. —Cuelga el teléfono y me mira con culpabilidad—. Que viene. —Suelta un resoplido—. Será mejor que te vayas.

Ahora resoplo yo.

—No voy a dejar que vuelvas sola a casa, Mery.

Ella esboza una pequeña sonrisa, pero está preocupada.

—Pues más nos vale apretar el paso.

Y es lo que hacemos, caminar como si nos fuera la vida en ello.

Diez minutos después, estamos frente a su portal, despidiéndonos.

—Se nos ocurrirá algo, Uli. —Me da un beso en la mejilla—. Tú descansa y mañana hablamos.

Asiento y sonrío. Aún estoy en *shock*. El mundo real ha colisionado con el virtual, creando una realidad alternativa.

—¡Menos mal que os encuentro a los dos! —La voz de Salo llega desde el otro lado de la calle y ambos nos giramos en su dirección. Lleva un vestido negro y su pelo está alborotado, pero resplandece.

«¿Resplandece? Pero ¿de dónde ha salido esa palabra?».

«De la novelita que te obligó a leer Romantic Books».

«Ah, joder».

—¡Mierda! —suelta la pelirroja por lo bajo—. Uli, tienes que irte ya.

La escucho, pero no reacciono. Todas las conversaciones que he tenido con Romantic Books durante los últimos meses se agolpan en mi mente. Sus líos de chicos, sus dudas sobre los sentimientos, la fuerza con la que defendía sus gustos literarios, incluso la cita con su ex. Es increíble que sea la misma chica.

«Aunque encaja».

Sí, lo hace. Hasta la conversación en la que reconoció sentirse atraída por su amigo, alguien que empezaba a ser importante para ella. O sea, un servidor. Fue casi lo mismo que me dijo en la acampada, aunque he estado demasiado ocupado haciéndome ilusiones para ver la coincidencia.

—Llamando a Ulilandia, llamando a Ulilandia, permiso para aterrizar —dice, la muy cabrona, imitando una voz electrónica mientras se aproxima. Me besa en la mejilla. Aunque estoy medio ido, mis labios se curvan hacia arriba. Por lo visto, Maléfica tiene el superpoder de cambiar mi estado de ánimo—. ¿Qué le pasa? —le pregunta a Mery.

—Ha bebido de más —responde sin dudar—. Debería irse a casa y descansar.

—¿Estás muy cansado?

—Depende de para qué. —Mery me lanza una mirada asesina y yo carraspeo. No lo he dicho con doble sentido (creo), pero logro que Salo se aturulle, lo que provoca que otra sonrisa se dibuje en mi cara y, de paso, que mi mente visualice lo que no debería.

—¿Uli?

—¿Ehhh?

—¿Me invitas a tu casa o nos quedamos aquí?

«¿Cómo? ¿En qué momento…?».

—Déjalo tranquilo, Salo —interviene Mery, tirando de su brazo—. Mañana quedas con él, que hoy está un poco perjudicado.

—Ni de coña, le pasa algo y no voy a dejarlo solo.

Mery protesta, aunque ninguno de los dos le prestamos atención. Salo porque está concentrada en mí y yo porque soy incapaz de dejar de mirarla.

—Mejor mañana —digo como un memo.

—De eso nada. —Me da un suave empujón—. Vamos.

Yo dudo. Mi cabeza está abotargada y no se me ocurren más excusas de las que ya ha dado Mery.

—Uli… —La pelirroja deja la advertencia en el aire mientras Salo me agarra del brazo. No va a dejarme ir, está claro.

Me rindo.

Me acerco a Mery y le doy un beso en la frente.

—No te preocupes. Hoy no le diré nada —le susurro.

Ella cabecea.

—No es buena idea —me devuelve en un susurro—. Y tú, Salo, mañana trabajas —le recuerda antes de darse por vencida.

—Gracias por la información. —Le lanza un beso y sonríe.

Es jodida, jodida, jodida.

#MalaIdea
#EnShock
#MaléficaCabezota

70. No así

Uli

Me tiemblan las manos cuando busco las llaves. Está demasiado cerca; yo, muy tonto, y la situación es de locos.

—¿Vas a abrir o…? —Salo enarca una ceja.

Introduzco la llave en la cerradura y, antes de entrar, la miro largo y tendido. Ella me dedica una sonrisa dulce. Resplandece. *De verdad* que resplandece. Emana paz.

«¿Será por la cita con el guapetón?».

Antes siquiera de terminar mi propia pregunta, soy consciente de que la respuesta es que sí, Salo ha despejado sus dudas y por fin se siente segura. Ese es el motivo por el que está aquí y el momento no puede ser menos oportuno.

Maldigo como un crío y ella cruza el umbral.

Respiro hondo. No debería ponerme en plan dramas. A fin de cuentas, solo estará un rato. Después, tendré toda la noche para pensar en la mejor manera de decírselo. Esto puede solucionarse. Si Harry Potter consiguió vencer a Voldemort, Frodo a Sauron y Once al Demogorgon, ¿por qué yo no voy a ser capaz de lograrlo?

Cierro la puerta y Salo se gira hacia mí.

—¿Puedo quedarme a dormir?

«Mecagoenmivida».

Quiero negar con la cabeza, pero asiento como un idiota. En esta casa solo hay una cama, lo que significa que hoy, precisamente hoy, voy a dormir con ella.

—¿Quieres hablar? —Salo da un par de pasos y se sienta sobre mi cama. Me mira de forma juguetona y yo dejo escapar el aire despacio—. Si no te apetece contármelo, no pasa nada, puedo, simplemente, abrazarte. —Palmea el colchón, invitándome a que me siente a su lado.

Cortocircuito.

—Ducha —digo como un gilipollas.

—¿Vas a ducharte? —Muevo la cabeza de forma afirmativa—. No es mala idea. ¿Te importa si yo también lo hago? —Cara de lechuguino—. No contigo. Después. O antes. O cuando sea. —Ahora es ella la que tiene cara de atontada. Me están subiendo los calores. Que no se me note, por favor—. Aunque no sé si somos esa clase de amigos. —Sonríe de medio lado.

«¿De los que se duchan juntos?».

—¿Cómo? —¿Me ha temblado la voz?

—Ya sabes…

«No, Salo, ahora mismo no sé nada».

Si de verdad hoy es el día en el que me va a tirar los trastos, me bajo de la vida.

—Una tontería —reconoce.

Y tres segundos después, caigo en la broma y huyo hacia la única habitación con algo de intimidad. O sea, el servicio. Salo protesta y yo cierro la puerta a mi espalda, porque, si no, es muy capaz de levantarse y darme un capón.

En serio, ¿es muy mala señal que esa idea me ponga?

El espejo me devuelve una sonrisita que censuro al instante. No es momento de tonterías ni de vaciles, tengo un buen marrón.

—En todo encantamiento hay una forma de neutralizarlo —le recuerdo a mi reflejo para animarme. Y hablando de neutralizar… Me sé de uno que va a tener que usar su mano para que otra parte de su cuerpo no piense por él—. Por favor —suplico a mi propia imagen—, sé que ahí dentro existe un Uli en el futuro que sabe cómo salir de esta y necesito que aparezca cuanto antes.

—¿Estás hablando conmigo? —escucho al otro lado de la puerta.

—Ehhh… *Nop*.

Debería poner música, las paredes son de papel.

#MarrónDeLosGordos
#NeutralizarElHechizo

############

Salo sale del baño con una de mis camisetas viejas y unos calzoncillos tipo bóxer que me ha pedido prestados. Su imagen, con el pelo mojado y mi ropa sobre su cuerpo, no puede parecerme más erótica. Menos mal que he liberado tensiones bajo el agua. De no haber sido así, la lío en dos movimientos.

Carraspeo. Ella sonríe y se acerca a la barra, donde estoy dando vueltas a un colacao. Sin decir nada, se coloca a mi espalda y me achucha con fuerza, lo que consigue emocionarme.

Con el tiempo he aprendido que los mejores compañeros de viaje no son solo los que saben escucharte, sino también los que respetan tus silencios. Y, ahora mismo y pese al marrón que nos sobrevuela, soy muy consciente de que esta vez mi corazón no ha podido elegir mejor. Es una verdadera putada que no pueda darme la vuelta y besarla como me gustaría.

—Ya sé qué haces aquí, Maléfica. —Ella responde con un ruidito que no ayuda en nada a mantener mi pose zen—. Tú has venido en busca de venganza y quieres provocarme un microinfarto. —Su risa me atraviesa y el temblor de su cuerpo sacude al mío.

—¿Te gustaría?

«Mucho… Pero no».

Sus manos, hasta ahora entrelazadas sobre mi abdomen, suben por mi pecho en una caricia lenta que acelera aún más a mi pobre corazón. Salo se pone de puntillas y susurra en mi oído:

—No es el día, pero no vas a librarte, Spiderman, pienso devolvértela cuando menos te lo esperes. —Siento una sonrisa en su voz mientras una ola de calor sube desde mi entrepierna. Cierro los ojos con fuerza para bloquear las visualizaciones y Salo me besa en la mejilla—. Me voy a la cama, tómate el tiempo que necesites.

Oigo sus pasos detrás de mí, pero no me atrevo a abrir los ojos. Si lo hago, mi mirada recorrerá su cuerpo y haré una estupidez. Porque, en estos momentos, no soy capaz de pensar con raciocinio. Ni en Romantic Books ni en el jaleo de Bookstagram. Mi cabeza está llenita de imágenes de cuerpos entrelazados, de besos interminables, de caricias y gemidos. Los nuestros.

Pero tendrán que esperar porque esto hoy no puede suceder.

No así.

#BajónInmediato #UniversoEnMiContra
#MeMueroPorExperimentarConElla

Salo

Venir ha sido un impulso que no he querido dominar. Aunque no es la primera vez que me ocurre, no cuando se trata de Uli. Él me da la confianza necesaria para ser, no se asusta si lloro, no me juzga y nunca intenta convencerme de nada. Y yo, que intento mantener a raya mis sentimientos, con él siempre he dejado que fluyan.

A excepción del que más me aterra, claro.

Y sí, sigo asustada, el miedo está a punto de paralizarme, pero ni soy idiota ni una cobarde. Reconozco las señales: aquí hay más que una amistad y mucho más que una simple atracción. Ya es hora de que haga algo.

Aunque una persona equilibrada se habría dado un tiempo tras la cita con su ex para gestionar correctamente sus emociones. El problema es que yo no estoy equilibrada. Soy una mariposa torpe que acaba de salir del capullo y doy los mismos bandazos que si hubiera subido borracha en un auto de choque.

Sí, esa imagen me define a la perfección. También explica por qué he aceptado ir a la boda de mi ex.

Acostada en la cama de Uli, lanzo un resoplido silencioso al techo. Oigo el mismo sonido proveniente de la zona del comedor. Hay una luz encendida. Estiro el cuello con disimulo y lo veo sentado frente a su portátil con otro vaso de leche.

Genial, le he acojonado.

Lo entiendo, que conste. Me he encabezonado en acompañarlo, me he autoinvitado a dormir y, después, le he puesto ojitos y he palmeado su colchón. Pero no podía quedarme ahí —¡claro que no! —, tenía que abrazarlo y toquetearlo como una hembra en celo.

Bandazos de mariposa torpe, lo que yo te diga.

—¿Sigues despierta? —me pregunta Uli en voz baja.

—¿Estás esperando a que me duerma?

Se le escapa una risilla nerviosa.

—No —responde con muy poca credibilidad.

—Y mientras *no* esperas a que me duerma, ¿escribes?

—No podría escribir, aunque quisiera.

Me pongo de lado, en su dirección. Su casa es pequeña, aunque la estantería de la entrada me bloquea parcialmente la vista. Desde aquí, solo veo la mitad de su cuerpo y su cara está oculta tras el portátil.

—Entonces, estás ahí porque me tienes miedo —le vacilo—. Spiderman, eres una vergüenza para el resto de superhéroes.

Uli carraspea y yo sonrío, porque sé que se ha puesto nervioso.

—Y tú eres una Maléfica muy jodida.

«Ya me gustaría a mí estar jodida. O jodiendo, más bien».

Me muerdo el labio con saña. Con toda probabilidad, este es el momento menos adecuado para hacer un movimiento, pero estoy fantaseando con levantarme, aproximarme y sentarme a horcajadas sobre sus rodillas.

«Mala idea».

Malísima, teniendo en cuenta que a Uli le ocurre algo y que, hace escasos quince minutos, le he dicho en plan adulta que se tomara su tiempo. No quería presionarlo.

Sigo sin querer hacerlo.

El silencio inunda el pequeño apartamento y, sin verlo, soy consciente de que Uli se ha ido de

visita a su propio planeta. Contengo un suspiro y me recuerdo que él ha tenido paciencia conmigo cada una de las veces que le he parado, nunca me ha presionado para ir más allá y estaría feo que yo ahora me aprovechara de un momento de bajón.

Aunque imaginarlo es inevitable, claro. He estado negando la evidencia de que Uli me gusta demasiadas semanas. Y el día que lo acepté, me autoconvencí que no podía ir más allá sin estar segura de mis sentimientos por Miguel. Hoy ya no me quedan más excusas y las ganas de sobrepasar la línea de la amistad se han multiplicado exponencialmente.

Pero no puede pasar. No así.

Mi móvil suena con la notificación de un mensaje, sacándome de mis pensamientos. Me acerco a la mesita de noche, lo cojo y desbloqueo la pantalla.

Babosilla
No soy quién tú crees.

#Eing #QuéIntenso

Uli

—¡Joder! —exclama.

—¿Qué pasa?

—Mi amigo, el adolescente. Creo que se le ha ido la pinza.

—¿Qué? —Estoy demasiado obtuso como para seguirle la conversación. Lo único que quiero es que se duerma y que el día de mañana llegue cuanto antes.

—El adolescente de Instagram, el de la madre enferma —insiste—. Te lo conté el otro día.

—¿El otro día?

Salo suelta un bufido.

—Sí, el día que me enseñaste tu cuento. Te hablé de @k.leer y de su enfado por los mensajes que no le había contestado. ¿Te acuerdas ya?

«¡Joder!».

Recuerdo perfectamente ese día y el momento en el que dejé de prestar atención, también las palabras sueltas que salían de su boca y que no tenían sentido: «Leer», «amigo», «mensaje», «enfado».

Me doy una torta en la frente. Salo me habló de @k.leer y yo no le dije que lo conocía. Estoy bien jodido. Ahora es imposible que crea que todo esto es una maldita casualidad.

—¿Uli?

—¿Sí? —Mi respuesta es casi un murmullo.

—¿Estás bien?

—¡De puta madre!

Salo gatea hasta el final de la cama y se asoma.

—Mientes fatal, ¿lo sabías?

Cierro el portátil y la miro.

—¿Me creerías si te dijera que te escuché a medias? —pregunto a la desesperada.

Ladea la cabeza y sonríe de medio lado.

—No me parecería muy educado, pero tratándose de ti… Seguro que estabas en Ulilandia.

Eso es.

—No sabía que *ese amigo* era de Instagram. No te escuché. Estaba pensando en… mis historias. ¿Entiendes?

Salo asiente y yo me agarro a un clavo ardiendo. Espero que cuando llegue el momento, recuerde esta conversación.

#VayaLío #DeEstaNoSalgo

71. Cuidado con lo que deseas

Uli

Septiembre 2018
(Quince días después)

¿Alguna vez has soñado con hacer un viaje en el tiempo? Tengo la teoría de que hay dos tipos de personas: las que viajarían al pasado y las que irían al futuro sin pensárselo dos veces. Siempre he creído que estaría en el segundo grupo, que si me dieran la oportunidad de trasladarme a cualquier época, elegiría visitar el mundo dentro de cien, mil o dos mil años. Me gustaría comprobar si existe la teletransportación, si el hombre vive en las estrellas y si el ser humano ha contactado con vida extraterrestre. Sin embargo, ahora mismo, daría la mitad de mi existencia por volver atrás y cambiar el rumbo de esta historia.

Esta mañana, todo se ha complicado aún más. Mientras me preparaba para la boda, mi tía Lena me ha llamado para darme una gran noticia.

—¡Uli, has ganado! —me ha dicho tan emocionada que su voz sonaba a llanto—. ¡Tu cuento ha quedado en el primer puesto!

Ni siquiera recordaba el concurso al que me había apuntado. Durante las últimas semanas, mi cabeza, mi cuerpo y mi corazón han estado centrados en lo mismo: en Salo. En disfrutar de ella, en despedirme en silencio, en darle vueltas a las mismas opciones sin llegar a ninguna parte, en enamorarme y, al mismo tiempo, en querer bloquear este sentimiento para no sufrir.

—¡Van a publicarlo, Uli!

Mi primer pensamiento ha sido para Salo leyendo esa historia. Después, han llegado los besos que nos dimos en mi sofá, los mismos con los que fantaseo cada vez que veo sus labios. Una alegría inexplicable se ha ido colando por cada poro de mi piel, despertándome, espantando a los miedos. Era una señal, tenía que serlo.

Y a mí me ha faltado tiempo para enviar un audio al grupo de las chicas y contarles la noticia. Tras lo cual, y muy venido arriba, le he escrito un mensaje a Mery que sabía que iba a entender a la perfección: «Si tú saltas, yo salto». Porque la respuesta a la pregunta que me hago con frecuencia, esta vez ha surgido con demasiada claridad. ¿Qué haría si solo me quedara un año de vida? Lo que fuera, pero con ella.

Después, he recordado el seudónimo que le había dado a mi tía para inscribirme. Y, entonces, el terror ha sustituido a la alegría.

A escasos cinco minutos de salir de casa y vestido como James Bond, veía la publicación de Instagram en la que habían etiquetado al Abuelo Lector como ganador del mismo premio del que yo había alardeado y con el mismo cuento que Salo había leído.

Dicen que si deseas algo con todas tus fuerzas y trabajas para conseguirlo, un día tu sueño se puede hacer realidad. Lo que no te cuentan es que puede suceder en el momento menos oportuno y chocar de frente con tu vida.

Y, ahora, con Mery frente a mí en estado de *shock* y Salo desaparecida, estoy aterrorizado. Mis mentiras y mis verdades están colgadas en internet y ella está a un clic de descubrirlo todo

de la peor manera.

#Sueños #Putadas
#SpidermanTambiénSeAsusta

72. Final feliz

Uli

Septiembre 2018
(Quince días antes)

—Espabila, Ulises. —Irene da unos suaves toques en la barra.

La oigo, pero no reacciono. Mi cabeza sigue entre mis sábanas, en el cuerpo de Salo pegado al mío y en la horrible sensación que he tenido en cuanto ha abandonado mi piso.

No he dormido apenas. Anoche me dio un parraque cuando Salo me habló de @k.leer y la ansiedad me ha mantenido despierto.

—¿Hooola? —La Dementora mueve sus brazos haciendo aspavientos. Enfoco la vista en ella —. ¿Vas a trabajar un poquito o me lo dejas todo a mí?

—Descanso —respondo en voz baja.

—¿Cómo? ¡Pero si acabas de llegar! —Chasquea los dedos frente a mi cara—. No tengo el día, te lo advierto.

—Pausa, Kit Kat, *break* —insisto. Cuando me atasco, no soy capaz de decir una frase. Una palabra, a lo sumo dos, y ya es un milagro que haya soltado tres, pero hasta aquí he llegado.

La miro con ojitos de cachorrillo abandonado. Necesito que se apiade de mí. Irene respira hondo. Ni rastro de esa sonrisa a lo *Westworld* que usa para encandilar a los clientes.

Tras unos segundos, entrecierra los ojos y analiza mi expresión. Creo que por fin está comprendiendo que estoy jodido.

Suspira.

Suspiro.

—Necesitamos hacer inventario. —Parpadeo. No lo ha pillado—. Almacén, ¡ya!

Sonrío con tristeza. Sí que me ha entendido.

—Me quieres.

Ella rueda los ojos mientras sale de la barra.

—Un poco, no te crezcas. —Con un gesto, me indica que la siga. En diez pasos, llegamos a la puerta del almacén, una habitación diminuta y de escasa luminosidad—. Entra —me ordena.

—No quiero *experimentar* —le digo muy serio.

Recibo un capón.

—No inventes.

Resoplo.

—No me pidas imposibles.

Termino con su paciencia y me empuja dentro sin miramientos. Cierra la puerta y se da la vuelta.

—Tienes cinco minutos. Empieza.

—No puedo hacer nada con eso. —Sonrío, socarrón, porque es más fácil decir una tontería que abrirme en canal.

Irene se cruza de brazos y me lanza una mirada asesina. Se acabaron las gracias.

—Cuatro y medio.

—No sé por dónde empezar.

— Increíble. He dejado mi puesto por esto —protesta—. ¿Es por la movida de ayer? ¿Por lo de Instalectura? —Asiento, aunque trato de corregirla una vez más. Ella levanta la mano para detenerme—. Ni lo intentes, me la sopla.

Respiro hondo y repito la frase que me atormenta desde ayer:

—Salo es Romantic Books.

—¿La de las novelas moñas? —Sonríe, lo que me confunde. Creo que, a su extraña manera, intenta ser amable—. Uli, joder, eres un dramas. ¡Está clarísimo que a Salo le gustas! Estará encantada cuando se entere de toda esta historia. Y, además, siempre puedes decirle que ha sido fruto del destino. —Me observa como si lo que acaba de decir fuera la cosa más obvia y yo un gilipollas. Ojalá fuera tan sencillo como lo pinta.

Me quedo en la inopia.

Toc, toc.

Mi compañera me agarra de los hombros y me zarandea. No entiendo por qué lo hace, pero necesito un achuchón y me lanzo a sus brazos.

—Pero ¿qué…?

—¿Irene? —¿Es mi tía Lena la que habla al otro lado de la puerta?—. Sé que estás ahí, te he visto entrar. ¿Estás con mi sobrino?

—Mierda, mierda, mierda —masculla mientras gira el cuello a lo niña de *El exorcista*.

—Voy a abrir. Espero no arrepentirme.

—Al final resultará que es cierto eso de que te quiero —dice Irene entre dientes mientras mi tía entra y cierra la puerta.

Esta habitación comienza a parecerse al camarote de los hermanos Marx. No puedo estar más pegado a la Dementora ni, al mismo tiempo, más cerca de mi tía, a la que podría besar en la nariz sin esfuerzo alguno.

Casi estoy por pedirles un abrazo grupal.

—No es lo que parece, lo juro —le dice Irene a Lena.

—Chicos, esto está pasando de castaño oscuro. ¿Se puede saber qué está ocurriendo?

La Dementora se pone en tensión y me empuja con el hombro para que sea yo el que responda, pero me siento tan triste que solo soy capaz de decir:

—Quería mi final feliz. —Una gran frase para el recuerdo.

—Pero ¿qué dices? —Irene me pellizca el brazo.

—Me lo merezco —protesto.

—¿Tu final feliz? — Lena me observa atónita—. ¿Eso es lo que buscas en este cuartucho, con *mi* camarera y en horario laboral? —Me apunta con el dedo—. Uli, esperaba algo más de ti.

Tardo unos instantes en asimilar que Lena lo está malinterpretando, instantes en los que la Dementora rezuma señales luminosas de querer asesinarme.

—Tía, Irene solo me estaba *consolando*. —Lena e Irene bufan al mismo tiempo. La una porque no se puede creer que lo suelte tan alegremente, la otra porque ha perdido toda su paciencia conmigo—. Eh, no tengo la culpa de que tengáis la mente sucia. —Me dirijo a mi tía —. Me estaba *consolando como amiga* porque… Salo es Romantic Books.

El gesto de Lena se relaja.

—Eso no me lo esperaba —reconoce.

«Pues… yo tampoco».

#YAhoraQué

#Cortocircuito #SOS

###########

Es la hora del cierre y la cafetería está vacía. Los sonidos de conversaciones y risas han sido sustituidos por un silencio casi sepulcral, la luz es tenue y yo llevo cinco minutos sumergido en mi drama. Unos ojos azules me observan, unos ojos preciosos y preocupados, que no han dejado de hacerlo durante todo el día.

—¿Qué vas a hacer? —Mi tía Lena se sienta a mi lado en un taburete frente a la barra.

—No lo sé.

En cierta forma, estoy mintiendo, hace rato que he llegado a una conclusión. El problema es que no termina de gustarme porque implica un final con el que no estoy conforme.

—Ay, Uli… —La mano de mi tía busca la mía y me da un dulce apretoncito.

—Te complicas la existencia. —Irene niega con la cabeza. Ni siquiera la he visto llegar—. No me mires así. Te estás inventando un problema donde no lo hay.

—No lo estás entendiendo.

—Explícamelo —me reta.

Resoplo. La empatía no es lo suyo y no tengo ganas de esforzarme, pero más me vale hacerlo o seguirá torturándome hasta el infinito y más allá.

—Tú estás pasando por una situación dolorosa con tu ex. —Ella asiente—. Estabais juntas, te dejó y ahora juega contigo.

Mi tía emite un sonido de entendimiento, está encajando las piezas de la extraña relación que tengo con mi Dementora.

—Espero que llegues a alguna parte, porque no me hace mucha gracia que me diseccione.

—Shhh —la chisto—. Lo que quiero decir es que puedes entender las circunstancias de Salo. La gente herida suele ponerse corazas para protegerse a futuro.

—Vale, pero sigo sin pillarlo —me interrumpe.

Miro al techo.

—Porque eres muy ansias y no me dejas terminar. —Irene mueve su mano con desgana para que continúe—. Imagina que ahora, tal y como estás, conoces a una chica *muy mona*. —Por inercia, pestañeo en plan coqueto, aunque no tiene ningún efecto—. No estás en tu mejor momento, pero te llama la atención. Esa chica consigue que te sientas a salvo, que te rías y también que disfrutes de cosas nuevas. De pronto, sin darte cuenta, vuelves a confiar y el mundo te parece menos gris. —Hago una pausa y detecto una sonrisa real en su cara—. Y un día, descubres que esa misma chica sabía todo de ti antes de que vuestra relación comenzara. Me da igual cómo, porque es amiga de otra amiga, porque te seguía por Instagram o porque le gustabas desde hace tiempo y recolectaba todo tipo de información que tuviera que ver contigo. ¿Cómo te sentirías?

Irene arruga la frente.

—Expuesta —murmura.

—Pues la historia mejora. —Chasqueo la lengua, incapaz de creérmelo aún—. Imagínate que le hablas de un amigo y descubres que lo conocía pero ha actuado como si no fuera así. Dime, si te enteraras, ¿confiarías en esa chica o la verías con otros ojos?

Su mirada me confirma que no me va a gustar lo que diga a continuación.

—Pues… pensaría que es una acosadora.

—¡Joooder!

Mi tía maldice por lo bajo e Irene se tensa.

—Él ha preguntado —se excusa.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Esa tía no vuelve a verme el pelo. ¡Qué repelús! —Tuerce el gesto y yo estoy a punto de tener un colapso. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. ¿Yo, un acosador? Irene se inclina sobre la barra y me da una palmadita torpe en la mano—. Pues ahora sí que lo he entendido. Estás bien jodido.

Eso ya lo sabía. Hace un rato he escrito a Mery para ponerla al día y su respuesta literal ha sido: «Este es un problema de los gordos». Vaya amigas, son todo positividad.

Lena le dirige una mirada reprobatoria a su camarera.

—No soy un acosador —me defiendo—. Creía que hablaba con una adolescente.

—No lo estás arreglando —murmura Irene por lo bajo.

Mi tía da un golpe seco sobre la barra y la Dementora desaparece de nuestra vista.

—No le hagas caso, Uli, tú no eres un acosador. —Lena me mira a los ojos y me dedica una sonrisa. Yo intento devolvérsela, pero no me sale—. Lo que no entiendo es quién es ese @k.leer.

—Eso mismo me he estado preguntando todo el día.

—Es alguien que debe de conoceros. ¿No se te ocurre nadie?

—Podría ser cualquiera. —La voz de Irene suena a mi espalda, poniendo en palabras mis propios pensamientos.

Los tres nos quedamos en silencio unos segundos.

Mi tía me besa en la mejilla.

—De todas formas, Uli, a mí no me engañas. Sabes exactamente lo que vas a hacer. No le dirás nada a Salo, ¿verdad?

No respondo, aunque no hace falta.

—Entonces, vas a mentir. —Irene parece sorprendida.

—Conociéndolo, será por una buena causa —contesta mi tía por mí.

Irene suelta una carcajada llena de ironía.

—Una buena causa que le beneficiará solo a él.

Suelto la mano de mi tía y me froto la frente. No ha sido necesario que expresara la idea que me sobrevuela, me conoce bien.

—Si le digo la verdad, creerá que he jugado con ella y adiós a nuestra relación. Si no se lo cuento, interpondré entre nosotros una mentira, un muro invisible, que a la larga impedirá que lo nuestro pueda ir más allá. Las dos alternativas son malas. —Hago una pausa en la que cojo aire y lo suelto con lentitud. Ni yo me creo lo que voy a decir—. Pero represento algo para ella importante, una prueba de que puede tener una relación sana con un chico, y no quiero que cierre esa puerta para los que vendrán después. —Suspiro. O bufo. No lo tengo claro—. Salo es demasiado importante para mí, necesito que esté bien, aunque eso signifique que yo no esté ahí para verlo.

Esta vez, Irene no suelta ningún comentario, tan solo se acerca y aprieta mi hombro en un gesto de cariño.

—Estás pensando en aceptar el trabajo e irte. —Mi tía me frota la espalda mientras asiento—. En cierta forma, me alegro. Sabes que no era muy partidaria de que cambiaras tus planes por una chica. Aunque confieso que también me da pena.

—Y a mí —admite la Dementora.

—Siempre serás un amante de las causas perdidas —continúa Lena—, aunque tu complejo de superhéroe te lleva a complicarte la vida. Pero esta vez, Uli, te llevas la palma.

Desde luego, no puedo contradecirla. Chica herida, con problemas de abandono y confianza en

el género masculino, representar para ella el milagro entre los hombres, tener la oportunidad de llegar más lejos que una amistad y cagarla sin hacer nada. Aunque el final, sin duda, es la guinda del pastel: autoinmolarme para que el final feliz sea el suyo.

Suena genial.

#JodidoJodido
#ProblemaSinSolución

73. Aceptación

Salo

—Mi chica guapa… —Mi abuela me sonríe desde la puerta y avanza a pasitos cortos hacia el escritorio, donde estoy sentada terminando un *collage*. Le devuelvo la sonrisa—. Me tienes preocupada, Salomé. Estás triste otra vez. —Se sienta despacio en el borde de la cama y estira su brazo en busca de mi mano. Se la tiendo.

—Un poco —reconozco.

Berta y Miguel se casan dentro de una semana. El problema no es la boda, es la fecha y lo que implica, que dos días después Uli se marchará a Dublín.

Lo llevo mal. Muy mal. Y eso a pesar de que nuestra relación haya cambiado después de aquella noche en la que dormí en su casa. Son pequeños detalles, pero existen: Uli procura no tontear conmigo, evita todo lo posible el contacto físico y, cuando quedamos, jamás lo hacemos en su piso.

—¿Lo que te pasa tiene algo que ver con ese chico tan *mono*?

Me planteo contarle lo que ha ocurrido con ese chico tan *mono*. O, más bien, lo que no ha llegado a suceder, porque no solo yo estaba poniendo barreras, Uli también lo hacía. Lo que desconozco son sus motivos. Puede que, como dijo Mery, su actitud distante se deba a su marcha o a que, como él mismo afirmó, considere que no se debe mezclar amistad y amor. No lo sé y no creo que lo sepa nunca, porque no estoy dispuesta a abrirme en canal para recibir una negativa.

Cuando alguien te envía señales claras de que no quiere nada contigo, lo mejor que puedes hacer es retirarte, aceptarlo y superarlo.

Mi abuela me observa, a la espera de una respuesta.

—Me da pena que se vaya —le confieso.

—Claro, todo el día *juntitos*. —El tono con retintín, sus ojos brillantes—. ¿Y has pensado en irte con él?

—¿Qué? ¡No! —Su pícara sonrisa me confirma que mi cara me delata—. Además, ¿qué haría yo tan lejos de ti?

—Vivir, Salomé, al fin y al cabo, es lo que te toca. —Me mira fijamente y hace una pausa dramática. Tiene esa aura que anuncia que va a decir algo profundo—. ¿Sabes? Mi prima decía que aquí hay un bolsillo en el que guardamos tanto lo bueno como lo malo. —Da un par de suaves toques, señalándose el pecho a la altura del corazón, y suspira—. Yo solía contestarle que, en realidad, lo que guardamos es lo que elegimos conservar.

—Eso es muy bonito.

—Tu madre tiene ese bolsillo lleno de dolor —me dice en voz baja—. Y tú, mi chica guapa, lo has tenido igual durante mucho tiempo, aunque este verano he vuelto a ver a esa nieta mía que se reía hasta con los ojos y me apostaría una mano a que este cambio tiene algo que ver con ese amigo tuyo. —Alza ambas cejas y yo hago un amago de sonrisa.

—Puede.

Durante unos segundos, nos quedamos en silencio.

—Salomé, no quiero que vuelvas a apagarte. —Me da un apretoncito en la mano que aún sostiene—. Estás en edad de disfrutar, de descubrirte, de experimentar… Si te contara la de cosas que hice con tus años… —Su mirada se pierde en el infinito. Acto seguido, sacude la cabeza como si acabara de recordar lo que quería decir. Sonrío y me muero de ternura. Ella se pone seria —. No deberías quedarte anclada aquí. Ni por tu madre ni por mí. ¿Comprendes lo que te digo? —Asiento con un leve movimiento—. La vida hay que disfrutarla. —Suelta mi mano y se incorpora con dificultad. Da dos pasitos en mi dirección y acaricia mi mejilla—. Ahora te puede parecer que quedan muchos años por delante, pero te aseguro que se pasan en un segundo. Vive todo lo que puedas, mi chica guapa, y llena ese bolsillo de cosas bonitas. —Me da un beso y, después, se va de la habitación, dejándome sumida en mis pensamientos.

#ConsejosDeAbuela
#Vivir #LlenarElBolsillo

###########

—Me gusta. —Mery me mira a través del espejo de arriba abajo—. Te favorece.

—¿Cuánto? —le pregunto tras realizar varias contorsiones para alcanzar la etiqueta del precio sin éxito. Ella sonríe, apoyada en el marco del probador.

—Doscientos euros. —Me mareo—. Es una inversión a futuro, lo podrás usar… —No termina la frase, la risa se lo impide.

—¿Ibas a decir en otra boda? ¡No conozco a tanta gente!

La muy bruja se descojona en mi cara.

—No seas boba, te queda genial. —Mery lanza un suspiro lleno de admiración. Tengo que admitir que me veo guapa. El vestido es corto, verde y sencillo, cruzado a la altura del pecho y con poco volumen en la parte de la cadera—. Y no vas a encontrar nada mejor en tan poco tiempo —me advierte.

Asiento con desgana, rendida ante la evidencia. No puedo hacer milagros en cinco días. Mery me ayuda a desabrochar los botones del cuello mientras me bajo la cremallera lateral.

—¿Cómo has quedado con Uli? ¿Iremos a buscarlo en tu coche? —le pregunto.

Ella da un pequeño respingo.

—Nos llevará Juan —dice con la boquita pequeña.

—Un detalle por su parte. —Me desvisto despacio y con cuidado mientras analizo su rostro en el espejo—. Joder, Mery, Juan vendrá con nosotros, ¿verdad?

Responde con un «sí» silencioso y avergonzado.

Me doy la vuelta y la enfrento en ropa interior. Ella, cabizbaja, apoya la espalda en una de las paredes del probador.

—No me riñas, Salo. Todo lo que puedas decirme ya me lo he dicho yo.

Relajo el gesto. Lo último que quiero es que se sienta juzgada por mi parte.

—Cuenta.

—No llegué a decirle que no viniera conmigo. —Sin querer, enarco una ceja y ella hace un mohín—. Ya, ya lo sé… Crees que soy idiota y que debería mandarlo a la mierda, ¿verdad?

Es cierto, pienso que debería mandar a Juan a la mierda —al menos, por un tiempo—. He llegado a la conclusión de que actúa como si Mery fuera su pareja, aunque después la trata como a una hermana. Este comportamiento incoherente ha sido el culpable de que mi mejor amiga se haya mantenido en un bucle infinito de esperanzas. También estoy segura de que lo más sano para ambos sería mantener las distancias y crear una dinámica de relación más normal. Sin

embargo, en lugar de decírselo, me muerdo la lengua. A fin de cuentas, es una decisión que ya ha tomado y no voy a aportarle una información que desconozca. Lo que tengo claro es que jamás pensaría que ella es idiota, y eso no voy a callármelo.

—No eres tonta, Mery, eres demasiado buena. —Me acerco y la achucho. Ella suspira entre mis brazos—. Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?

—*Lo sé*. —Sonrío contra su pelo. Mery suelta una risita—. ¿Y tú sabes que desde aquí puedo ver tu pezón?

—Nada que no hayas visto antes.

—Pero no tan cerca.

Doy un paso atrás y me giro en busca de mi ropa. Tal vez sea un buen momento para tantearla.

—Si quisieras, podrías verlas todos los días. —Subo y bajo las cejas con picardía.

Mery, móvil en mano, levanta la vista, confundida.

—¿Tus tetas? No entiendo la propuesta —confiesa.

Me río. Desde donde estoy, puedo ver cómo los engranajes de su cerebro están funcionando a su máxima velocidad.

—¿En serio? —Sus ojos se agrandan y se lleva las manos a la boca. Yo asiento lentamente—. ¿Te vienes a vivir conmigo?

Mery lanza un gritito y las dos saltamos como bobas dentro del probador hasta que logramos encajarnos en otro abrazo.

Tras pasar por caja, abandonamos la tienda. Mery ilusionada y sonriente, yo, por culpa de la cuenta, un poco menos. Aunque, en el fondo, me siento muy bien. Los consejos de mi abuela me han ayudado a terminar de liberarme. Necesito vivir experiencias nuevas que me alimenten, igual que lo han hecho cada una de las que he vivido este verano, y la que más ansío es la independencia. No se me ocurre mejor forma de lograrlo que vivir con mi mejor amiga, en un piso que me encanta y cerca de mi abuela.

—Deberíamos ir a Somos Instantes a celebrarlo —sugiere Mery mientras caminamos por la sombra de la avenida principal.

—Después del pastizal que acabo de gastarme, no rechazaré una copa gratis. —Y, aunque no se lo digo, tampoco rechazaría nunca un plan con mi Spiderman—. Entonces, ¿Uli será mi acompañante en la boda?

Su sonrisa desaparece.

—¿En qué punto estás con él?

—Sin cambios. —Resoplo y me preparo para sincerarme—. Creo que tenías razón. Me he colgado de mi mejor amigo. —Mery se detiene y me observa. Si mi cara se corresponde con la suya, debo de estar transmitiendo una enorme tristeza. Encojo un hombro y ella me rodea con sus brazos—. Se me pasará. No te preocupes, no haré ninguna tontería. —Me obligo a sonreír.

—Lo siento un montón —susurra en mi oído—. Mucho más de lo que crees.

Aprieto la mandíbula para retener mis emociones. No debería, en las últimas semanas estoy aprendiendo a dejarlas salir. Sin embargo, no quiero angustiar a mi mejor amiga.

Estaré bien. Soy una chica dura.

#SoloAmigos
#Putada #ModoAceptación

74. Amiga horrible

Mery

Hola, soy Mery, y soy una amiga horrible.

Hola, Mery.

Si hubiera mantenido mi boca cerrada, Uli habría hablado con Salo y ninguno de los dos estaría tan hecho polvo. Aquí estamos los tres, en la mesita del rincón de Somos Instantes. Ellos sentados uno junto al otro en el sillón de cuero, y yo, en frente, siendo testigo de este dramón.

—Me cuesta creer que te vayas —dice Salo y Uli le dedica una mirada cargada de amor. ¡Amor!

Sus ojos transmiten tantas emociones como las palabras que callan. Salo le confiesa sus sentimientos y Uli le responde lo difícil que es dejarla ir. Es como estar entre Barbra Streisand y Robert Redford en la peli *Tal como éramos*. Casi puedo oír la musiquita.

Mierda, de hecho, la oigo.

Como si mi pensamiento hubiera jodido el momento, Salo corta el contacto visual y apoya la cabeza en su hombro. Parece un gesto de cariño, pero está intentando que él no vea sus lágrimas.

—¿Sabes lo muchísimo que voy a echarte de menos? —le pregunta con la voz temblorosa.

—Imagino que casi lo mismo que yo a ti. —Él la rodea con sus brazos y le da un beso en el pelo. Al verlo, exploto y se me escapa un lloriqueo digno de un perro—. A las dos —rectifica, malinterpretando mi respuesta—. Os echaré de menos a las dos.

El nudo en la garganta se agranda, el sentimiento de culpa también. ¿Quién coño me he creído para decirles lo que tienen que hacer? ¡Si mi vida sentimental es un desastre! Mantengo una seudorrelación vía móvil con un neerlandés (muy divertida pero sin compromisos) y tengo un ex (que no lo es para nada) al que animo después de una ruptura. ¿No ven que no tengo ni puta idea?

«¿Quién es más loco: el loco o el loco que sigue al loco?».

Gracias por la aportación, Obi-Wan.

Doy un trago largo a mi copa, necesito anestesiarme.

—Podéis venir a verme cuando queráis. —Uli tironea con suavidad del pelo de Salo y mi amiga, aún con la cabeza apoyada en su hombro, está a punto de ponerse a berrear. Pero, antes de que suceda, se incorpora y nos dice que se va al baño.

Tanto Uli como yo seguimos con los ojos el camino que recorre. Después, nos miramos el uno al otro.

—¿Sabes algo?

Me muero de pena, literal. Los últimos días me pregunta siempre lo mismo. Inspiro hondo y repito, una vez más, lo que quiere oír:

—El perfil de @k.leer sigue inactivo y Salo no ha vuelto a hablar con él.

Uli asiente un poco más tranquilo.

—Tengo pesadillas con ese chaval. ¿Estás segura de que es un adolescente de verdad, no?

—Eso creo. —Le doy una suave palmadita en el brazo, pero se ha ido a su mundo—. ¿Y si nos

hemos equivocado? —le susurro. Sus ojos regresan desde el infinito y se fijan en mí—. ¿Y si lo mejor es hablar con Salo?

—¿Hablar conmigo de qué?

Uli da un brinco, a mí se me para el corazón. Ahora mismo, no estamos preparados ninguno de los dos para esta conversación.

—Sobre el hotel —improviso. Salo eleva la barbilla con chulería—. No queremos que nos odies, pero… tenemos que hacer las cuentas.

Salo bufa y se deja caer en la silla.

—Qué manera más ridícula de gastar dinero —protesta.

#AmigaHorrible
#SentimientoDeCulpa

############

Tengo la teoría de que en el mundo hay tres tipos de personas: los que sobrepiensan, los equilibrados y los que actúan por instinto. Salo está en el primer grupo, Uli en el segundo y, sin duda, yo estoy en el último. Por mucho que me empeñe en ser racional, las emociones son las que mueven mis actos. Hablo antes de pensar, hago idioteces de forma constante y, aunque mi mente no pare, suele trabajar en un segundo plano en temas absurdos.

Ahora mismo, por ejemplo, mi cabeza está reproduciendo en bucle la banda sonora de *Ghost*. ¿Por qué? Ni idea. Puede que porque sea una peli lo bastante triste como para acompañar a mi sentimiento de culpa.

Llevo todo el camino de vuelta a casa con esa horrible sensación. Salo y Uli no se gustan, se quieren. Y yo, en lugar de ayudarlos, lo que he hecho ha sido influir en ellos para que tomaran decisiones equivocadas.

Cierro la puerta de casa y avanzo hacia el mueble de la entrada, donde dejo el bolso y analizo mi imagen en el espejo al ritmo de *Unchained Melody*.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunto a mí misma—. ¿Desde cuándo no hablar con tu mejor amiga es una buena opción? —Resoplo ante mi comentario—. No me digas que desde siempre y menciones a Juan, es diferente. —Me lanzo una mirada de condescendencia—. ¿Que por qué es diferente? Pues…

Hola, soy Mery, y llevo demasiados años mintiendo.

Hola, Mery.

En las últimas semanas no hago más que descubrir cosas «bonitas» de mí misma. Soy una cotilla, tengo cambios de humor, me meto donde no me llaman, no soy buena amiga y, además, miento.

«¿Algo más?».

—Sabes que sí —me respondo—. También está ese pequeño detallito… eso de que disfrutas de las desgracias ajenas. —Niego con fuerza ante el espejo—. Puedes llamarlo de otra forma si te hace más ilusión, pero te alegras infinito de que Juan y Vico hayan roto.

«Ains».

Creo que prefiero mi voz interna con sus gilipolleces a esta versión de peli de terror que me dice en voz alta lo que no quiero oír. Y lo peor es que la maldita canción sigue resonando en segundo plano.

«Oye, lo mismo estoy chalada».

—Es probable.

«¡Basta!».

Le hago una peineta a mi reflejo, doy media vuelta y me dirijo al salón, donde me dejo caer a peso muerto en mi maravilloso sofá.

Lo reconozco, estoy contenta por haber recuperado las atenciones de Juan, pero no me alegro de su tristeza. Y sí, aún tengo sentimientos por él, pero no son los mismos. No hay mariposas en la tripa ni mi corazón bombea a toda velocidad. Puede que sea porque la esperanza ya no existe o quizá porque me haya decepcionado. Lo ignoro, desconozco las razones que se esconden tras este cambio emocional y se me da muy mal analizar. De lo que sí estoy segura es que ya no reacciono igual ante él.

El sonido del telefonillo interrumpe mi diálogo interno. Me incorporo molesta. Puede que este sea el rato más largo que he pasado sola en semanas y es evidente que necesito un poquito de reflexión en mi vida. Pero es que cuando no se planta en mi casa Berta, suele hacerlo Juan.

Descuelgo el auricular con hastío.

—¿Sí? —digo en un alarde de originalidad.

—Soy yo —me responde una voz, siendo igual de creativa.

Me quedo en silencio. Y no porque no sepa qué debo hacer a continuación, sino porque esta visita no la esperaba.

—Es importante —insiste Vico.

Abro, y eso que tengo tantas ganas de verla como de clavarme alfileres en los ojos. Desde su ruptura con Juan, no se ha dignado a contestar a ninguna de mis llamadas ni a enviarme un triste mensaje para decirme que estaba bien. Esta actitud ha conseguido que me replantee por qué somos amigas. Y mi conclusión es esta: no tengo ni la más remota idea.

Sin embargo, y a pesar de las dudas, cuando Vico llega a mi puerta, la recibo con una sonrisa porque, en el fondo, no me sale ser de otra manera.

—No estaré mucho tiempo —me indica tras el saludo y un par de frases de cortesía—. Quiero hablar contigo de Juan.

El gesto es serio y todo en su cuerpo transmite tensión, hasta el pelo engominado, con el que se parece aún más a Victoria Beckham. Asiento como una idiota mientras la invito a pasar al comedor. Ahora me contará su versión de la historia y tendré que tragarme sus lamentaciones, y todo por no silenciar el maldito interfono. No aprendo, está claro.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Ella en un lado, yo en el otro, dándole más solemnidad al asunto.

—Juan está enamorado de ti, por eso le he dejado —me suelta.

Me río como una auténtica desquiciada y me incorporo. A riesgo de parecer una alcohólica, necesito otra copa. Voy hacia la cocina, saco dos vasos de un armario y los relleno con lo primero que pillo. Vuelvo al salón.

—No me gusta el Limoncello. —Vico aparta el vaso con esa cara de asco tan habitual en ella —. Y hablo completamente en serio, él te quiere a ti.

Me siento y doy un trago. ¿Esto es real? Parece *de verdad*, pero hace quince minutos estaba teniendo una conversación con mi reflejo. ¿Puedo fiarme de mi mente?

—¿Me estás vacilando?

—No.

La observo perpleja, soy incapaz de comprender cómo ha llegado a esa conclusión. ¿Juan enamorado de mí? ¡Venga ya!

—Él no lo admite, pero es así… Te quiere.

—No es cierto. —Bebo.

—Sí, lo es.

—Imposible.

De ser así, ha tenido tiempo para hacer algo al respecto y, desde luego, no se habría liado con mi amiga.

Vico deja escapar un suspiro contenido.

—Sabía que entre vosotros había algo y, aun así, hice todo lo que pude para estar con él. Me gustaba de verdad y no parecía que ninguno de los dos estuviera dispuesto a dar el paso. Pero, no te preocupes, he aprendido la lección, es muy mala idea interponerse entre dos personas. Al final, aunque ganes, terminas perdiendo.

—¿Sabías lo que sentía por Juan? —Lo sé, voy con retardo. Estoy haciendo lo que puedo.

Vico me lanza una mirada que viene a decir que era evidente.

—Lo siento —se disculpa.

Cuando mi Hulk interno está a punto de aparecer y estoy a un segundo de mandarla a la mierda o de hacer un gesto peliculero, como tirarle el contenido de su vaso a la cara, se echa a llorar.

Un minuto más tarde, me ablando y la consuelo.

Soy una cotilla, me meto donde no me llaman, no soy buena amiga, blablablá… y, además, soy gilipollas.

Oye, todo bien.

—No quería hacerte daño, ¿sabes? —me dice tras media hora de lágrimas y después de confesar que lleva varios meses enamorada de Juan, algo que entiendo demasiado bien—. Solo pensaba en mí.

—Siempre has sido un pelín egoísta.

—Sí —reconoce con un mohín—. Pero por eso estoy aquí, para resarcirme. Y porque él nunca va a mirarme como te mira a ti.

Cuando Vico se despide, sin saber si nuestra amistad sobrevivirá a esta noche, me doy cuenta de que, aunque a una parte de mí le gustaría creerla, sé con certeza que Juan no está enamorado de mí. El amor es otra cosa, es lo que he visto esta tarde entre Uli y Salo. Es echarse a un lado para que el otro no sufra, es quedarse y apoyar una decisión aunque te duela.

#Revelaciones #CorazónDesconcertado
#AmigaHorribleEnColapso

75. El amor atonta

Darío

—¿Estás segura? Podría reconocerte.

Vero, frente a mí, me aparta con cariño a un lado de la acera para que deje paso a una pareja.

—Darío, solo quiero verla. —Sus ojos transmiten tanta ilusión que, sin querer, sonrío.

Me tiene bobo.

Fijo que Jaime diría que soy un calzonazos, pero paso de sus tonterías. Tanto hacerse el chulito con Silvia y ahora pierde el culo por ella.

—Me acerco y echo un vistazo. Si está, te envío un mensaje.

Ella, satisfecha, sonríe y me besa en los labios. Yo aprovecho el momento y le meto la lengua. No me canso de sus besos, estaría todo el día dentro de su boca.

Todo. El. Puto. Día.

—Darío…

Abro los ojos. He aprisionado a Vero contra una pared, de día y en plena calle. Ella sonríe.

—Va. —Me da un cachete en el culo. Yo arrugo la nariz, no quiero irme.

Vaaale…

Me ajusto la gorra, me pongo las gafas de sol y le robo un último beso. Soy un adicto, lo admito. Me resulta incomprensible que antes pudiera vivir sin besarla. ¿Cómo lo hacía?

Doy tres pasos caminando de espaldas con una sonrisa de idiota. Al cuarto, me doy la vuelta. Morir atropellado después haber encontrado el amor sería un drama.

Cruzo la calzada, avanzo unos metros y llego a mi destino. Aunque cuando lo logro, mi sonrisa de bobalicón se ha esfumado.

Si estoy aquí es por ella, me recuerdo.

Giro la cara hacia Vero, que me anima con gestos en la distancia para que continúe. Inspiro hondo, abro la puerta con sigilo y asomo la cabeza. Hago un barrido visual en busca de mi objetivo y, después, retrocedo con la lentitud de una tortuga volviendo al caparazón. Cojo mi móvil.

Darío
Has tenido suerte
Está con el cansino y con la pelirroja

Vero avanza con el mismo disimulo con el que he debido de hacerlo yo y, en cuanto llega, se levanta las gafas de sol y me pregunta:

—¿Qué hago?

Los dos nos reímos, nerviosos.

—Están sentados en el rincón. Ve al baño —le propongo.

—Vale. —Da un paso hacia adelante y abre la puerta.

La veo entrar temblorosa y me quedo a la espera. Hace unas semanas, no sabía si quería saber

algo más de la Tita Romantic y, ahora, aquí estoy, espiándola tras un cristal.

Aunque esto lo hago por Vero.

Espera, quizá sí soy un calzonazos. O tal vez el amor sea así, una droga que te convierte en un tontorrón.

Cotilleo por la cristalera y observo que Salo se incorpora. Si sale a la calle a fumar, me pilla. La adrenalina se me dispara y me echo hacia atrás por instinto. Aun así, soy capaz de ver que se dirige hacia los aseos. Tengo que avisarla.

Darío
Cuidado! Va al baño!

Me retiro, me apoyo en la puerta y observo la pantalla de mi móvil. El mensaje aparece leído, pero Vero no contesta. Espero que le haya dado tiempo a esconderse.

Su curiosidad por conocer a Salo es la culpable de que estemos aquí. Quería hacerlo desde que le hablé de su parecido, aunque sus ganas aumentaron el día en el que su madre le contó la verdad, el mismo día que nos dimos un abrazo de trece segundos.

Mi Vero también ha tenido un verano movidito.

Según me explicó aquella noche, su madre tuvo un lío con un tipo que desapareció tras saber que la había dejado embarazada. Ya tenía una hija, le dijo, no quería más complicaciones.

Y ahora Vero tiene la teoría de que Salo podría ser esa hermana que nunca conoció.

Vero está convencida de que Salo podría ser esa hermana que nunca conoció. Y por eso, he dejado que fuera ella quien le enviara mensajes para tranquilizarla y, por el mismo motivo, estamos aquí en plan *Misión Imposible*.

En cierto sentido, me siento culpable. Si yo no estuviera tan dolido con la Tita Romantic, habríamos quedado con ella y fin de la historia.

La puerta vibra y me aparto de inmediato. Vero aparece al otro lado.

—La he visto —me dice.

—¿Y ella a ti?

Niega con la cabeza y tira de mi mano hacia el portal más cercano, donde nos detenemos.

—Cuando entré, solo vi su cogote y al ir al baño me dieron ganas de… —Se ríe—. Bueno, me metí al aseo y justo ahí recibí tu mensaje. Ella entró al segundo. ¡Nos parecemos, un montón! —exclama con entusiasmo—. Pero se echó a llorar y no pude evitar decirle algo.

—Espera, ¿hablaste con ella?

—No me vio, lo hice tras la puerta. —Sonríe y su cara me vuelve a recordar a la de una duendecilla.

—¿Qué le dijiste?

—Le pregunté por qué lloraba.

Hago un gesto que viene a decir que era la pregunta lógica y, por un instante, tengo una sensación incómoda. A pesar de que la Tita Romantic desapareciera cuando más la necesitaba, no puedo negar que ha estado ahí para mí en muchos de mis peores momentos. ¿Estaría llorando por su ex? ¿O por el cansino?

—¿Te contestó?

Asiente despacio.

—Me dijo que solo necesitaba desahogarse, que estaba aprendiendo que llorar no era malo, pero que no me preocupara, que era una tía dura.

Sonrío al recordar nuestra conversación en aquel concierto y tengo ganas de volver a entrar a esa cafetería y de darle el abrazo que nunca le di.

—Estoy segura de que es ella. —Vero enmarca mi cara entre sus manos y me besa en los labios.

Con este contacto, todo lo que pienso y siento se desvanece. Pero, cuando estoy a punto de perderme en su boca, una voz me detiene.

—¿Darío?

Vaya, esto sí que es una pillada en toda regla.

#DetectivesDeMierda
#ElAmorAtonta

############

Siempre he flipado con la transparencia de Eva, pero nunca me había resultado tan molesta como ahora. La sonrisa le ocupa la cara entera, los ojos le brillan y parece que con cada parte de su ser me esté enviando una señal en forma de pregunta: «¿Es tu novia, Darío?». Si se le ocurre decirlo en alto, me muero.

Estamos sentados en la misma mesa que unas semanas atrás y en la misma cafetería de la que estábamos huyendo hace diez minutos. Ha sido imposible negarnos a su invitación de tomarnos algo, aunque tampoco ha ayudado que los dos nos pusiéramos a balbucear. Menos mal que, al menos, tenemos un poco de cabeza y nos hemos colocado de espaldas a la mesa de Salo y compañía.

—Tu tío vendrá en un rato —me comenta Eva, aunque lo sé de sobra. Desde que mamá salió del hospital, la familia entera funciona a turnos para no dejarla sola. Ahora mismo, mi tío está con ella, por eso puedo estar yo aquí—. ¿No os molestan las gafas de sol?

—Estamos perfectos. Oye, ¿y tu novela? —le pregunto en plan adulto para desviar su atención.

—Casi he terminado, aunque sigo sin título. —Sonríe—. ¿Y vosotros… estudiáis juntos?

Vero me mira de reojo y reprime una risilla. Es evidente que Eva está deseando cotillear sobre nuestra situación sentimental. El problema es que aún no hemos tenido la «charla».

Debería preguntarle a Jaime cuándo toca. A ver si por miedo a cagarla, la cago igual.

—En el mismo instituto, sí —contesta Vero por los dos.

—Y ahora estáis de vacaciones, no sabéis la suerte que tenéis de no trabajar.

—Yo sí trabajo. —La declaración de Vero me pilla por sorpresa—. No todos los días, pero me saco un dinerito con algunos eventos de asistente en cocinas o en la barra. Una amiga de mi madre es organizadora de bodas —nos explica—. De vez en cuando, me enchufa. Así tengo un extra para mis gastos.

Si estuviéramos solos, la besaría. Se me cae la baba de mala manera con cualquier cosa que dice.

—Eso está muy bien. —Eva me guiña el ojo, dándome el visto bueno que no le he pedido.

—Si quieres, le digo que tú también estás interesado. —Me mira y asiento. Por estar con ella, hago lo que sea.

Vero sonríe y echa un pequeño vistazo hacia atrás. Está nerviosa. Le doy una palmadita en el muslo para que se tranquilice.

—¡Sois muy monos! —exclama Eva.

Putoflipo, me está mirando igualito que a Salo y no quiero convertirme en su nueva obsesión.

En un gesto chulesco (que no me pega para nada), me bajo las gafas a la altura de la nariz y la taladro con los ojos. Ella capta el mensaje y me pide un perdón silencioso. Por lo visto, la

estrategia Mario Casas tiene múltiples usos.

—Vero, tu cara me suena muchísimo.

Vaya, no tantos.

—Me lo dicen mucho, debo de tener muchas dobles por ahí. —Vero me da un suave pisotón para que cambie de tema.

—Perdón por la espera. —La camarera rubia se planta en nuestra mesa y no sabe cuánto se lo agradezco. La tía es seca, pero apunta las consumiciones sin darnos cháchara y no se sienta con nosotros. Vamos, lo normal. Antes de irse, entrecierra los ojos y me observa largo y tendido. ¿Se acordará de la escenita del baño?—. No tardo —nos dice.

Pero sí que tarda, lo suficiente como para que Eva y Vero charlen de forma amistosa y yo me visualice entre ellas en comidas y cenas familiares.

—Mi escritora favorita ha vuelto. —El cansino suelta la bandeja con nuestras bebidas en la mesa y se sienta al lado de Eva, a la que da un apretón cariñoso en el hombro.

—¡Uli! —Eva le devuelve el gesto palmeando su brazo—. No sabía si te vería, me ha dicho Lena que te vas a Dublín.

—En unos días, sí.

Como acto reflejo, giro la cabeza hacia atrás para averiguar si Salo y la pelirroja siguen en el local. Se han ido. Le doy un suave toque a Vero con la pierna y ella se quita las gafas de sol, aliviada. Yo soy tan bobo que hago lo mismo. Aunque basta una mirada de Uli para que sea consciente de lo pringados que hemos sido.

—Me recuerdas a alguien —le dice a Vero. Sus ojos sonríen con amabilidad—. Y a ti, ¿te gusta leer? —me pregunta sin venir a cuento.

—Le encanta —responde Eva por mí.

—Algo me decía que así era. —Ahora sus ojos se clavan en los míos y lo sé al instante: sabe quién soy.

#PilladaMáxima
#Idiotizado #PorAmor

76. @K.leer

Uli

La Dementora puede tener problemas para relacionarse con el ser humano, pero su intuición es asombrosa. Ha sido ella quien ha atado cabos y me ha dado el aviso de quién podía estar detrás de este adolescente. ¡Y mi tía decía que yo tenía mucha imaginación! Sabía que no podía haber tantas madres enfermas pululando a nuestro alrededor.

Analizo a conciencia los gestos del chaval. Está acojonado, noto sus vibraciones. En cualquier otro momento, me apiadaría de él, pero no ahora. La frustración me domina y me he convertido en un oso amoroso cabreado, un Spiderman perverso o un *jedi* que se ha pasado al lado oscuro.

¿La maldad no tendrá su origen en la pérdida de lo que nos hace felices? En mi caso, desde luego, es así. La idea de marcharme y dejar de disfrutar de Salo me hace infeliz. No solo es que me haya enamorado de ella, es que potencia mi empatía, me respeta, me anima y también me hace sentir importante. Y esto último es lo que más me desconcierta, pues siempre he sido yo quien ha orbitado alrededor de mis parejas, intentando estar a su altura. Dejaba de lado todo lo que pudiera separarnos y me centraba en la felicidad de la otra persona, hasta que la energía que gastaba en conseguirlo me explotaba en la cara, claro. Pero con Salo es distinto, no tengo que esforzarme en ser alguien diferente, soy importante por quien soy, y eso consigue que me sienta libre, seguro y pleno al mismo tiempo.

Hasta jodido estoy contento cuando estoy a su lado. Aunque me haya autoimpuesto la norma de no tocarla, aunque me tenga prohibido mirar esos labios jugosos que sonríen de medio lado, aunque no me deje acercarme a ella, de la misma forma que me mantendría alejado del fuego, porque quema. Porque lo que tengo con Salo no es solo piel, también es mente y corazón. Es desear que esté bien por encima de todo, es oír su risa y sentir alegría, es querer escuchar todo lo que me diga, es paz, es ternura, es… querer compartir cualquier chorrada con ella. Es mi amiga, mi cómplice y el jodido centro de mi deseo.

Hoy ha sido la primera vez en diez días que le he permitido que se acercara y sigo revolucionado. Por un achuchón y un beso en el pelo. ¡En el pelo! Sentir tanto con tan poco no es ni medio normal.

Y sí, también me he planteado abandonar mis planes por ella, algo que ha preocupado en exceso a mi tía Lena. Sin embargo, esta vez no intento encajar en un planteamiento de vida en el que no creo, sino amoldar mis planes a las circunstancias. Ahora soy consciente de que se puede llegar al mismo objetivo de maneras distintas. Para mejorar mi inglés no es necesario que viva en Dublín; hay miles de cursos de escritura online a los que puedo apuntarme, y puedo seguir disfrutando de mis viajes desde cualquier parte.

Es una putada haber llegado a estas conclusiones tan tarde, porque cualquier opción de que lo mío con Salo funcionara se esfumó el día en el que decidí no contarle la verdad. O tal vez cuando me habló de @k.leer y no presté atención.

Es curioso, mi padre siempre me ha dicho que tener la cabeza en las nubes iba a joderme la vida. Pues mira, tenía razón.

Me revuelvo el pelo mientras las palabras de Mery nublan mi juicio del todo: «¿Y si nos hemos equivocado? ¿Y si lo mejor es hablar con Salo?». ¿Ahora? ¿Después de mentir como un bellaco?

—¿Tu amigo está bien? —le pregunta mini-Salo a Eva.

—Está viviendo un momento de introspección —le responde en plan profundo—. Es muy de escritores, ¿sabes? —La chica asiente mientras el gruñón que tiene al lado suelta un bufido.

Mi energía negativa se centra en él, en su cara de desdén, en su pelo ondulado recogido tras las orejas y en esa aura de pasotismo que quiere transmitir. Estas últimas semanas no he dejado de pensar que si la persona que estaba detrás de ese perfil le hubiera escrito a Salo el mismo mensaje que me envió a mí, esto no habría pasado. Los dos nos habríamos enterado al mismo tiempo, ella habría visto que mi sorpresa era tan real como la suya y juntos tendríamos nuestro puñetero final feliz.

Una bola de ira asciende desde mi estómago y sale de mi boca entre los dientes.

—Si te gustan los libros, aquí tenemos unos cuantos para elegir *QUÉ LEER* —escupo.

La nuez del chaval sube y baja.

—Estoy bien aquí.

—Ve con él, Darío —le azuza Eva, que no puede tener más ganas de quedarse a solas con la chica.

Me incorporo y muevo la mano, animándolo a que me siga. Él lo hace de mala gana.

—¿Por qué? —le pregunto al llegar a las estanterías. Darío eleva una ceja como respuesta, coge un libro al azar y lo ojea—. ¿Sabes el lío en el que me has metido?

—¿Yo? —Me mira de reojo—. Putoflipo —murmura.

—¡Claro que tú! ¿No lo captas? ¡Todo hubiera sido distinto!

—Pues no, no lo pillo. —Gira la cara, ignorándome por completo, y saluda a mini-Salo con la mano que le queda libre.

«¿Me está vacilando? ¡Cojonudo!».

Soy pacífico, pero su indiferencia me está empezando a tocar los cojones. ¿Dónde está el adolescente sensible e inseguro con el que yo hablaba? Le doy unos suaves toques en el hombro, igualito que hace la Dementora conmigo. Él alza la barbilla en plan chulo.

¡Joder, si parece Mario Casas!

—¿Por qué no le dijiste a Salo que yo era el Abuelo Lector? ¿Entiendes que si te hubieras molestado en darnos pistas a los dos, yo no tendría un puto dilema moral?

—No quería hablar con ella. —Encoge un solo hombro, como si careciera de importancia. Me muerdo los nudillos con rabia. Él se aleja un par de pasos—. Te estás poniendo un poquitito dramático, ¿no?

«La violencia no es la respuesta. La violencia no es la respuesta. La violencia no…».

Inspiro hondo.

—Tío, tú y yo éramos colegas. —Darío bufa ante mi vil intento de chantaje emocional—. ¿Qué? ¿No me has contado todas tus movidas con las chicas?

—La chica. Singular.

Apoyo mi espalda en la estantería, a punto de ser derrotado por este proyecto de ser humano. No tengo ni una respuesta válida que me ayude a comprender cómo ha podido ocurrir todo esto. ¿Simple azar? ¿El cosmos, que me tiene manía? En fin, llegados a este punto, lo que sí sé es lo que no puede suceder.

—No puedes contarle a Salo quién soy.

—Hace un minuto estabas quejándote de lo contrario —replica, brabucón.

—No lo harás.

—Vale, lo que tú digas.

—Intento ser buena gente —continúo, ignorando su retintín—, pero desde ya te digo que no voy a dejar la felicidad de Salo en tus manos. Si algún día te atreves a decirle algo sobre mí, hablaré con esa chica tan mona de ahí —señalo a mini-Salo— y le contaré todas tus vergüenzas.

Darío me dedica una mirada que viene a decir: «No te atreverás». Yo le devuelvo otra que significa: «Ponme a prueba». Después, sonríe, y lo hace con tan poco disimulo que me hunde en la miseria.

—¿Me has entendido? —le pregunto, manteniendo el tipo.

Él se recoloca un mechón tras la oreja.

—No decirle que eres el Abuelo Lector a una persona con la que no hablo, porque, si no, le contarás a *mi* chica que estaba colgado de ella antes de que nos liáramos —me dice con sorna, el muy capullo.

Me quedo a cuadros.

—Eso mismo —respondo como un idiota—. ¿Es tu chica?

Se le ilumina la cara y me pongo tierno al darme cuenta de que el chaval también está enamorado. En un acto reflejo, le doy una palmadita en la espalda. Soy un blando, es oficial.

—Bueno, no hemos hablado del tipo de relación que tenemos.

—Joder, yogurín.

Intercambiamos una mirada cómplice y, por un momento, volvemos a ser un adolescente y un abuelo treintañero que tienen una relación de amigos.

Para que luego digan que la magia no existe.

—Sabía que Salo te gustaba —me dice en un tono más suave—. Por eso te lo dije. —Sonríe con timidez y yo me río por no llorar. Puta lógica adolescente—. Y la pregunta no es por qué no se lo conté yo, sino por qué no lo has hecho tú.

Ahí me ha *dao*.

—Es complicado —murmuro.

—Pues como casi todo. —Ahora es él quien me palmea la espalda.

Su móvil suena. Lo saca del bolsillo, mira la pantalla y sonríe como un idiota.

—Eva se ha quedado en la inopia y Vero me pregunta si es normal. —Suelta una risilla y ambos nos asomamos para cotillear. Eva tiene la mirada perdida y mini-Salo está intentando llamar su atención.

—La introspección del escritor… —me burlo.

—Debería irme. Oye, Ulises… —Sonríe—. Se me hace muy raro llamarte así. Siento lo del dilema moral y todo eso… No lo hice con mala intención.

Ahora sí que reconozco a la persona que conocí por internet. Todo en él transmite dulzura e ingenuidad.

—Y yo siento haberte culpado de algo que es responsabilidad mía.

—Aún estás a tiempo de decirle la verdad. Un chico muy sabio me dijo una vez que si no intentaba nada, nada sucedería.

Me río bajito. Creo que fui yo.

—Ese sabio, en realidad, es más tonto de lo que parece.

Nos miramos con complicidad.

—Tranquilo, no le diré nada de ti —me dice. Sonríe y señala con la cabeza hacia la mesa de Eva, como si no quisiera repetir que debe irse.

—Vete, yogurín.

Él obedece y se gira, despidiéndose con un simple gesto con la mano.

—Adiós, cansino —le oigo decir con un deje risueño mientras se aleja.

Me quedo solo, mirando a la nada. El cabreo ha desaparecido, también la ira, y en su lugar queda la duda, que martillea mi cabeza. ¿Estoy a tiempo de arreglarlo? ¿Es posible que la reacción de Salo no sea tan grave como he imaginado? ¿Soy yo el que está boicoteando su final feliz por no intentarlo?

El corazón bombea con fuerza en mi pecho. Si esto fuera una novela y fuera yo quien la estuviera escribiendo, sería el momento en el que el protagonista decidiría actuar.

Lo que no suele contarse es el miedo que da.

#Aterrorizado #Emocionado
#HoraDeActuar

77. Joder la boda (o no)

Salo

Septiembre 2018
(Una semana después)

Es un hecho que nunca tenemos la seguridad de lo que nos deparará un nuevo día. Da igual si lo has planeado al dedillo o si eres de los que fluyen, la vida siempre logrará sorprenderte.

Por ejemplo, hoy, tras despertarme en mi nueva cama, mi primer pensamiento ha sido intenso y deprimente: la distancia geográfica entre Uli y yo podría terminar siendo una distancia emocional. El segundo ha sido más bien una reflexión: si de todas formas era algo que iba a suceder, ¿por qué debía contenerme? El tercero, de ánimo: «Salo, si te lanzas tampoco pierdes nada».

Pero de todos los escenarios posibles que mi mente ha imaginado en esta boda, estar secuestrada por la novia en un coche cuyo rumbo desconozco no estaba en ninguno de ellos.

Mi cabeza reproduce secuencia a secuencia lo que ha ocurrido esta mañana, igual que si estuviera a punto de morir. El nerviosismo de Mery, palpable desde el desayuno, por el acontecimiento y por venir con Juan. La llegada de Uli al piso, que se ha adelantado cuarenta minutos porque se había hecho un lío con la hora. Lo guapo que estaba con el traje, sin corbata y con su nuevo corte de pelo. La mirada que hemos compartido. El repaso que nos hemos dado, de arriba abajo y sin pudor. La excitación que he visto en sus ojos por un microsegundo, reflejo de lo que debían emanar los míos. El pinchazo que he sentido cuando me he recordado que esta historia no irá a ninguna parte. Los dos chupitos de tequila que me he metido al cuerpo con una estúpida excusa, cuando al fin me he admitido a mí misma que estoy enamorada del *hippie* de mi mejor amigo. El momento en el ascensor, cuando Uli ha rodeado mi cintura con su brazo y me ha dado un apretoncito que me ha derretido entera. Mi suspiro contenido, su carraspeo y el taco que ha soltado la pelirroja. La llegada de Juan y el análisis que le ha hecho mi amiga, como si estuviera buscando una pista de algo. Las manos entrelazadas con mi Spiderman en el coche y su preocupación sobre mi estado de ánimo. La desaparición de Mery al recibir una llamada, que ahora sé que era de Berta. El extraño encuentro con Darío. El pulso acelerado, el dolor anticipado de la pérdida. La despedida silenciosa con Miguel. Y, finalmente, el encuentro con Berta, mi no-amiga, la misma que me dio la noticia de esta boda que ha desencadenado en tanto.

No, nunca sabes lo que el nuevo día tiene preparado para ti. De igual forma que desconoces cuándo tendrás uno de esos momentos en los que la verdad empapa cada poro de tu piel.

Lo siento, estoy en modo intenso y mis emociones están a tope de revoluciones, pero es que tengo la certeza de que, haga lo que haga hoy, me va a doler después… Y eso trastorna a cualquiera.

—No quiero que te sientas presionada, pero no tengo todo el día. —Berta señala su indumentaria.

Lo reconozco, la seguridad y la calma que transmite me tienen aún más descolocada que la situación en sí.

—¿Qué crees que cambiaría? —me oigo preguntar. Y mi sorpresa se entremezcla con la suya, que (lo confieso) me provoca cierto placer.

—No estoy para juegos —me advierte.

—Hablo en serio. Me estás dando más importancia de la que tengo en una decisión que debería ser tuya. ¿Quieres casarte con ese hombre? ¿O estás buscando argumentos porque tú, *doña perfecta*, estás cagada de miedo? —Su mirada de perplejidad me entusiasma, pero no me recreo en ella—. La vida no es perfecta, ¿sabes? Tampoco las relaciones. Hay momentos de dudas, de inseguridad, de miedos…, y creo que es normal. —O es lo que quiero creer, al menos. Llevo medio verano viviendo en la negación y en un miedo que no me dejaba ver.

Cojo aire y lo expulso.

Berta no reacciona. O quizá está esperando a que continúe. Pues sigo.

—Berta, deberías dejar de esperar la perfección en todo. Ya no te lo digo por ti (que también), sino por Miguel. Creo que le quieres lo suficiente como para darte cuenta de que, si sigues con esta actitud, le vas a amargar la existencia. Así que te lo pregunto de nuevo: ¿qué crees que cambiaría si te cuento lo que ocurrió esa noche?

Su lento parpadeo me confirma que la estoy dejando fuera de juego, lo que consigue que me venga aún más arriba. Soy muy consciente de que si le digo la verdad, que Miguel tenía dudas sobre la boda, esta no llegará a celebrarse.

—¿Sabes, Berta? Tú me dijiste que el amor llega de forma inesperada y, a veces, con quien menos te lo esperas. Hoy he entendido tus palabras, aunque mi situación dista mucho de la tuya. Tú tienes la suerte de tener a tu lado a la persona de la que estás enamorada, el mismo al que estás haciendo esperar en el altar. Yo, sin embargo, tengo que asumir que mi historia de amor no tiene futuro. Y no, no me mires así, que no hablo de Miguel.

«Mierda. ¿Por qué le estoy contando esto?».

—El camarero bohemio —deduce. No puedo negar que, además de guapa y estilosa, la tía es lista.

—No viene al caso y no es momento ni lugar para que me abra contigo. —Ella sonríe—. Lo que quiero decir es que eres afortunada. El amor no siempre es correspondido, es como un puto milagro. Y tú te estás centrando en todo lo que puede salir mal, en lugar de disfrutar de lo bueno que tienes. Ese hombre es maravilloso y te quiere, Berta. ¿Eres capaz de quererle como merece? ¿O vas a seguir montando el numerito?

Su sonrisa se ensancha.

—Dé la vuelta —le ordena al chófer—. Llegamos tarde.

El conductor obedece.

Cinco minutos después, nos encontramos en la entrada de la iglesia. El padre de Berta abre la puerta de su hija y la abraza al salir. Mientras, yo desciendo del coche con la intención de escabullirme.

Berta me detiene y coge mi mano.

—Gracias. Sabía que no podía hacer esto sin ti. —Su emoción descongela otro bloque de hielo que ni siquiera era consciente de que existía.

Los buenos recuerdos asociados a esta rubia se desbloquean. Sus comentarios juiciosos cuando Mery y yo hacíamos alguna tontería, sus consejos adultos, las noches de acampada, las juergas, sus abrazos, las riñas que terminaban en ataques de risa, las decenas de disculpas que me dio por lo de mis padres, que ahora empiezo a intuir que eran sinceras…

Tal vez sea mi amiga, después de todo.

—Te sigo queriendo, Salo. —Y sus ojos brillan de tal forma que contagian a los míos—.

¿Algo más que decir antes de que me case?

No dudo ni un segundo.

—Sí. Déjale comer helado.

—Eso está hecho. —Me hace un gesto con la cabeza para que me ponga en marcha. Al fin y al cabo, es la novia y debe ser la última en entrar.

Asciendo por las escaleras más ligera, y solo en el último escalón es cuando percibo que Uli y Mery me están esperando. No logro descifrar el significado de sus caras, pero no es momento de preguntas. La boda, por fin, está a punto de comenzar.

#YaEraHora #CuántaVuelta
#CeremoniaSinFin
#AmistadesRarunas

78. El superpoder de Salo

Uli

—Estáis muy raros —masculla Salo, que está sentada en el banco de la iglesia entre Mery y yo.

La pelirroja balbucea y le dirijo una mirada suplicante para que se mantenga calladita. No va a pasar (lo sé), por eso aprovecho que los novios están a punto de recitar sus votos para desviar su atención con algo de creatividad.

—Un anillo para gobernarlos a todos —susurro, solemne.

—Un anillo para encontrarlos —me responde Mery.

—Un anillo para traerlos a todos y…

—… atarlos a la oscuridad —termina cuando los novios están pronunciando el «sí, quiero».

Salo pone los ojos en blanco mientras la rubia perfecta y el guapetón se besan. Los invitados aplauden.

—Mi tesoro… —añade Juan, que se ríe bajito.

Y mientras todo esto ocurre, me recuerdo que un gran poder lleva consigo una gran responsabilidad. No debería usar mi imaginación para el mal, porque podría ser peligroso.

—No cuela, Uli. —Salo analiza mi cara.

Mis ojos me traicionan posándose en su boca.

Está tan guapa y yo tengo tantas ganas acumuladas de besarla…, que me relamo los labios y los muerdo en un acto de autocontrol.

Lo malo es que me pilla.

—Luego hablamos —le digo. Ella me dedica una de sus sonrisas torcidas. Casi diría que está muy pero que muy contenta. Me pongo tontorrón (más incluso) y después me repito en bucle que ir por ese camino solo me traerá muchos más problemas.

—El futuro no está escrito —apunta Mery con los ojos perdidos en vete a saber qué—. No hay destino, solo existe lo que nosotros forjamos.

—¿*Terminator*? —pregunta Juan.

—La segunda peli —admite—. Mucho mejor que la primera.

—Afirmativo.

Con el marrón que tengo encima no debería sonreír, pero sonrío. Hace un par de días, cuando Mery me contó la conversación con Vico, llegué a las mismas conclusiones que ella. Nadie en su sano juicio se comportaría como Juan si estuviera enamorado. Pero, tras ser testigo de esta complicidad, empiezo a dudarlo. Al fin y al cabo, el amor es un sentimiento, y como tal, cada persona lo vive a su manera.

Por cierto, ¿Salo me ha respondido? Creo que no.

La parejita recién casada se desliza por el pasillo de la iglesia y los invitados nos incorporamos. Aunque intente mostrarme tranquilo, estoy aterrorizado. No tengo experiencia en contar la verdad tras una mentira, más que nada porque evito mentir. Siendo honesto, no confío en que me salga bien, puedo ponerme a soltar palabras inconexas o comenzar por el final sin

tacto alguno.

—Estás en Ulilandia —me dice Salo al oído.

Cierto. Y ella está muy cerca. Demasiado.

Su mejilla roza la mía, sus labios me hacen cosquillas y su mano acaricia mi nuca de tal forma que me atonta. Cierro los ojos. ¿Puedo congelar este momento? ¿Puedo quedarme a vivir aquí?

—Estaba en Salomilandia, más bien —le respondo mientras mi brazo toma vida propia y envuelve su cintura.

No debería, lo sé. Mery me ha repetido hasta la saciedad que no puedo cruzar la línea sin hablar con Salo antes y yo estoy de acuerdo. Pero estoy muy asustado y tal vez sea la última vez que pueda hacerlo. ¿Y sabes lo que ocurre cuando eres consciente del poco tiempo que te queda? Que no mides, que te conviertes en un kamikaze.

—No te he dado permiso para aterrizar en mi planeta —replica juguetona.

—Soy un rebelde.

Salo se ríe con coquetería. Ninguno de los dos nos hemos movido ni un centímetro, envueltos en un semiabrazo de lo más extraño.

—Todos los *hippies* lo son —afirma, siguiéndome el rollo.

—También los villanos. —Carraspeo y ella se descojona. Sabe que me estoy poniendo nervioso. Es jodida, jodida, jodida.

—Y los superhéroes. —Salo toma distancia a cámara lenta hasta que nuestros ojos conectan. Los suyos brillan con una carcajada que no deja salir, los míos empiezan a nublarse—. Sobre todo Spiderman —dice tan bajito que casi tengo que leerle los labios.

Insisto: Salo tiene superpoderes, es capaz de cambiar mi estado de ánimo. Si hace dos minutos estaba acojonado y atontado, ahora estoy alegre, idiotizado y a punto de comerle la boca en plena iglesia.

—¡Vivan los novios! —berrea una señora en el banco de atrás, dándonos el susto de nuestras vidas.

Salo da un brinco, yo suelto un improperio.

—¡Joder! —Mi corazón casi sale expulsado de un salto. Lo que no sé si por el susto o por la mirada asesina que me está lanzando la pelirroja, que parece haber adivinado mis intenciones.

—Berta va a liquidarla —comenta Salo, como si eso fuera importante en estos momentos.

Disimulo, claro, qué voy a hacer, y ambos miramos en dirección de la princesita. La rubia perfecta ha abandonado su perfecta sonrisa y realiza un escáner completo de nuestra zona, tratando de averiguar quién se ha atrevido a hacer algo tan vulgar.

—¡Que se besen! —jalea la señora, que aún no se ha percatado del peligro que corre.

Salo se ríe con ganas y la vibración de su cuerpo contagia al mío. Sigo agilipollado y demasiado cerca de mi princesa Leia.

—Luego hablamos —susurra de nuevo en mi oído—. A solas…

Y tal como lo dice, estoy seguro de que no se refiere a *hablar*, precisamente. Creo que está a punto de darme un ataque cardiaco. O un ictus. ¿Hay alguna enfermedad en la que mueras sonriendo y con ansiedad?

—¿Nos vamos? —pregunta Juan.

Salo agarra mi mano, que aún seguía en su cintura, y entrelaza nuestros dedos. Mery continúa maldiciéndome en silencio.

—A veces, veo muertos —me suelta con todo el rencor del mundo en cuanto paso a su lado.

—Así no ayudas —me quejo.

—Pues te jodes.

Tiene toda la pinta de que va a ser un banquete memorable…

#QuéEstoyHaciendo
#CagarlaMás #EsoEstoyHaciendo

############

—Una situación un pelín surrealista, ¿eh? —Juan cierra la puerta de la habitación que vamos a compartir y me dedica una sonrisita tensa.

—Y tanto… —Me desplomo en el colchón y sobre mí cae un chorro de culpa. ¡Casi beso a Salo sin haberle contado la verdad! ¿Qué pasa conmigo? ¿Mi instinto troglodita se ha merendado mi sensibilidad? De repente, ¿me estoy convirtiendo en Daenerys Targaryen y ya no sé distinguir entre el bien y el mal?

Juan, ajeno a mi crisis, continúa parloteando mientras saca sus pertenencias de la bolsa.

—La novia que desaparece, ese rollo de secretitos que os lleváis entre Mery y tú, la alegría sin sentido de Salo… Me estoy perdiendo muchas cosas, ¿no?

Y no ha hablado del encuentro con el adolescente, el secuestro de Salo y que su amiga no deja de hablar mediante frases de películas. Por no mencionar el extraño viaje en el coche, donde Salo y yo hemos compartido miradas tiernas mientras Mery gruñía en el asiento del copiloto.

—¿Ulises?

—¿Eh?

—Te has quedado en la inopia.

Le diría que no me había dado cuenta, pero sería sumar otra mentira y no tengo tanta energía como para desperdiciarla. Parece ser que la batalla entre lo que uno quiere y lo que debería hacer consume muchas calorías.

—La habitación está muy bien —me dice, intentando rellenar el silencio.

Echo un vistazo a mi alrededor. Techos altos, decoración rococó y un espacio tan amplio como cara es la factura. Sonrío al recordar las cejas fruncidas de Salo cuando Mery la informó de que no solo íbamos a coger una habitación, sino dos, y cuánto teníamos que poner cada uno. Hasta su lado rácano me resulta sexi. Estoy fatal.

«Y en un lío de mil demonios».

—¡Joder, el móvil! —exclamo como un trastornado.

—¿En los bolsillos? —me pregunta Juan con total parsimonia.

Me incorporo de un salto y me palpo entero hasta que lo encuentro. Conforme lo tengo en mis manos, tecleo de forma frenética.

Uli
Por favor, mantén alejada a Salo de su teléfono.

Recibo siete emoticonos de caras rojas cabreadas por parte de Mery, en lugar de la frase lapidaria que imaginaba que enviaría.

Respondo con caras de pena.

—Estás muy jodido —dice Juan por encima de mi hombro. ¿Me está cotilleando?—. La *peliloca* tiene su propio idioma. —Da un paso atrás y se disculpa por la falta de intimidad—. Cuando está nerviosa en plan alegre, suelta frases de canciones. Si está ansiosa, frases de películas. Si está bloqueada y la situación se complica, frases de Disney. Pero si está encabronada… Si está encabronada, no habla o, como ella dice, se pone en plan Hulk.

—¿Estás enamorado de ella? —pregunto a bocajarro y sin tacto.

—¡No! —Se le escapa una risa nerviosa, se toca el pelo y se afloja la corbata—. Somos muy amigos.

—Igual que Salo y yo.

—¡Exacto! —Sonríe dos segundos. Después se bloquea—. Aunque ella y yo no hemos estado a punto de besarnos.

¿Se ha dado cuenta todo el mundo?

Mi móvil resuena con una notificación. Miro la pantalla. Mery me ha enviado una foto de Salo con su teléfono en la mano.

Gruño y me dirijo a la puerta. La habitación de las chicas está en la misma planta, si me doy mucha prisa, puedo detener el desastre. Pero en cuanto la abro y me asomo, veo a Salo metiéndose en el ascensor.

—Buenos días… y por si no volvemos a vernos: buenos días, buenas tardes y buenas noches —me dice Mery con terror al otro lado del pasillo.

—Ha vuelto a dirigirte la palabra. —Juan palmea mi espalda—. Es muy buena señal.

—Colapso —respondo, porque sí, he entrado en esa fase en la que no voy a ser capaz de decir dos o tres palabras seguidas.

Voy a perderla. Por idiota, por *empanao*, por dejarme llevar en el peor momento y por no hablar cuando tenía que haberlo hecho.

#MeMuero
#FinalDeMierda

79. Una promesa es una promesa

Darío

Vero extiende sus brazos y me muestra sus manos temblorosas. Yo las atrapo al vuelo y las entrelazo con las mías.

Estamos en la puerta del hotel, los invitados de la boda entran y salen mientras los empleados nos observan con curiosidad. A mí me da igual que nos miren, mi único temor es que la *wedding planner* nos pille antes de tiempo. Mi Vero debería estar en una de las barras de la terraza, preparando las bebidas para el aperitivo, y yo tendría que llevar el pinganillo para seguir las indicaciones de esa chalada. Pero ninguno de los dos estamos donde deberíamos, porque… una promesa es una promesa y el amor es así.

Últimamente, estoy aprendiendo muchísimo sobre el amor. No el que sale en las pelis y en las novelas, el de verdad.

Hablo en serio. No hace falta ser un viejuno para saber *cosas*, ¿sabes? Se aprende de las experiencias. Yo me siento mucho más sabio, al menos.

Y más contento.

Y algo agilipollado, aunque no viene al caso.

Vero se acurruca entre mis brazos y ese olor a vainilla, que ahora tiene toda mi ropa, me envuelve.

—¿No te estarás arrepintiendo, verdad? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—Es emoción, tembleque… Yo qué sé. —Respira hondo y se ríe—. ¿Y tú, estás nervioso? —Alza la barbilla y me mira desde abajo.

Sonrío y le doy un beso en la nariz.

—Un poquito —miento.

¿Ves? Esto es amor.

Hache ha podido enseñarme un montón sobre la actitud, pero todo lo que sé sobre este sentimiento lo he aprendido durante los últimos meses. Ahora sé que, cuando quieres a alguien, puedes hacer cosas que nunca hubieras imaginado (como vestirte de pingüino a las órdenes de una esclavista o convertirte en un amo de casa horrible); que el apoyo es tan importante como los mimos (incluso más); que, aunque no hagas nada extraordinario, los momentos que compartes con aquellos que quieres se convierten en especiales (un paseo, comer pipas en un banco, cantar una canción, dar un beso de buenas noches a tu madre), y también que, a veces, hay que maquillar un poquito la verdad (como cuando dices que estás bien a pesar de que estás asustado).

—¿Seguro que solo un poquito? —insiste.

Esto también es amor.

—Seguro.

Ver a mi Tita Romantic y presentarme ante ella como @k.leer me provoca ansiedad, aunque no es algo que vaya a contarle. Lo que menos necesita en estos momentos es preocuparse por mí, ya bastante tiene con lidiar con sus nervios. A fin de cuentas, está a punto de conocer a la que

podría ser su hermana.

—Dime la verdad, ¿te arrepientes de haberlo prometido?

—No. —Esto es cierto. Fue una promesa que me salió de dentro. Después de su encuentro en la cafetería, de saber que Salo había llorado y de las palabras de Ulises, estaba blando y le aseguré que haría todo lo posible por que la conociera. Lo que no esperaba es que fuera tan pronto.

—Ya sale —me avisa Vero, que se aleja de mis brazos.

Mis latidos se aceleran cuando la veo en la puerta, mirando a un lado y a otro. Está buscándome, intentando adivinar quién está detrás del mensaje que ha recibido, aunque técnicamente no lo haya enviado yo, sino Vero.

—Hola, Romantic. —Levanto una mano con timidez, la otra me la sostiene Vero, que me da un apretoncito. Salo sonríe al oír el apodo cariñoso y avanza en nuestra dirección—. Hola —repito cuando la tengo delante.

Su sonrisa se amplía y los ojos se le humedecen. Su atención está centrada en mí, aún no ha visto quién me acompaña.

Y entonces ocurre algo curioso. El cariño que desprenden esos ojos castaños y rasgados, su cara de duendecilla y la emoción de sus labios temblorosos borran el poco rencor que aún guardo hacia ella. La Tita Romantic me está viendo por primera vez, está reconociendo en mí a su amigo de Bookstagram, y se alegra de que yo sea yo.

Acabo de aprender algo más: cuando estás enfadado con alguien que quieres, solo hace falta que te demuestre lo mucho que le importas para que los sentimientos negativos desaparezcan.

En serio, soy un chico muy maduro.

—Eres tú, Darío —afirma casi en un susurro y yo me emociono un poquito más, porque recuerda mi nombre—. ¿Puedo…? ¿Puedo abrazarte? —No tengo ni idea de si respondo, solo sé que un segundo más tarde, mi Tita Romantic me está achuchando y yo me siento en casa—. ¿Es raro que te diga que te he echado de menos? —me pregunta mientras me estruja hasta las costillas.

Una mujer se ríe de forma escandalosa, un señor regaña a un crío y una pareja pasa a nuestro lado. Me doy cuenta de todo, aunque mis sentidos están centrados en este momento. Es real. Mi amiga me está abrazando y me ha echado de menos.

—No sé —balbuceo y me encojo, tratando de no echarme a llorar como un bebé.

—Yo creo que es bonito —dice mi chica, agarrando con más fuerza mi mano.

Salo se separa de mi cuerpo.

Mi vista está nublada y ambas son más bajitas que yo, por lo que me pierdo el instante en el que se ven por primera vez la una a la otra. Lo único que oigo es:

—Soy Vero, su novia.

—Yo, Salo, su amiga.

—Encantada de conocerte… al fin.

Y la emoción me golpea tan fuerte que ya no puedo disimular más.

#ElAmorDeVerdad
#MomentosBonitos #MomentosInolvidables

##########

No voy a adornarlo, la conversación es torpe y superficial. Salo nos cuenta que está de celebración en la boda de su amiga y nosotros asentimos como si no lo supiéramos. Por nuestra

parte, le contamos que estamos trabajando aquí y ella hace un gesto de interés, como si no fuera evidente por nuestra ropa.

Las risas se entremezclan con frases absurdas y Vero y Salo se estudian con curiosidad. Ninguna hace mención a su posible padre compartido, aunque supongo que es normal, sería demasiado raro sacar el tema a la primera de cambio.

—¿Sabes algo del Abuelo Lector? —le pregunto en cuanto se hace el silencio. No debería, pero tengo demasiada curiosidad.

—Hace días que no hablamos, debe de estar de vacaciones.

—Son las fechas —interviene mi chica, dándome un ligero pisotón.

Como si lo hubiéramos invocado, el inoportuno hace acto de presencia en la puerta del hotel. Su cara desencajada no mejora al verme. «¿Le has dicho algo? ¿Lo sabe?», me pregunta con la mirada. Yo hago un leve gesto de negación que lo tranquiliza.

—Tengo que volver —dice Salo en cuanto ve a Ulises.

—Podríamos vernos otro día —le propone Vero—. Si te apetece, claro.

La sonrisa de Salo es tan grande que no hace falta que responda. Aunque lo hace.

—Sí, por favor.

Nos despedimos con un par de abrazos y miradas de cariño que en nada se corresponden con la cháchara de ascensor que hemos tenido.

Aunque, bueno, es un comienzo.

—A Jaime le va a encantar cuando se lo cuente —le digo a Vero conforme Salo se aleja para aligerar la intensidad del momento.

Ella alza las cejas y me da un suave manotazo en el abdomen. Yo me quejo y me río al mismo tiempo. Rodeo sus hombros con mi brazo, saco el móvil del bolsillo y me hago una foto con ella. Pienso enviársela después a mi madre, con un texto que diga: «Mi novia y yo». Me la sopla si después se la reenvía al resto de mi familia.

—No, no, no… ¡No se lo contarás a Jaime! —protesta.

—¡Claro que lo haré! No todos los días una chica guapa se presenta como mi novia, tengo que presumir.

—Yo… —Se pone roja como un tomate y a mí se me escapa una risita—. Es lo que somos, ¿no?

—¿Sabes? Todo el mundo me decía que *la conversación* era importante, pero me alegro infinito de no haberla tenido.

—No has respondido.

Sonrío con un poquito de chulería y le doy un beso en los labios.

—Sí, somos novios —digo contra su boca.

Y el beso que me devuelve consigue avergonzar a la gente que tenemos alrededor.

#VeroEsMiNovia
#MuyInLove

80. Subidón, bajón y confusión

Salo

No estoy acostumbrada a sonreír de esta manera, tampoco a hacerlo durante tanto tiempo, pero estoy tan contenta que vería normal que millones de arcoíris salieran de mi pecho mientras llueve purpurina.

Oye, lo mismo esto es lo que ocurre cuando por dentro eres tan blandita y te proteges, que el día en el que tus muros se destruyen, en lugar de lava, sueltas corazones.

La conversación con Berta, el encuentro con Darío y con mi hermana, Uli y sus ganas de besarme… me han sobrepasado. Sí, es eso, seguro. Pero es genial. El amor me rodea, me traspasa y me convierte en mejor persona.

—Esta boda es fabulosa. —Choco mi copa con la de Mery, que está perpleja con mis mofletes tirantes y mi nueva forma de hablar. Palabras como «soberbio», «maravilla» y «espectacular» salen de mi boca expulsadas con toda la naturalidad del mundo.

—¿Se ha roto? —pregunta Juan, haciéndose el graciosillo.

Yo, en vez de fruncir mis cejas y dedicarle una mirada desafiante, como sería normal en mí, doy un trago y le envío un beso por el aire.

—Muy *cool* —dice una de las amigas de Berta.

Y, ojo, yo ni me inmuto. Ni un pensamiento sarcástico. Cero.

—Fantástico —le respondo mirando a mi alrededor.

El jardín donde nos encontramos es precioso. Árboles grandes cuyo nombre desconozco, pequeños limoneros, flores de todos los colores y un par de fuentes de piedra. Las mesas circulares, con manteles de color crudo, descansan sobre el césped e invitan a descalzarse. Sobre nuestras cabezas, una carpa blanca con forma de una gigantesca tienda de campaña que evita la potencia del sol. Tengo que reconocerlo, Berta sabe lo que se hace, ha conseguido recrear una boda de la Toscana italiana.

—Salo, tenemos que hablar. —Uli, sentado a mi lado, está más serio de lo habitual.

—Luego —respondo acariciando su mano sobre la mesa.

En realidad, no tengo ninguna intención de tener una conversación seria. No voy a dejar que me diga que somos amigos ni que esto no tiene futuro. Hoy no. Sin ningún sentido, todo está saliendo demasiado bien y no quiero estropearlo. Solo quiero dejarme llevar, disfrutar de este estado de alegría y, si puede ser, tener algo más con mi Spiderman.

Aunque solo suceda una vez.

«Nop. Nada de pensamientos negativos. Hoy voy a fluir».

Mery, sentada a mi otro lado, chasquea la lengua y comprueba el estado de su peinado. A mí no me engaña, ese cerebro suyo está buscando una frasecita que soltar.

La miro con guasa y espero.

—Abandonamos nuestros sueños por miedo a poder fracasar, o peor aún, por miedo a triunfar —dice de forma pausada mientras sus ojos saltan de Uli a mí.

—¡*Descubriendo a Forrester*! —exclama Juan antes de descojonarse.

Yo también me río, pero Mery y Uli se quedan atascados en un desafío de miradas. Respiro hondo. No soy idiota, estos dos me ocultan algo. Si tuviera que apostar, mi voto iría a que mi amiga ha vuelto a darle la charla a Uli.

—Mery —pronuncio su nombre con dulzura—, por favor, para. —Ella me mira de reojo un segundo. Después, vuelve a clavar los ojos en Uli—. Te quiero, pero necesito que regreses a tu ser y hables como una persona normal. —Les cojo a ambos de la mano, quedando unida a dos de las personas que más me importan. Me pongo seria—. Sé que lo que está pasando aquí es por mí y que ambos queréis protegerme, pero tenéis que parar. Soy yo la que tiene que tomar sus propias decisiones, no vosotros. —Sonrío de medio lado—. Y, mira, lo mismo hoy me apetece meter la pata *hasta el fondo*. —Le lanzo una mirada juguetona a Spiderman, que abre su boca y la cierra. ¿Me he pasado? Quizá sí, muy sutil no he sido…

«¡A la mierda, no hay tiempo para sutilezas!».

—Lo que quiero decir… —me río, he sido un poco burra— es que tenéis que abortar la misión que os traéis entre manos. Es nuestro último día juntos y quiero disfrutarlo. Hacer tonterías, reírme tan fuerte que mañana tenga agujetas y crear recuerdos bonitos y bochornosos. —Mis ojos se dirigen hacia Uli, que me mira de esa forma intensa tan suya—. Hace unas semanas, nos preguntaste qué haríamos si nos quedara un año de vida. Ahora soy yo la que os pregunto: ¿qué haríais si este fuera vuestro último día en la Tierra? —Hago una pausa dramática, igualito que haría mi abuela—. Yo quiero vivir hoy como si mañana se acabara el mundo, ¿sabéis? Así que hacedme un favor y no me lo jodáis con este rollo sobreprotector. —Les doy unas suaves palmaditas y suelto sus manos para volver a coger mi copa y sonreír como una puñetera loca—. ¡Salud!

—¡Salud! —me responde Juan, que bebe conmigo.

Uli y Mery aún tardan unos segundos en asimilar mis palabras y reaccionar. Si consideramos un parpadeo como reacción, claro.

Yo continúo sonriendo. Empiezo a sentirme una mariposa madura y empoderada (si es que eso existe). Pero, oye, lo mismo este es el secreto de la madurez: decir lo que sientes sin tanto miedo y hacer lo que te venga en gana.

A partir de este momento, la comida transcurre en una calma relativa. Los platos, en pequeñas porciones, se suceden unos a otros, las copas se rellenan y, gracias a Juan y a las amigas pijas de Berta, la conversación fluye en la mesa.

—Me tiene descolocada —confiesa Mery en un susurro, señalando con los ojos a su mejor amigo. Está algo achispada—. Me está prestando demasiada atención. Me mira mucho y de forma extraña.

—Estás impresionante —respondo, como si ponerse un vestido bonito fuera una explicación coherente de un cambio de actitud. En mi defensa, yo también estoy contentilla—. Además, ¿tú no decías que lo tenías superado? —Intento dedicarle una de mis sonrisas torcidas, pero termino enseñándole todos los dientes.

—Por supuesto. —Endereza la espalda y se recoloca un mechón tras la oreja.

—Pues no lo parece.

Me fulmina con los ojos.

—Si al hablar no has de agradar, te será mejor callar.

—¡*Bambi*! —exclama Juan, asomando la cabeza por encima de su hombro.

Ella me dedica una mirada que viene a significar: «¿Lo ves? Demasiada atención». Yo suelto una risotada y la disimulo girando la cara hacia Uli, que está entretenido soltando palabritas en inglés con Mencía, una de las amigas de Berta.

Está guapo, es muy mono y me molesta la forma en la que esta niña pija lo está mirando: con condescendencia o como si estuviera haciendo una obra de caridad al darle conversación.

—¿Te ha contado Uli que es escritor? —Los ojos de Mencía brillan y observa a mi Spiderman con renovado interés—. Ha ganado un premio con uno de sus cuentos —añado con orgullo.

Él se tensa. ¿Le da vergüenza presumir de sus méritos?

—¿Escritor? —Mencía aletea sus enormes pestañas en su dirección y le sonríe de forma coqueta.

En un vil gesto de marcaje, mi mano asciende por la espalda de Uli y acaricio su nuca. Ella lo entiende a la primera e inicia una charla desustanciada con la chica que tiene a su lado. Sin embargo, yo no retiro mi mano de sus cortos rizos y la nuez de Uli sube y baja.

—¿Qué ha sido *eso*? —me pregunta, divertido.

—Después de ese momento en la iglesia, creo que lo sabes. —Observo sus labios de forma instintiva—. Sé que lo sabes —repito en voz baja—. Igual que yo sé que estás a puntito de carraspear.

Sonríe, cierra los ojos y deja escapar un suspiro silencioso.

—Deberíamos hablar antes de hacer una locura.

—Las locuras no se hablan, te sumerges en ellas y dejas que la magia actúe.

Hoy estoy en modo sabio. Debe de ser la madurez. O los chupitos de tequila, que al final me han dado buena suerte.

Uli abre los ojos y me mira de reojo. Le sonrío en plan vacilón.

—¿Magia? Maléfica, no sé si estamos hablando de lo mismo.

Me acerco a su oído y susurro:

—Oh, ya lo creo que sí, Spiderman.

Uli se estremece con un escalofrío y yo, que estoy muy lanzada, muevo mi mano desde su pelo a su muslo, sin importarme quién nos mire, nos oiga o lo que piensen los demás.

—Mi-cro-in-far-to —me dice en voz baja.

Ahora soy yo la que vibra con una carcajada.

—Salo… —Gira la cara hacia mí. Estamos tan cerca que noto su aliento. Su respiración y la mía se aceleran—. Es imp…

—*Nop* —le interrumpo, tapándole la boca con la mano libre.

—Per… —Sus labios me hacen cosquillas en la palma, pero frunzo las cejas a modo de advertencia.

—Ni se te ocurra. Basta de excusas.

En sus ojos castaños veo la batalla que libra en su interior. Lo entiendo, he pasado por lo mismo. Cruzar la línea da muchísimo miedo. Aunque finalmente, resoplo, aceptando que no puedo dar el paso por él. «Fluir, no forzar», como me diría si no se lo impidiera.

Mi autoconfianza y valentía se tambalean. Él percibe mi repentino cambio de humor y me da un mordisquito en los dedos, como si me animara a seguir jugando. El problema es que, cuando la duda toma forma, es complicado continuar como si nada ocurriera. Mi mano derecha afloja la presión contra su boca, la izquierda se retira de su muslo y Uli vuelve a cerrar los ojos con fuerza.

Por suerte, mi móvil suena con varias notificaciones y me da la excusa perfecta para alejarme lo suficiente y disimular mi decepción. Saco el teléfono del bolso y me centro en lo que aparece en la pantalla: un SMS y un mensaje de Instagram en la cuenta de @_romantic.books.

Abro el SMS.

Babosilla

Ha sido genial conocerte :)
Espero que podamos quedar otro día.

Respondo que me encantaría. Ha sido emocionante ponerle cara y una sorpresa inmensa que fuera acompañado de mi posible hermana. Aunque el resto del día se torciera, lo recordaría con cariño solo por este momento.

Uli se mueve inquieto en su silla, Mery se ha ido al baño y Juan habla con una de las amigas de Berta. Necesito un poco más de tiempo para resetear y comportarme con normalidad, así que abro Bookstagram y me sorprendo cuando veo otro mensaje de Darío.

@k.leer
Ke bonito verte, Romantic
Estabas muy guapa y me tienes k contar esta movida de la boda. Echo de menos hablar contigo
Siento haberme alejado, pero estoy de vuelta
Te ha gustado mi Vero? Ahora somos novios :) :)
Te hace k nos veamos otro día?

Lo releo dos veces seguidas y también el SMS, entonces, recuerdo ese mensaje tan extraño: «No soy quien tú crees». Parpadeo y murmuro un «joder». ¿Es posible que lo que estoy imaginando sea real? ¿He estado hablando con mi hermana por SMS sin saberlo o se me está yendo la pinza?

Retrocedo en la pantalla para cerrar la aplicación, confundida.

—Puedo explicártelo.

Levanto la vista. Uli tiene los ojos clavados en mi móvil y su rostro está desencajado. ¿Por qué?

#Subidón #Bajón #YConfusión
#MontañaRusaEmocional
#ACuadros

81. Cómo nos perdimos el baile nupcial

Uli

—Joder —murmura Salo.

Solo me hace falta echar un vistazo a su pantalla para ver que está en Instagram. Mi corazón se salta varios latidos antes de bombear a un ritmo frenético. Ha debido leer la publicación del ganador del concurso literario. ¿Se puede tener peor suerte? Hace rato que intento contarle la verdad y ha terminado descubriéndola de la peor manera, justo como no quería que sucediera.

—Puedo explicártelo.

Salo parpadea con lentitud, confusa, y me observa como si el sombrero seleccionador de Hogwarts me hubiera mandado a Slytherin, en lugar de a Hufflepuff, que es a la casa donde claramente pertenezco. Durante unos segundos, ambos nos mantenemos en silencio, analizándonos.

—Lo entiendo, Uli —me dice con dulzura.

Cortocircuito.

—¿Sí?

Salo chasquea la lengua con guasa, sonríe con timidez y asiente. Lo admito, ahora el que estoy confuso soy yo.

—No esperaba esta reacción —le confieso.

Ella se ríe.

—¿De verdad pensabas que eras el único que… se había dado cuenta?

—Pues sí.

Pone los ojos en blanco.

—Pues no.

—Pero no me has dicho nada.

—Tú tampoco a mí —me devuelve.

Ladeo la cabeza. Estoy tan aturdido que no sé si estamos hablando de lo mismo. Salo coge su copa y da un sorbo. Los invitados se incorporan de sus sillas y el movimiento me distrae tanto como el colorido de sus vestimentas.

—El baile nupcial —nos anuncia Mencía con un gesto que indica que nosotros también deberíamos levantarnos.

Los dos obedecemos con torpeza y la seguimos por el sendero empedrado hasta la segunda carpa, donde los presentes se arremolinan en un gigantesco círculo. Mencía y sus amigas dan pequeños empujones para colarse en la primera fila, Salo y yo nos quedamos en la última. Desconozco dónde se han metido Juan y Mery, aunque estoy tan atontado que soy incapaz de elaborar una teoría con un mínimo de sentido.

—Lo entiendo —repite Salo entrelazando su mano con la mía—. Yo también tenía miedo de perderte.

La miro embobado. Mi garganta está contraída por la emoción y tengo una enorme sensación de irrealidad.

—El miedo paraliza —digo como un auténtico gilipollas.

Salo curva sus labios hacia arriba. Está tan bonita que, si no estuviera tan aturdido, me la comería a besos.

—Mucho —responde—. Bloquea el pensamiento y consigue que confundas hasta lo que sientes. —Suspira—. Uli, llevo media vida conviviendo con el miedo al amor y a que me hagan daño… De verdad, lo entiendo. —Sus ojos me miran con tanta ternura que me desarma por completo. Ni siquiera recuerdo por qué me estoy resistiendo—. Solo quiero que sepas que contigo ya no lo siento y, aunque me muero porque des el paso, no quiero que te sientas presionado.

Una vocecita interior me dice que esta conversación no ha ido por el rumbo correcto, que es ella la que se está exponiendo y yo el que callo, que debería decirle con todas las letras que soy el Abuelo Lector y comprobar que su reacción es la misma. Pero, aunque me jacto de ser un tío sensible, la acallo porque las ganas de besarla lo inundan todo.

Los primeros acordes de una versión edulcorada de *I can´t help falling in love with you* comienzan a sonar y me inclino hacia sus labios muy despacio. Salo sonríe, pero no retrocede. Cuando me recibe en su boca, estoy sin aliento, vendido, y con las pulsaciones a mil, y lo hace de una forma tan suave, tan fácil y con tanto sentimiento que tengo la certeza de que esto era lo que tenía que ocurrir.

#Fluyendo #SinConocimiento
#Enamorado

############

Un beso sucede a otro y mis manos juguetean sobre el cuerpo de Salo como si tuvieran vida propia. Yo no las muevo, lo juro, son ellas las que buscan los centímetros de piel sin cubrir, las que acarician y se recrean. Ella, por su parte, se roza contra mi cuerpo y empiezo a temer que en el siguiente nivel dure tan poco como cuando perdí la virginidad.

Debería respirar.

Retrocedo un par de centímetros, pero Salo me intercepta y succiona mi labio inferior.

Vale, respirar está sobrevalorado.

Nuestras bocas vuelven a buscarse con ansia, las lenguas bailan, las manos saltan de aquí a allá. Es una puta locura. ¡Madre mía, estoy magreándome con Salo en pleno baile nupcial!

—Joder —gime.

—Joder —respondo.

—Es muy…

—¿Intenso?

Su respuesta es clavarme los ojos y dirigirme una mirada un poco obscena, que me encanta. Quiero que me mire así todo el rato.

—¿Deberíamos…?

—¿… irnos a otra parte? —termina por mí.

Empiezo a estar en ese punto en el que los pensamientos se enredan y están centrados en un único punto: el placer. Y creo que a ella le ocurre lo mismo, solo hay que ver el nivel de esta conversación. Y, como muestra, solo soy capaz de decir:

—Sí.

Salo tira de mi camisa y me estampa un beso antes de coger mi mano y llevarme adonde sea. Con que tengamos un poquito de intimidad, a mí me sirve.

Avanzamos a trompicones, deteniéndonos cada poco para besarnos. Contra un árbol, tras un seto y, ahora, mi espalda está contra una pared rugosa. No sé dónde nos encontramos, pero está lo bastante oscuro como para que mis manos avancen por debajo de su vestido y las suyas se hayan metido debajo de mi camisa. Aquí hay demasiada ansia, o tal vez sea miedo a que alguno de los dos se detenga, porque ambos sabemos que esto no va a ninguna parte.

Me paro en seco. Mis labios dejan de jugar y mis manos abandonan su cuerpo. Mierda, mi capacidad de raciocinio ha vuelto a reactivarse.

—Ni se te ocurra —me amenaza.

Suelto un resoplido y miro al cielo. Yo también me odio un poquito.

—Salo, me voy en dos días. ¿Qué estamos haciendo?

Gruñe y me besa en el cuello.

—Fluir, Uli, fluir… —murmura—. Nos estamos dejando llevar por una vez y lo estamos disfrutando. El sexo es algo natural, ¿no?

Increíble, Maléfica está usando mis propios argumentos contra mí y resultan de lo más convincentes. La forma en la que besa, lame y succiona mi cuello no tiene nada que ver en este proceso, claro. Tampoco que sus dedos acaben de traspasar la frontera de mis pantalones.

Mi cuerpo reacciona por mí. Irónicamente, la cabeza (que no el cerebro) es la primera en apuntarse a la fiesta, inclinándose y dejando espacio para que Salo continúe con lo que sea que está haciendo en mi cuello. Tras lo cual, son mis manos las que regresan, tímidas, por debajo de su vestido y se aventuran a palpar su trasero. Ella gime al sentir el contacto y, con ese gemido, mis latidos se aceleran y mi mente vuelve a desconectarse.

Que pase lo que tenga que pasar.

—¿Habitación? —sugiero casi sin aire.

Salo se separa lo justo para mirarme a los ojos y negar con picardía.

—Hagamos una locura.

Sonrío en plan canalla y ella lo toma como lo que es, un sí en mayúsculas. Y sin saber muy bien cómo, en dos movimientos, nos encontramos en una habitación demasiado iluminada con espejos dorados.

—Los baños —me dice al oído.

Me recreo en la imagen del reflejo. Su vestido está por encima de las caderas, dejando su precioso culazo al descubierto. Benditos tangas.

—Muy romántico —susurro en plan vacilón. Salo se carcajea—. No me lo esperaba después de saber las *novelitas* que lees.

Salo me empuja dentro de un aseo y frunce el ceño.

—Primero —levanta un dedo y da un paso—, en cuanto termine contigo, voy a matar lentamente a Mery, por mucho que sea mi mejor amiga. —No entiendo la relación de ideas, pero no me pidas milagros, estoy tan obtuso como a la expectativa—. Segundo —relaja el gesto, cierra la puerta y me lanza una mirada lobuna—, esas *novelitas* tienen escenas muy picantes. —Sube y baja sus cejas de forma provocativa mientras se desabrocha la cremallera.

—¡Joder con la romántica!

Nuestras risas se entremezclan con los besos, con las caricias urgentes y con la ropa que cae al suelo. Es excitante, divertido y, al mismo tiempo, el sentimiento compartido es el protagonista. Nunca había estado en una situación parecida. Aunque, claro, nunca antes me había enamorado de alguien con quien tuviera tanta confianza.

De pronto, como si fuéramos conscientes de que no es un juego, los movimientos se ralentizan hasta que nos quedamos de pie, desnudos y abrazados. Somos piel, latidos acelerados, miradas

juguetonas y respiraciones entrecortadas.

—Salo, quiero decirte algo antes de… que pase algo más. —Carraspeo y ella sonríe, hasta que deja de hacerlo.

—No tenemos condones, ¿verdad?

—No, no es eso.

—Me sorprende tu confianza. —Se hace la indignada.

—Tengo uno y me lo ha dado Mery. —Me río. La pelirroja lo ha metido en el bolsillo de mi chaqueta al mismo tiempo que me advertía que lo usara con cabeza.

—Bien por Mery, pero este es el primero de una noche muy larga. —Me da un mordisquito en el hombro que me atonta unos segundos—. Si no es eso, ¿entonces…?

Levanto su barbilla para que me mire.

—Hace mucho tiempo que deseo esto. No lo imaginaba así —digo burlón mientras echo un vistazo al pequeño cubículo donde nos encontramos y regreso a sus ojos—, pero quiero que sepas que, para mí, no será un simple polvo. Ni siquiera un gran polvo con mi amiga.

Las pupilas de Salo se dilatan y su boca se entreabre.

Ahora mismo, lo que está ocurriendo aquí es obvio para los dos, pero necesito ponerlo en palabras y que ella lo oiga, porque la conozco lo suficiente como para saber que mañana puede provocarle inseguridad. Y no dejaré que pase.

Salo me besa en los labios.

—Yo nunca beso —me recuerda.

Cojo su mano y la pongo en mi pecho a la altura del corazón.

—No puedo decir que no haya sentido esto antes. —Ella frunce el ceño y a mí se me escapa una risita. Mal momento—. Pero nunca con alguien con quien me sintiera tan comprendido, tan libre y en paz.

Inspiro hondo, Salo también lo hace y nuestras miradas continúan la conversación en silencio. Porque, a veces, las palabras no alcanzan para expresar lo que sentimos.

Ella vuelve a besarme (o tal vez lo haga yo), y segundos después volvemos a enredarnos, incrementando la intensidad. Acaricio su espalda, revuelvo su pelo, me pierdo en sus pechos. Me faltan manos y lengua para todo lo que deseo hacerle. Salo se centra en mi cuello, en mi culo y tengo que parar su manoseo en mi entrepierna con una advertencia que la hace reír. Los dos estamos demasiado excitados, demasiado impacientes, y la experiencia me dice que este tipo de situaciones no suele terminar de forma satisfactoria para los dos.

Me arrodillo.

Ella protesta por la distancia, aunque sus quejas se ahogan en un gemido en cuanto mi lengua entra en contacto con sus húmedos pliegues. Lo hago sin prisa, como si no supiera que alguien pudiera entrar en cualquier momento, porque Salo no merece menos.

Sus manos se pierden en mis rizos. Me tira del pelo. Suspira. Estoy atento a sus reacciones, lamo adaptándome a ellas, y espero una señal para subir de nivel.

—Joder, Uli —jadea.

Dar placer es erótico, pero que pronuncien tu nombre entre gemidos es tremendamente excitante y yo estoy a punto de perder el poco control que me queda, pero quiero recrearme en el sabor de Salo, en su placer y sentirlo como propio.

—Uli… —me implora.

Acelero el ritmo y mis manos se unen al juego. Una se alza hacia su pecho y da suaves pellizcos a sus pezones. La otra explora la humedad de su abertura e introduce un dedo por ella. Salo se tensa entre jadeos. Es lo más sexi que he visto y oído nunca. Que le den al mundo, quiero

quedarme en este baño para siempre. Prometo no pestañear para no perderme ni uno solo de sus gemidos y devorar su cuerpo sin descanso.

Lamo, succiono y acaricio con la devoción que siento por ella. Y cuando Salo se retuerce y explosiona, juro que yo también siento alivio.

Alivio, calor y una alegría brutal.

Mi lengua desacelera y experimenta los espasmos posteriores al clímax de Salo. Abrazo sus caderas.

—Ven —me llama.

Obedezco.

Es Salo quien toma el control y me sienta sobre la tapa del inodoro. Está fría, pero no me quejo.

—El condón —dice en voz baja.

A mí me da la risa porque: 1) no sé dónde está mi chaqueta, y 2) Salo hasta hace escasos segundos no gemía entre susurros, precisamente.

—Eres idiota. —Me besa en los labios y se ríe también.

Ambos palpamos por el suelo en busca del profiláctico perdido. Lo encuentra ella, porque está más relajada y yo sigo con el cerebro turbio. Y por la misma razón, es Salo quien rasga el envoltorio y también quien me lo pone.

Ya no soy capaz ni de reírme ni de respirar, tan solo palpito.

Salo se coloca a horcajadas sobre mí. Sus mejillas, sonrosadas. Sus pezones, erectos. Sus piernas, abiertas. Su cuerpo, brillante por una capa fina de sudor. Y yo estoy expectante, excitado y también emocionado. La beso. Fuerte, profundo. No puedo esperar ni un segundo más.

—Calma —me pide contra mis labios.

Yo muerdo los suyos como respuesta y ella me devuelve la sonrisa más bonita del mundo. El corazón se me va a salir del pecho.

Salo juega conmigo. Se frota, me lame y, cuando por fin, siento el roce de su entrada contra la punta de la rebelde, tiemblo. Y continúo temblando mientras Salo se desliza con lentitud hasta que nuestros cuerpos encajan.

Gruño. O gimo. O lloriqueo. Son demasiadas sensaciones al mismo tiempo como para gestionarlas. Calor, placer intenso, amor y un deseo que se vuelve doloroso.

Salo no me da margen. Se mueve con la elegancia de una serpiente y la lentitud de un depredador.

—No esperes mucho —jadeo (para mi vergüenza) entre sus pechos.

Salo me ignora e incrementa el ritmo de su baile. Yo cuelo la mano entre nosotros y ella aúlla. Estamos en paz.

Sus gemidos y los míos se entremezclan con el sonido de la fricción de nuestros cuerpos. Hay lengua, mucha lengua, y una tensión que sería capaz de terminar con nuestro universo. Por favor, no quiero pensar en tonterías ahora. Estoy a punto de convulsionar. O de morirme.

Salo tiembla, me muerde y jadea en mí oído. Yo aguanto como puedo hasta que sus contracciones me arrastran, de forma irremediable, hasta un orgasmo que me rompe entero.

—Somos gilipollas —es lo primero que me dice tras recuperar el aire en sus pulmones. Después, me besa, lo que me confunde—. Podríamos haberlo hecho todo el maldito verano.

Sonrío, es buena señal.

—Aún queda noche.

#QueNoSeTermine
#SexoMaléfico #SexoAmoroso #Hechizado



82. Gusana

Mery

No estoy teniendo un buen día, la verdad. Mis amigos se han propuesto que me dé una embolia cerebral y lo llevo como puedo.

Mal. Fatal.

Esta mañana, he entrado en modo histeria y he tenido un episodio verbal digno de una comedia absurda. Después, ha llegado la nada. Y ahora me siento como la última ficha de un dominó gigante que se está desmoronando.

Es un hecho: aquí se masca la tragedia.

—Aseo averiado —le digo entre susurros a una chica que casi me dobla en altura. Debe tener muchas ganas, porque me mira con pavor. Señalo con mi brazo hacia el interior del hotel.

Es la cuarta vez que lo hago. Es lo que tiene que tus amigos sean gilipollas y estén echando el polvo de sus vidas en el baño que tengo a mi espalda. Que digo yo que podrían haber sido más listos y haberse buscado un sitio menos concurrido, ¿no?

Por cierto, no es nada incómodo que Juan esté a mi lado. Tampoco que a estos dos les dé por llamarse el uno al otro entre jadeos. Estoy pasando un ratito muy entretenido.

—Se veía venir —me comenta Juan en voz baja.

Aprieto la mandíbula y sonrío. Tiene razón, estaba cantado que iba a pasar. Lo que no tengo tan claro es que Uli le haya contado la verdad a Salo. Poco conozco a mi amiga si su reacción es esta.

—Joder, Uli —gime la susodicha.

—Una amistad peculiar —apunta Juan. El pobre ya no sabe cómo sacarme conversación, he estado huyendo de él media boda. O más bien de la forma en la que me mira, que básicamente se resume en que lo hace como siempre he querido, cuando ya no quiero que lo haga.

Por su culpa estoy aquí. El baño era mi lugar seguro, el sitio al que me escapaba para tener conversaciones conmigo misma, como hace la gente normal. Y él está a mi lado porque no me pierde de vista, ni más ni menos.

Lección de vida: si quieres que un chico te persiga, lo único que tienes que hacer es ignorarlo.

—Averiado. —Quinta vez.

Una señora de mediana edad, con un vestido de flores y un enorme collar de perlas me da las gracias con educación. Su hija me observa ojiplática cuando a mis amigos les da por aullar.

—Lo deben de estar arreglando —le explica a su madre.

Hola, soy Mery, y, a veces, miento para proteger a los que quiero.

Hola, Mery.

Juan se ríe bajito, pero yo ruedo los ojos.

«Lo que hay que hacer».

—¿Estamos bien, *peliloca*? —me pregunta dándome un ligero codazo—. Tengo la sensación de que te estoy acosando. —Y ahí está, la carita de cachorrillo abandonado.

Me muerdo la lengua por no responder que lo que me acosa es la frase que me soltó su

exnovia el último día que la vi: «Mery, Juan está enamorado de ti». La he reproducido tantas veces en mi cabeza que pronto lo convertiré en un *hit* musical. En cambio, lo que le digo es:

—Solo actúas como un buen amigo.

—Siempre. Tú eres mi…

«Chica. Ya».

Sin embargo, esta vez no llega a decirlo, cosa que agradezco.

—Averiado. —Sexta vez.

—¿Crees que tardarán mucho? —me pregunta Juan.

Ambos agudizamos el oído. El ritmo de gemidos se está acelerando. Le lanzo una mirada que significa «Más les vale». Él me devuelve otra que dice «Lo mismo hacen doblete».

—Ni de coña. —Niego con la cabeza—. Los dejo solos y que se busquen la vida.

Juan sonríe.

—Jamás harías algo así, Mery. Tú siempre te preocupas por los demás. —Y ahí está de nuevo, la miradita de los huevos que puede hacerme retroceder a gusana.

«Que no, que no… Que yo quiero ser mariposa como Salo. Ma-ri-po-sa».

—Tal vez esté harta de ser esa persona.

Giro la cara con disimulo mientras me recuerdo que esto no es amor, es una larga amistad con toques de codependencia.

—Mery… —Lo que fuera a decir Juan queda interrumpido por las risas que provienen de la puerta del baño. Son Salo y Uli, que salen a saludar tras la función.

—Estábamos… —Uli se lleva una mano a la cabeza y trata de peinarse. Ella le recoloca el pelo y le besa en los labios.

—Creo que ya saben lo que estábamos haciendo. —Salo le guiña el ojo y se ríe. Ahora es él quien la peina a ella. Estos dos no han hablado, te lo digo yo—. ¿Y vosotros por qué estáis aquí? —Mi amiga usa el plural, pero me mira a mí.

—Salvaros el culo. Literalmente.

Ella arquea una ceja y Juan decide intervenir para explicárselo, lo que es una gran idea porque yo estoy muy ocupada lanzando maldiciones gitanas al *hippie* de mi amigo. Él ni se entera, está apoyado en la puerta, nadando en una nube de felicidad.

—¿Habéis… —dudo y cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a otra—, habéis aclarado la situación? —Mis ojos se clavan en Uli, que asiente con lentitud. Salo, sin embargo, frunce el ceño. Mala señal. Abro la boca para realizar una cuestión más concreta, pero Juan me interrumpe.

—¿Nos tomamos algo?

Mi mejor amiga responde tirando del brazo de Uli.

—Aún queda mucha boda —dice, sugerente.

—Me gusta esa actitud. —Juan me tiende la mano y, al mismo tiempo, me envía un mensaje mental que viene a decir: «No te metas, *peliloca*».

—Los finales felices son historias sin acabar —murmuro mientras la parejita pasa por mi lado. Ni se inmutan.

Y sí, la frase es de una peli, *Sr. y Sra. Smith*.

Ya tardaba.

#Tragedia #IsComing
#LoVeo #LoSé

############

Llevamos horas bailando, brindando y riendo sin conocimiento bajo esta carpa llenita de bombillas. Salo y Uli hablan, se besan y también se meten mano a la menor oportunidad, Juan está graciosillo y yo he abortado la misión de hablar con mi mejor amiga porque estoy demasiado borracha. Tendré que esperar. Ni siquiera consigo seguir enfadada con Uli por saltarse las normas, solo pienso en disfrutar y en que todo salga bien.

—Hay que amortizar el gasto —repite Salo una vez más. Y empiezo a sospechar que no se quedará tranquila hasta que terminemos las existencias de la barra libre.

—Tienes un problema grave —le respondo mientras me contoneo al ritmo de *Waiting for love* de Avicii. Aunque suena más como *«tines un pgobrema ggave»*.

Ella me rodea la cintura con su brazo, junta nuestras mejillas y me da un besito.

—Ya, Mery, pero no quiero pensar —me susurra al oído.

Yo hablaba de su racanería, pero… vale.

—Que la fuerza te acompañe —respondo sin sentido. *«Que la fuegzza te acomponie»*, en realidad.

Uli apoya la cabeza en mi hombro.

—Dar cera, pulir cera —apunta con menos sentido incluso.

—He traído una sandía —añade Juan, que no quiere quedarse atrás.

Y por si te lo estás preguntando: *Star Wars*, *Karate Kid* y *Dirty Dancing*. Y si no…, pues ya te lo he dicho.

Son idiotas, pero me río y abro mis brazos a todo lo que dan para anunciar un achuchón grupal. Uli me entiende a la primera porque —Salo tiene razón— es un oso amoroso. Sin embargo, Juan se hace un poco de rogar.

—¡Os quiero! —exclamo en plena exaltación de la amistad, aunque suena más a *«us quiego»*.

—¡Lo sé! —me contestan al unísono.

Me quedo sumergida en ese abrazo, a gustito. He bebido tanto que ni noto cuándo se desliza la parejita y nos abandona a Juan y a mí, que nos quedamos pegados el uno al otro, balanceándonos al ritmo de la música.

—Mi *peliloca.* —Juan deja escapar un suspiro y la gusana que llevo dentro sonríe.

Definitivamente, no debería beber más, aturde mi sentido de supervivencia.

—Echaba de menos estar contigo. Y no me refiero a contarte mis penas, sino a disfrutar juntos. —Juan acaricia mi pelo con delicadeza. Quiero ver su cara, pero la mía está aplastada sobre su pecho y no descarto que babee un poco—. Te quiero tanto, Mery, que a veces me planteo si es normal.

Me encantaría decirte que reacciono con indiferencia, pero lo que hago es emitir un ruido de asombro.

—¿Si es normal? —*«¿Si es nogmá?»*.

De forma interna, le pido con educación a mi cabeza y a mi lengua que dejen de ser unas hijas de puta, porque este parece ser un momento importante.

Juan duda y permanece en silencio unos segundos. El ambiente se carga de una energía distinta. Las luces se atenúan, la música se ralentiza y la gente parece dispersarse.

—En todos estos años —dice, inseguro—, he recibido muchos comentarios acerca de nuestra amistad. Algunos malintencionados y otros motivados a que me replanteara nuestra relación. —Se ríe bajito—. Mery, creo que estoy muy borracho.

Pues no se le nota.

—Sigue —le pido contra su pecho. Y esta vez consigo decirlo medio bien.

—Me da un poco de vergüenza —reconoce.

Le doy una palmadita en la espalda para animarlo.

Él inspira hondo.

—Pues que, a veces, me pregunto si no me estoy engañando a mí mismo y para mí eres más que… —Me alejo lo suficiente como para poder mirarlo a los ojos. No puedo escucharlo babeando su camisa. Él se calla y me sonríe con ternura. Las piernas me tiemblan.

—¿Más que…?

Las palabras de Vico se reproducen de nuevo en mi mente: «Mery, Juan está enamorado de ti». Le sigue la declaración de *Notting Hill*: «Solo soy una chica, delante de un chico, pidiendo que la quieran».

Es un hecho: soy una gusana que ha creado la nueva canción del verano.

—Significas demasiado para mí, Mery. —Suspira—. Me aterra meter la pata contigo y perderte.

—¿Más que…? —insisto.

Él aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Ya no me acuerdo. —Me acerca de nuevo a su pecho y me aprieta fuerte—. Sería una tontería de borrachillo.

Tardo unos segundos en reaccionar. Mi mente, que suele estar repleta de palabras, esta vez se llena de imágenes pasadas y futuras. Juan y yo compartiendo experiencias, carantoñas, conversaciones interminables, miradas cómplices, risas, ¿tonteo? De pronto, y pese a mi nivel de alcohol en sangre, me doy cuenta de que he estado interpretando lo que sucedía de forma incorrecta. No es que Juan no tenga sentimientos hacia mí, es que no quiere que cambie nuestra relación. Ya me lo dijo aquel día tras el concierto: «La amistad es un sentimiento mejor que el amor, más duradero, más de verdad». Y ahora llego a la conclusión de que Juan siente algo por mí, pero que lo nuestro jamás ocurrirá.

La frustración, la tristeza y el enfado se mezclan con una actitud nueva, más fuerte y centrada en mí.

—Juan…

—Dime, *peliloca*.

Ahora la que inspiro hondo soy yo.

—Lo siento, no quiero jugar más a este juego. No es sano. —Juan baja la barbilla y yo levanto la mía. Su boca está demasiado cerca, pero no me dejo aturullar—. Somos dos amigos que se han acostumbrado a comportarse como novios, pero no es normal.

—Somos dos buenos amigos que se quieren —me rebate.

Muevo la cabeza, en señal de negación.

—A mí esto me confunde —le digo de forma pausada. Suspiro y lo suelto de carrerilla—: Creo que es mejor que nos distanciemos un tiempo.

Su cara es digna de ser retratada. Le ha pillado por sorpresa, sin duda.

—¿Estás… estás cortando conmigo?

Me encojo de hombros.

—Nos hará bien. —A mí, seguro.

Durante un minuto, ninguno de los dos habla. Ya no bailamos ni nos abrazamos, solo estamos uno frente a otro sin saber que más decirnos.

—Me voy a ir —le aviso. Echo un vistazo en busca de la parejita y los encuentro dándose un lotazo en la barra—. Me despido de ellos y subo a la habitación, ¿vale?

Juan no responde, sigue en modo asimilación. Me acerco, me pongo de puntillas y le beso en la mejilla.

—No estoy enfadada —le explico—. Y hoy me lo he pasado genial contigo, pero es mejor así. —Le sonrío—. Buenas noches.

Avanzo antes de que reaccione y lo dejo atrás. Me da cierta pena, aunque admito que también me siento muy bien. Estoy aprendiendo a pensar en mí primero y he tomado una decisión que me va a beneficiar en el futuro.

Nota mental: no volver a retroceder por ilusiones pasadas.

Nota mental 2: ni por las futuras.

¡Vuelvo a estar en el equipo mariposa!

Sin embargo, en cuanto llego a la barra, adivino lo que pretenden mis amigos solo con la forma en la que me miran.

—Necesitamos la habitación un ratito —me dice Salo.

—Define «un ratito». —¿Es cosa mía o esta conversación ya la hemos tenido?

—El que sea necesario para que nuestra *amiga* se quede satisfecha —interviene Uli con guasa.

Vale, me la están devolviendo.

—No.

Salo pone morritos lastimeros.

—Se va mañana.

Uli pone morritos lastimeros.

—Me voy mañana.

Yo pongo morritos lastimeros.

—Acabo de pedirle tiempo a Juan y necesito huir.

Salo apoya su mano en mi hombro y me mira con intensidad.

—Lo ne-ce-si-to.

Mierda, voy a estar cantando la canción de Luis Miguel hasta que me duerma. Resoplo. Quizá estos dos no hayan aclarado las cosas, pero ¿cómo voy a negarme?

—¿Os vale con media hora?

—Nos vale —responden al mismo tiempo.

Me achuchan, les doy condones y se piran.

Ya te lo adelanto, no regresan y yo me cojo el cabreo de mi vida porque hoy, justamente hoy, tengo que compartir habitación con Juan.

Aunque, más tarde…, se me pasa.

#MariposaLibre #MariposaPringada
#NeverGusana

83. Esto (no) se acaba aquí

Salo

Abro los ojos despacio. Me duele la cabeza, huelo a alcohol y mi garganta está seca. Oigo un gemido masculino sobre mi cabeza y sonrío. Sé dónde estoy, qué ocurrió anoche y quién está a mi lado.

La luz se cuela por los enormes ventanales de la habitación y las sábanas blancas cubren la parte inferior de nuestros cuerpos desnudos. Estoy acurrucada en los brazos de Uli, con mi nariz en su cuello.

Le doy un beso en la porción de piel donde descansan mis labios y él me responde con una caricia en mi espalda de lo más sexi.

—¿Y nuestra ropa? —le vacilo—. ¿Usamos protección? —Suelta una risotada y me da un pellizco en el culo, pero no me detengo—: ¿Dónde está Raúl?

—No me hagas reír, que no quiero despertarme —se queja.

Me río sin fuerzas, apenas hemos dormido. Este hombre ha estado a puntito de acabar conmigo y yo con él. Anoche, nuestras ganas contenidas estallaron como miles de fuegos artificiales. No recordaba lo bonito y excitante que era tener sexo con alguien por el que tienes sentimientos. Las caricias, los besos, las miradas y las palabras susurradas están a otro nivel. Es como si cuerpo y alma respondieran a los mismos estímulos, provocando una respuesta que triplicara el placer.

¿Se nota que estoy feliz y con resaca emocional? No, ¿verdad? La cursilería que estoy derrochando no te ha dado ninguna pista.

Pues, te aviso, voy a seguir un poquito más.

Acostarte con tu mejor amigo debería ser un hito obligatorio en la vida, como tener un trabajo o vivir en tu propia casa. En serio, OBLIGATORIO, porque las risas y la confianza están aseguradas, y estas generan relax. Y todo el mundo sabe que cuando uno está relajado, las cosas salen mejor, ¿no?

—Si no dejas de reírte, me despertaré y querré volver a empezar. —Bosteza—. Aunque estoy tan cansado que puede que sea el polvo más triste de la historia.

Mis carcajadas aumentan de volumen y Uli me besa el pelo mientras emite un sonido parecido a un ronroneo.

—No cuentes conmigo, Spiderman. —Alzo la barbilla, él la baja y nuestras bocas se encajan en un beso que no cuadra con nuestras palabras—. Me duelen partes del cuerpo que ni siquiera sé cómo se llaman —susurro.

Ahora el que se ríe más fuerte es él.

He leído millones de historias románticas y en ninguna aparecía una conversación como esta a la mañana siguiente. Suelen ser picantes o con declaraciones de amor algo forzadas, pero jamás he visto una donde los protagonistas rechacen más sexo. Y, sin embargo, esta intimidad, real, me parece mucho más bonita.

Uli acaricia mi espalda con movimientos lentos. Su mano se mueve distraída en círculos, de

arriba abajo. La mía la imita y acaricia su pecho. Nuestras miradas se enredan y hablan por nosotros.

—En serio, somos muy idiotas —repito una vez más.

Él entrecierra los ojos y una sonrisa lenta y gamberra aparece en su rostro.

—Confiesa. El día del concierto me tiraste los trastos, ¿verdad?

—Un poco —reconozco—. Pero tú te quedaste en la inopia y heriste mi orgullo.

—Si llego a seguirte la corriente, me habrías usado cual Maléfica y me habrías dejado tirado. Te prefiero en la versión Leia.

—¿Leia?

—Ya me has despertado. ¿Qué hora es?

Miro el móvil y frunzo el ceño: las once y media. Si no salimos de aquí en treinta minutos, tendremos que pagar otra noche. Y no, esta vez no pienso en lo carísimo que es el hotel. Bueno, un poco, pero es que no merece la pena, Uli tiene que volver a su apartamento y terminar de recoger sus cosas.

Levanta mi barbilla.

—Esto no se acaba aquí. —Sube y baja sus cejas, juguetón—. Nos damos una ducha —más movimientos de cejas— y nos vamos a mi casa. —Ahora me guiña el ojo.

—Claro. —Intento sonreír, aunque me sale fatal.

—Conseguiremos que funcione —me asegura—. Son solo un par de meses.

Suelto un suspiro y él aprovecha para darme un beso en la nariz. Ya no estoy tan contenta, aunque sí tranquila. No tengo experiencia en las promesas que se hacen en las noches de sexo y, por un momento, me he planteado si lo que hablamos anoche tendría validez esta mañana.

Uli debe irse. Tiene un trabajo comprometido y un curso de inglés pagado. Su idea inicial era quedarse mínimo un año en Dublín, aunque ahora su plan ha cambiado y se ha convertido en nuestro plan.

—Tres meses —puntualizo.

—Tendrás que venir a verme muchísimo. —Sonríe.

Es tan mono que ni siquiera me importa gastarme dinero en mil vuelos.

Mi mano escala por su pecho y se cuela entre sus rizos. Él cierra los ojos.

—Ducha. —Los abre de golpe y me besa en los labios.

—Ve tú, tengo que hacer control de daños con Mery.

—Nos odia. —Otro beso—. Ven conmigo.

Me encantaría, pero me siento culpable. Al fin y al cabo, he obligado a mi mejor amiga a dormir con su exnovio imaginario. Solo espero que no haya hecho ninguna tontería.

—No tardo —le prometo.

Uli gruñe, aunque obedece y sale de la cama desnudo, lo que me distrae de mi objetivo. Es muy difícil no mirarlo mientras avanza hacia el baño, y más complicado aún mantenerme en el sitio y no saltar encima de él.

Uli me lanza una miradita por encima de su hombro antes de entrar.

—Lo sabía. Sabía que me estabas mirando el culo. —Él se ríe y yo sonrío.

—No tardo —repito, aunque no suena para nada igual que antes. Pero es que ahora estoy más que dispuesta a explorar nuevas zonas que puedan dolerme más tarde.

Sí, creo que podemos lograr que esto funcione.

Me siento en la cama, cojo mi teléfono y escribo un wasap a Mery, preguntándole qué tal ha ido la noche. Su última hora de conexión es de las cinco de la mañana. Espero un poco con la vista fija en la pantalla.

Visualizar a Uli bajo la ducha no ayuda a incrementar mi paciencia, por lo que decido distraerme con Instagram. Releo el mensaje de Darío y llego a la misma conclusión que ayer: he estado hablando con Vero sin saberlo. ¿Debería decirles algo o espero a cuando nos veamos?

—¿Vienes? —me pregunta.

—¡Dos minutos!

Maldita Mery, no responde. Chasqueo la lengua y echo un vistazo a las nuevas publicaciones de Bookstagram. Leo en diagonal varias reseñas de compañeras e indico que me gustan otras tantas que ni leo, hasta que llego a un *post* que llama mi atención: el Abuelo Lector ha ganado un premio literario.

—¡No solo tú ganas premios! —le vacilo, aunque él no me oye, ya está bajo el agua.

Mi curiosidad es la culpable de que pinche en el enlace de la publicación. Lo malo es que, en cuanto lo hago, mi burbuja estalla y solo quiero desaparecer.

Y eso es justo lo que hago.

#BloqueoMental
#NoComprendo

84. Despedida

Uli

No puedo dejar de sonreír. Lo hago mientras me aseo, cuando me visto, cuando recojo los pocos trastos que he traído y, sobre todo, cuando me imagino a Salo en Dublín.

Sin embargo, empiezo a preocuparme cuando llaman a la puerta y no es ella quien está al otro lado, sino un miembro del equipo de limpieza que me avisa que tengo que abandonar la habitación. ¿Ya ha pasado media hora? ¿Tan enfadada está la pelirroja?

Cojo mis pertenencias y salgo al pasillo. Avanzo hacia la puerta de Juan y llamo. Nadie responde, pero insisto con más fuerza hasta que escucho signos de vida humana al otro lado.

—¡Soy Uli! —les digo.

Juan abre la puerta y yo tardo tres segundos en ser consciente de que algo no va bien, uno por cada detalle que percibo: 1) se acaba de despertar y está en calzones; 2) la habitación está a oscuras, y 3) Mery protesta al fondo, pidiendo cinco minutos más.

Aun sabiendo la respuesta, pregunto:

—¿Y Salo?

Juan bosteza y, después, me mira sorprendido.

—¿No está contigo?

No llego a decir nada, tengo un mal presentimiento. Con la mano temblorosa, saco el móvil del bolsillo. Tengo un mensaje.

Salo
¿Por qué?

Y la vocecita que acallé anoche, revive.
«Te lo dije, idiota».

#MaléficaDesaparecida #MalPresentimiento

###########

—Iré a verte, te lo prometo. —Mery, frente al control del aeropuerto, me abraza. Mi tía, a mi lado, intenta reprimir las lágrimas—. Eres un *hippie* descerebrado —me susurra al oído—, pero, ahora mismo, eres el único amigo con el que puedo hablar. —Nos separamos y, sin querer, echo un vistazo a mi alrededor. La luz es fría, las maletas vienen y van, la gente se mueve nerviosa y hay despedidas por todas partes. Pero ni rastro de ella—. No vendrá, Uli. —Aprieto los labios. No sé qué coño esperaba. Después de bloquearme en todas las redes sociales y no darme opción a que me explicara, no era lógico que viniera a despedirse—. Sabíamos que reaccionaría así, ¿no? —Los ojos de Mery se humedecen.

La achucho de nuevo. La pobre tiene un buen disgusto. Fue ella quien recibió la ira de Salo cuando la llamó y le contó lo que había pasado. En mi defensa, solo puedo decir que Mery fue más rápida que yo, que me quedé en Babia un minuto entero intentando juntar las piezas. Bien

por mí.

¿Cómo pude ser tan idiota de creer que estaba todo claro? Ahora me resulta obvio que entendí lo que quería entender, que las ganas de estar con ella superaron a mi juicio, a mi empatía y a la sensibilidad de la que siempre presumo. Es increíble que, queriendo hacerlo bien, haya terminado jodiéndolo tanto.

Cuando reaccioné y traté de ponerme en contacto con Salo, estaba tan enfadada que me había cortado el acceso a ella. No me rendí, fui con Mery a su casa, porque teníamos la esperanza de arreglarlo cara cara, pero nos llevamos una sorpresa al ver que había recogido sus cosas y se había ido.

No fui a buscarla a casa de su madre, y no por falta de ganas, sino porque llegué a la conclusión de que era mejor no presionarla. Si algo he aprendido de Salo es que necesita su tiempo para asimilar las cosas. Aunque reconozco que, en estos momentos, una parte de mí se arrepiente de haberle dejado su espacio. Pensaba que, tras la explosión, se calmaría y me daría la oportunidad de explicarme, pero supongo que el tiempo que ella necesita es mayor del que a mí me queda en esta ciudad.

Le doy un beso en la frente a mi amiga y sonrío con tristeza.

—¿Sabes que me dejó un comentario en el *post* del concurso literario? Decía: «Felicidades, un cuento precioso». —Mery hace un amago de risa, mi tía sacude la cabeza—. Nuestra chica es un pelín intensa y bastante jodida —le digo—, pero en cuanto salga de su caparazón, hablará contigo.

Eso es lo que he decidido creer, que Salo terminará viendo que no queríamos hacerle daño. El problema es que, cuando eso ocurra, yo estaré demasiado lejos. Puedo ser un soñador, pero no un idiota, tengo claro que la distancia geográfica no ayudará a resolver el problema. No, al menos, de la forma en la que a mí me gustaría que se resolviera. Maléfica puede perdonar que no le dijéramos la verdad, pero dudo que siga adelante con nuestros planes.

—Todo esto es por mi culpa —se lamenta la pelirroja con lágrimas en los ojos.

—Mery, ninguno de los dos fue sincero.

Supongo que el ser humano es así, que cuando predice una reacción adversa en el otro, hace lo posible por evitarla. Unas, para librarse de un conflicto y otras, para sortear un daño innecesario. Lo malo es que, como suele decirse, la verdad termina saliendo a la luz.

Si esto fuera un cuento, la moraleja estaría clara: cuanto más tardes en solucionar un problema, mayor se hará.

Cuentos otra vez. La he cagado a lo grande y me pongo a pensar en cuentos… Soy gilipollas.

—Venga, va. —Lena frota mi espalda—. Tienes que irte y yo no puedo dejar tanto tiempo a Irene sola. Le habría gustado estar aquí, ¿sabes?

—Me quiere —afirmo como acto reflejo.

Mi tía me ignora.

—No lo hagamos más difícil. ¿Lo tienes todo? —Me palpo los bolsillos en busca del billete y toco con mis dedos las fotos que nos hicimos en aquel descampado *hippie* de Berlín. No he dejado de mirarlas desde ayer. Suspiro, saco el billete y se lo enseño a mi tía. Ella me devuelve una sonrisa triste—. Pues, adelante.

Vuelvo a abrazarlas y me despido con un millón de besos. Antes de girarme y entrar en el control, le dirijo una mirada a Mery cargada de palabras que no he dicho. Ella me devuelve una sonrisa, que interpreto como un «haré lo que pueda».

Y ahora sí, cruzo el control y me dirijo hacia las puertas de embarque. No tengo otra opción, he invertido todos mis ahorros en un curso de inglés y tengo un trabajo comprometido. Lo que

ignoro es cuánto tiempo estaré fuera. Ayer eran tres meses, hoy ya no lo tengo claro.

#SinSolución
#Adiós #Final

Conversaciones nocturnas

@k.leer
Ya me han contado k la liaste parda en la boda
Te dije k hablaras con ella!

@el.abuelo.lector
¿Te lo ha contado Salo?
Conmigo no quiere hablar ☹
¿Está bien?

@k.leer
Está mejor, es una tía dura :)
Y tú???

@el.abuelo.lector
Triste, cabreado y… en Dublín.
Mejor habla tú, que yo solo te voy a contar penas.
¿Qué tal con tu chica?

@k.leer
Muy *in love*
Somos novios :) :)

@el.abuelo.lector
Me alegro, yogurín.
Me imagino que habrás aclarado tus dudas…

@k.leer
Sigo siendo virgen, pero ya no me importa
Pasará cuando tenga k pasar y será con mi Vero :)

@el.abuelo.lector
Tío, que estoy sensible, no digas cosas tan bonitas.

85. Ay, Salo

Salo

Octubre 2018
(Dos semanas después)

Resoplo, frustrada, y miro la hora en el móvil, las cuatro y cuarto. Mery llega tarde. Es la primera vez que quedamos desde la boda, me ha citado porque tenía una emergencia y, aun así, es incapaz de ser puntual. Remuevo el café y echo un vistazo a mi alrededor. La cafetería es enorme y la decoración impersonal, todo es de un blanco impoluto, nada que ver con Somos Instantes.

Apoyo la espalda en el asiento y con el brazo tanteo el bolso colgado en el respaldo. Saco un libro, lo dejo sobre la mesa y lo abro. Estos días estoy leyendo más que de costumbre, necesito evadirme de la realidad. Y es justo lo que necesito en estos momentos, huir de mis pensamientos, que están a puntito de empezar con los «y si».

«¿Qué habría pasado si yo hubiera adivinado que Uli era el Abuelo Lector? ¿Y si no se hubiera ido? ¿Podríamos haberlo arreglado o nuestra historia estaba destinada a no funcionar?».

Pfff… Me canso de mí misma.

Cuatro páginas más tarde, Mery aparece en la puerta. Lleva el pelo suelto y un vestido blanco y holgado. Me sonríe en la distancia y avanza hacia mi mesa.

—Qué raro todo, ¿no? —Me besa en la mejilla y se sienta en la silla de enfrente.

—Mucho —admito.

Se produce un silencio tenso, en el que nos envuelve el ruido de la cafetería. Me muevo incómoda en la silla, ella se muerde el labio y nos miramos con miedo.

—Ay, Salo. No quiero convertirme en Berta ni tampoco que te distancies. —Su voz se entrecorta—. Quiero seguir siendo tu mejor amiga y que vuelvas a casa. Metí la pata, pero te juro que fue con buena intención.

Abro la boca para interrumpir sus explicaciones, las puedo recitar de memoria, me ha enviado tantos audios que he tenido que borrar archivos del teléfono para no petarlo. Sé que fue ella quien le dijo a Uli que yo reaccionaría mal, que él estaba dispuesto a arriesgarse y confesar que era el Abuelo Lector y también que aquella conversación sobre Babosilla que Uli no había escuchado fue la culpable de que no lo hiciera.

A veces, los pequeños detalles son los que pueden cambiar la historia, ¿verdad? Si yo no le hubiera hablado de @k.leer o si él no hubiera estado en Ulilandia cuando lo hice, quizá ahora seguiríamos juntos con nuestros planes. O quizá no, tal vez mi reacción al saber que Uli era el Abuelo Lector habría sido mala de todos modos.

Joder, ¡ya estoy otra vez!

—Me metí donde no debía, no dejo de hacerlo. Os di unos consejos horribles y te oculté información —continúa mi amiga, ajena a los caminos alternativos que mi mente se empeña en imaginar. Sus ojos se enrojecen—. Salo, yo solo quería protegerte. Por favor, dime que podrás perdonarme.

Quiero transmitirle que la tensión terminará por evaporarse y que no es necesario que diga nada más. Sin embargo, las palabras no llegan a salir de mi boca porque me sumerjo en mis pensamientos y en lo que sucedió aquel día. El *shock* inicial, el paseo por los jardines del hotel mientras intentaba buscarle un sentido a que Uli fuera el Abuelo Lector, aquel mensaje que no debí enviar…

Una parte de mí quería volver a la habitación y creer cualquier cosa que me dijera. Otra, solo quería huir. Aunque fue mi parte más madura la que ganó la batalla. Necesitaba una conversación con Uli. Era la misma persona que me había apoyado durante todo el verano, el que me hacía sentir en paz, lo que tuviera que decirme no podía ser tan malo.

Me dirigí hacia la entrada del hotel. Crucé la recepción y llamé al ascensor, pero cuando las puertas se abrieron, recibí la llamada de Mery. Lo que confesó (que mis dos mejores amigos me habían mentido durante semanas) me dejó tan fuera de juego que mi reacción fue desmesurada.

No me enorgullezco de mi huida, pero fue una respuesta a lo que sentí como una agresión.

Tardé dos días en reaccionar. Gracias a los audios de Mery, entendí que ni Uli ni ella querían herirme. Ambos me habían mentido y Uli se había alejado, sí, pero, a su manera, lo habían hecho para protegerme. No compartía su forma de actuar, aunque la comprendía, y lo más importante es que los dos estaban arrepentidos y querían contarme la verdad.

Si hubiera tardado un poco menos en oír sus explicaciones o si les hubiera permitido dármelas en persona, quizá ahora sería todo distinto.

«Otra vez con los puñeteros "y si". No aprendo».

Vuelvo al presente y carraspeo.

Sonrío al recordar a Uli y me pongo triste por el mismo motivo.

—Mery, tú no eres como Berta.

Ella suelta el aire retenido y sus hombros se relajan.

—Claro que no.

Busco su mano por encima de la mesa y ella me la aprieta con fuerza. Ambas sonreímos.

Durante un rato, hablamos de temas triviales. Del calor que sigue haciendo en nuestra ciudad, de la luna de miel de Berta y también de que nuestra mesa cojea. Nada profundo, pero ayuda a relajar el ambiente.

—¿Qué tal llevas lo de no currar? —me pregunta.

—¿Cómo lo sabes? —Frunzo el ceño.

—La señora Manuela y yo somos íntimas —afirma con descaro. Después, encoge un solo hombro—. Necesitaba saber cómo estabas y le prometí que la acompañaría a comprarse un móvil.

—Sabía que no había ido sola.

Mery suelta una risita.

—Me dijo que tu salida fue apoteósica.

—Muy folclórica. —Sonrío de medio lado. Mandé a la mierda a mi jefa y me fui de la oficina para no volver. ¿Tenía relación con mi drama? Pues no. Pero, oye, ¿quién no ha sobreactuado alguna vez?—. Lo del trabajo lo llevo, sin más. Sigo peleándome con las páginas de búsqueda de empleo, aunque no está mal tener un poco de tiempo para pensar en lo que quiero hacer.

—Pues algo bueno ha salido de tu crisis existencial, ¿no? —Muevo ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y me echo hacia atrás, pensativa—. Aunque también te digo que ahí, Uli y sus ideas *hippies* te han influido, fijo. —Y en cuanto lo suelta, sus ojos se agrandan y sus labios se aprietan—. Lo siento —dice bajito—, ¿podemos hablar de él?

Murmuro un «sí» y mi pulso se acelera. Era evidente que su nombre iba a salir en la

conversación en cualquier momento. Mery me observa y emite un sonido de entendimiento.

—Así que lo has perdonado, pero no te atreves a hablar con él.

—Estáis los dos más que perdonados, Mery. Aunque sospecho que Uli no me ha perdonado a mí por no dejarle explicarse y por finalizar nuestra relación de forma unilateral.

Apoya el codo en la mesa y la cabeza sobre su mano. Sonríe.

—Ni siquiera se enfadó, por si te interesa saberlo.

Me interesa. No, no me interesa. No quiero imaginarlo en plan empático y considerado. Tengo que cerrar el capítulo antes de que se enquiste, no quiero repetir el mismo proceso que con Miguel.

¿A quién quiero engañar? Necesito saber.

Miro a Mery de reojo.

—¿No está enfadado? —pregunto como una mema—. Le desbloqueé y no se ha puesto en contacto conmigo.

La sonrisa de Mery adquiere un tono juguetón.

—No creo que lo sepa, las tecnologías no son lo suyo. —Se ríe. ¿Por qué se ríe?—. No sabía ni que existía la posibilidad de eliminar la etiqueta del *post* del concurso literario. Y si lo sabe, es muy capaz de estar esperando a que le digas tú algo.

Mi ritmo cardiaco se acelera. ¿Y si…?

—No funcionaría —me defiendo antes de que insista—. No puedo ser solo su amiga ni tampoco algo más. Él está allí, yo aquí, y la posibilidad de tener el rodaje que necesitaríamos para volver al mismo punto no existe. —Me pongo en tensión, aunque la tristeza me desarma.

Este puñetero sentimiento ha sido el responsable de que haya tardado dos semanas en dar señales de vida. Es una tristeza densa y que proviene de la certeza de que con mi amiga las aguas pueden volver a su cauce, pero no ocurrirá lo mismo con Uli.

La amistad y el amor se rigen por normas distintas. En la amistad, la confianza y el perdón se regalan. En el amor, es otra historia, y mucho más en los comienzos de una relación, cuando la confianza se intercambia y perdonar es sinónimo de que algo no va como debería.

—No, no funcionaría —repito. No después de sus mentiras y de mi huida, no sin pasar un tiempo juntos que nos devuelva la confianza el uno en el otro. Mi amiga me lanza una mirada cargada de diversión. A mí no me hace ni puñetera gracia. No quiero seguir imaginando futuros alternativos. Necesito cambiar de tema YA—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu emergencia?

La pelirroja tuerce el gesto y se tapa el rostro con ambas manos.

—Hola, soy Mery, y me he metido en un lío.

—Ehmmm… ¿Hola, Mery? ¿Qué has hecho?

—¡Soy una gusana! —exclama entre los dedos.

—¿Cómo?

«¿Ha dicho gusana?».

—Para contártelo necesito una copa.

Alzo el brazo casi de inmediato. Me muero por sumergirme en una historia que no sea la mía.

Lo que desconozco es el lío en el que me voy a meter por seguirle la corriente.

#Gusana? #LasPenasConAmigasSonMenos

86. La gusana y su plan

Mery

—Me he liado con Juan —confieso sin esperar a que llegue la copa. Salo intenta apartar las manos de mi cara, pero me resisto.

—¿Tu Juan? ¿Cuándo?

—En la boda. Varias veces —Dejo caer la frente sobre la mesa en una pose de lo más dramática—. Fue culpa vuestra.

Bufa.

—Ya veo que has aceptado tu responsabilidad.

Alguien finge una tos. Creo que es el camarero. Me incorporo muy dignamente y él deja las copas sobre la mesa. Un ron-cola para ella y una ginebra con naranja para mí.

«Perfecto».

Mi mejor amiga enarca una ceja de esa forma que solo sabe hacer ella. Con este gesto ha sido capaz de sonsacarme información durante años. Tengo que concentrarme.

«Solo hay una persona que puede decidir lo que voy a hacer, y soy yo mismo».

Ciudadano Kane. Está mal decirlo, pero jamás he sido capaz de verla entera.

Inspiro hondo, la miro a los ojos y repito lo que he ensayado frente al espejo:

—Los hombres persiguen retos, Salo. Estábamos borrachos, le había pedido un tiempo y nos encontrábamos en la misma habitación. A oscuras.

—La situación perfecta —ironiza con una sonrisa de medio lado.

—La tormenta perfecta, más bien. —Doy un largo trago a mi bebida y la animo a que haga lo mismo—. No fue para nada como lo había imaginado, la verdad.

Durante un buen rato, me hago la remolona y suelto datos inconexos por aquí y por allá, pero, cuando pedimos la segunda copa, no me queda más remedio que empezar a largar.

—Me había cansado de esperar, no tenía pinta de que fuerais a avisarme. —La miro mal y procuro no reírme—. Así que le envié un mensaje a Juan para que me dejara pasar la noche en su habitación. Cuando llegué, me abrió la puerta en calzoncillos. —Sin pretenderlo, me quedo en la inopia recordando ese momento—. Me dejó pasar y me miró de esa forma tan suya, ya sabes, cuando los ojos le brillan y parece que se esté riendo por dentro.

—La mirada juguetona de Juan, la que pone cuando liga, ¿no?

—Exacto. —Pongo cara de bobalicona, pero la disimulo con rapidez—. El caso es que traté de ignorarlo, pero Juan me cogió del brazo y me dijo con la voz rasgada: «Mery». Solo eso, «Mery». Yo le respondí que solo estaba allí por necesidad. —Me detengo, parpadeo y me echo a reír—. Lo mismo me entendió mal. —Ahora es Salo la que se ríe—. La cuestión es que, de repente, él estaba muy cerca repitiendo otro de esos «Mery» y, al segundo, estábamos morreándonos como si se acabara el mundo. No fue en plan dulce, que era como yo lo imaginaba, fue…, fue como primitivo, ¿sabes? Estuvo muy bien, la verdad. —Sonrío, me doy cuenta y vuelvo a pegar mi frente en la mesa, que obviamente se desestabiliza—. Y después, repetimos.

Todo esto es cierto, aunque estoy haciendo tanto teatro que corro el riesgo de creérmelo. La verdad verdadera es que, aunque sé que no es amor, estoy disfrutando del *experimento*. Qué le voy a hacer, soy de las que se deja llevar. Y sí, admito que estoy preocupada, no quiero volver a enamorarme sin ser correspondida, pero el que no arriesga, no gana, ¿no? En fin, que puede que aún sea una gusana (una satisfecha), pero dame tiempo.

—¿Juan se arrepintió después?

Niego con la cabeza y la mesa baila.

—Lo hemos hecho dos veces más. —Alzo la mano con dos dedos levantados—. Dos —insisto —. Bueno, tres. —Elevo un dedo más—. Soy una gusana. —Salo acaricia mi pelo, yo finjo un lloro—. Necesito más bebida.

—Otra ronda —le pide Salo al camarero.

—Cargadita, por favor.

Será la última, lo prometo, necesito tener la mente despejada para llevar a cabo mi plan sin fisuras.

Ya… NO ME LO DIGAS, mis planes no acostumbran a salir bien, pero intuyo que esta vez será diferente, porque es mi oportunidad para resarcirme.

No puedo evitarlo, soy optimista por naturaleza (y es genial). Inserta aquí una carita sonriente.

Mientras sigo dándome cabezazos contra la mesa, haciendo el papel de mi vida, cojo el móvil, busco su perfil y tecleo:

@mil.frases.en.mi.cabeza
Te ne-ce-si-to, Babosilla.
TIENES QUE AYUDARME CON SALO Y ULI.

Espero que, como buen adolescente, conteste rápido o me desnuco.

@k.leer
Kién eres?

¡Bingo!

@mil.frases.en.mi.cabeza
Mery :), la amiga de Salo.

@k.leer
Putoflipo

Salo me da una palmadita en la espalda para avisarme de que la copa ha llegado a la mesa y me incorporo fingiendo un puchero.

—¿Y qué vas a hacer con Juan? —me pregunta.

«Seguir experimentando».

—Supongo que tendré que hablar con él —respondo.

«Algún día».

—Sería lo mejor. Necesitáis dejar las cosas claras. —Asiento compungida mientras me descojono por dentro. ¡Qué valor tiene!

—¿Brindamos? —Cojo mi copa y la acerco a la suya. Salo me sigue el juego y a mí se me escapa una risita. La tengo exactamente donde quiero—. Por las mariposas.

«Y por las locuras».

#TengoUnPlan
#GusanaPensante #GusanaEnAcción

##########

Me deslizo de la barra del *pub* meneando mis caderas al ritmo de una canción viejuna de Britney Spears. Estoy contenta, son las siete de la tarde y casi todo está organizado. Salo me espera apoyada en una columna, mirando su móvil. Me apuesto lo que quieras a que lo que observa en la pantalla, embobada, tiene relación con el Oso Amoroso.

Le tiendo su copa (la cuarta, creo) y echo un vistazo a su teléfono con disimulo. Está cotilleando la foto de Uli en su perfil del WhatsApp. ¡Lo sabía!

—Bebe, anda. —Sonrío.

—Bebe tú —me devuelve.

Le guiño el ojo y obedezco. Total, no lleva alcohol.

—Mery, creo que estoy un pelín perjudicada. —Da un trago minúsculo—. Y yo cuando bebo…

—¡No lo digas! —la interrumpo alzando una mano—. Tonto es el que hace tonterías. —*Forrest Gump*, la misma frase que usó Uli la noche en la que nos conocimos.

Soy muy sutil.

—Pues yo estoy un poco tonta. —Resopla—. No dejo de pensar en lo que no debería, y no quiero.

Por un momento, me siento mala gente por manipularla. Llevo más de dos horas soltando todo lo que se me ocurre para que se acuerde de Uli. Y no es que yo quiera que mi mejor amiga sufra, pero necesito que deje caer la coraza y es muy buena señal que se ponga sensiblera. Abro mis brazos para achucharla y ella me responde con una carita triste. La abrazo.

—El pasado puede doler —le digo al oído—, pero tal y como yo lo veo, puedes huir de él o aprender. —*El rey león*. Vaya frases tiene esa película.

Nos separamos y me lanza una miradita que debe significar algo así como «ya estás en la fase Disney». Después, desvía sus ojos por encima de mi hombro y los entrecierra.

—¿Esos que vienen hacia aquí no son Darío y Vero?

—¡Uy! —Se han adelantado, pero me viene de perlas—. ¡Vaya, qué casualidad!

La parejita se aproxima con timidez. Son tan monos que vienen de la mano. Vero nos saluda con una sonrisa enorme y Darío alza la barbilla. Este chico disimula fatal.

Como intuía, no tengo que intervenir demasiado para que la conversación fluya. Salo y Vero se mueren por conocerse mejor y hacen todo el trabajo.

Cuando me concentro y me dejo de chorradas, tengo una mente brillante.

«Tus probabilidades de éxito aumentan cada vez que lo intentas».

Una mente maravillosa, relación de ideas. No soy perfecta.

—¿Sabías que yo era @k.leer? —me pregunta Darío. Está a mi lado, me saca más de una cabeza y con el ruido de fondo tengo que adivinar lo que dice.

—Me lo dijo Salo el día de la boda. —Sonrío hacia mi amiga, que me lanza una mirada ilusionada—. Pero vi tu perfil el día que tu novia envió el primer SMS.

—¿Salo lo sabe? Espera, ¿te habló de mí?

—Claro que lo sabe y sí, me habló de ti. Te quiere mucho.

El adolescente se hincha como un pavo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Entretenerla un ratito y conseguir que beba.

Darío me mira con complicidad y se dirige a su chica:

—Vero, ¿una *cerve*? —Ella asiente y continúa su conversación con Salo—. Dalo por hecho.

Me voy de allí con una excusa boba y salgo del local. Tengo que hacer un par de llamadas.

#SaldráBien
#CruzaLosDedos

############

Vale, puede que me haya liado un poquito de más con el teléfono, pero no tanto, ¿no? Observo ojiplática a Salo, que está intentando escalar la barra mientras Vero trata sin éxito de retenerla. ¿Cómo es posible que esté en ese estado?

—Han sido los chupitos —me dice Darío al verme—. A mí no me mires, la culpa es de ellos. —Señala con el dedo hacia un grupo de cinco amigos. Me suenan. ¿No son los del concierto?

—¿La que está cantando a pleno pulmón una canción yeyé no es tu tía?

Darío asiente con lentitud.

—¡Por los polvos que vendrán! —exclama en plena euforia el único chico del grupo.

—Son muy peligrosos —me responde.

Madre mía, me descuido un momentito y mi plan se tambalea. Con semejante borrachera no sé si será capaz de andar por sí misma.

—¡Mery! —Salo ha conseguido ponerse en pie sobre la barra y me saluda con la mano. Vero tira de su pierna y el grupo de amigos la corean—. ¡Ya no pienso, Mery! ¡Viva la anestesia!

—Genial —murmuro—. La idea era que se acordara de Uli y se pusiera tontorrona, no que viviera la juerga de su vida.

—No me diste instrucciones —se queja Darío—. ¿Qué hacemos?

—No nos va a hacer ni puto caso, necesitamos refuerzos.

Voy a liar a todo cristo, como si lo viera venir.

#GusanaConObjetivos
#SiemprePositivaNuncaNegativa

############

Mi nueva amiga aparece una hora después con cara de haberse comido un limón. De primeras es un poco seca, pero en cuanto la conoces, es muy buena chica.

—Hago esto por Uli —afirma nada más llegar.

Darío me observa como si estuviera chalada.

—Impone y está acostumbrada a tratar con borrachos —le explico.

—Sirvo cafés —replica Irene.

—Me vale.

Los tres miramos en dirección a Salo. En este rato, ha cantado medio repertorio de Eurovisión con Eva, ha bailado sobre la barra y ha hecho varias confesiones que hasta a mí me han escandalizado.

Lección de vida: hay gente que no bebe por una razón, no fuerces.

Me estoy agobiando, no sé si vamos a poder meterla en un taxi. Miro mi reloj.

—No tenemos mucho tiempo.

Irene chasquea la lengua con fastidio y se dirige hacia Salo, con la que inicia una conversación. Desde donde estamos, no somos capaces de escucharla, pero cuanto más habla Irene, más triste está Salo.

Lo del mote de Dementora le va que ni pintado, desde luego. Esta chica, como diría Uli, tiene el superpoder de robar el alma.

Tras diez minutos, Vero trae a Salo, mansa y cabizbaja.

—Echo mucho de menos a mi Spiderman —lloriquea.

Me muero de curiosidad por saber qué es lo que le ha dicho Irene, pero no puedo entretenerme a cotillear.

—Lo sé. —Acaricio su brazo—. Sería genial si estuviera aquí, ¿verdad?

Salo asiente, borracha perdida. Ojalá no estuviera tan bebida. Es muy probable que mañana no se acuerde de nada y que quiera matarme.

—Habría rodaje, ¿sabes? —me dice—. Eso aumenta las posibilidades. —Suspira, se tambalea y se me echa encima. Qué mierda lleva—. Pero está muy lejos —se queja.

Aquí viene mi momento estelar, atención.

—Hagamos una locura —le propongo.

Emite un sonido que entiendo como una afirmación. Le hago una señal al adolescente.

—Darío, ayúdame a sacarla de aquí. Y tú, Vero, ve llamando al taxi.

Mi objetivo ahora es que Juan llegue a tiempo con nuestras mochilas. La mía la ha preparado él, la de Salo, su abuela.

—¿Dónde vamos? —farfulla mi amiga.

—Elemental, mi querido Watson. —Salo frunce el ceño—. Nos vamos a cumplir tus deseos —respondo, muy orgullosa de mí misma.

#MeVaAMatar #Lentamente
#NosVamos

Conversaciones nocturnas

@k.leer
K tal va Salo?

@mil.frases.en.mi.cabeza
Ahora está frita, con la cabeza apoyada en mi hombro y roncando, pero hace un rato casi me la lía en el control.

@k.leer
K ha hecho?

@mil.frases.en.mi.cabeza
Reír, llorar, todo al mismo tiempo.
En cuanto le he dicho dónde íbamos, se ha vuelto loca. He tenido que decirle al de seguridad que le daba miedo volar.

@k.leer
Jajajaja
Eres pequeñita, pero peligrosa
Me avisas cuando lleguéis?

@mil.frases.en.mi.cabeza
¡Claro!
No te preocupes, saldrá bien.

@k.leer
Eso espero, por tu bien y el mío
La Tita Romantic tiene mala hostia

@mil.frases.en.mi.cabeza
Es parte de su encanto ;)

87. Ni de coña

Salo

—¡Despierta, dormilona!

«¿Qué coño le pasa a Mery?».

—¡Eeeo!

«Espera un momento…».

Mi mente es invadida por ráfagas de imágenes muy poco nítidas. Babosilla y Vero. Chupitos. Una barra. Cumplir deseos. Un taxi en el que juré no vomitar. Juan deseándonos suerte. Un control de aeropuerto. Mery contándole a alguien que me tomé una pastilla para dormir. Un despegue. Un taxi que olía a pies. Una puerta que se abre. ¿Uli?

Abro los ojos de golpe.

«Imposible».

Un sueño, solo ha sido un sueño.

Estoy abrazando una almohada en una cama enorme. La luz se cuela por una gran ventana sin persianas. Todo es blanco. La habitación huele a alcohol. Yo huelo a alcohol. Esta no es mi casa y tampoco la de Mery. ¿Un hotel? ¿Qué narices pasó anoche?

Cierro los ojos. La cabeza me palpita.

—Está reaccionando —dice mi amiga a mi espalda.

Un carraspeo.

«¿Sigo dormida?».

—He tenido un sueño muy raro, Mery. —Madre mía, vaya voz de ultratumba que me gasto—. No me dejes beber más.

Ella suelta una carcajada y se deja caer en el colchón. Me acaricia el pelo.

—Amiga, los chupitos te convierten en un gremlin. —Se descojona—. Pero de los verdes y feos, ¡eh!

—¿Qué hacemos en un hotel?

Mery deja escapar una risita nerviosa.

—No es un hotel y estamos cumpliendo tu deseo.

—¿Mi deseo? —pregunto con un hilillo de voz.

—Rodaje, acortar distancias, hacer una locura.

Me giro lentamente hacia ella. Tiene cara de culpable.

—Buenos días. —Sonríe.

—¿Dónde estamos?

Otro carraspeo.

«Ay, joder».

Mis ojos se deslizan hacia el origen de ese sonido. No puede ser real.

—¿Uli? —pregunto, dudando de lo que veo.

Él, apoyado en el marco de la puerta y con los brazos cruzados sobre el pecho, me sonríe con timidez. Lo observo de abajo arriba. Vaqueros gastados, camiseta de manga larga gris, barba de

dos días, pelo revuelto.

—Bienvenida a Dublín, Maléfica.

#Déjàvu #FlipandoFuerte
#LosChupitoSonElMal

############

—Mejor me voy y os dejo solas. Tenéis que hablar —Uli se muerde los carrillos para no reírse y abre la puerta. Antes de marcharse, mira a mi amiga—. Mery, he estado en tu lugar y te conviene que coma. —Cierra la puerta.

—¿En serio? —Repto hasta el borde de la cama, me siento como puedo y mis ojos se clavan en Mery—. ¿En serio?

—Te he traído zumo y un ibuprofeno —me responde ignorándome por completo—. Bebe, te hará bien. —Me tiende un vaso y una pastilla. Me la tomo y bebo, pero no porque me lo diga, sino porque me raspa la garganta y me estalla la cabeza—. Quiero que recuerdes que soy tu mejor amiga, que te quiero muchísimo y que tú me quieres a mí. —Sonríe.

Bufo.

—Esta no me parece la mejor manera de reactivar nuestra amistad. Mery, estabas en periodo de prueba y me la has liado pardísima. ¿Cómo se te ocurre?

—Ha sido brillante. —Su mirada soñadora se pierde en la nada—. Por fin un plan que sale bien. —Le doy un manotazo en el hombro—. ¿Qué? Anoche estabas muy contenta. De hecho, fuiste tú la que me dijo que te recordara cuánto me querías en cuanto despertaras.

—Ni de coña.

—«Mery, eres un genio» —me imita—. «Mery, te quiero». «Gracias por darme el empujón». —Mueve sus manos para expresar que podría estar así todo el día—. Estabas de lo más cariñosa, la verdad.

Algo me suena, aunque la imagen que acaba de aterrizar en mi cabeza tiene que ser fruto de mi imaginación. Dejo el vaso sobre la mesilla y me masajeo las sienes. No puedo matarla, la quiero. Respiro hondo.

—¿Me puedes explicar cómo hemos acabado aquí?

—Pues, verás, era una sorpresa. —Le lanzo cuchillos por los ojos. Sorpresa ha sido, desde luego—. Compré los billetes después de la acampada, quería regalarte el viaje por tu cumple. —Enarco una ceja—. Ya, es dentro de dos semanas, pero los de este finde eran más baratos. —Vale, esto me ha ablandado—. Ayer te hice una encerrona —reconoce—. Mi intención era saber si echabas de menos al *hippie*, y, si era así, proponerte que viniéramos juntas. Pero para conseguir que te abrieras, tenía que emborracharte un pelín. —Pone cara de buena—. Lo siento, era la vía fácil. —Me mira con cariño, como si estuviera transmitiéndome el mensaje mental de que, a veces, me encierro demasiado en mí misma—. En fin, que se complicó un poquito de más, aunque tienes que admitir que estabas deseando tener esta oportunidad, solo necesitabas un empujoncito.

Sin querer, mis labios se curvan hacia arriba.

—Pero te juro que esta es la última vez que intervengo —añade muy seria—. Me retiro de ese papel, ya no más. Estáis solos. —Se ríe—. Bueno, estoy aquí, pero solo porque me perdí Berlín. —Apoya su cabeza en mi hombro—. No me odias, ¿a que no? Me quieres mucho.

—No sé yo…

—Y también a Uli. —Noto su sonrisa sin verla—. Él no sabía que venías, por cierto. Se quedó

flipadísimo. —Se ríe—. Aunque, claro, tu entrada fue triunfal.

—¿Qué? —Otra vez esa imagen en mi cabeza. No, no es posible.

—Te lanzaste a sus brazos igual que lo haría un toro hacia un paño rojo.

—No —digo entre dientes.

—¡Y tanto que sí! ¡Le metiste la lengua hasta la campanilla!

—No, no.

—Sí, sí. —Mery se parte. Yo me quiero morir—. Y le hiciste una declaración de amor muy graciosa. —Mi amiga se descojona—. Le dijiste: «Uli, no sé si es posible, pero yo te quiero». Después, vomitaste en sus pies.

¡Lo estoy viendo, lo estoy viendo!

—¡Nooo!

Mery me da varias palmaditas en el brazo.

—Te recogió el pelo, eso es amor del bueno.

—No pienso salir de esta habitación. —Me tapo la cara con ambas manos.

—Entrará él, no te libras.

Como si nos hubiera oído, la puerta se abre y se asoma una cabeza con rizos.

—He hecho unos huevos. —Sube y baja las cejas—. Nada de salchichas.

Me muero.

#NiSalchichasNiSalchichos
#DignidadPerdida #DeclaraciónVomitiva

Conversaciones diurnas

@_romantic.books
Babosilla, estoy en Dublín.

@k.leer
Jajajajaja. Lo sé!

@_romantic.books
¿Tú también estabas en el ajo?

@k.leer
Os keréis :)
Era una buena causa
K tal está el cansino?

@_romantic.books
Está en el salón, creo.
No quiero salir de la habitación.

@k.leer
Joer, y el adolescente inmaduro soy yo
No seas cagona!

@_romantic.books
No soy una cagona.

@k.leer
Demuéstralo
Sal, dile al rizos k le kieres y dejaos de historias

@_romantic.books
Se lo dije ayer borracha ☹.

@k.leer
Entonces ya has hecho lo más difícil

88. Tío, espabila

Uli

—Si no sale, voy a por ella. —Mery, sentada a mi lado en el sofá del salón del apartamento, le da un trago a su café y me mira con guasa—. Aunque deberías ir tú. Para hablar, me refiero, nada de aullidos ni de refrotes. —Se ríe—. El roce es peligroso, te lo advierto, te nubla la mente.

—Déjala tranquila un rato, no la fuerces.

Me da un par de palmaditas en la pierna.

—Uli, por si no te habías dado cuenta, tu táctica *hippie* ha funcionado de pena. Estoy segura de que Salo está convencida de que has perdido interés. Ahí te lo dejo.

—Qué peligro tienes, pelirroja. —Sonrío. No puedo dejar de hacerlo desde anoche. Salo está aquí y me quiere. ¿No es genial?

Estoy tan contento que se me han olvidado de un plumazo las últimas dos semanas y te aseguro que han sido deprimentes. Dublín me gusta, es una ciudad con energía y gente amable con la que es fácil relacionarse, pero cuando uno está triste, es complicado disfrutar. Y yo he estado tan gris como el cielo de esta nación.

—Os he echado muchísimo de menos. —Abrazo de nuevo a Mery (van cuatro achuchones esta mañana). Ella se muere de la risa.

—A unas más que a otras —me dice con sorna—. Quita, pelota. Y haz el favor de centrarte, que Salo se te declaró ayer y te toca mover ficha.

Se me escapa un suspirito de enamorado.

—Me gustó hasta el vómito. Estoy fatal.

—Mucho. Fue asqueroso. —Nos reímos los dos—. Anda, tira para el cuarto, a ver si habláis de una vez. Nada de *experimentar*, ¿me oyes?

Ruedo los ojos y me hago el ofendido. Mery me empuja hasta que logra expulsarme del sofá, así que no tengo más remedio que incorporarme. Estoy nervioso, excitado y demasiado sonriente. Debería calmarme.

Doy diez pasos hasta la puerta del único dormitorio. Inspiro, espiro.

Allá voy…

#SinExperimentos
#Hablar #SoloHablar

############

Llamo a la puerta, pero Salo no responde. Esta vez no abro sin más, podría estar saliendo de la ducha, vistiéndose o en pelotas.

«No visualices».

«Vale, no visualizo».

—¿Puedo pasar?

—¡No!

Miro por encima de mi hombro a Mery, que me hace señas para que insista.

—¿Por qué?

—¡Estoy desnuda!

«No visualices».

«Vale, no visualizo».

—Pues ponte algo encima y paso.

—¡No!

Me giro hacia la pelirroja y encojo los hombros.

—No quiere.

Ella se ríe con ganas.

—¡Tío, espabila!

—¿Desde cuándo eres así de mandona?

—Es culpa del sexo, un efecto secundario. —Me guiña un ojo y vuelve a mover sus brazos para que persista.

Llamo de nuevo.

—Voy a entrar.

—¡No!

¡Con lo habladora que estaba anoche y ahora no sabe decir otra cosa!

—Puedo hablar desde aquí, si lo prefieres.

Silencio.

Miro a Mery, que me devuelve una cara que bien puede significar que soy un pringado. Le hago una peineta y le envío un beso, todo al mismo tiempo.

Está bien, no hay problema. Si tengo que hablarle a través de un trozo enorme de madera, lo hago.

«Venga, Uli, tú puedes».

Respiro hondo y apoyo mi frente en la puerta en busca de intimidad.

—Salo, no quiero presionarte, de verdad. Soy consciente de que necesitas tu tiempo para asimilar las situaciones nuevas. Solo quiero que sepas que estoy muy contento de que estés aquí. Mucho. Te echaba de menos, ¿sabes? —Mi corazón se para cuando oigo ruido al otro lado.

Espero dos segundos.

No ocurre nada.

Bueno, es evidente que tengo que currármelo más. Sin problema, puedo hacerlo.

—He sido un burro —le suelto sin filtro. Ignoro si es la mejor forma de comenzar, pero sí la más honesta—. Y no solo porque no te conté la verdad, también porque, al llegar aquí, me di cuenta de que ni siquiera te había dicho lo especial que eras para mí. No como tú, al menos, que siempre lo has expresado con todas las letras.

Silencio.

Sigo.

—¿Y sabes qué fue lo peor? Que ya no podía hacerlo. —Hago una pausa y me animo a seguir —. Maléfica, no poder hablar contigo ha sido… Pfff… duro. Muy duro. Tenía efectos negativos sobre mi carácter, estaba insoportable, intenso y muy dramático. ¿Te lo imaginas? ¡Yo, Salo, era un oso amoroso gruñón! Y sin sonrisa torcida ni mirada sexi, solo gruñón. —Escucho su risa, bajito. Sonrío y, después, resoplo—. También era un oso amoroso triste y cabreado.

—Vas bien —me anima Mery—, pero déjate de osos amorosos.

La ignoro, claro.

—Respecto a lo de anoche… —carraspeo y bajo el volumen—, fue muy bonito. No tienes nada de lo que avergonzarte, si es eso lo que te pasa. Es probable que no te acuerdes, pero

cuando Mery y yo te acostamos, me acerqué a tu oído y te dije… —Se me escapa un bufido. ¿De verdad voy a contárselo así, sin poder verla?

—¿Qué le dijiste? —pregunta Mery desde el sofá.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre.

—¿No dijiste que no ibas a intervenir? —se queja Salo—. Pues eso. —Tira de mi camiseta, me mete dentro del dormitorio y cierra de un portazo.

Me quedo en mitad de la habitación, desubicado. Ella está con la espalda contra la pared. Su pelo, más largo que la última vez, está húmedo y los vaqueros oscuros se pegan a su piel tanto o más que la camiseta azul eléctrico que lleva puesta. Qué guapa está.

«No visualices».

Vale, no… Joder, es muy difícil.

Sonrío y me pongo rojo. Debe de ser la única persona en el mundo que tiene la capacidad de hacerme enrojecer.

—¿Qué me dijiste? —Sus ojos brillan y me centran en lo importante. Ella se expuso anoche y este es mi turno.

Respiro hondo y avanzo despacio hacia mi princesa Leia sin desviar mi mirada de la suya.

—Te dije —un paso— que estaba —otro paso— enamorado —uno más— de ti. —Nos quedamos frente a frente, a menos de otros dos pasos de distancia. No voy a recorrerlos, le corresponden a ella.

Sus pupilas se dilatan, su respiración se acelera y a mí me falta el aire.

—Di algo —le pido.

—No.

—¿No? —Me rasco la cabeza, nervioso.

—No —susurra.

Mantenemos el contacto visual, y durante unos segundos ninguno de los dos habla. No con palabras. Sus ojos transmiten miedo, pero también anhelo. Los míos, una seguridad que se tambalea y muchas ganas de tenerla entre mis brazos.

«No visualices».

No visualizo. Bueno sí, pero no en plan sexual. Mi cabeza está llena de conversaciones, de risas, de complicidad y de mimos. De la relación que antes teníamos y que necesito recuperar.

Me estoy deshinchando. Mi estúpida alegría se está dando de bruces con la realidad. Y lo peor es que estoy haciendo exactamente lo mismo que he criticado de las novelas románticas que ella lee: declararme y esperar que una situación jodida se arregle porque sí.

—¿Quieres que me vaya? —Me tiembla la voz.

«Por favor, que siga diciendo que no».

Salo no mueve ni un músculo. Sigue apoyada en la pared, como si la necesitara para no venirse abajo.

—No.

Eso es bueno, creo.

—No sé cómo sacarte del bucle del «no» —reconozco.

Deja escapar una exhalación.

—¿Por qué?

Abro la boca para responder, pero la cierro en cuanto entiendo que la pregunta va más allá. Es más, es la misma cuestión que me hizo al enterarse de que era el Abuelo Lector.

Lo capto. A su manera, está tratando de encontrar herramientas que echen abajo el muro que nos separa. La abrazaría ahora mismo, pero es una pésima idea.

Por primera vez desde que he entrado a esta habitación, aparto los ojos de ella. Me dirijo a la cama y me siento en el mismo borde.

—No hay mucha más historia de la que ya sabes. Puede sonar egoísta y cobarde, pero te aseguro que, por muy absurdo que te parezca, pensaba que te estaba haciendo el favor de tu vida.

Levanta una ceja, desafiante. Lo del favor no le ha hecho ni puta gracia. Lo entiendo. Pero como soy un insensato, continúo:

—No quería decepcionarte, ¿vale? Ni tampoco que, por mi culpa, volvieras a ser tan desconfiada. ¿Y si te lo contaba y creías que era un acosador? Era tu unicornio, el que te había devuelto la fe en el ser humano… Eso es mucha presión.

Esa ceja se eleva un poco más.

—Me pones nervioso mirándome así —le confieso.

Salo relaja el gesto y desvía sus ojos hacia la ventana, aunque, al mismo tiempo, cruza los brazos a la altura del pecho. Está a la defensiva, y lo peor es la entiendo. Quiere confiar en mí, pero solo le estoy dando justificaciones.

—Me conoces —susurro—. Sabes que no soy un mal tío. Pero lo que no sabes es lo mucho que me acojonabas. —Vuelvo a tener su atención—. Mucho, muchísimo. Y no lo digo por el genio que te gastas (que también) —sonrío—, me daba miedo que me rechazaras, perderte y también pillarme. Me asustaba que lo nuestro no fuera a ninguna parte. Pero también que sí lo hiciera y que me perdiera por el camino. —La miro de reojo—. ¿Tiene sentido?

—No.

Me río sin ganas. Es jodida, jodida, jodida.

—Sí lo tiene —replico.

—Para nada.

Bueno, no es otro «no». Avanzamos. Lento, pero avanzamos.

—Pues estoy bastante seguro de que tú también sientes ese miedo. —Niega con la cabeza, despacio. Vuelvo a sonreír—. Maléfica, mientes mal.

Chasquea la lengua, haciéndose la ofendida, pero sus labios se curvan ligeramente hacia arriba. ¿Escuchas eso? Es mi corazón latiendo de nuevo al sentir la esperanza.

Me incorporo y avanzo hacia ella. Su respuesta es pegarse a la pared. Tengo que contener las carcajadas. Si se me escapa una minúscula risita, me da una colleja.

De verdad de la buena, ¿es malo que esa idea me ponga tontorrón?

«No visualices».

—No espero que sea fácil —le digo—, aunque yo también quiero creer que es posible. —La miro con intensidad, como he hecho tantas otras veces, esperando que lea mis sentimientos—. Solo tienes que confiar en mí.

—*Solo* —se burla.

—Solo —repito—. Porque ya me quieres, Maléfica, que era lo más difícil.

Bufa y niega al mismo tiempo.

—Estaba borracha.

—Y decías la verdad. —Me coloco en el mismo punto en el que estaba hace apenas unos minutos, a dos pasos de Salo. Esta vez no me muevo de aquí.

—No flipes, Spiderman.

Esto empieza a ir muy bien.

—Es mi superpoder.

Me dedica una sonrisa torcida.

—Tienes tantos que es imposible recordarlos.

—Se llama evolución —replico—. Todo buen superhéroe desarrolla sus capacidades.

Se ríe con ironía.

—Pues ya puedes sumar otro superpoder: el de supercagarla.

Ahora me río yo, pero con ganas. ¿He dicho que no iba moverme de aquí? No sé si podré mantener esa promesa.

—Maléfica, eso es una debilidad y voy a tomar medidas. —Me relamo los labios. Ella los observa—. Además (y no es por joder), tú tampoco es que lo hayas hecho muy bien. —Como esperaba, frunce el ceño—. No me dejaste explicarme, no te despediste de mí… Eso está muy mal, es una actitud digna de una villana. —Sonrío como un idiota—. Pero quiero que sepas que te *entiendo* y te *perdono*. —La miro con guasa y muevo una mano para darle pie.

—Yo no soy tan fácil. —Sus ojos se ríen—. Aunque, si estás tan interesado, podemos intentar ser amigos de nuevo.

Mi sonrisa se esfuma. Qué jodida es.

—¿Amigos?

—Necesito tiempo.

Mierda, está muy seria.

Me deshincho otra vez. Aunque, bueno, tiene sentido.

—Vale. —Suspiro.

Salo se abalanza sobre mí y me besa. Nuestros labios chocan, se reconocen y vuelven a buscarse. No tengo ni idea de lo qué está ocurriendo, pero no pienso preguntar.

—Es un beso de amigos —dice contra mi boca.

—Me vale —respondo como un *atontao*. Ella sonríe—. ¿Podemos repetirlo sin el susto?

—Solo diez segundos.

No digo ni una palabra más. La beso como si fuera la última vez, aunque soy consciente de que no es así. Este es el primero de muchos, porque, tal vez Salo no lo sepa aún, pero nuestra historia acaba de reiniciarse.

#MaléficaYSpiderman
#BesosDeAmigos
#Reiniciando

Conversaciones diurnas

@k.leer
K tal? Ya has vuelto?

@_romantic.books
Muy bien :). Y sigo aquí.

@k.leer
En Dublín? Con el rizos?

@_romantic.books
Sí, voy a quedarme unos días.
Necesitamos rodaje ;)

@k.leer
No kiero saberlo
(Me estoy tapando los ojos)

@_romantic.books
(Ábrelos, no voy a contarte nada).
¿Qué tal tu madre?

@k.leer
Perfecta, ya nos riñe jajajaja
Y me está enseñando a cocinar

@_romantic.books
Me alegro mucho, Babosilla.

@k.leer
Oye, ya sois novios?

@_romantic.books
Somos amigos :) :)

Un año y ocho meses después…

Salo

Junio 2020

Uli, sentado a mi lado en el sofá de nuestro pequeño apartamento, apoya el móvil sobre la pila de libros que hay encima de la mesa, de tal forma que salgamos los dos en pantalla.

—Tranquilo, Spiderman.

Él sonríe y mira de forma instintiva al *collage* que hice en Dublín y que se encuentra en la estantería de madera del salón. No es gran cosa, tan solo unos recortes de papel, un par de fotos y un texto que dice: *Maléfica, Spiderman y el maldito algoritmo*.

—Estabas loquita por mis huesos —presume.

—Y tú por los míos. —Señalo con la barbilla al cuento encuadernado que está en la balda inferior, al lado de las fotos de nuestros viajes. Su título: *Romantic Books y el maldito algoritmo*. Le gustaba más el mío, pero renunció a llamarlo igual porque afirmaba que Spiderman era una marca registrada. ¡Artistas!

Sin querer, mi mente vuela al momento en el que Mery dijo que quería conocer a un chico mono con el que iniciar una relación de amistad, después tontear y, al final, que ambos se dieran cuenta de que se habían enamorado. Entonces, tanto Uli y yo aseguramos que no era lo normal. Sonrío. Ninguno de los dos imaginaba que era justo lo que nos iba a ocurrir.

Uli suelta un gruñidito muy sexi, uno que conozco a la perfección. Como me temía (y esperaba), su mano comienza a ascender por mi muslo. Me trago un suspiro y niego con la cabeza. Estoy enamorada hasta el mismo tuétano, pero, si lo admito, no salgo viva de aquí.

—Ni se te ocurra o nos pillarán en pleno *experimento* —protesto sin convicción. Él sube y baja las cejas mientras intenta tumbarme en el sofá—. Nos están esperando —le recuerdo.

Uli arruga la nariz y me lanza una de sus miradas intensas. Las entrena, ya te lo digo. Con esta me está queriendo transmitir un «ya te pillaré luego». Le respondo con una sonrisita y una ceja alzada, que viene a significar un «ya veremos» que no me creo ni yo.

Los dos nos reímos.

Ha pasado más de un año y medio desde que desperté en Dublín aquella mañana. Estaba convencida de que lo único que necesitaba era un plan para sobrevivir al fin de semana, pero no imaginaba que, media hora más tarde, me temblarían las rodillas al escuchar a Uli al otro lado de la puerta. Ni que quince minutos después estaría besándolo sin fin. Tampoco que decidiría quedarme con él, porque dos días me sabrían a poco, y mucho menos que se convertiría en el inicio de una increíble aventura.

Uli me dijo que no sería fácil, pero se equivocaba. La confianza y los sentimientos seguían ahí, pero estaban escondidos tras una sensación horrible. No le faltaba razón al asegurar que estaba asustada. Tenía miedo a sufrir, miedo a lanzarme al vacío, miedo a querer. Porque querer de verdad asusta muchísimo, más cuando ya conoces las consecuencias de un corazón roto.

Sin embargo, dejarlo pasar asusta mucho más.

Al principio, mis idas y venidas fueron continuas, pero, tras una charla con mi abuela, decidí

dar el paso y trasladarme a Dublín. La señora Manuela es una excelente consejera y me recordó que debía centrarme en mí. Tenía el tiempo, las ganas y el dinero suficiente para poder hacerlo, me dijo, y tenía razón. También nos hicimos promesas. Ella me juró que viviría hasta los cien años y yo que la visitaría cada mes, sin excepción. Por desgracia, una de las dos no cumplió.

—¿Preparada, Maléfica? —Uli se toquetea la reciente barba, a la que llama «barba corona», y que le sienta fenomenal.

—Sí. —Me aliso el vestido para disimular mi atontamiento.

Él sonríe (se ha dado cuenta) y pulsa el botón de «videollamada». Tras unos segundos, la segunda oreja de la señora Manuela aparece en primer plano.

—Mis chicos guapos —dice, emocionada.

—Y ni siquiera nos ha visto —me susurra Uli con orgullo. Se le sube el pavo cada vez que hablamos con ella, mi abuela lo adora casi tanto como yo.

La imagen vibra y se escucha un forcejeo. Después, los vemos.

Mi madre y mi abuela están sentadas juntas en un lateral de la gran mesa de Somos Instantes y ambas sonríen. Lena está al otro lado y llora. Detrás, a una distancia prudencial, Irene, Vero y Darío, que saludan con la mano. Se me hace raro que mi madre y mi hermana estén en la misma habitación, aunque lo que percibo entre ellas es respeto y me alegro. Mery aparece en una segunda pantalla, en su sofá, con unos kilitos de más que, a pesar de que proteste, le sientan muy bien.

—¡Hola a todos! —saludamos Uli y yo.

Nos responden con un gran «hola». Es la primera vez que hacemos una llamada grupal.

—¿Estáis bien? —les pregunto—. Estáis muy separados.

—Es por precaución. —Mi madre señala con los ojos a mi abuela. Asiento y la garganta se me cierra. Mi chico se da cuenta y me da un pellizquito en la cintura para que reaccione.

—Tenemos una noticia que daros —anuncio.

Miro a Uli, que sonríe, y en lugar de decirlo conmigo, tal y como habíamos acordado, suelta:

—¡Volvemos a casa!

Frunzo el ceño y él, en respuesta, aletea sus pestañas. Mientras esto sucede, mi abuela da palmas, mi madre grita de felicidad, Lena continúa con sus lágrimas y Darío y Vero se ríen.

—¿Cuándo? —preguntan Mery e Irene al mismo tiempo.

—En cuanto nos dejen viajar. —Ahora soy yo la que pellizca a Uli, pero sin cariño. Él se ríe y se aproxima a mi oído.

—Luego, Maléfica. Céntrate y no seas rencorosa. —Se aleja y me guiña el ojo.

—¡Nada de cuchicheos! —protesta Darío, que, acto seguido, cuchichea con Vero.

—Así conoces a tu sobrina, Uli. —A Lena se le quiebra la voz y Uli se emociona.

Teníamos previsto volver a casa para el nacimiento de la hija de Lena, cuyo embarazo nos pilló tan de sorpresa como a ella y a su nueva pareja, pero el dichoso virus nos dejó en tierra, más concretamente, en Italia. Mi gran motivación para regresar es estar con mi abuela y con Mery, también con mi madre, con la que ahora me comunico mejor. La de Uli es ver crecer a la pequeña Paula.

No hay nada como una pandemia mundial para que comiences a apreciar lo que realmente importa, es como si cada persona de este planeta se hubiera preguntado al mismo tiempo qué es lo que haría si le quedara un año de vida. En nuestro caso, la respuesta ha sido evidente, lo que más hemos valorado era lo que nos faltaba: la familia, los amigos, los pequeños momentos. Viajar y la sensación de libertad es genial, ninguno de los dos queremos renunciar a ello, pero hay prioridades.

Cojo la mano de Uli y entrelazo nuestros dedos. Él me devuelve un apretón con el que trata de transmitirme que está bien. Lejos de casa, la cuarentena ha sido jodida, aunque admito que nos ha ayudado a centrarnos. Uli ha tenido tiempo para escribir y yo para decidir qué quería hacer con mi existencia. Ahora curso a distancia la licenciatura de Lengua y Literatura, con el objetivo de terminar siendo correctora de textos. Todavía me queda camino, pero, por raro que parezca, ahora no me cuesta estudiar.

La conversación continúa durante un rato largo hasta que nos despedimos. La imagen de Somos Instantes se funde a negro y la pelirroja, que ha estado más callada de lo habitual, nos envía muchos besos y nos pide que no tardemos en volver.

En cuanto la videollamada se termina, Uli atrae mi cuerpo hacia el suyo sin mediar palabra. Dejo mi cabeza reposar en su hombro, él deja la suya sobre la mía y vuelvo a sentirme en paz.

Estar juntos es sencillo. Somos distintos, pero nos entendemos. O quizá sea que queremos entendernos y ese sea el secreto de que la relación funcione. O puede que sean las risas y las conversaciones absurdas de las que ya me he hecho adicta. O la atracción. Tal vez sea la combinación de todo. Desconozco las causas, pero no las consecuencias: somos muy felices.

Aunque, a veces, me da por darle vueltas a qué habría sido de mi vida si no hubiera decidido salir de mi zona de confort. Con toda probabilidad, seguiría igual: en un trabajo que detestaba, viviendo con mi madre y con mi abuela, teniendo citas para echar polvos rápidos y siendo una desconfiada en cuanto al resto del mundo se refiere.

—Maléfica, te oigo pensar.

Levanto la barbilla y beso su mandíbula.

—Si no hubiera ido a ese concierto, no habríamos terminado en Berlín y no nos habríamos hecho amigos.

—Ah, los «y si». —Sonríe—. Hacía tiempo que no teníamos una conversación sobre ellos. Me encanta este juego.

—No te burles. —Le doy un mordisquito en el cuello, ofendida—. ¿No crees que las pequeñas decisiones son las que cambian nuestra vida?

—*Nop*. Yo creo en la magia —dice en plan solemne.

—Hablo en serio. —Tomo distancia y le miro fijamente.

—Yo también. Tú y yo nos conocíamos antes de habernos visto. Eso es magia. —Se relame los labios y sus ojos me retan a que le contradiga, pero estoy tan fascinada con lo que puede inventarse que soy incapaz—. Me dejaste abrazarte cuando no confiabas en mí… Magia de nuevo. —Sonríe con chulería—. Viajaste conmigo…

—Eso fue culpa del alcohol —le corto—. Y aún no entiendo cómo pudieron dejarme viajar en ese estado dos veces.

—¡Magia! —responde al vuelo.

Me río, ¿qué voy a hacer si no?

—Sigue, Spiderman.

—Me dejaste entrar en tu vida. —Baja la voz—. Eso sí que fue mágico, no me digas que no. Tenía *pene*, te recuerdo.

—No quería verte así.

—No querías, pero al final me viste. Y eso es por la… —Mueve su mano para animarme a que lo diga.

—¿Magia?

—Lo vas pillando.

Lo siento, estoy sonriendo como una idiota.

—¿El drama también fue fruto de la magia?

Niega con la cabeza.

—Pero que aparecieras en Dublín y me perdonaras sí.

—Eso le quita mérito al plan de Mery, no me parece justo.

—Tienes razón. Lo dejo solo con el perdón.

—Ahora me lo quitas a mí.

Entrecierra sus ojos y me pone morritos.

—No vas a tumbar mis argumentos. Creo firmemente que lo que hay entre nosotros habría pasado en todos los universos paralelos. —Se me escapa una carcajada—. No te rías, Maléfica, lo digo muy en serio. Si no nos hubiéramos cruzado en la cafetería, tarde o temprano, nos habríamos conocido y habrías visto que era un chico muy *mono*. —Ahora aletea las pestañas.

—Estás muy seguro.

—Sí. —La forma en la que me mira me transmite tanta pasión y ternura que me provoca un escalofrío—. Porque lo que hay aquí —nos señala a ambos— es magia.

Me encantaría pensar de la misma forma, aunque mi experiencia me dice que son las casualidades y las oportunidades (tanto las que dejamos escapar como las que no) las que definen nuestra vida. Y por ese mismo motivo, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para cuidar lo que tenemos Uli y yo.

—Magia, Maléfica —repite con sus ojos clavados en mis labios.

Uli se acerca (o tal vez lo he hecho yo) y nuestras bocas se funden en un beso lento que ambos sabemos dónde nos va a llevar.

Sonrío, si es que he dejado de hacerlo en algún momento. Jamás creí que experimentaría el amor real, me conformaba con el que vivía a través de las novelas. Pero lo que por fin he comprendido es que ese amor no sucede si no te abres y confías, si no perdonas y, sobre todo, si no tienes la valentía de enfrentarte al miedo.

#Magia
#LoQueHayAquí #AmorDeVerdad

Dos años y medio después…

Uli

Diciembre 2022

—Érase una vez un chico (muy mono, según algunas fuentes) que amaba su libertad por encima de todo. Tenía alma de nómada, era inquieto y se alimentaba de nuevas experiencias, pero siempre tropezaba con la misma piedra: el amor. —Hago una pausa y Eva me mira ensimismada. Su móvil hace rato que graba esta conversación. Me toco la barba en plan interesante y continúo con mi voz de contar cuentos—: Era como una maldición, una que lo condenaba a la soledad más absoluta, pues, el pobre, siempre terminaba enamorado del mismo tipo de chica, aquella que buscaba la estabilidad de la que él huía.

La que hoy es una de mis mejores amigas suspira.

—Me gusta, aunque no sabría dónde incluirlo. —Sus ojos grises se pierden… en la nada.

La introspección del escritor, la llaman.

Mientras Eva sigue perdida en sus pensamientos, mis ojos se detienen en la pared cian y en los *collages* de Salo. Me encanta que siga explorando su lado creativo.

Aprovecho el momento y compruebo que todo está en orden en Somos Instantes. Irene atiende a la mesa situada bajo el mapamundi, Darío se pelea con la máquina de café y Vero sale del almacén llevando consigo un pequeño árbol de navidad. Entre tanto, Mery y Salo, en la barra, hablan de algo que debe de ser la mar de divertido, porque no dejan de reírse. La cafetería todavía está tranquila, en menos de una hora no habrá ni una mesa libre. Lo típico en Nochebuena, vaya. Y yo no estaría aquí, haciendo como que trabajo, si no fuera porque Lena me ha pedido el favor.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Tengo un mensaje en Instagram.

@k.leer
No deberías estar ayudándonos?
Y ke le has hecho a Eva? Se ha kedado en pausa!

@mil.frases.en.mi.cabeza
Estoy intrigada.

@_romantic.books
¡Yo lo sé!

Levanto la vista de la pantalla. Darío y Mery observan a Salo, que se hace la interesante y teclea en su teléfono. Serán tontacos.

@_romantic.books
Eva va a escribir nuestra historia.

@k.leer
Putoflipo
Ke tiene de interesante una estudiante k trabaja a ratos y un escritor k hace de canguro y camarero?

Darío recibe un palmetazo en el brazo por parte de Vero, que ha llegado hasta la barra y cotillea sobre su hombro. Se lo merece. Qué manera de resumir nuestra vida laboral.

Salo y yo perseguimos nuestros sueños, pero en el proceso tenemos que sobrevivir. Ella continúa estudiando y busca empleos temporales de media jornada, no quiere acomodarse. Y yo, por mi parte, he descubierto lo divertido que es estar con niños (culpa de mi sobrina Paula) y cuido a un par por las mañanas. Algunas tardes, también ayudo en la cafetería, aunque tengo un horario flexible que me permite escribir. No somos ricos, pero entre la planificación que hace Salo de las cuentas y el alquiler simbólico que le pagamos a mi tía, vivimos bien. Algún día (y cada vez está más cerca), Salo será una gran correctora y yo podré dedicarme a la escritura a tiempo completo. Danos tiempo.

@_romantic.books
No lo has entendido, Babosilla.
Va a escribir NUESTRA historia.

Mery parpadea despacio, Darío y Vero niegan con la cabeza y mi dulce Maléfica se descojona.

@mil.frases.en.mi.cabeza
¿Voy a ser un personaje de un libro? ¿Yo?

@k.leer
Putoflipo al cuadrado
Vero y yo pasamos

@el.abuelo.lector
Vero aún se libra, pero tú no. Lo sabes ;)
Y este grupo no es para hablar cuando estamos juntos.
Babosilla, a currar.

@k.leer
Curra tú
Y dejad de llamarme así, joder, k ya soy todo un hombre!

Las carcajadas de la pelirroja se escuchan por toda la cafetería. Le siguen las de Salo y las de Vero. Darío las mira mal. Yo sonrío, disfrutando de verlos actuar como la gran familia que son. La mía. Esos cuatro de ahí, junto con Lena, mi sobrina, Eva, Irene, la señora Manuela e, incluso, la madre de Salo (que sé que me quiere aunque lo disimule) se han convertido en mi núcleo fuerte.

Aún me sorprende cómo ha cambiado todo. Hace poco más de cuatro años, Darío era un chaval obsesionado con el sexo, Mery estaba tan perdida que ni lo sabía, Salo en plena crisis existencial y yo disfrutaba de lo que tenía sin creer que podía aspirar a más.

Ahora, Darío ya no habla tanto de sexo, lo practica. Se ha transformado en un veinteañero maduro (a ratos), y sigue teniendo esa sensibilidad que tanto me sorprende. Está estudiando

Enfermería con su inseparable Vero, y, probablemente, eligió ese camino por su madre, que, a día de hoy, está perfecta. Ambos trabajan aquí de vez en cuando.

Mery pasó por una etapa jodida durante la pandemia. Cuando regresamos, poco quedaba de la chica optimista que conocíamos. Como a tantos otros, le costó retomar su vida normal, aunque me gusta pensar que Salo y yo ayudamos a que eso sucediera. Ahora, sin duda, es una mariposa. Ha vuelto a ser la chica alegre de antes, emocional e impulsiva, protectora y loca por momentos, aunque ha aprendido, por fin, a no meterse en temas ajenos y a ponerse en primer lugar. En cuanto a su historia con Juan…, estos dos han tenido tantas fases que da para una novela entera. Ella es feliz, que es lo más importante.

Salo ha dejado atrás los miedos, los suyos y los heredados. Brilla. Es una mujer más abierta, centrada, aunque su esencia y el amor incondicional por los suyos sigue inmutable. Guerrera, tierna, dulce y jodida… una combinación de elementos que me vuelven loco.

Respecto a mí, cuando empezó esta historia, en este mismo escenario, había aceptado que el amor no era para mí, que me cortaba las alas, que me hacía desaparecer…, y, entonces, conocí a esta morena con pinta de chica dura y ella solita le dio la vuelta al cuento.

Cada vez que recuerdo que estuve a puntito de joderlo, me tiro de los pelos. Y no, no me refiero al lío de Bookstagram, aunque ahí tampoco estuve fino: creé un problema mayor del que había, mentí y me asusté, pero aprendí la lección. Hablo de que, una vez más, estaba dispuesto a dejar mis planes de lado por otra persona. Si Salo no me hubiera convencido de lo contrario, habría regresado con ella a España tras su primera semana en Dublín, entrando de lleno en el mismo bucle de siempre. Por suerte para mí, me enamoré de mi mejor amiga, alguien que me escuchaba aunque no hablara, una compañera que quería compartir mi vida, no cambiarla.

Pensar en ella y sentir la necesidad de tocarla es todo en uno. Sin ser consciente de ello, me incorporo. El movimiento provoca que Eva salga de su propia inopia.

—¿Hemos terminado?

Sonrío.

—Tengo algo que hacer y tus amigos están a punto de llegar. —Apoyo mis palmas sobre la mesa y bajo la voz—. ¿Estás lista?

Sus ojos se humedecen.

—No voy a ser capaz de decirles que estoy embarazada sin llorar.

Me muevo hasta su silla y la achucho desde atrás.

—Ellos también llorarán, no sufras. —Eva palmea mi brazo y la beso en la sien—. ¿Puedo dejarte sola? —Se ríe y me hace un gesto con la mano para indicarme que me largue.

No he dado ni dos pasos en dirección a la barra cuando Irene me detiene. La Dementora sigue igual, no aprende. Se cuelga de chicas que juegan con ella al «ahora sí, ahora no» y, para compensar, desarrolla su capacidad controladora en el resto de áreas de su vida (y también su mala hostia).

—Uli, conozco esa mirada y desde ya te digo que no va a pasar.

—No sé de qué hablas.

—Ni de coña. —Su coleta tirante se menea de un lado a otro. Me ha pillado—. No vas a subir a tu piso con Salo a *experimentar* mientras yo me quedo aquí con dos niñatos en plena Nochebuena.

Pongo mi mejor cara de inocencia y la esquivo. No quiero que me robe el alma y las ganas de vivir. Rodeo una mesa y me deslizo entre un par de clientes. Lo único que deseo es llegar hasta ella, que tiene la vista clavada en mí, como si adivinara qué estoy pensando.

Magia.

Al llegar a su lado, paso el brazo sobre sus hombros y mi dulce Maléfica rodea mi cintura.

Carraspeo

Ella se ríe.

¿Tú también crees que su risa es lo más bonito que has oído nunca o soy solo yo?

—¿En serio? —Darío bufa al otro lado de la barra. ¿Lo he dicho en alto?—. Tío, no.

Le ignoro y me pierdo en la mirada de Salo.

Esta chica de aquí, la descarada que acaba de guiñarme el ojo, siempre dice que yo fui su unicornio, pero lo cierto es que ella fue la superheroína que me devolvió la fe en los finales felices. Me enseñó que, cuando se quiere de verdad, los sueños se construyen juntos, no se abandonan; que hay que ser valiente, aunque asuste (o porque asusta), y, sobre todo, que el amor es paz, pero hay que pelearlo.

¿Sabes? Ya no me parece tan mala idea lo de asentarme en un lugar. Tras la pandemia, no nos hemos movido de aquí… y me gusta. Supongo que con el tiempo es inevitable que tu visión de la vida evolucione, ¿no? O tal vez lo importante no sea el cuándo, sino con quién.

—¿Qué pasa? —Mery se estira en el taburete y nos analiza sin pudor. Otro bufido. Se dirige al chaval, que cada año parece más alto—: Por nuestro bien, será mejor que desaparezcan. No te gustaría oírlos, te lo aseguro. —Finge un escalofrío.

Vero suelta una carcajada, Salo rueda los ojos.

—Va a estar toda la vida recordándonos lo de la boda —me susurra.

—Suena bien.

—¿El qué?

—Lo de toda la vida.

Salo sonríe con timidez y, cuando creo que va a besarme, sus labios se desvían de mi boca y se dirigen a mi oído.

—Si eso es una declaración y quieres que me lo tome en serio, tendrás que currártelo un poco. —Se separa de mi cuerpo con premeditada lentitud y me lanza una mirada tan desafiante como sexi.

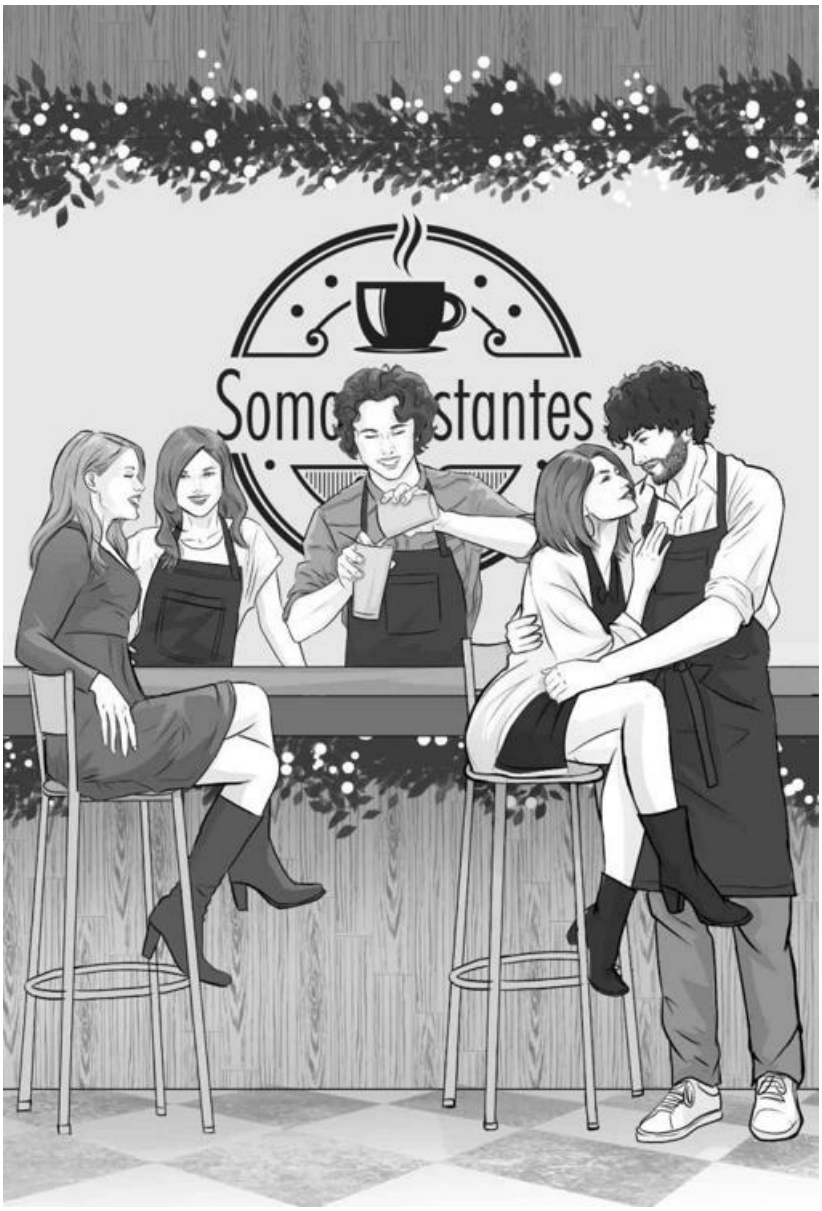
Es muy jodida, pero en estos años he aprendido a neutralizarla, que es justo lo que voy a hacer ahora mismo.

—Más bien es un proyecto. Pero uno bonito. —La miro como siempre, con devoción, hasta que sus ojos se derriten y sus labios vuelan hacia los míos.

Y mientras Salo me besa, solo puedo pensar que todo esto es fruto de la magia, la que nos rodea sin darnos cuenta, la que tira de nosotros sin que seamos conscientes de ello, la que nos motiva, la que nos alimenta el alma… y que los simples mortales llamamos amor.

#Magia
#Amor
#FinalFeliz

FIN


Somos stantes

Agradecimientos

¡Hola! Si has llegado hasta aquí, espero que lo hayas hecho con una sonrisita y que esta historia te haya entretenido. ¡Esa era la intención!

Por si no lo sabes, esta es la parte en la que divago sobre quién me ha apoyado durante el difícil trayecto de escribir esta novela. Te contaré un secreto: es complicadísimo. Vivo con miedo de olvidarme de alguien.

¡Empiezo!

Esta es mi tercera novela y la que más me ha costado con diferencia. La autoexigencia por mejorar, el poco tiempo del que disponía para hacer lo que más me gusta (que es el mal de nuestros días) y una crisis existencial que dejaría a la de Salo a la altura del betún han sido los culpables de que el proceso fuera tan jodido. Por suerte, soy cabezota. Y por eso mi primera agradecimiento es para mi familia: mi padre, mi madre y mi hermana, que me han aguantado como campeones cuando la frustración podía conmigo. Os quiero muchísimo, aunque no os lo diga tanto como debería.

Es curioso, pero llego hasta aquí con la misma motivación que cuando escribí mi primera novela: tener mi copia. Todo lo que venga después será bienvenido. Soy consciente de que soy novata, que no tengo a un público masivo que me esté esperando y que dedicarme a escribir de forma profesional es un sueño jodido de conseguir. Y no sé si estará feo decirlo, pero me da igual. Si hay algo que me hace feliz, siempre será un error abandonarlo. No importa que no llegue a lo más alto ni tampoco lo que puedan decirme los demás, lo importante es disfrutar. Y aquí quiero agradecer a mis dos «V», dos mujeres que adoro, mi mejor amiga del instituto y mi mejor amiga de la universidad, mis dos cómplices en esta aventura. Ellas me han apoyado durante todo el camino, animándome a seguir con esta historia, emocionándose con Uli y con Salo y pidiéndome más capítulos. Mil gracias por estar ahí, por acompañarme en un proceso tan solitario y por disfrutar conmigo de algo que me hace tan feliz.

Sigo con mis compañeras Anele Amme, Carmen Arteaga, y Gema Azorín, que no solo han sido mi apoyo en los momentos de crisis, sino también mis maestras y mis primeras lectoras. Cuando tres mujeres con tanto talento te ayudan, el gustirrinín y la gratitud que sientes es complicado de explicar, pero si además tienes el privilegio de llamarlas amigas es brutal. GRACIAS por estar ahí. Vuestros audios, mensajes y tener a alguien con quien compartir esta locura de inventar historias me dan la vida. Y si no las conocéis, ya estáis tardando, sus novelas son adictivas y ellas, geniales. En serio.

Hay más (ya he dicho que esta parte suele ser un poco coñazo, no te quejes). No podría escribir historias de amor y amistad sin tener a gente maravillosa a mi alrededor que me inspire, pero como escribo con seudónimo, no puedo hacer referencia a sus nombres. Así que tiraré de ingenio. Gracias a mi tomatito, a mi Martina rubia, a mi adorado vecino, a mi bombón latino, a mi Oli, a mi alcoyana, a mi Lola de España y a mi madrastra buena. Sin vosotros, mi vida sería gris marengo.

También quiero agradecer a toda la gente maravillosa que he conocido gracias a Bookstagram (sí, existe y mola mil), vosotros habéis inspirado esta historia. Sentir cariño por alguien a quien

nunca has visto es rarísimo, pero he tenido el placer de cruzarme con gente estupenda, que me ha animado a seguir escribiendo, a leer historias distintas y que me han dado un pedacito de ellos con cada conversación. Ahora vienen muchos nombres y espero no olvidar a nadie. Empiezo con @elbauldelasletras, @devorolibros y @paula_lectora_compulsiva, que fueron las primeras en creer en mí y eso no se olvida con facilidad; sin vosotras no sé si hubiera ido más allá, mil gracias. Continúo con esas personitas que siempre me animan, bien a través de una charla tipo coach, como @marisa.sefra (por favor, tenéis que conocer a sus cafres), bien a través de mensajes que me emocionan, como @mi.taburete (escribe, por favor), @betweenlovebooks (más linda que ná), @nosinmibook (siempre me dice cosas bonitas y me sube el ánimo), @lendolendas2021, @dreamingofmimibooks (sus mensajes, sus lecturas conjuntas, ella), @conlosbartulosaotraparte (la llamo nubarrones y no me mata), @thebloody_mary (crack), @historiaspastelonas (un besito enorme), @nestabooks (fan de tu entusiasmo), @valientegarciamariajose (siempre descubriendo autores), @lucymoon2015, @rosana.lenn.autora, @laurabooksblogger, @mayka369, @loca_de_los_libros48, @angelafranco.autora, @tentative_books, @romantic_leo20, @ladyromanticbook, @books.byabril, @abookinmybag, @loslibrosdearoa, @bat.patita, @aventureralectora22, @siempreleyendoydesconectando, @eli.p.r, @lectora_en_las_nubes, @todolibrosd @labibliotecadehelen, @thebloodymary, @tengoganasdeleer, @elperfildemislibros, @rincondelle (I love you), @belen_lobelia, @yosoyaral, @nayamzgreen, @yosoyanacalderon, @charli.e.book, @scampeta, @aragonmapi, @anamazonp_escritora, @elrincodecris @losbooksdeesther, @astridflatenz @alexandra_star_jaithiale, @laurelleeyescribe, @mariientreletrascomasypuntos97, @d.isparo, @leoquemeleo, @noemibermudezescritora, librosypalomitas y @sorry_ferro_cab (bonita).

Ya queda poco, lo juro.

También quiero agradecer a dos personas muy importantes para que este libro haya salido a la luz. A Adela Aragón por darle vida a mis chicos con sus ilustraciones y hacer de mi portada una fantasía (es una artistaza). Y a Isabel Espejo por la corrección, por su profesionalidad y también por compartir conmigo la emoción (gracias, gracias, gracias). Si has encontrado algún error en el manuscrito es culpa mía, te lo aseguro.

Y por último (y aunque sea un tópico), te lo agradezco a ti, porque una historia sin lectores no existe. Así que gracias por convertir mi sueño en una realidad.